ANTONIO
DE
VALBUENA

OBRAS

III - IV

PQ6005
V35
v.2

010431

1080018880



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEME

ANTONIO DE VALBUENA
(MIGUEL DE ESCALADA)

Ripios Ultramarinos

MONTÓN 3.º

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Calle de Preciados, 48
—
1896

RIPIOS ULTRAMARINOS

III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios vulgares (tercera edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios ultramarinos, primero, segundo y tercer montón: tres tomos en 8.°, 9 pesetas.
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): tres tomos en 8.°, 9 pesetas.
Capullos de novela: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Novelas menores: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Agridulces (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
Historia del corazón, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.
Pedro Blot, versión de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid.)

EN PRENSA

Agua turbia, novela.
Fe de erratas, tomo IV.

EN PREPARACIÓN

Vida del beato Juan de Prado.
Los cazadores de dotes, novela.
Ratoncito Nosemás, novela.
Diccionario de la Lengua castellana.

RIPIOS
ULTRAMARINOS

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

...carmine fœdo splendida facta linunt.

HORACIO.

(MONTON 3.°)

MADRID: 1896
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Calle de Preciados, 48

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
46708

PQ6005
V35
V.2

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Est. tip. de la Viuda é Hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN TERCERO

I

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, no hubiera ardido la república romana en guerras civiles.

No es mío el pensamiento: me parece que es de Pascal; pero sea de quien quiera, bien se conoce que su autor no era romo.

Porque claro es que si Cleopatra hubiera tenido cuatro ó cinco milímetros menos de nariz, es decir, si ella hubiera sido la roma en el sentido material de la palabra, no le hubiera parecido tan bien á Marco Antonio, ni este desgraciado triunviro hubiera llegado á perder el juicio por ella, ni los otros dos se hubieran unido contra él, ni le hubieran zurrado en la sangrienta batalla de Actium, ni á ésta hubieran seguido

010431

PQ6005
V35
V.2

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Est. tip. de la Viuda é Hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN TERCERO

I

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, no hubiera ardido la república romana en guerras civiles.

No es mío el pensamiento: me parece que es de Pascal; pero sea de quien quiera, bien se conoce que su autor no era romo.

Porque claro es que si Cleopatra hubiera tenido cuatro ó cinco milímetros menos de nariz, es decir, si ella hubiera sido la roma en el sentido material de la palabra, no le hubiera parecido tan bien á Marco Antonio, ni este desgraciado triunviro hubiera llegado á perder el juicio por ella, ni los otros dos se hubieran unido contra él, ni le hubieran zurrado en la sangrienta batalla de Actium, ni á ésta hubieran seguido

010431

otras batallas no menos sangrientas, ni hubiera muerto la república, ni hubiera existido el imperio.

Quiere decir todo esto que de causas tan pequeñas é insignificantes como el tener una persona la nariz un poco más corta ó un poco más larga, pueden resultar efectos terribles y de gravísima transcendencia.

Un chiste inocente, ó poco menos, ha hecho en ocasiones correr más sangre y ha producido mayores estragos que la más reñida contienda sobre el derecho á la sucesión en un trono.

No se me olvida nunca... En el año de 1869, el Gobierno de la Revolución, para preparar el restablecimiento de la monarquía en España, quería ir desarmando á los voluntarios republicanos de las grandes poblaciones. Y las grandes poblaciones se iban sublevando contra el Gobierno unas después de otras, con todo el talento necesario para no triunfar; porque los republicanos, que suelen discurrir así como los peces... cocidos, aguardaban, para sublevarse en una población, á que fuera dominada la que se había sublevado antes, de modo que no necesitara el Gobierno más que un cuerpo de ejército para irlos metiendo á todos en cintura, ni necesitara el general Caballero de Rodas, que mandaba aquel cuerpo de ejército, más que trasladarse cómodamente de Cádiz á Málaga, de Málaga á Jerez y de Jerez á donde correspondiera en turno, para ir ahogando en sangre federal todos aquellos movimientos desordenados.

Pacificadas ya las poblaciones de Andalucía, se sublevaron también sucesivamente Barcelona y Zaragoza, volviendo á repetirse la lucha fratricida y los actos de valor tan increíble como mal empleado, particularmente en la capital aragonesa, donde los baturros llegaron á apoderarse de algunos cañones, acometiendo y matando á los artilleros á navajazos.

Valencia era la única población republicana que no se había sublevado ni parecía dispuesta á sublevarse.

Pero un día se le ocurrió á un periódico federal de Barcelona, titulado *La Flaca* (por contraposición á otro reaccionario de Madrid que se titulaba *La Gorda*), publicar una sencilla caricatura, tan sencilla que no contenía más que una hilera de gallinas con kepis y este rótulo en bajo: *Voluntarios de la libertad de Valencia*. Y en cuanto llegó á la ciudad del Turia aquel número de *La Flaca*, Valencia se sublevó también contra el Gobierno, sosteniéndose por tantos días, con tal tenacidad y tanto valor, que hubo de dejar pequeñas á sus hermanas en republicanismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquí tienen ustedes un chiste que costó centenares de vidas humanas é hizo correr la sangre á regueros.

Pues ahora verán ustedes un caso análogo en el que otro chiste tan inocente como el de *La Flaca*, ó más si cabe, ha producido efectos no menos bárbaros, ni menos horribles, ni menos desastrosos.

Aunque incruentos, eso sí; sin derramamiento de sangre, que es lo que significa ese adjetivo. Cosa que me parece conveniente advertir, por si acaso algún ejemplar de este libro fuera á parar á la redacción de cierto periódico madrileño de gran circulación que una de estas noches pasadas llamaba *incruenta* á la guerra de Cuba, con todas las salvajadas de Maceo y consortes.

Sin duda porque el tal periódico tendrá algún redactor discípulo de Doña Emilia Pardo Bazán, el cual, así como esta señora creía hasta poco hace que inhibirse era lo mismo que meterse á fallar una cuestión, creerá que *incruento* es lo mismo que *cruel*, aunque algo más fino.

Pero vamos al caso.

Siete años hará, poco más ó menos, que á una insignificante revista literaria de América, que andaba inventariando los primores poéticos que se fabrican en las diferentes comarcas de por allá, se la ocurrió

decir, al llegar á Costa-Rica, que allí no se cultivaba la poesía, sino el café.

¡Nunca tal hubiera dicho!... Porque en seguida se le amontonó el juicio á un costa-riqueño llamado Máximo Fernández, que comenzó á rebuscar y recortar periódicos viejos y á coleccionar poesías, vamos al decir, perpetradas en su tierra. Y con una constancia digna de mejor causa y aun de mejor efecto, llegó á formar dos tomos enormes de malos versos que se imprimieron en seguida en la Tipografía Nacional con el título de *Lira Costa-ricense*, para probar á la revista indicada que en Costa-Rica no solamente se cultiva el café, sino también la poesía.

Mas dejemos que lo cuente el mismo culpable.

«Al lector.—No *hace* mucho tiempo que *al hacerse* referencia en una revista extranjera de los progresos de la literatura contemporánea, se dijo que en Costa-Rica no se cultivaba la poesía, sino únicamente el café.

»Esto *me hizo* concebir el proyecto de compilar algunos de los trabajos de nuestros vates...»

Ya lo ven ustedes. No puede estar más claro. Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más roma, y, lo que es casi igual, si la revista mencionada hubiera sido un poco menos aguda, ni antiguamente se hu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biera dado la sangrienta batalla de Actium, ni ahora se hubiera organizado este otro ataque feroz contra el buen gusto.

Es decir, que sin el chiste aquél sobre el cultivo de la poesía y del café en Costa-Rica, no se hubiera publicado esta *Lira costa-ricense*, que, contra la intención de su autor, ha venido á desacreditar el café y la poesía costa-riqueños.

La poesía, porque á la vista está: no hay más que abrir el libro.

Y el café, porque cualquiera que, siguiendo la comparación, crea que el café de Costa-Rica no es mejor que la poesía del mismo terruño, tiene que creer que es muy malo...

Porque... verán ustedes cómo es la *poesía*:

«Ella fué *casta* paloma
De las de *plácido arrullo*,
Y que *dan el canto suyo*...»

¡Bueno! En primer lugar, *suyo* no es consonante de *arrullo*, por más que el autor se figure que lo es; y en segundo lugar, las palomas no pueden *dar el canto suyo*, porque no le tienen, y *nemo dat quod non habet*.

Las palomas tienen arrullo; pero el arrullo no es canto.

Como tampoco los ripios son poesía.

Otra muestra:

«Al 15 de Setiembre.»

No vayan ustedes á creer que se trata de alguna oda al Dulce Nombre de María, cuya fiesta celebra en esa fecha la Iglesia nuestra Madre. No. Por ahí no les suele dar á los *poetas* americanos.

Se tratará de celebrar cualquier fechoría de tercera clase. Empieza:

«Como turba de *buitres carniceros*...»

Esto es casi tan *nuevo* como aquello de llamar *casta* á la paloma y *plácido* al arrullo de la paloma.

Como turba de buitres carniceros
Que su sombra proyectan sobre el agua
Del *cristalino* lago en que se agitan
Los juegos de la luz y de *la escama*...
(¡Me escamo de estos juegos bullidores!
¿Serán juegos de manos ó de cartas?)
O como en noche *azul* cruza el espacio
Engendro del vapor *negro* fantasma...
(O como cualquier cosa que al poeta
Se le antoje poner por comparanza)
Del guerrero español sobre la América,
Así pasó la hueste sanguinaria...»

¡Gracias, hombre! ¡Muchas gracias por la finura!

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Y pensar que el autor de estos versos lleva el apellido de *Alfaro!*... ¿De dónde creerá el infeliz que le ha venido ese apellido sino de la *hueste sanguinaria* del guerrero español, como él dice?

Y no sólo el apellido, sino el empleo de Oficial Mayor en el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica; porque claro es que si España no hubiera descubierto y civilizado aquello, no habría allí Ministerios de Gobernación, ni de Policía, ni de Fomento, ni siquiera Oficiales Mayores.

Y no sólo el apellido y el empleo, sino la lengua que habla, aunque mal, y el traje que viste; todo, en fin, lo poco ó mucho que le distinga de un indio de los del tiempo de la conquista, todo se lo debe á esta España á quien insulta, llamando á sus civilizadores ejércitos turba de buitres carniceros.

Y casi todos los americanos son así. Muy malos poetas; pero, en cambio, muy ingratos para con España, que les sacó de la barbarie y les quitó de andar con el taparabos y las plumas.

«Como turba de *buitres carniceros*
Que su sombra proyectan sobre el agua...
(Y que serían carniceros buitres
Lo mismo, aun cuando no la proyectaran)

Del guerrero español sobre la América,
Así pasó la hueste sanguinaria.»

Así: ni más ni menos.

Lo dice este Blas de por allá, y punto redondo.

Y añade todavía el mismo Blas prosáicamente:

«*Aún se puede escuchar y no muy lejos*
El crujido siniestro de sus armas,
Que se mezcla á los ayes de la *virgen*
Cuya *modesta* túnica desgarra.»

Esto parece referirse á Cuba. Como si la túnica de esta virgen vieja no la desgarraran sus propios hijos, los semi-salvajes que se han ido recriando allí con el auxilio generoso de España.

Y continúa:

«Pero tampoco Iberia solamente
Supo el dogal poner en la garganta.»

Donde á primera vista parece que quiere decir que Iberia no supo solamente eso, sino que supo otras cosas; pero luego resulta que lo que quiere decir es que no solamente Iberia fué quien supo eso, sino que también Inglaterra y Rusia supieron hacer lo mismo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Es lo que pasa con esa sintaxis de doble efecto que suelen usar los americanos y algunos españoles: que hay que leer dos ó tres veces las cosas para enterarse del pensamiento del autor.

Y en algunos casos, ni aun después de mucho leer se entera uno tampoco del susodicho pensamiento, porque no existe.

Después de citar como testigos de sus afirmaciones á Irlanda sojuzgada, y triste además, y á Polonia *asesinada (sic)*, suelta el *poeta* estos trompetazos:

«La sombra por doquier: la *ley impía*,
El derecho del fuerte, la palabra,
Medio de adulación para el cinismo,
Para el hombre de honor amordazada.
Los derechos del hombre postergados...
(Todo en prosa correcta, digo, mala.)
Y el pensamiento puesto de rodillas...
(En cuclillas mejor, más propio estaba.)
Es la historia de ayer, *historia negra...*
(¿Ha visto usted alguna historia blanca?...
Siendo negra la tinta que se usa,
Por fuerza ha de quedar negra la plana.)
Es la historia de ayer, historia negra,
Que nos causa rubor al recordarla,
Y parece imposible que llegase...
(A tan vil prosa la manía insana
De hacer versos sin numen. ¿No era esto
Lo que iba usté á decir?... Me equivocaba.)

Y parece imposible que llegase
Hasta tanta maldad la especie humana.»

Tras de esta tirada de versos, prosáicos en la forma, y en el fondo progresistas de lo más primitivo, el Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica, ó como si dijéramos á lo Nido, «el Gobernador Superior Civil de la provincia de Guadalajara», nos habla de Bolívar y de Washington y de los genios, y, por último, se consuela de todas las desdichas pasadas diciendo:

«Hoy el pueblo, por fin, sabe que puede
Abrir el *vasto* pecho á la esperanza,
Que hay una ley universal que borra
El *privilegio odioso* de las castas.»

Hoy, sí; hoy están ustedes en grande. Han borrado ustedes el privilegio *odioso* de las castas, y le han sustituído con el privilegio *amoroso* del más fuerte; de manera que cualquier Guzmán Blanco, es decir, cualquier Presidente de por ahí, se deshace de sus enemigos, ó sea de los aspirantes á la prebenda, con la misma facilidad con que se bebe un vaso de agua.

Hoy, libres ya de los *buitres carniceros* ó de las *huestes sanguinarias del guerrero español*, ya no tienen ustedes más que dos ó tres guerras al año en cada republi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quilla de esas en que ustedes se distribuyeron á su gusto.

Ahora mismo está en revolución Nicaragua, como puede usted ver por el siguiente despacho, que corto de un periódico del día:

«AMÉRICA CENTRAL

»*Nueva York* 18 *(Marzo del* 96).

»Un despacho que acaba de recibirse de Managua (Nicaragua) anuncia que las tropas del Presidente Zelaya han tomado á los insurrectos el fuerte de Matapa. La lucha ha sido ruda y obstinada, sufriendo los últimos *mil bajas* entre muertos y heridos.»

Ya ve usted: mil bajas en un solo bando, en una sola batalla, sobre quién ha de ser Presidente de una república microscópica, en la que apenas cabe el Presidente, si es un poco alto, á ser enterrado á la larga.

Pues el año pasado también hubo sangrienta guerra presidencial en Colombia, y el antepasado en el Brasil, y el de más atrás en Chile, y el otro en Guatemala, y el otro en el Ecuador, y el otro en Buenos Aires... ¡En fin, una delicia!

Todo esto sin perjuicio de las guerras que de cuando en cuando tienen una república con otra; guerras humanísimas, en que son fusilados los vencidos por centenares, y en que la república que puede más se monta sobre la que puede menos, y no la deja hasta exterminarla, como hizo Chile con el Perú y con Bolivia hace unos años.

Y luego, en el intermedio entre guerra y guerra, ¡disfrutan ustedes de una paz, una tranquilidad y una confianza!...

Precisamente hace pocos días anduvo rodando por todos los periódicos de Europa otro telegrama de Nueva York, según el cual el Presidente de la República de Venezuela, que se sentía amagado de sustitución y del consiguiente pasaporte para el otro barrio, estaba haciendo enseñar la instrucción á los reclutas de la última quinta con fusiles de madera, por temor de que si les daba fusiles de verdad se le iban á sublevar con ellos...

¡Esta es la paz, ésta la tranquilidad, ésta la confianza que disfrutan ustedes hoy desde que el pueblo *sabe que puede*, como usted dice,

«Abrir el *vasto* pecho á la esperanza...»

¡Valiente paz y valiente tranquilidad!

¡La desconfianza y la precaución llevadas hasta la ridiculez de instruir á los quintos con fusiles de madera, para que no puedan sublevarse, teniendo ocupados al efecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en hacer fusiles de palo á todos los carpinteros de la república!

Y por supuesto, que los temores del Presidente no eran infundados, porque á poco de haber circulado la noticia anterior vino la de que, estando una tarde el Presidente en la Plaza de Toros viendo una corrida, se descolgaron del tejado sobre el palco presidencial doce hombres armados y le tiraron no sé cuántos tiros de revólver, aunque sin acertarle.

Y poco después ha circulado este otro telegrama, que no tiene desperdicio:

«CONSPIRACIONES EN VENEZUELA

(POR TELÉGRAFO)

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

700 detenidos.

Nueva York 10.

»La situación de Venezuela se agrava de día en día.

»En Washington se han recibido de Caracas telegramas particulares que dan cuenta del descontento de casi todos los conciudadanos del General Crespo.

»Este ha iniciado un verdadero reinado de terror.

»El Gobierno, ó más bien los agentes del Presidente, están conduciendo constantemente á las

cárceles ciudadanos de prestigio, entre los cuales figuran los más eminentes del país.

»El General Crespo, para justificar sus arbitrariedades, acusa á los detenidos de conspirar contra él, y los supone autores de diversos delitos.

»Excede ya de 700 el número de los detenidos, y algunos de ellos han muerto ó están muriendo en la prisión, víctimas de las privaciones y de los malos tratos.

»La irritación llega á tal extremo, que, según el testimonio de personas serias y dignas, se ha amenazado al General Crespo con la muerte si no pone pronto en libertad á los detenidos.

»Se teme que estalle en Caracas un movimiento insurreccional.—*United Press.*»

¡Verdaderamente tiene usted razón, señor Alfaro, para decir que hoy el pueblo *sabe* que puede ahí

«Abrir el *vasto* pecho á la esperanza...»

á la esperanza de que le abran en canal un día ú otro.

Siga usted enumerando las cosas que hoy sabe el pueblo:

«Que bajo el cielo azul son inmutables
La libertad y la igualdad humanas,
Que á la pupila y la razón vinieron
La luz del sol, la libertad de Francia.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Hombre! ¿La libertad de Francia es la que ha venido á la razón de usted? ¿Y de qué le sirve á usted en Costa-Rica la libertad de Francia?...

A no ser que haya usted querido decir que la libertad vino de Francia... Mas para que lo escrito por usted dijera eso, tenía usted que haber puesto una coma después de la palabra libertad, supliendo el verbo *venir*, que queda atrás. Sin esa coma, la preposición *de* indica propiedad y no procedencia.

Pero, aparte de eso, la venida de la luz del sol á la pupila, ¿también cree usted, apreciable Sr. Alfaro, que es obra de la Revolución francesa?...

No, hombre, no. La luz del sol está viniendo á la pupila desde que Dios hizo al hombre, después de haber hecho también el sol y la luz.

De modo que usted, que al escribir eso acabaría usted de volver de Francia, según se deduce de lo que nos cuenta en su biografía D. Máximo el coleccionador, creyó usted, de seguro, haber hecho un bonito *pendant* á la parisiense en esos dos últimos versos

«Que á la pupila y la razón vinieron
La luz del sol, la libertad de Francia,»

y no hizo usted más que una simpleza.

Por cierto que también ha hecho otra Don Máximo, ú otras varias, al escribir la biografía de usted, pues ha colocado los párrafos de tal manera, que parece como que obtuvo usted el grado de bachiller (único de que á usted supone adornado) antes de los tres años de edad. Y esto regularmente no será cierto.

Siga usted diciéndonos las cosas que sabe hoy la gente:

«Que el derecho del hombre es más divino
Que el de una *imbécil* testa coronada.»

¡Es claro! En estando coronada una testa, tiene que ser imbécil, sin remedio. A lo menos, así se le figura á usted...

Pues mire usted: si eso fuera verdad y la recíproca lo fuera también, si además de ser por fuerza imbécil toda testa coronada, hubiera de ser también coronada toda testa imbécil, crea usted que muchos vates llevarían corona.

Siga usted:

«Que hay una luz *espléndida y potente*
(¿Nada más? ¡Poca cosa ciertamente!)
Que se *vierte en inmensa catarata...*
(¡Ah! por eso, sin duda, es tan barata
Que cualquier zascandil en ella trata...)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La luz de la verdad, en que podemos
Beber hasta saciar nuestras... miradas,
Sin que *un sér infernal* hacia *la noche*
Quiera de nuevo *con horror* fijarlas...»

¿Con horror? ¿O con engrudo?...

Pobre, pedestre, prosáico, presumido, progresista, perverso... todas estas pes y algunas otras tiene el romance de usted, Sr. Alfaro: se lo digo para que usted no se envanezca.

Pero siga usted.

Sabe también el pueblo

«Que hay un Dios de justicia y de clemencia,
No de *negra y terrífica* venganza...»

Bueno: eso allá lo verá usted. Por de pronto, y para que después no se llame usted á engaño, le advierto á usted que el mismo Dios se llama á sí mismo, por boca de su Profeta, *Deus ultionum*, Dios de las venganzas.

Ahora, si después de esto sigue usted teniendo el mal gusto de ser, sobre mal poeta, deísta, y se empeña usted en forjarse un Dios á su capricho... allá te las hayas, Marta, con tus pollos, como decimos los leoneses, ú *or compon*, *Mari-Anton*, como dicen los vascongados.

Pero esté usted seguro de que á Dios no

se le forma al gusto de cada uno, sino que existe por sí desde la eternidad, infinitamente perfecto, y no dejará jamás de ser así porque usted y otros tengan la pretensión arrogante y risible de hacerle ó contrahacerle á la medida caprichosa de sus pasiones.

Lo último que usted dice que el pueblo sabe es lo más gracioso, es decir, lo más disparatado.

«Y que de Francia el águila *altanera*
(¡Francesa había de ser la porretera!)
Depositó su nido en las montañas
(¡Depositar el nido: buenas mañas!)
Altísimas de América, y en ellas
La prole pereció... *(¡Bien hecho! Gracias*
Mil sean dadas á Dios, porque no quiso
Que prosperase ahí la mala raza
Del águila rapaz!); pero animada
De gigantesco germen... *(¡Hombre! ¡hombre!*
¿Después de perecer fué fecundada?
¿Qué nos cuentas, pecado?) Sobre el Norte
El sol de libertad pudo incubarla,
(¡Ay, cómo disparatas, Alfarito!
¡Ay, Alfarito, cómo disparatas!)
Y ensayando su vuelo *poderoso*
Se dirige en *magnífica* bandada
Desde Méjico al Sur; y cuando cubra
Bajo *el inmenso pliegue* de sus alas
El continente todo *(¡Vaya un pliegue!)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bajo el inmenso pliegue de sus alas
El continente todo, entonaremos
El himno de la unión americana.»

Con letra de usted, naturalmente.

Y música del Presidente de Venezuela, que debe de tener mucha gracia para eso de unir á la gente... en la cárcel.

¡Entonaremos!...

Entonarán ustedes... morcilla.

Lo que harán ustedes es desentonar perpetuamente.

Y reñir unos con otros y despedazarse en guerras civiles... é inciviles.

Que es lo que han hecho hasta ahora desde que se separaron de España.

Desengáñate, en fin, amigo Alfaro:
Si es que ahí el pueblo ignaro
Ve todas esas cosas que tú dices,
Es que ese pobre pueblo no ve claro,
O no ve más allá de sus narices.

Por aquí, después de leer esos versos, no vemos más sino que no se necesita gran cosa para ser en Costa-Rica Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento.

Con esos méritos, si hubiera justicia, no se pasaría de auxiliar temporero con 4.000 reales.

Se conoce que en eso es en lo único que están ustedes á nuestra altura.

Porque aquí también tenemos, por ejemplo, de Presidente del Consejo de Ministros á un D. Antonio Cánovas, que hace versos tan malos como esos y como los más malos que se hayan hecho en el mundo.

Y aun las prosas las hace peores.

Y la política, no se diga.

Pero este encumbramiento ha sido un descuido que no se repetirá, Dios mediante.

Y si no, ¿qué apostamos á que no llega en su vida Morlesín á Presidente del Consejo, y eso que hay quien cree que sabe bastante más y tiene bastante más talento que su amo?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

De la misma *Lira costa-ricense*, para que no se crea que el Sr. Alfaro es el único mal poeta de Costa-Rica, véanse otros ejemplos.

El mal poeta que sigue en la colección, saltando otros dos que se han muerto, se llama Jenaro Cardona.

De éste dice D. Máximo, el coleccionador, que hizo sus *primeros* estudios en la Escuela Normal de San José, y que después no pudo hacer otros porque tuvo que trasladarse con su familia á vivir á una villa.

Pero todavía no es esto lo peor en los antecedentes literarios de Cardona, con ser bastante malo, sino lo que sigue, es á saber: que en aquella villa había un señor que daba reuniones literarias, y en aquellas reuniones se aficionó el joven Cardona á la poesía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poeta de tertulia... de pueblo... sin segundos estudios...

Yo creo que el coleccionador cuenta estas noticias, no por gusto de deprimir á Cardona, sino para que luego sus versos no choquen demasiado por lo malos, estando ya el lector prevenido de que no pueden ser muy buenos.

Y aun añade que «Cardona es todavía muy joven, y hay motivo, por lo tanto, para esperar que, andando el tiempo, llegue á producir frutos de verdadero mérito.»

Casi no puede decirse con más claridad que los frutos que Cardona ha producido hasta ahora no valen. De modo que cuando D. Máximo lo dice... no debemos tener escrúpulo en creerlo.

Los recogidos en la *Lira* son de este sabor:

«Ví *compasivas* manos,
Amantes, cariñosas...»

Tres epítetos en dos versos. La cosa empieza perfectamente.

Veremos cómo sigue:

«Ví *compasivas* manos,
Amantes, cariñosas,
Ornar las *solitarias*
Tumbas del panteón.»

Bueno: las tumbas ya se sabe que suelen estar solitarias, y también se sabe, ó se debe saber, que ese último verso está mal acentuado.

Vamos adelante:

«Y luego aquellas bóvedas
Gimiendo *misteriosas...*»

No está bien esa asonancia de bóvedas y *misteriosas,* ni este adjetivo es más que un ripio.

«Y luego aquellas bóvedas
Gimiendo misteriosas,
Al cielo parecía
Que enviaban *su* oración.»

¿La oración de quién?... ¿De las bóvedas?... ¿De las tumbas?... ¿De las manos?... Sería bueno saberlo.

No porque ello importe gran cosa, sino por satisfacer la curiosidad.

Sigamos:

«Sólo una tumba *triste...*
(¿Tumba triste dijiste?...
¿Cuándo una alegre viste?...
Siempre se dice así.)
Sólo una tumba *triste,*
Sin flores, *olvidada,*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En medio de las otras
(¿Precisamente en medio?
Para espantar el tedio
No estaba mal allí.)

Repitamos, que lo bueno debe repetirse:

Sólo una tumba *triste*,
Sin flores, *olvidada*,
En medio de las otras
Con susto contemplé.
(¿Con susto nada menos?
¡Qué asustadizo, eh!)

—

¡Qué tumba tan *sombría*
Al cierzo abandonada!...»

Qué tum...batan... ¡Qué oído!...

Y lo que es el cierzo ¡buen daño puede hacer á una tumba!

Si se tratara de un barquichuelo... ya era otra cosa.

«¡Qué tumba tan sombría
Al cierzo abandonada!
No crecen cerca de ella
Ni flores ni ciprés...»

¡Ah! pues menos mal; porque si creciera cerca de ella el ciprés, aún sería mucho más sombría.

Si es que era *sombría* ya; que yo creo

que aquello de sombría lo dijo el *vate* por decirlo, como dicen estos *vates* casi todas las cosas.

Bueno; y, aparte de esto, fuera ó no fuera sombría la tumba, ¿no es verdad que da lástima que toda una Imprenta Nacional, aunque sea la de una nación como Costa-Rica, se emplee en imprimir estas bagatelas?

O estas otras:

«SU PAÑUELO

Cuando aspiro su perfume
Con éxtasis y embeleso...»

Eso... eso...

Eso no puede ser.

Porque después del éxtasis ya no hay embeleso que valga.

Se comprende que el autor se embelese con un pañuelo ó con cualquier cosa: por las trazas parece que debe de ser muy fácil de embelesar; pero ha de ser antes de llegar al éxtasis. Después de haber llegado al éxtasis, ¿qué embeleso cabe?

Quiere esto decir que tratándose de cosas ó de ideas de un mismo orden, en lo más va incluído lo menos, y, por consiguiente, al hacer enumeraciones ó gradaciones hay que poner lo menos antes que lo más.

Pues, de poner lo más antes que lo menos, resulta una incongruencia propia sola-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente de quien no conoce el significado de las palabras.

En nuestra última guerra civil militaba en el campo carlista un príncipe rumano destronado, muy conocido en todo aquel ejército: el príncipe Gika.

Sabía un poco de italiano, otro poco de francés y otro poco, pero muy poco, de castellano; de modo que mezclando graciosamente al hablar lo poco que sabía de estos tres idiomas con algo del nativo, le resultaba un galimatías incomprensible.

En cierta ocasión en que estaba muy enojado contra los cínifes, que no le habían dejado dormir, expresaba y hasta quería razonar filosóficamente su enojo en esta forma:

«Il mósquito qui viene, pica y seva... está muy bien, señor; es su instituto. Pero el que se deturna haciendo hiiiiii... ese mi fastidia du mucho, du completamente, du bastante.»

Ponía él los adverbios en este orden precisamente, porque creía que *bastante* era ya lo último y que expresaba más que *mucho* y que *completamente*.

¿Creerá también este vate que éxtasis es menos que embeleso?

Veamos en qué para... Y eso que, por si no para en bien, mejor será pasar á otra estrofa.

«De noche, cuando me envuelve
La aflicción *entre* sus velos,
Y miro abrirse *entre* mi alma
De *la* duda abismo negro...»

¿Entre su alma y qué?...

Porque para que pueda tener aplicación esa palabra *entre*, ha de haber por lo menos dos cosas.

Y como ahí no aparece más que el alma, sustancia simplicísima, no hay manera de aplicar el *entre*.

Lo natural era que dijera que el abismo se abría *en* su alma; pero el *en* se le figuró que no llenaba el verso, y... ripio al canto.

Se equivocó en esto también, porque el verso con el *en* sería más suave:

«Y miro abrirse en mi alma.»

Aparte de que, para bien ser, llevando la palabra *duda* el artículo determinativo *la*, también la palabra *abismo* debiera llevar el determinativo *el*, para que resultara que el vate veía abrirse *el* abismo de *la* duda, y no que veía «abrirse abismo de la duda,» que es una construcción defectuosa.

¡Qué vates éstos, á quienes no solamente hay que corregir los prosaísmos y las faltas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de armonía, sino que hay que enseñarles sintaxis!

De este mismo Sr. Cardona aparece en *La Lira* susodicha otra composición, titulada *La pelea de gallos*, por la cual se ve que el autor conoce la fiesta. Lo que no conoce es el numen necesario para describirla en verso.

Por eso se tropieza en ella con cada prosaísmo que espanta.

Empieza así:

«Con arrogancia *sin igual, altivo...*»

Y no se puede pasar del primer verso sin señalar un defecto grave, una falta de armonía, una aliteración en que no incurre un simple alumno de retórica que tenga el oído un poco educado.

«Sin igu*al-al*... tivo...»

Puesto que *sin igual* es un ripio á todas luces, ¿por qué no haber empleado para llenar el verso, en lugar de ese ripio, otro cualquiera que no acabara en *al*?...

O haber empleado en lugar de *altivo* otro epíteto que no empezara con *al*, puesto que la rima es de romance, y *altivo* no tiene en la composición consonante obligado.

«Con arrogancia sin *igual, altivo,*
Por *entre* el circo *ufano* se pasea...»

¡Dale con el *entre!*

No, señor. Se paseará por el circo; pero no por entre el circo.

Nada, que á este Sr. Cardona no le enseñaron en la Escuela Normal lo que significa *entre*, y no lo sabe todavía.

A pesar de lo cual le consideran sus paisanos como vate, y le imprimen sus cosas en la Imprenta Nacional de Costa-Rica...

Rica en malos versos.

«Con arrogancia *sin igual, altivo,*
Por *entre* el circo *ufano* se pasea...»

Y ahora se averigua que el *altivo* del primer verso era tan ripio como el *sin igual* por lo menos, y que, por consiguiente, la dureza que entre los dos producen era innecesaria. Porque viniendo después el adjetivo *ufano*, aplicado igualmente al gallo, sobraba el *altivo*... Y verá el autor con qué facilidad se puede hacer desaparecer y pudo él haber evitado la dureza del primer verso y el defecto gramatical del segundo. No hay más que sustituir el *altivo* en el primer verso con el *ufano* del segundo, y quitar el *entre* haciendo otra construcción más castellana. Así:

Con arrogancia sin igual, ufano,
Por en medio del circo se pasea...

Y vamos adelante:

«La pata armada de cuchilla corva
Que sustituye la punzante espuela.»

En primer lugar, dicho así, no se sabe si la cuchilla sustituye á la espuela ó la espuela á la cuchilla.

El autor parece que habrá querido decir lo primero; mas para esto tenía que haber dicho:

Que sustituye á la punzante espuela.

Pero, de todos modos, queda otro disparate.

¿Cómo la cuchilla corva puede sustituir á la punzante espuela? ¿Es que el gallo ha llevado punzante espuela alguna vez?...

Acaso el autor habrá querido decir que *semeja*, y ha dicho *sustituye;* porque como confunde el *entre* con el *en*, confundirá también el verbo *sustituir* con el verbo *semejar*.

O creerá que, escribiendo en verso, la licencia poética autoriza para emplear unas palabras por otras.

Así está toda la composición llena de defectos.

Entre otros versos que no pueden pasar, se encuentra éste:

«Que *reune* fuerza en el cansado músculo.»

Claro es que esto no es ni puede ser un verso endecasílabo; pues para que lo fuera habría que pronunciar la palabra *reune* de modo que no tuviera más que dos sílabas, y tiene tres siempre: *re-u-ne*.

Porque como la *e* y la *u* no pueden formar diptongo, á no ser cargando el acento en la *é*, para que *reune* tuviera dos sílabas habría que pronunciar *réune*, acentuando la *é*, ó *rune*, suprimiendo la *é* por completo y diciendo:

«Que *rune* fuerza en el cansado músculo...»

Verdad es que no tiene nada de extraño que un simple dependiente de un comercio en Costa-Rica, sin segundos estudios, quiera comprimir el verbo *reunir* hasta hacerle de una sílaba menos; porque bien cerca tenemos á D. Manuel del Palacio, académico de la Española de la Lengua, que hace lo mismo.

En esa sección de *chispas* sin chispa que escribe para *El Imparcial*, empeñándose en destruir por entero la reputación que tenía de escritor ingenioso, ya que no de poeta de altos vuelos, que en este último concepto nadie le tuvo nunca, publicó el otro día el pobre D. Manuel una fabulita muy sosa, muy sosa, que empezaba así:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«No sé si en tiempo de Esopo,
De Iriarte ó de Lafontén,
Reuniéronse en asamblea
Los jumentos una vez...»

Se han reunido muchas veces, y aun se reúnen ahora con sobrada frecuencia, casi todas las noches; de manera que el hecho en sí no tiene nada de particular.

Lo particular es que, quien presume de saber hablar y escribir en castellano, crea que

«*Reuniéronse* en asamblea»

puede ser un verso octosílabo.

No lo es, sino de nueve sílabas, á no ser que, en lugar de *reuniéronse*, digamos *runiéronse*.

Y es más de notar aquí la falta de oído y, en una palabra, la... academiquería del autor, por cuanto fácilmente pudo haber sustituído el verbo *reunir* con el verbo *juntar*, y haber dicho:

«Juntáronse en asamblea»,

con lo cual ya el verso no hubiera sido malo.

Mas dejemos á D. Manuel del Palacio y á los demás académicos que se *runan* en

asamblea cuando les dé la gana, y volvamos á nuestro Cardona costa-riqueño.

Del cual ha coleccionado el Máximo coleccionador en la consabida *Lira* esta otra composición, titulada *Al partir*, y dedicada *á mi amigo* (al suyo, ¿eh?) *Renato Agüero:*

«¡Qué triste es la partida, caro amigo!...»

Así es. Bien dicho, y en prosa.

Porque, claro está que, aun cuando ese primer renglón de Cardona tenga once sílabas y los acentos correspondientes á un endecasílabo regular, no deja de ser prosa por eso.

«¡Qué triste es la partida, caro amigo,
Cuando se *quedan* en *lejana* tierra!...»

¡Hombre, no! La tierra de donde uno parte no puede ser lejana, á lo menos *al partir*. Será tierra lejana cuando el que partió haya llegado á su destino, si va lejos; pero precisamente *al partir*, y momentos después, la tierra que se deja no es lejana, sino próxima, muy vecina.

Y además, no está bien la asonancia del final del verso con el final del primer hemistiquio, de *tierra* con *quedan*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Adelante:

«¡Qué triste es la partida! Yo he *escuchado*,
Emocionado...»

Esto es peor.

Aquí ya no hay asonancia, sino consonancia entre el final de un verso y el hemistiquio del siguiente; defecto que sólo es tolerable cuando se repite exprofeso en todas las estrofas.

Aun así, no lo han hecho apenas más que los poetas malos de la época de la decadencia gongorina.

Y Jovellanos, que no fué poeta ni malo ni bueno, sino un versificador presumido é insufrible.

Vamos á ver:

«¡Qué triste es la partida! Yo he escuchado,
Emocionado y *pálido*, las quejas
Que en tu *profunda* y *sin igual* congoja
Sufriendo dabas á tu suerte *adversa*.»

Mucho ripio, mucho.

¡Miren ustedes que esa congoja *profunda y sin igual!*...

También la arrogancia del gallo *era sin igual* hace poco.

De manera que, siendo *sin igual* la arrogancia del gallo y también *sin igual* la

congoja de Agüero, las dos cosas son ya iguales en algo, en eso de ser sin igual; y siendo iguales en algo las dos cosas, ya no es sin igual ninguna de ellas, ni la congoja ni la arrogancia.

Sirva esto al joven Cardona para entender que no debe abusar del ripio *sin igual* ni de ningún otro, y adelante:

«Yo sé que al ausentarte de este suelo
Te rompe el corazón la *aguda* pena:
La dejas á *ella* y dejas á un hermano...»

Y por dejar, deja también el autor el arte métrico y el oído poético en el mayor abandono.

Porque ese verso de

«La dejas á *ella* y dejas á un hermano,»

ni es endecasílabo ni es nada que lo parezca.

¡Caracoles!... ¡Si es más largo que la mala fama de un concejal de Madrid!

Al autor le habrá parecido que la preposición *á* y la primera sílaba de *ella* podían, por sinalefa, formar una sola; pero esto no es posible, porque la *a* está acentuada y la *e* también, y tienen que sonar las dos, y sonando ambas, ese primer hemistiquio no puede tener menos de seis sílabas:

«La-de-jas-á-e-lla.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y como el resto del verso tiene otras siete:

«Y dejas á un hermano»,

ya ve el joven Cardona por dónde va la suma: *seis* y *siete*, trece.

Y aunque la *y*, conjunción con que empieza el segundo hemistiquio, se junte con la *á* final del primero, lo cual no deja de ser un poco duro, siempre quedan doce sílabas irreducibles.

Aparte de que también es defecto la asonancia de *ella* con *pena;* defecto que no disminuye porque el vate la haya puesto á *ella* con letra bastardilla, sino que, por el contrario, crece, porque se fija más la atención en la asonancia.

«La dejas á *ella* y dejas á un hermano
Que está gozando de la dicha eterna.»

Entonces no le deja ahí, sino en el Cielo; y del Cielo, á la misma distancia se está en Costa-Rica que en cualquiera otra nación más grande.

«Y... luego, cuando en medio del Oceano
Contemples alejarse la ribera,
Que envuelta entre las sombras de la tarde
Dibujase hacia *allá*, cual nube incierta...»

Hombre, será hacia *acá*. Si el vate no se marcha, si se queda en el punto de donde parte el amigo, tiene que decir hacia acá.

O no decir hacia acá ni hacia allá, sino que la ribera desaparece.

Así no había necesidad de cambiar los términos...

Nada, que en cuanto un vate de éstos se engolfa un poco en su inspiración, llamémosla así, ya no sabe por dónde anda, ni si va ó si viene.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Otro vate costa-riqueño.

Al hacer de él un poco de biografía, don Máximo el coleccionador se sale de madre y empieza:

«Es una esperanza en flor que se abre lujosa...»

Todas las esperanzas están en flor, señor D. Máximo; porque si hubieran ya granado, ya no serían esperanzas, sino realidades. Pero siga usted:

«Es una esperanza en flor que se abre lujosa. Cuenta apenas veintitrés años...»

¡Y tan joven y ya... biografiado!

que diría nuestro Espronceda.

Pero continúa el coleccionador diciendo del vate:

«No tiene pasado: su porvenir se adivina...»

Vamos, viene á ser aquello que se pone acá en las hojas de servicios de los militares que no han estado en campaña: «Valor, se le supone.»

Lo malo es que la suposición del valor poético del Sr. Echeverría (D. Aquileo J.), que es el vate de quien se trata, no podrá durar mucho.

El biógrafo, después de decir lo que queda copiado, añade:

«Y en estas tres líneas pudiéramos condensar su semblanza, si no fuera que su poesía es filigrana...»

¿Nada menos?... Pero aunque sea así; aun concediendo que su poesía sea filigrana, no se ve la ilación. ¿Qué tendrá que ver que la poesía sea filigrana para que no se pueda condensar la semblanza del autor en tres líneas?... En fin, dejemos al biógrafo explicarse:

«Y en estas tres líneas pudiéramos condensar su semblanza, si no fuera que su poesía es filigrana y que sus versos tienen algo de todas las novedades.»

Tampoco esta segunda razón es para convencer demasiado; pero sigamos al biógrafo:

«Naturaleza predispuesta al *dolce far niente*, no tiene fuerza bastante para vencer sus inclinaciones, y vive mucho en el café...»

Hombre, eso no se dice, D. Máximo: eso es meterse en la vida particular de los vates, que, naturalmente, unos son menos trabajadores que otros.

Sin que, en la mayor parte de los casos, la holgazanería sea en ellos defecto lamentable, sino, por el contrario, cualidad excelente.

¿Qué perderíamos acá, verbigracia, con que fueran unos holgazanes de tomo y lomo Carulla y Cánovas y Polo y Peyrolón?...

Estos dos apellidos últimos no corresponden á dos escritores distintos, sino á uno solo, afortunadamente.

Lo advierto porque siempre es mejor tener un escritor malo que tener dos de la misma calidad.

A este propósito recuerdo una frase ingeniosa de una señorita amiga mía, que ahora es la Marquesa de E., y que siempre se ha distinguido por su discreción y talento.

Hallábase durante la temporada de baños de mar en uno de los puertos del Cantábrico, y la obsequiaba, como suele decirse, aunque á ella no la parecía obsequio, un muchacho llamado Herrero, de muy poco numen el infeliz y muy porfiado.

De oirnos con frecuencia á los amigos darla bromas con la pretensión, una niña,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prima suya, quiso también una tarde embromarla, y en lugar de llamar al pretendiente Herrero, le llamó Herreros.

—¡Ay, hija, por Dios, no los aumentes! —la dijo la embromada con una espontaneidad encantadora.—No es más que uno —añadió dirigiéndose á los dos ó tres contertulios más próximos,—y me está siempre martillando los oídos; con que si fueran varios, sería cosa de no poder vivir.

Mas volviendo al caso de la holgazanería de ciertos escritores: ¿qué hubiéramos perdido en España con que desde hace unos veinte años hubieran vivido entregados al ocio más completo D. José Echegaray, Don Manuel del Palacio, D. Benito Pérez, Don Juan Valera y hasta Doña Emilia?...

Pues nos hubiéramos quedado sin el cuento repugnante de *La sed de Cristo*, sin las *verduras* de *Una cristiana* (falsificada) y de *Insolación*, sin *Angel Guerra*, sin *Juanita la lata*, digo, *la larga*, y sin otras muchas largas, digo, latas por el estilo, todo lo cual no era perder, sino ganar bastante.

Y continúa el coleccionador biografiando: «Estudió poco en un colegio (esto ya casi es faltar, D. Máximo); dió de mano á los libros, y pronto las necesidades de la vida le exigieron la parte de trabajo que á todos nos corresponde... (Lo que hizo Fray Gerundio: colgar los libros y meterse á predicador; de modo que el caso no es nuevo.) Trasnochador eterno, él pudiera decir lo que Manfredo en el poema de Byron: *Yo he velado más que las estrellas*. Y, sin embargo, ¡cuán pocas horas ha dedicado al estudio!...»

¡Caramba, caramba!... Esto es ya mucha reprimenda... Y al fin y á la postre no será este vate peor que los demás congregados por D. Máximo, de seguro.

Al contrario.

En algunas de las composiciones del señor Echeverría hay cierta espontaneidad y frescura muy agradables, como en la titulada *Ven*, cuyo final sería precioso si no le hubiera deslucido el autor por seguir un precepto gramatical, es decir, antigramatical, de la Academia.

¡Y dice D. Máximo que ha estudiado poco!...

Ha estudiado de sobra, por lo visto.

Porque lo poco que ha estudiado, no ha sabido escogerlo.

Como tampoco D. Máximo ha sabido escoger las composiciones que había de colocar en la *Lira*.

Porque ¿á quién se le ocurre poner en una colección de lujo, como pone D. Máximo del Sr. Echeverría, una cosa titulada *Ramillete*, una serie de composiciones cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas ó de cantarcillos dedicados á señoritas y escritos en abanicos ó en álbums, de prisa y corriendo y por compromiso?

A no ser que le quiera mal, y lo haya hecho adrede...

Vaya una muestra:

«Tienes más sal que *la mar;*
Pero es tan dulce tu boca,
Que si tu labio el mar toca,
Por fuerza se ha de endulzar.»

Redondilla ripiosa y mala y desgraciada, que, para su mayor desgracia, suscita el recuerdo del gracioso cantar andaluz, con el cual no puede sostener competencia:

«Antiguamente eran dulces
Todas las aguas del mar:
Escupió en ellas mi niña,
Y se volvieron *salás*.»

Otra muestra:

«Para retratarte, Elena,
Necesito en la paleta
Colocar una violeta,
Un jazmín, una verbena...»

Y todo lo que usted quiera; pero es muy fea esa asonancia de los versos 1.° y 4.°,

consonantes entre sí, con el 2.° y el 3.°, consonantes entre sí también.

Cuando acababa de formarse el idioma y estaba todavía en formación la métrica castellana, no es tanto de extrañar que cayeran en ese defecto escritores ilustres como Baltasar de Alcázar, que dijo describiendo la taberna:

«Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.»

Pero hoy, después de las constantes observaciones de la crítica en ese sentido, el tal defecto es imperdonable.

Veamos la décima entera:

«Para retratarte, Elena,
Necesito en la paleta
Colocar una violeta,
Un jazmín, una verbena.
Y en una hoja de azucena
Blanca como tú, *criatura,*
Suave, bella, tersa, pura,
(¿La criatura ó la hoja?
Tal duda nos acongoja.)
Bosquejar *con mucho tino*
Ese conjunto divino
De virtudes y hermosura.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El autor permitirá que se le diga que, además del defecto antes notado, el vocativo *criatura* es un ripio muy feo, y mucho más estando prensado, como le ha puesto él, para que no aparezca más que con tres sílabas, cuando tiene cuatro: cri-a-tu-ra.

Así, con cuatro sílabas, usó Zorrilla esa palabra hermosamente en el *Día sin sol*, donde dice la serpiente á Eva:

«¡Y á tí te llamarán la criatura!...»

Así la usó también Eusebio Blasco en el *Joven Telémaco:*

«¿Y tanta palabra vana
Para nada? Criatura,
Esta será la futura
Filosofía alemana.»

Además, el verso compuesto de cuatro epítetos:

Suave, bella, tersa y *pura,*

es un puro ripio, ó cuatro en una pieza.

Y otro ripio es el *con mucho tino* del verso antepenúltimo, que no tiene otro oficio que concertar con el *conjunto divino.*

Otra muestra:

«Cuando pasas, niña hermosa,
Junto al cuartel principal,
El cabo grita: «¿Quién vive?»
Y tú respondes: «¡La Mar!»

Repito lo dicho en uno de los artículos anteriores:

¡Que en imprimir estas cosas se emplee una Tipografía Nacional!

Otra muestra:

«Pareces, por tu salero,
Ser, Angelina, española
De las que pasan diciendo
Arrecójanme la çola.»

¿Y por dónde pasan las españolas diciendo eso?...

¡Bah! Iba á darle á usted las gracias en nombre de las españolas por la justicia que las hace usted en los dos primeros versos; pero después de ese *arrecogimiento* de la cola, *arrecojo* yo también la intención, y en paz.

Otra muestra:

«Querer el número hallar
De tus cualidades bellas,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es como querer contar
Las arenas de la mar
O del cielo las estrellas.»

Muy bonito para improvisado en una tertulia y escrito en un abanico con lápiz malo, de modo que se borre pronto.

Y sigue la serie:

«De una sonrisa de Dios
Naciste tú, niña hermosa,
Y con tus sonrisas nacen
Los claveles y *la rosa*.»

Mejor hubiera sido decir *las rosas* en plural, como los claveles, puesto que el consonante no era obligatorio ahí no estando concertados tampoco los versos 1.° y 3.°; pero de todas maneras... sonce, muy sonce.

Otra muestra:

«Un andaluz *renegado*
Te miraba esta mañana,
Y exclamaba *entusiasmado:*
¡Que muera yo *condenado*
Si esta chica no es paisana!»

Bueno; pero ¿por qué había de ser *renegado* el andaluz? ¿Para concertar con *condenado* y con *entusiasmado?*

¿Y no sabe usted que los renegados no se entusiasman?

Sigue:

«No importa que te disfraces,
Porque te conoceré
En los granillos de sal
Que va dejando tu pie...»
(¡Y que todo esto se imprima!
¡Vamos! ¿le parece á usté?)

Y concluye la serie:

«Su imagen y semejanza
Puso Dios en la *criatura*...»

¡Otra vez la *criátura* comprimida!
¡Qué vocación, señor, tan decidida!

«Su imagen y semejanza
Puso Dios en la *criátura:*
Si es Él parecido á tí,
¡Cuánta será su hermosura!»

¡Es claro! Después de tantas fruslerías, había que concluir el ramillete con una blasfemia.

Digno remate.

Lo que sigue es un romance en endecasílabos titulado no más que: *En la primera página del álbum de la señorita Adela Sáenz.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
010431

Empieza así:

«Las páginas de tu álbum, una á una
De dulces cantos llenarán los *puetas*...»

El autor escribe poetas; pero como no se puede pronunciar así sin que el verso deje de ser endecasílabo, porque la *o* y la *e* no pueden formar diptongo con acento en la *e*, yo he escrito la palabra de la manera como únicamente puede pronunciarse para que no tenga más que dos sílabas.

Aparte de este defecto y el del primer verso, que también resulta duro por una sinalefa impropia, y otros varios al símil, el romance no es del todo malo.

Peor es el que sigue en octosílabos, titulado *Cómo es ella*, donde hay prosaísmos, durezas y chocarrerías, y todo lo necesario para hacerle desagradable.

Véase la clase:

«Es alta como *un palmito*
Que se lo envidian las palmas,
Y *una facha* tan marcial
Que parece generala.»

¿Es alta y *es* una facha?... Porque tal es la fuerza de la conjunción, no habiendo otro verbo...

De manera que á lo pedestre de la idea y de las frases, se une la falta de sintaxis para coronar la mala obra.

Y después:

«Tienes los ojos muy *lindos;*
Unos ojazos, caramba,
Capaces de *darle* fuego
A las mismísimas llamas...»

Otra vez la sintaxis, digo, la ausencia de la sintaxis.

Porque ha de saber el Sr. Echeverría que no se puede decir *darle* fuego *á las llamas*, el artículo en singular y el nombre en plural; sino que hay que decir darles, ó darlas, que es mejor, pero en plural sin remedio.

Se puede muy bien suprimir aquel artículo que va unido al verbo *dar*, porque no es necesario poniendo el nombre después: se puede decir sencillamente *dar fuego á las llamas;* pero de poner el artículo, hay que ponerle concertado con el nombre en género, número y caso.

Es verdad que en ese mismo defecto en que incurre el joven Sr. Echeverría, que según el biógrafo ha estudiado poco, suele incurrir también Doña Emilia, que seguramente ha estudiado menos; la cual concluye así un cuentecillo insustancial, como casi todos los suyos:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—«¿No quiere usted conceder*le* nada á *las* casualidades?»

Pero crea el Sr. Echeverría que eso, aunque lo diga Doña Emilia, no se debe decir. Y si se encuentra alguna vez esa mala concordancia en alguno de nuestros escritores clásicos, es más caritativo atribuirla á error de cajistas ó de correctores, que no del escritor. Mas aun cuando claramente constara que un buen escritor había escrito así, no se le podría seguir en eso, porque no hay autoridad tan grande que pueda legitimar un desatino.

En una seguidilla dice el vate un poco más adelante:

«De los hombres, morena,
No te *fíes* nunca...»

Para que este segundo verso tenga cinco sílabas, como pide la composición, es necesario pronunciar la palabra *fies* con acento en la *e:*

«De los hombres, morena,
No te *fiés* nunca.»

Y como no se dice *fiés*, sino *fi-es*, resulta... una falta de oído muy notable.

No tenía el vate más que haber suprimido el *te,* que tras de comida tan ligera no

hacía falta, para que resultara corregido el defecto:

«No fíes nunca.»

En un romance titulado *El rebocito nuevo,* dice el vate describiendo á una muchacha:

«Los ojos como dos chispas,
Digo *mal*, *cual* dos luceros

(¿Mal-cual?... Mal oído).

De esos que en noches oscuras
Cruzan *veloces* el cielo.»

¿Veloces?

No van despacio; pero al que los mira desde la tierra, no le producen ciertamente la impresión de que cruzan veloces.

A no ser que el vate llame luceros á las llamadas *estrellas errantes*...

Pero éstas no presentan ninguna analogía con los ojos.

Lo más probable es que el vate puso el adjetivo *veloces* porque fué el primero que le vino en mientes.

Más adelante pone el vate en boca de una niña desdeñosa estas frases:

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«. . . . . No me *emporre:*
Ya le he dicho, caballero,
Que busque con quién jugar,
Que yo no soy su muñeco...
Y, por último, que deje
De *amolarme* con sus ruegos...»

¡Vamos!...

¿No era mucho mejor que no se cultivara en Costa-Rica la poesía, sino el café únicamente?

IV

Mas dejemos ya á Costa-Rica, y vámonos á Guatemala, que está cerca.

Aquí se nos presenta otro vate llamado Martín Ernesto, ó viceversa, con una composición *A una ave*, que no hay más que pedir... los auxilios espirituales á la parroquia más próxima.

Porque en leyéndola es cosa de morirse... de risa.

El vate se dirige *á una ave*, y de buenas á primeras la somete á un interrogatorio minucioso é impertinente, en esta forma:

«¿Por qué no cantas?...»

¡Toma! Pues porque no quiero ni me da la gana—podría contestar el ave si estuviera de humor de entrar en disputas.—¿Qué te importa á tí que yo cante ó no cante? Canta tú si quieres hasta que te caigas de culo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«. . . . . No me *emporre:*
Ya le he dicho, caballero,
Que busque con quién jugar,
Que yo no soy su muñeco...
Y, por último, que deje
De *amolarme* con sus ruegos...»

¡Vamos!...

¿No era mucho mejor que no se cultivara en Costa-Rica la poesía, sino el café únicamente?

IV

Mas dejemos ya á Costa-Rica, y vámonos á Guatemala, que está cerca.

Aquí se nos presenta otro vate llamado Martín Ernesto, ó viceversa, con una composición *A una ave*, que no hay más que pedir... los auxilios espirituales á la parroquia más próxima.

Porque en leyéndola es cosa de morirse... de risa.

El vate se dirige *á una ave*, y de buenas á primeras la somete á un interrogatorio minucioso é impertinente, en esta forma:

«¿Por qué no cantas?...»

¡Toma! Pues porque no quiero ni me da la gana—podría contestar el ave si estuviera de humor de entrar en disputas.—¿Qué te importa á tí que yo cante ó no cante? Canta tú si quieres hasta que te caigas de culo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero en lugar de contestar de este modo, ó de otro parecido, á las importunas preguntas del vate, el ave toma el partido de no contestar ni una palabra, á pesar de lo cual el poeta sigue preguntándola tan campante:

«¿Por qué no cantas?... Tu plumaje de oro
¿Por qué no luces, ave encantadora?...»

¡Otra y van dos!

Ya no solamente inquieta al versificador el que no cante el ave, sino el que no luzca su plumaje de oro.

¡Miren ustedes qué más le dará á él!

Pero es muy propio de todos los poetas malos el meterse en lo que no les importa, y el ser preguntones.

Bien se acordarán ustedes de que lo mismo hacía el Marqués de Auñón, antes de ser Duque de Rivas, con aquel árbol infeliz á quien molió á preguntas, casi todas insustanciales:

«Arbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van?...»

Etcétera.

Y también se acordarán ustedes de que hacía otro tanto el Marqués de Valmar, cuando trataba de la mujer y decía:

«¿Por qué en su pecho como en *móvil lira*
De las obras de Dios *vibra* el acento?
¿Por qué feliz su corazón suspira?...»

Etcétera.

Por cierto, aquello de la *lira móvil* del Marqués de Valmar, dicen que fué lo que sugirió al *inolvidable* Ministro de Hacienda D. Juan Francisco Camacho, la idea del sello móvil con que tanto fastidió á la gente.

Y aún sigue fastidiándola después de difunto.

Pero volvamos á D. Ernesto que continúa preguntando al ave:

«¿Por qué no cantas? *Tu plumaje de oro*
¿Por qué no luces, ave encantadora?...
¿Por qué tu dulce voz no se une al coro
Que tus hermanas cantan á la aurora?
¿Por qué no cantas?...»

¿Otra vez?

¡Por qué no cantas, por qué no cantas!

A lo mejor porque no sabrá, ó porque cantará mal. Habla usted de *su plumaje de oro;* de manera que regularmente *el ave* interpelada será algún faisán, cuyo canto consiste en una serie de graznidos monótonos y desagradables; y si es así, si el ave esa tiene el convencimiento de que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

canta mal, hace bien en no cantar, y yo la alabo el gusto.

¡Ojalá imitaran ese ejemplo algunos *poetas!*

Siga usted:

«¿Por qué no cantas, tierna amiga mía?
¿Lloras las penas?...»

¡Ahora sí que sale!... Pues si llora, ¿cómo había de cantar? Bien podía usted haberse fijado antes en que lloraba, para no atormentarla tanto con «por qué no cantas, por qué no cantas.»

«¿Por qué no cantas, tierna amiga mía?
¿Lloras las penas de un aleve amor?
¿Es por ventura que la *suerte impía*
Tronchó tu adorable ilusión en flor?»

¡Caracoles, qué verso!...

¡Y tanto preguntar al pájaro por qué no canta!

Más le valiera á usted hacer lo mismo, no cantar. ¡Lo que es para cantar así!

«Tronchó tu adorable ilusión en flor.»

¿Le parece á usted que eso es un verso endecasílabo?

Para que lo fuera habría que descoyuntarle y acentuarle de alguna de estas dos maneras:

«Tronchó *tuadóra-blilusión* en flor.»

O bien, es decir, ó mal igualmente:

«Troncho *tuadorablílu*-sión en flor.»

Aparte de que, de todos modos, eso no habría podido hacerlo la suerte impía *por ventura*, como usted dice, sino por desventura.

«¡Tronchó tu adorable ilusión en flor!»

¡Usted si que troncharía con ese verso nuestra ilusión, respecto de sus facultades poéticas, si la hubiéramos tenido!

Y vamos adelante.

Aquí el *poeta* para hacer al ave más fuerza y decidirla á cantar la arguye con el propio detestable ejemplo, diciéndola:

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto...»

Sí, ya le oímos, y lo hace usted bastante mal, por cierto.

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto;
Un amor tiene mi alma lacerada,
(Si no es más que uno solo... eso no es nada)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, *sin embargo*... *(¡Bueno! y otro al canto,*
Que es el segundo de la temporada.)

¡Mire usted que dos *sin embargos* en un solo cuarteto! Cuando uno solo no sería pasable, por ser *sin embargo* una de las frases más antipoéticas que se conocen.

«Yo también sufro, y, *sin embargo*, canto;
(Y yo sufro sus versos y me aguanto)
Un amor tiene mi alma lacerada,
Y, *sin embargo*, al ruido de mi canto
Se mezcla el de sonora carcajada.»

¡Claro! La carcajada del lector ó del oyente al encontrarse con una salida de tono como aquélla del *tronchamiento* de la ilusión *adorable*.

Por eso precisamente es por lo que, más cauta el ave, no quiere cantar, á pesar de las excitaciones de usted; porque no se rían de ella.

Adelante:

«¿A qué regar con llanto nuestra vida?
¿A qué apurar las heces del dolor?...
Pronto olvidamos la ilusión perdida
Y en nuestra alma ahogamos el amor.»

Ahogamos... olvidamos... Eso le pasará á usted, que será un coquetón de siete suelas. Pero ¿cree usted que á todos nos pasa lo mismo?

A más de que esos dos últimos versos del cuarteto no tienen nada que ver con los anteriores.

Como tampoco, ni los últimos ni los primeros, tienen nada que ver con el ave preguntada y repreguntada al principio de la composición con tanto ahínco.

Mas en el cuarteto siguiente, que, gracias á Dios, es el último, el *poeta* vuelve á dirigirse al ave, aunque ya no en tono de pregunta, sino en tono de consejo, con mucho cariño y muy poca prosodia, diciéndola:

«Canta, mi adorable avecilla, canta.»

¡Dí que no quieres, avecilla, ó avechucho, ó lo que seas! Para cantar así, como él, no quieras cantar.

¡Caramba con el hombre! Cuando más descuidado va el lector leyendo sus versos, en la seguridad de que no tendrán sustancia, pero confiado en que sonarán siquiera regularmente al oído, le suelta uno de esos destempanantes.

Como aquél de arriba:

«Tronchó tu adorable ilusión en flor.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

O como éste de ahora:

«Canta, mi adorable avecilla, canta...»

¡Es que no acabo de entender cómo puede creer D. Ernesto que eso sea un verso endecasílabo!

Acabemos:

«*Canta, mi adorable avecilla, canta;*
Despliega altiva tus *doradas* plumas...»

Así; que no pase ninguna cosa sin su adjetivo.

«Canta, mi adorable avecilla, canta;
Despliega *altiva* tus *doradas* plumas,
Y entona himnos al sol que se levanta
Disipando las intangibles brumas...»

¡Caspitina!... Es que cada vez van menudeando más los malos versos.

Lo que vale es que este cuarteto ya es el último, que si viniera otro después, probablemente tendría todos los cuatro versos descompuestos.

Comenzó el vate por poner uno solo en el segundo cuarteto, y en el quinto ya puso dos.

Con que si los cuartetos fueran diez y

ocho ó veinte, no es fácil saber cómo había de concluir.

¡Cuidado con los versitos que gasta el hombre!

«*Canta, miadóra-bleavecilla, canta...*
Disipandólas-intangibles brumas...»

O si no:

«*Cantamiadorableáve-cilla, canta,*
Disipandolasintan-gibles brumas.»

Afortunadamente es casi seguro que el ave no se dejará inducir por los malos consejos y peores ejemplos del *poeta* guatemalteco, y seguirá no queriendo cantar.

O á lo menos, aun cuando cante alguna vez, no lo hará tan mal como el susodicho vate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Sin salir de Guatemala, y para que no se diga que sólo critico versos de poetas oscuros y desconocidos, verán ustedes qué versos escribe D. Fernando Cruz, académico de la Guatemalteca correspondiente de la Española.

Se dirige á su *hijo José al cumplir dos años*, y le dice:

«Llorando te saludo, *hijito* mío...»

Pase el *hijito*, aunque me recuerda aquello de Mariano Catalina:

«Estos versos te dirijo
A tí, amigo Salustiano,
Y á *Salustianito*, tu hijo.»

Pase el *hijito* y pase lo prosáico del *sa-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ludo, que, tratándose de un niño de dos años, es, además de prosáico, impropio.

«Llorando te saludo, *hijito* mío;
Que en el *albor rosado*...»

Pase el *alborrosado*, por más que no deban hacerse tales conjunciones de letras.

«Llorando te saludo, hijito mío;
Que en el *alborrosado* de la edad
Ya te *circunda aterrador* vacío,
La *negra* noche y el *punzante* frío...»
(Pues abríguele usted... ¡por caridad!)

Y no le enseñe usted desde tan chiquitín á llamar motes á las cosas; porque si se acostumbra ahora á oir llamar á la noche *negra* y al frío *punzante*, cuando sea más grandecito y dé en hacer versos, que sí dará, no va á dejar cosa sin epíteto.

Repitamos la estrofa completa:

«Llorando te saludo, *hijito* mío;
Que en el *albor rosado* de la edad
Ya te *circunda aterrador* vacío,
La negra noche y el *punzante* frío
De *lúgubre* orfandad.»

Ahí está el académico bien caracterizado, disparando epítetos *deum dedere*, ó dé donde diere, que traduciría algún Commelerán de la clase.

Ahí está el académico echando á perder un asunto hermoso con sus malos versos, embadurnando el sentimiento con una trullada de adjetivos chillones y desproporcionados...

Carmine fœdo splendida facta linunt, que decía Horacio de los académicos de su tiempo.

El albor de la edad, *rosado;* el vacío que *circunda* á la pobre criatura, *aterrador;* la noche, *negra;* el frío, *punzante*, y la orfandad, *lúgubre*...

A más de suprimirle el artículo al vacío, porque no cabría en el verso tercero, y poner luego artículos á la noche y al frío para rellenar el verso cuarto.

¿Qué razón habría si no para decir «ya te circunda aterrador vacío», sin artículo, y añadir en seguida «*la* negra noche y *el* punzante frío», con artículo?

Otra estrofa:

«Aquel *risueño* hogar en que viniste
Dos años há no más á la existencia...»

Feo, duro y prosáico, muy prosáico es este segundo verso.

Al que le oiga leer sin verle escrito, le parecerá que la *Existencia* es alguna pana-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dera retirada, que hace ya dos años que no masa.

«*Dos años há no masa-la Existencia.*»

Aparte de lo infeliz é impropio de la frase «venir á la existencia», por venir á la vida ó venir al mundo.

Y aparte de que no es de creer que el niño naciera en el hogar.

Sigamos:

«Aquel *risueño* hogar en que viniste
Dos años há no más á la existencia,
Está *solo* y *oscuro*, *helado* y *triste*...»

¡Ya escampa!

Nos parecía mucho un epíteto en cada verso, y aquí hay en un solo verso cuatro epítetos. Vamos, que es un verso todo de epítetos, todos aplicados al hogar que antes era risueño y ahora está *solo*, *oscuro*, *helado* y *triste*.

Adelante:

«Tu *santa* madre, la mujer *bendita*
Que fué todo mi bien y mi consuelo
Y con ternura nos amó infinita,
Ya en este valle de dolor no habita...»
(¡Partiónos por el medio!)

El vate no lo dice así; pero lo hace.

Porque al final de una estrofa que iba siendo buena, salvo los dos epítetos del primer verso, y aun aquéllos se podían perdonar, pone un

«*Partióse* para el cielo»

que efectivamente parte por la mitad á cualquier lector que se haya ido entusiasmando, especialmente en el cuarto verso, que es inmejorable.

Vamos andando:

«La muerte, siempre en *insidioso* acecho
De cuanto imite aquí felicidad...»

¿Otra vez los agudos?...

Cuando se adoptan consonantes agudos para el medio y final de una estrofa, se deben seguir empleando en todas; porque hace muy mal efecto al lector delicado de oído, después de una estrofa de terminación aguda, encontrarse con otra de terminación llana, y viceversa.

Además, el adjetivo *insidioso*, aplicado al acecho, es muy feo y muy ripio...

Como que significa lo mismo que el sustantivo al que se quiere que modifique, y tanto valdría decir en *acechoso acecho*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y además el segundo verso es todo él muy prosáico.

«La muerte, siempre en *insidioso acecho*
De cuanto imite aquí felicidad,
Rompió de nuestro amor el nudo estrecho,
Dejando sólo ya bajo mi techo
Lágrimas, soledad...»

No hay en toda esta estrofa más que un verso bueno: el tercero. Los demás están llenos de prosaísmos. El quinto es pesado, áspero y frío.

Vamos á ver si hallamos otra estrofa más completa:

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella *nuestro hogar* adornaría...»

¡Hombre! ¿El *hogar* precisamente?...

Adornaría los balcones, la casa, si usted quiere; pero no el hogar.

Hogar es materialmente el sitio donde se atiza; *fogar*, donde se hace *fuego*. Por extensión se suele llamar hogar á toda la habitación donde la familia se calienta á la lumbre, y alguna vez á toda la vivienda; pero no se debe abusar de estas extensiones.

Además, á las colgaduras no se las llama *festivas* aunque sean de día de fiesta; se las llama *lujosas, vistosas*... etc.

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella *nuestro hogar* adornaría,
No hay más que sombras de pesar oscuras,
Desolación, tristezas y amarguras...»

No se entusiasmen ustedes demasiado. Pues aun cuando hasta ahora no va mal del todo, ya cuidará el vate académico de apagar el entusiasmo que pudiera ir naciendo en los lectores, echándoles su correspondiente jarro de agua.

Antes nos *partió* con aquel prosáico «*partióse* para el cielo».

Ahora... verán ustedes:

«En vez de las *festivas* colgaduras
Con que ella nuestro hogar adornaría,
No hay más que sombras de pesar oscuras,
Desolación, tristezas y amarguras...
¡Se fué nuestra María!»

Y, es claro,

¡Se fué la poesía!

¿Cómo no había de irse con ese *se fué*... tan pedestre y tan desdichado?

El buen Gustavo Becker también proporcionó á sus lectores un frío y cruel desengaño con aquel frío y cruel *desengáñate*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con que terminó el penúltimo verso de la última estrofa de *Las golondrinas*.

Pero Becker al cabo no lo hizo más que una vez, mientras que el Sr. Cruz lo hace á cada paso.

Y hace otras cosas tan malas ó peores. Verbigracia:

«*Ingrata con nosotros* la fortuna
Para volver más duros sus rigores,
Muy cerca de las flores de tu cuna,
De *esa* tumba, querida *cual ninguna*,
Sembró las tristes flores.»

¡Cual ninguna!... Cual ninguno estoy por decir que es ese ripio, y eso que los hay muy grandes...

Más adelante dice el vate al niño:

«Yo ¿qué te podré dar, cansado y triste,
Si hay sólo, desde que ella no existe,
(¡Ay qué mal verso hiciste!)
Lágrimas y aflicción?»

Y concluye el vate preguntando:

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?...»

Eso no se puede saber hasta que no vayan pasando los años.

Pero tampoco se podría saber aun cuando el niño no fuera huérfano de madre.

¿Quién sabe lo que ha de ser de los niños, aun cuando tengan padres que cuiden de ellos?

«Sólo Dios tiene la llave
De su oscuro porvenir»,

como dijo Zorrilla.

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*»

¿El porvenir de quién?... Porque había que decirlo. Como dice arriba ¿cuál será la suerte del huérfano? había que decir abajo ¿cuál será *el porvenir* del huérfano? ó para no repetir la palabra *huérfano*, decir ¿cuál será *su* porvenir?

Pero diciendo sólo ¿cuál será el porvenir? no resulta clara la referencia.

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*...
¡Cómo escoge sus víctimas la muerte!...»

¡Anda, salero!... Al mejor preguntar, y sin esperar la contestación á las preguntas ni suponerla, sale con esa reflexión extemporánea... y falsa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque además no es verdad que la muerte escoja sus víctimas. Las escoge Dios en sus altos é inescrutables juicios.

La muerte, aun considerándola poéticamente como un sér, como un esqueleto humano armado de guadaña, no escoge ni hace nada más que ejecutar las órdenes de Aquél que todo lo rige y gobierna.

Así lo reconoce el cantar popular que dice:

«No tengo miedo á la muerte
Aunque la encuentre en la calle;
Que, sin licencia de Dios,
La muerte no mata á nadie.»

Ya ve el Sr. Cruz cómo no ha estado acertado en eso de presentar á la muerte escogiendo sus víctimas.

Pero concluyamos la estrofa:

«¿Y cuál será del huérfano la suerte?
¿Cuál será, sin su madre, *el porvenir?*...
¡Cómo escoge sus víctimas la muerte!
¡Ay, las madres, las madres, digo *al verte,*
Debieran no morir!»

Frío y pobre es este final como casi toda la composición, pues sólo en muy contados y muy breves pasajes está el autor á la altura del asunto.

Y es que el Sr. D. Fernando Cruz no es poeta.

No le otorgó Dios el numen ni la inspiración, y excusado es porfiar: cuando Dios no da esos dones, de nada sirve entrar en una Academia para alcanzarlos; porque como dice aquel aforismo latino, que modificaré ligeramente: *Quod natura non dat, Academia non prestat.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Vámonos ahora de Guatemala á Nicaragua, lo cual, tratándose de poesía, es ir de Guatemala á Guatepeor, seguramente.

Porque nos encontramos, lo primero, con un Ruben Darío, en comparación del cual todos los malos poetas, por muy malos que sean, parecen buenos, ó, cuando menos, regularcillos.

Sus amigos le llaman *decadentista*. Pero eso ya no es la decadencia, es la deshecha más horrorosa.

Hará cosa de ocho años publicó un librito de versos y prosa titulado *Azul*, con un prólogo de Eduardo de la Barra (otro mal poeta, allá de Chile, á quien ustedes conocen), y envió un ejemplar á nuestro eximio D. Juan Valera.

El cual D. Juan, en un acceso de benevolencia, ó, mejor dicho, en dos, de esos que suelen tener los ancianos, dedicó un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

par de aquellas *Cartas americanas* y soñolientas que publicaba en *El Imparcial* á encomiar y ensalzar la obra, diciendo tantas y tantas excelencias del azul folleto y del joven autor, que, en América, las personas de más juicio creyeron que D. Juan hablaba con ironía, y que todo aquello era una sátira.

Se equivocaban ciertamente los que tal creían. D. Juan Valera hablaba en aquellas cartas con seriedad, aunque sin razón, por supuesto.

Y el autor, agradecido, hizo segunda edición de su *Azul*, poniendo en ella las cartas de D. Juan Valera en cabeza de mayorazgo.

El libro está dividido en secciones que se titulan: I. *Cuentos en prosa*.—II. *En Chile*.—III. *El año lírico*.—IV. *Sonetos áureos* (¡así, con modestia!), y—V. *Echos*.

Es decir *ecos*, pero escrito en francés para confundir á los lectores, que, después de una tirada de títulos en castellano, necesariamente han de creer que esos *echos* son *hechos* sin hache.

Azul... Parece que Víctor Hugo, entre otras muchas simplezas que dijo en su decadencia, dijo ésta también: *L'art c'est l'azur*. Y éste es el fundamento del título del libro.

Sabido es que todos los escritores de fama han tenido numerosos imitadores, que,

no pudiendo imitar su talento, se han contentado con imitar sus rarezas, sus extravagancias.

Y como Víctor Hugo tuvo en su decadencia tantas extravagancias y rarezas, sus imitadores, á quienes el buen sentido llamó decadentes, han formado una escuela que ellos mismos llaman por gala de los *decadentes* ó *decadentistas*, pero que debiera llamarse lisa y llanamente la escuela del disparate.

Porque el disparate es principalmente lo que se cultiva en ella.

Enamorados los decadentes de ciertas combinaciones de palabras sonoras, ó, empleando su propia frase, de la *instrumentación poética*, á esta sacrifican las ideas, los pensamientos, la lógica, la gramática, todo, absolutamente todo.

La combinación nueva de palabras, el emplearlas en sentido en que nadie las haya empleado nunca, el decir las cosas al revés, como nadie las haya dicho, es su afán constante.

Tienen por sistema cambiar la naturaleza de las cosas y el oficio de los sentidos, y así hablan á lo mejor de un *sonido azul*, de un *aroma verde*, de un *color sabroso* ó *aromático;* en fin, como dicen nuestros chulos, el disloque.

A esta escuela pertenece Ruben Darío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su prologuista de Chile dice de él que tiene el don de la armonía bajo todas sus formas, y alaba como una maravilla este trabalenguas que él llama «acertada combinación de palabras»:

«Agua *glauca* y oscura que *chapotea bajo el viejo* muelle.»

Agua... glau... Parece que rompe á ladrar un perro... Y después, *bajo el viejo...* Aglomeración suavísima de jotas...

Agua glauca y oscura... etc.

¿Han visto ustedes cosa más disparatada?

Pues al académico le parece de perlas.

Mas si entre las muchas cosas que, según D. Juan Valera, sabe Ruben Darío, supiera las fábulas de Iriarte, posible es que dijera como el oso aquél, después de echarse entre sí sus cuentas:

Muy mal debo de bailar, cuando tanto me alaban los académicos de ambos hemisferios.

Porque D. Juan Valera también le alaba muchísimo.

Dice que ningún libro había despertado en él tan viva curiosidad como el *Azul*, *no bien* comenzó á leerle.

Ya se conoce que no comenzó bien.

Y dice más adelante:

«No bien le he leído...»

Claro que no le ha leído usted bien, señor D. Juan. Si le hubiera leído bien, no

diría las cosas que dice, tan exageradas que en América creyeron que eran bromas ó *tomaduras de pelo*.

Hasta con los nombres del autor se entusiasma D. Juan, diciendo académicamente: «Ruben es judáico y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser ó es de todos los países, castas y tribus.»

Y continúa diciendo D. Juan después de haber manifestado su entusiasmo por los nombres:

«El libro *Azul* no es en realidad un libro: es un folleto de 132 páginas; pero tan lleno de *cosas* y escrito *por* estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego se conoce que el autor es muy joven (¡claro! porque se lo dijeron á usted en una carta), que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa, muestra singular talento artístico ó poético.»

Estas cosas y otras así eran las que allá en América se creía que D. Juan las decía en chanzas.

Y seguía D. Juan:

«Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en las *exquisiteces* del pensar y del sentir del autor...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Parece mentira que una persona formal como el Sr. Valera, ó por lo menos que tiene edad para ser formal, aunque no siempre lo haya sido, y aunque haya podido decir aquello de los *chirimbolos de la monarquía*, lo cual le ha estorbado de ser ministro... parece mentira, digo, que una persona como el Sr. Valera afirme todo eso de los refinamientos y las exquisiteces del pensar y del sentir de un autor de quien apenas se sabe lo que ha pensado ni lo que ha querido decir la mayor parte de las veces.

Y sigue D. Juan hablando en académico:

«Ninguno de los hombres de letras de esta Península, que he conocido yo...»

D. Juan ha conocido á la Península... Bueno: él no quería decir eso, pero lo dice...

También dice D. Juan que no sabe lo que debe preferir en el libro de Ruben; si la prosa ó los versos.

No es extraño, porque una y otros «tienen un mérito par», como diría Manolito el de Méjico, Dios le haya perdonado.

En cambio el otro encomiador de Ruben, el prologuista de Chile, poco menos académico que D. Juan, dice refiriéndose á una de las composiciones del año lírico:

«No *trepido* en afirmar que éste es uno de los más bellos trozos descriptivos del Parnaso castellano.»

Sí; bien se comprende que no *trepide* usted, porque la ignorancia es muy atre... *pida* y por nada *trepida*.

Mas dejemos á los encomiadores y verán ustedes cómo son los versos del *poeta:*

«Y dijo la paloma:
Yo soy feliz...»

Bueno: se conoce que era una paloma que andaba estudiando gramática (acaso para dar ejemplo á algunos literatos), y trataba de aprender á conjugar. Yo soy... Tú eres... Aquél es...

Porque de otro modo no hacía falta el *yo*...

A no ser que el *poeta* traduzca sus versos del francés.

En ese caso también se explica el *yo*. *Je suis hereuse:* yo soy feliz.

Adelante:

«Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el *inmenso cielo*...»

Bien podía el *poeta* haber escogido, en lugar de *inmenso*, otro ripio cualquiera que no fuera asonante de *cielo*. Pero, en fin, sigamos:

«Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
En el árbol *en flor*, junto á la *poma*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eso no puede ser, porque no hay *poma*. ¿No acaba usted de decir que el árbol está en flor? Pues hay que esperar por la *poma* una temporada.

Y cuando venga la *poma* ya no estará en flor el árbol.

Adelante:

«Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el *inmenso cielo*,
En el árbol en flor, junto á la *poma*
Llena de miel, junto al retoño *suave*
Y húmedo *por las gotas del rocío*,
Tengo mi *hogar*.»

¡Acabáramos!

Aunque hemos acabado mal, naturalmente.

Porque las palomas no tienen hogar, ni es imagen admisible llamar así al nido.

Y de todos modos no debía decir *tengo mi hogar*, sino *mis hogares*, puesto que, sacando la cuenta por lo que dice la paloma ó por lo que la hace decir el poeta, lo menos tiene tres ó cuatro. Uno en el árbol en flor; otro en el árbol con fruta, junto á la *poma;* otro junto al retoño suave... ¿Cómo es posible que un nido solo ó un solo hogar esté junto á todas esas cosas?

A más de que las *pomas* tampoco están llenas de miel: tienen azúcar y ácido málico...

Y luego el retoño *suave* estará además *húmedo por las gotas de rocío* si es por la mañana; pero si es por la tarde, no es creíble.

Quedábamos en que decía la paloma:

«Tengo mi *hogar*. Y *vuelo*
Con mis *anhelos de ave*...»

Naturalmente. *De ave* tienen que ser sus anhelos, si es que los tiene. ¿Habían de ser de reptil ó de cuadrúpedo?

¡Qué cosas creen necesario advertir estos poetas decadentes!

Verdad es que hacía falta poner un consonante al retoño *suave* que dejamos arriba, y de aquí la necesidad de los *anhelos de ave*.

Y los *anhelos* tampoco sientan bien ahí tan cerca *del vuelo*.

Pero sigamos:

«. . . . . Y vuelo
Con mis *anhelos de ave*,
Del amado árbol mío
Hasta el bosque *lejano*...»

¿Cómo hasta el bosque lejano?... ¿Pues acaso el amado árbol suyo no forma parte del bosque?

Podría decir «hasta el confín lejano del bosque»; pero decir que vuela desde el árbol

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta el bosque, es como si yo dijera que voy desde Madrid hasta España.

A ver qué más dijo esa paloma... si es que era paloma; que yo voy creyendo que no era sino algún palomino atontado.

«Cuando al himno *jocundo*...»

¡Atiza!... ¡Por dónde ha ido á formar escuela el Conde de Cheste!...

«Cuando al himno *jocundo*
Del despertar de Oriente
Sale el alba *desnuda*...
(Mejor es que se vista) y muestra al mundo
El *pudor de la luz* sobre su frente...»

¿Qué será el *pudor de la luz?*... Vamos á ver... discurran ustedes... Pero si no lo aciertan, no se lo pregunten ustedes á Don Juan Valera ni al autor, porque ninguno de ellos lo sabe tampoco.

Y luego ¡buena manera de mostrar el pudor... presentarse desnuda!...

Pero, en fin, eso del pudor de la luz era cosa que nadie había dicho, y para ser original... Adelante.

«En el fondo del bosque *pintoresco*
Está el alerce en que formé mi nido...»

¿Ve usted cómo usted mismo confiesa que

el árbol amado de la paloma estaba en el bosque? ¿Ve usted cómo era un disparate hacer decir á la paloma que volaba del *amado árbol suyo hasta el bosque lejano?*

«En el fondo del bosque *pintoresco*
(Esto pide algo fresco)
Está el alerce en que formé mi nido...»

¡Y luego decía usted ó hacía usted decir á la paloma que el nido, allá cuando le llamaba *hogar,* estaba junto á la poma!... El alerce no tiene pomas... Digo, como no llamemos poma á la piña, y esto me parece bastante violento...

Verdad que también decía usted que estaba el nido ó el *hogar* en el *árbol en flor*, y ahora resulta que está en un árbol que no echa flor, á lo menos en el sentido usual y corriente de la palabra.

¡Es que no se le puede á usted creer nada ni se le puede hacer á usted caso, porque en seguida contradice usted todo lo que ha dicho!

«En el fondo del bosque pintoresco
Está el alerce en que *formé mi nido*...»

Formemini... segunda persona del plural del presente de subjuntivo de la voz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasiva del verbo *formo, as:* vosotros seáis formados, *vos formemini...*

«En el fondo del bosque *pintoresco*
Está el alerce en que *formé mi nido*,
Y tengo allí *bajo el follaje fresco*
Un polluelo *sin par*...»

¡Es claro! siendo uno solo, tiene que ser *sin par*. Aunque no suele tener la paloma un pichón solo, sino dos cuando menos.

«Un polluelo *sin par*, recién nacido.»

Y si dice usted lo de *sin par* como queriendo decir muy hermoso, dice usted un disparate; porque los palomines recién salidos del huevo son tan rematadamente feos, que ni aun á su madre pueden parecer guapos.

Usted no los habrá visto nunca, y creerá que salen ya emplumecidos y hermosos como los polluelos de la codorniz y de la perdiz y de las demás gallináceas; pero, amigo, no: los pichones nacen, si usted quiere llamar nacimiento á la salida del huevo, nacen en carnes y son tripudos y feísimos durante una larga temporada, hasta que emplumecen.

Digo esto para que usted se convenza de que no ha aprendido tantas, tantas cosas como dice D. Juan Valera, y de que no viene mal saber un poco de historia natural para escribir versos de las palomas ó de cualquiera otra clase de vivientes.

Porque de lo contrario se expone el poeta á llamar hermoso á un palomín recién nacido, más feo que la contribución, ó á hacer rumiar á una yegua, como ha hecho otro poeta americano.

Siga la paloma hablando de sí misma:

«Soy la promesa *alada*,
El *juramento vivo:*
Soy quien lleva el recuerdo de la amada
Para el enamorado *pensativo*
(Como el lector al ver este adjetivo).
. . . . . .
Soy el *lirio del viento*
(Y que perdone Góngora un momento).

Porque se le está usted poniendo delante.

Bajo el azul del *hondo* firmamento
Muestro de mi tesoro *bello y rico*
Las *preseas y galas*...
El arrullo en el pico
(Para esto hubo el tesoro de ser RICO),
La caricia en las *alas*
(Para esto tuvo GALAS).
. . . . . .
Yo soy toda inocente, toda pura,
Yo *me esponjo en las ansias del deseo*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y esto... ¿con qué se comerá?... ¿Qué será esto de esponjarse en las ansias del deseo?
Siga:

«¡Oh *inmenso azul!* Yo te amo. Porque á Flora
Das la lluvia...»

No es verdad. Esto no es verdad. El inmenso azul no da la lluvia. Precisamente el cielo, que será á lo que usted llama inmenso azul, para dar la lluvia tiene que dejar de ser azul y ponerse nublado.
¡Qué lástima de un poco de Física!
Y seguía diciendo la paloma:

«¡Soy feliz! porque es mía la floresta
Donde el *misterio de los nidos* se halla...
Feliz, porque de dulces *ansias llena*...»

Las ansias y la felicidad no se componen muy bien, pero... vamos... Feliz...

«Porque no hay una rosa que no *me ame*...»

¡Y decías que *mamabas!*...
¡Buen caso hacen las rosas de las palomas!

«Ni pájaro gentil que no me escuche
Ni *garrido cantor* que no me llame
(Ni joya que no tiemble en el estuche):
—¿Si?—dijo entonce un gavilán infame,
Y *con furor* se la metió en el buche.»

No. *Con furor* se arrojaría sobre ella, y la mataría, y la pelaría... Pero metérsela en el buche ya no lo haría *con furor*, lo haría con ansia, con una de esas ansias que usted acaba de desperdiciar ahí arriba; lo haría con gula... lo haría hasta con mucho gusto, ya que no pudiera hacerlo con muchas patatas, pero no lo haría *con furor* ciertamente.
No hay que cambiar los frenos ni las pasiones.
Ahora falta decir que el canto á la paloma le concluye el vate con una blasfemia vulgar, de la que casi se escandaliza ó por lo menos se disgusta D. Juan Valera.
Digno remate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Al tratar del *año lírico* de Ruben Darío, *año* formado por cuatro composiciones tituladas *Primaveral*, *Estival*... y así sucesivamente, ambos académicos, tanto el prologuista chileno, como el epistolero español, manifiestan preferencia por la *Estival*.

«Entre las cuatro composiciones—dice D. Juan Valera;—*en* las cuatro estaciones del año, todas *bellas* y raras (eso sí; ¡lo que es raras!), sobresale la del verano. Es un cuadro simbólico de los dos polos...» Etcétera.

«Nada más espléndido que su *Estival*» —dice el de la Barra, aquel Becquer falsificado y... laureado.

«¡Oh, y la *Estival!*—vuelve á decir más adelante.—¡Qué nervio y qué estro! ¡Qué admirable talento pictórico!... No *trepido* en afirmar que éste es uno de los más be-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llos trozos descriptivos del Parnaso castellano...»

¡Bueno! ¡Bueno!

«No nos la ponderen tanto,
Que no es medalla ni santo...»

como suelen cantar en las bodas de la montaña de León las muchachas del bando del novio, cuando las del bando de la novia en sus cantares alaban á ésta en demasía.

Veamos el portento:

«El estío—dice Barra—está simbolizado en los amores de dos tigres de Bengala. La real hembra (¡qué majadería!) aparece sola en escena

«Con su lustrosa piel *manchada á trechos.*»

¡Caracolini!... Manchada á trechos... El de la Barra, que se entusiasmó con la armonía imitativa de aquello del «*agua glauca* que *chapotea*», se habrá entusiasmado también con la que resulta de esa profusión de *ches* del final del verso; pero por modestia no nos lo dice.

Como tampoco nos dice si la *real hembra* tenía dos ó tres kilómetros de larga... Porque para tener la piel manchada *á trechos*...

Mas verán ustedes lo que hace la *real hembra:*

«Salta de los repechos...»

¡Ah! Para eso cuidó el vate de manchar-la la piel *á trechos;* porque es cosa sabida que el tener la piel manchada *á trechos*, ayuda mucho cuando hay que saltar de los repechos, si hay que saltar en verso, especialmente.

«Salta de los repechos
De un ribazo...»

Serán de dos, porque un ribazo no tiene más que un repecho. De modo que ó la *real hembra* no salta más que de un repecho, ó son dos cuando menos los ribazos.

«Salta de los repechos
De un ribazo, al tupido
Carrizal de un bambú, luego á la roca
Que se *yergue* á la entrada de la gruta...»

Una roca no se *yergue:* se yerguen los seres animados; la roca estará erguida, pero no se yergue.

«Allí lanza un rugido,
Se agita como loca,
Y eriza de placer su piel hirsuta.
La fiera virgen ama...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bueno. De aquí ya casi no se puede pasar, porque no es cosa de seguir al autor en la enlodada descripción de las pobres andanzas de las bestias.

En lo que sí le podemos seguir es en la descripción del escenario:

«. . . . Parece el suelo
Rescoldo, y en el cielo
El sol *inmensa* llama.»

Vulgar y nada más.

«Siéntense vahos de horno,
Y la selva africana...»

¿Pero no decía usted que eran tigres de Bengala? ¿Quién los ha traído á la selva africana?

¿Y así está el vate de Geografía, después de las ponderaciones de D. Juan Valera de que sabía tantas y cuántas cosas?...

«Siéntense vahos de horno,
Y la selva africana
En alas del bochorno
(¿El bochorno tiene alas?)
Lanza bajo el sereno...»

¡Ah! ¿También hay serenos en la selva africana? Eso es un adelanto...

«Lanza bajo el sereno
Cielo (¡Ah!) un soplo de sí...»

¿De quién, vamos á ver, de quién?... ¿Del sereno? ¿Del bochorno? ¿De la selva?

«. . . . . la tigre ufana
Respira á pulmón lleno.»

Pero ¿dónde vería el de la Barra aquellos esplendores de la *Estival?*... Porque la verdad es que todo esto no puede ser más prosáico ni más pedestre.

Todavía ni siquiera ha llamado el vate á la tigre *peonía del desierto*...

Y habiendo llamado á la paloma *lirio del viento*, me parece que lo mismo podía...

Vamos adelante:

«Un rugido callado.»

¡Diantre! ¿Cómo serán los rugidos callados?

Rugido... callado... Nada, que no puede ser eso.

«Un rugido callado
Escuchó. *(¡Buen oído!)* Con presteza
Volvió la vista *de* uno y otro lado...»

La volvería á uno y otro lado...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Y chispeó su ojo verde y dilatado,
Cuando miró de un tigre la cabeza
Surgir *sobre la cima* de un collado.»

El collado no tiene *cima:* es la parte más baja de la unión de dos cimas ó dos cerros. Viene de *collum*, cuello. La Academia no sabe nada de esto, ni el vate tampoco, por lo visto.

«El tigre se acercaba...»

Bueno, que venga y le veremos.

Así como así, D. Juan Valera dice que está mejor pintado que la tigre. No lo asegura del todo; porque como la cosa es tan importante, había que irse con pulso.

«La tigre—dice—está *magistralmente* pintada, y mejor aún *acaso* el tigre galán que llega, y...» nos quedamos en la duda.

«Al caminar se vía
Su cuerpo ondear con garbo y bizarría,
Se miraban los músculos hinchados
Debajo de la piel... *(¡Naturalmente;*
A no ser que estuvieran desollados)
Debajo de la piel, y *se diría*
Ser aquella alimaña
Un rudo gladiador de la *montaña.*
(¿Pero por qué se había

De decir semejante tontería?...
¡Tratar de gladiador *á una alimaña!)*
Los pelos erizados
Del labio relamía. Cuando andaba,
Con su paso chafaba
La yerba...»

¡Cosa más rara!... Claro es que esto no lo hace nadie más que un tigre... ¡Andar sobre la yerba y chafarla con su paso!...

El vate sí que nos ha chafado... Es decir, el vate apuradamente no tiene la culpa, sino sus dos jaleadores por habernos ponderado tanto la descripción.

En esto, es decir, en esto no, en lo otro... el Príncipe de Gales, que suele ir á cazar tigres á la India, es transportado por el vate, como antes lo habían sido los mismos tigres bengaleses, á la selva africana y... ¡cataplum!

«El tigre sale huyendo,
Y la hembra queda el vientre desgarrado.
¡Oh! Va á morir... pero antes débil, yerta...»

Pero ¿dónde vería el Sr. Barra aquello esplendente de la *Estival*, dónde?

Porque hasta aquí no lo hemos encontrado.

Y después ya no hay más sino que de entre el ramaje *oscuro* saltó un *kanguro*, para aconsonantar con el dicho ramaje os-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

curo; lo mismo que si el ramaje acierta á ser umbroso, hubiera saltado un oso.

Y últimamente, hay un sueño del tigre que es una verdadera ferocidad, pues soñaba

«..... que engullía
Por postres delicados
De comidas y cenas...»

¡Vamos, que un tigre comiendo por lista!

«Como tigre goloso entre golosos,
Unas cuantas docenas
De niños tiernos, rubios y *sabrosos*...»

¡Qué atrocidad!... ¡Pues ni Maceo!...

Y ahora verán ustedes otra composición del mismo Ruben que he encontrado en una revista de Coro que se llama modestamente *Miniaturas*.

En esta otra composición el vate se encara con la luna, y la llama:

«Góndola de alabastro...»
—*¿Qué quieres, poetastro?*

Esto es lo que supongo yo que le hubiera contestado la luna si hubiera tenido permiso para hablar.

Porque ¡cuidado con llamar á la luna *góndola de alabastro!*...

La canción popular de *La zarandilla*, después de decir que

«Se juntaron tres comadres
Para ir á San Andrés,»

y de contar lo que cada una llevaba de merienda, y como merendaron y bebieron largo y tendido, dice también que con la borrachera comenzaron las tres amigas á ver visiones:

«Una mira para el jarro...
¡Qué hermoso niño sin pies!
Otra mira para el cielo...
¡Qué buen pañuelo francés!
Otra miraba á la luna...
¡Qué rico doblón de á diez!...

Pero no quedaron tales disparates sin castigo; pues añade la canción que

«Ellas que estaban en esto,
Llega el marido de Inés...
Palo en una, palo en otra,
Y palos en todas tres.»

También Ruben merecía un palo, con más justicia que aquellas alegres comadres, porque mayor extravagancia es llamar á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luna góndola de alabastro, como él la llama, que llamarla doblón de á diez, como la llamaban ellas...

¡Góndola de alabastro!... ¡A la luna góndola de alabastro!... ¡A la paloma lirio del viento!... Por menos van algunos á la cárcel...

«Góndola de alabastro,
Bogando en el *azul*...»

¿En el libro?

«En el fondo sombrío...»

¿Pues no acaba usted de decir que la *góndola de alabastro* bogaba en el azul?... ¿De cuándo acá el azul es sombrío?

«En el fondo sombrío,
Con la *adorable* luz de su aureola,
Halaga el triste pensamiento *mío*.
(Para esto al fondo apellidó SOMBRÍO.
Si el pensamiento hubiera sido AJENO,
Fuera el fondo clarísimo y SERENO.)
Halaga el triste pensamiento mío
Como una virgen *pensativa y sola*...»

¡Hola, hola! Eso ya es ascender de verdad... Desde góndola á virgen... Y sabe Dios en lo que vendrá á parar todavía...

Es muy capaz el vate de hacerla guardia civil vestido de gala.

«Divina y desolada... *(¡Pues no es nada!)*
Envuelta en *vago* y *luminoso* velo,
Al contemplar tu *mística* mirada,
Creo ver una *lágrima* en el cielo...»

¡Bueno va! Primero góndola, después virgen, después lágrima...

Vamos adelante:

«Alma que sueña...»

¡Otra te pego!

Y eso que, á la verdad, esto no se sabe por lo cierto si el vate se lo llama á la luna ó lo refiere de veras á un alma.

¡Con esa claridad que usan estos vates!...

«Alma que sueña, aduna
A veces lo que canta y lo que llora...»

Eso hace Ruben. Por eso no se sabe cuándo llora ni cuándo canta.

«Alma que sueña, aduna
A veces lo que canta y lo que llora:
La lágrima *argentina* de la luna,
Con la lágrima *de oro* de la aurora.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero eso no es adunar lo que canta y lo que llora, sino lo *que llora* y lo *que llora*, pues por más que una lágrima sea de plata y otra sea de oro, siempre serán dos lágrimas.

¡Mire usted que del principio de una estrofa al fin de la misma, distraerse ya y no acordarse de lo que ha dicho!

Y por supuesto, nos quedamos sin saber si *alma que sueña* es otro apodo de la luna, ó es en realidad un alma que sueña.

Sigamos:

«¡Oh pálida *princesa!*»

¡Hombre, por Dios! ¡Después que otros poetas la han hecho reina, va usted á bajarla del trono y ponerla en las gradas!... Déjela usted reinar, Sr. Darío. ¿Qué daño le hace á usted con seguir siendo reina de la noche?...

«¡Oh *pálida princesa*,
Yo envidio la delicia
De la *noche dorada*...»

¿La noche dorada?... Al demonio, ¡Dios nos libre! no se le ocurre cosa semejante.

¡Llamar á la noche *dorada!*

A la noche se la ha solido llamar *oscura*, y con razón, porque lo es casi siempre, y sin casi, en comparación del día. A veces hasta se la ha llamado *negra*.

También se la ha llamado *triste*, *silenciosa*, *horrible*, *encubridora* y otras perrerías.

Todo esto por el lado malo.

Por el otro, cuando á los poetas les ha dado por estar amistosos con la noche, la han llamado *apacible*, *serena* y hasta *clara*, y también con razón, porque como, según D. Hermógenes y Martínez Campos, todo es relativo, las noches de luna, especialmente cuando la luna anda espléndida por estar bien de cuartos, son claras en comparación de las de sin luna y sin estrellas, ó de las oscuras como boca de lobo.

Pero ¿llamar á la noche dorada?... ¿Por qué, vamos, por qué?...

«¡Oh *pálida princesa!*
Yo envidio la delicia
De la noche *dorada* que te besa...
(¡También es buena esa!)
Y del rayo del sol que te acaricia.»

Dejemos á la noche *dorada besando* á la luna, y vamos adelante:

«En la *bruma* de plata
Que en tu *beldad admira* el universo...»

En la *bruma*... de plata... que en tu *beldad ad*...mira... el universo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué *bruma* de plata será esa?...

¿O creerá el vate que *bruma* es lo mismo que tez ó lo mismo que brillo?... ¡Vayan ustedes á saber!...

Y eso que... no: no vayan ustedes, porque perderían el viaje.

Y además, ¿qué importa saber esas cosas?

«En la *bruma* de plata
Que en tu *beldad* admira el universo,
Tiene su ala de amor la serenata...»

Pues esto es mejor todavía...

La serenata es, por lo visto, un pájaro aliquebrado, vamos, con una ala sola, y esa ala es de amor, y la tiene la serenata, no, á un lado, sino allá en la bruma de plata que el universo admira en la beldad de la luna...

¿Van comprendiendo ustedes algo?...

«En la *bruma* de plata
Que en tu *beldad admira* el universo,
Tiene su ala de amor la serenata,
Sus cadencias y músicas el verso.»

¡Ah! (sin extrañeza). Por eso hay por ahí tantos versos sin cadencias y sin música... Como la luna está tan lejos, estando las cadencias y la música del verso en la bruma de plata de la beldad que el universo admira en la luna, se comprende que muchos vates no puedan alcanzar para sus versos música ni cadencia.

Pero vamos á ver en qué para:

«La *armonía* en tu alcázar...»

En el alcázar de la luna, ¿eh?... Váyanse ustedes fijando, porque todo hace falta.

«La armonía en tu alcázar *tiembla*...»

¡Hombre! es una cosa que hasta hoy no se había sabido que hiciera la armonía, temblar. Esa debe ser una habilidad nueva de esa *harmonía* con hache que se usa ahora...

«La armonía en tu alcázar *tiembla y vuela.*»
(¡Miren la picaruela!)

¿Con que tiembla y vuela?

Pues parecerá un cernolín si vuela temblando.

«La armonía en tu alcázar tiembla y vuela,
Y á tus *luces divinas*...»

Hasta ahora tampoco había tenido la luna más que una luz que se llamaba la luz de la luna. De aquí en adelante habrá que decir: *á las luces de la luna.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«La armonía en tu alcázar *tiembla y vuela*,
Y á *tus luces divinas*
Esparce melodiosa Filomela
Sus cascadas de perlas cristalinas.»

¿Que quién es esa señora melodiosa que esparce esas cosas tan raras?...

No es señora precisamente: es *señor*, aunque *ruin;* pero, eso sí, canta admirablemente.

Esa Filomela melodiosa es el rui-señor, de quien dice el vate que esparce á las divinas luces de luna sus cascadas de perlas cristalinas, para decir que canta á la luz de la luna.

Y se acabó la composición titulada *Claro de luna*.

Y se va á acabar también este artículo sin más que advertir á los lectores que la prosa del libro *Azul* (que mejor se hubiera llamado *Verde)* es bastante parecida á los versos, aunque algo más mala.

Como que al mismo D. Juan Valera se le ha escapado decir de los cuentos de Ruben Darío: «Todos estos cuentos parecen escritos en París.»

¡Ah! y para muestra de las divinidades que Ruben Darío dice en prosa, baste saber que en la *Canción del oro* llama al vil y codiciado metal, entre otras mil cosas, *feto de astros*.

¡Qué gran cosa haría Ruben Darío, que tiene talento é imaginación, si quemara todo lo que ha escrito hasta ahora, y volviera á empezar su viaje á la gloria por mejor camino!

Anímese usted, joven.

Posdata. Un periódico de Madrid ha publicado en estos días otra carta de Don Juan Valera á Ruben Darío, tomándola de *La Nación*, de Buenos Aires, que se *adueñó* de ella, á su decir, y la dió á luz por hacer un servicio á los *cultores* de las letras.

En dicha carta, después de convidar Don Juan á Darío á vivir entre nosotros, porque «para las letras sería esto *de no corto provecho*», acusa de comedores á sus compañeros de Academia vivos y muertos; pues dice que «se recela que Castelar muera de apoplegía por almorzar fuerte», y añade que «Castro y Serrano murió, *también acaso por comer mucho*».

¡Qué obsequios hace D. Juan á sus compañeros!

Verdad es que también tiene para los que no lo somos; pues nos dispara en la misma carta la noticia de que está escribiendo «otra novela que ha de titularse *Elisa la malagueña*... y que probablemente tendrá dos tomos»...

¡Mejor lo haga Dios!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

A D. Juan de Dios Peza creo que le tienen allá en Méjico por un poeta de primer orden; pero ¡ay! no está exento de ripios ni con mucho.

Tengo á la vista un tomo de sus *Poesías completas*, hecho en París en casa de Garnier, con el retrato del autor y una carta del mismo, autografiada, que dice:

«La obra que ustedes publiquen será la única *dirigida y arreglada* por mí, pues *todas las ediciones que* hasta la fecha *se han hecho de mis versos en otros países y en el mío,* ni me fueron consultadas á su debido tiempo, ni han sido autorizadas previamente...»

Muy bien.

Dios le conserve la modestia al Sr. Peza, y le dé salud para dirigir y arreglar otra edición, expurgando los ripios que se le han escapado en la presente; por ejemplo,

las páginas 7 y 8, donde está la composición titulada *El nombre*, que empieza:

«En tronco *añoso* de *robusta* encina...»

¡Buen principio! Dos ripios en un verso, que enteramente parece de un académico de acá. D. Aureliano Fernández-Guerra, D. Manuel Cañete y el Marqués de Molíns, ¡Dios les haya perdonado á los tres! hubieran firmado ese verso creyéndole propio.

«En tronco *añoso* de *robusta* encina
Que el tiempo respetó,
El *bello* nombre que *mi sér* fascina
Mi mano *buriló*.»

Buriló... buriló... Mejor era que hubiera usted dicho *grabó;* y si esta palabra no llenaba el verso, haber puesto un mote á la mano, verbigracia:

«Mi mano *fiel* grabó.»

De otro modo, siendo el tronco *añoso*, la encina *robusta* y el nombre *bello*, la mano aparece desairada sin epíteto alguno.

«Dije:—Recuerdo de la historia mía
Eterno vas á ser...»

Un poco prosáico... Esto no tiene nada

de particular, sino que es un poco prosáico.

«Dije:—Recuerdo de la historia mía
Eterno vas á ser.—
Retumbó *el rayo* en la extensión vacía
Y ni el árbol ni el nombre volví á ver.»

Pchs... Lo que retumba se llama trueno; y aunque la detonación se verifica en el momento de desprenderse el rayo, á nosotros llega el retumbido después de haber visto el rayo y de haber éste causado sus efectos, porque la propagación del sonido es bastante más lenta que la de la luz y la de la electricidad. De modo que el verbo *retumbó*, que se refiere á los ecos sucesivos de la explosión, no es aquí muy propio. Mejor sería *estalló*. Y mejor todavía algún otro verbo que hiciera referencia, no al sonido, sino al brillo del rayo, que es lo que coincide en tiempo con sus efectos destructores.

Además es impropio y falso el último verso, porque los efectos del rayo no son tales como en él se pintan.

El rayo pudo descortezar la encina, astillarla, henderla de arriba abajo, y por cualquiera de estos accidentes, hacer desaparecer el nombre grabado en ella, lo cual bastaba para el efecto buscado en la composición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero hacer desaparecer por entero una encina robusta de modo que no se la vuelva á ver, á eso ya no suele alcanzar el poder destructor de los rayos: para eso es preciso el poder destructor de los malos poetas.
Otra estrofa:

«En el muro *macizo é imponente...*»
(*Bien que sea* MACIZO... *así se hizo;*
Pero eso de IMPONENTE... *francamente,*
No me produce demasiado hechizo.
Y no es tampoco que el MACIZO *alabe,*
Porque no hay que decirlo: ya se sabe.)

Mas dejemos ese *doble ripio*, como diría cualquier periódico de esos que ponen el epígrafe de *doble suicidio* á las noticias de haberse tirado al mar un cesante en Barcelona y un empleado en la Coruña, y vamos adelante:

En el muro *macizo é imponente*
Que defiende el altar,
Dentro del templo *con afán ardiente*
(*Y con ripio evidente*)
Fuí ese nombre á grabar...»

Vamos á ver en qué para.

«De amor emblema y de constancia *ejemplo*
(*Se ve venir el templo*)
Dije:—Eterno has de ser.—
La mano de *la ley* derribó el templo...»

No sería la *mano de la ley*, sino la mano de la revolución, la mano de la barbarie, que es la que derriba los templos. Pero en fin, el caso es que después viene el verso para el cual está hecha toda la estrofa:

«Y ni el muro ni el nombre volví á ver.»

Es claro: no habiendo vuelto á ver el muro, mal podría volver á ver el nombre grabado en el muro.
Otra estrofa:

«En el *tosco* peñón que desafía
Las iras de la mar,
Con agudo buril la mano mía...»

¡Ay, ay, ay, Sr. Peza!... Eso va muy malo.
Ahí es ripio *la mano mía*, es decir, la mano de usted, el *agudo* y hasta el *buril;* en fin, todo el verso.
Y todo es impropio, porque en un peñón tosco de la costa, lleno de musgos y de resquiebras, no se puede grabar con buril

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agudo, ni siquiera con buril: hay que grabar á pico, ó con resistente punzón y fuerte maza.

En el tosco peñón que desafía
Las iras de la mar,
Con *agudo buril la mano mía*
Fué ese nombre á grabar.
Dije:—En página eterna vendré á solas...»

Esto no está bien; porque hasta no leer el verso siguiente, hace muy mal efecto ver viajar un hombre á solas en página eterna.

«Dije:—En página eterna vendré *á solas*
Ese nombre á leer.
Creció la mar, hincháronse *las olas*
(¡*Bien por la precaución de andar* Á SOLAS!)
Y ni peñón ni nombre volví á ver.»

Esto también carece de verdad artística. Es decir, que la desaparición del peñasco es inverosímil, como la desaparición de la encina; porque las olas no se suelen llevar los peñascos de la costa que desafían las iras del mar.

Para hacer desaparecer ese peñón de una manera verosímil, tenía usted que haber hecho abrirse un volcán, ó haber producido un terremoto.

Y viene la conclusión:

«¡Oh nombre *augusto* que mi amor invoca!
¿Dónde te he de escribir?...»

En el agua. Si me cree usted á mí, en el agua. Y en el agua debía usted haber escrito también la *poesía* para que se hubiera borrado al instante, y no hubiera podido venir á la colección única autorizada, dirigida y arreglada por usted, con lo cual el libro nada hubiera perdido.

Porque además de los ripios señalados ya, también es malo el verso quinto de la última estrofa:

«Es que no *debo verte* profanada.»

Declaro honradamente que no todas las composiciones del Sr. Peza son tan malas como ésta.

Eso no. En todas hay ripios en abundancia; pero en algunas hay imágenes adecuadas y pensamientos agradables.

La que sigue en el tomo da la casualidad de que también es muy medianeja.

Se titula *Al cumplir treinta años*, y está dedicada al Sr. Riva Palacio, general y poeta con ripios, como ustedes saben.

Empieza así:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Como el arco *de oro y grana,*
Dosel del erguido monte,
Que en el *azul* horizonte
Abre paso á la mañana,
Así de mi edad temprana
En la ignorancia *atrevida,*
Miró el alma conmovida
Gloria, fe, sueños dorados,
Arreboles agrupados
En la puerta de la vida.»

Pues á pesar de la luz de la mañana, no se ve con claridad la cosa. No resulta la comparación, vamos.

Porque descartando versos enteros como el segundo, que son puro ripio, y descartando los demás ripios entremezclados en los demás versos, la décima viene á decir:

Como el arco de luz que en el horizonte abre paso á la mañana, *así* el alma, en mi edad temprana, miró gloria, fe... y otras varias cosas en la puerta de la vida.

Como el arco, etc., *así* miró el alma. ¿Cree el *poeta* que el arco *miró* también alguna otra cosa?...

Nada, que no se ve lo que ha querido decir el vate.

La segunda décima comienza con un verso muy duro:

«Y *tras los blancos crespones...*»

Tras... los... blan...cos...cres... Impronunciable.

Otra décima dice:

«Y como estrellas *errantes*
En constante... (*consonante...*)»

Digo, no.

«Y como estrellas errantes
En *constante* remolino,
Alumbran nuestro camino
Las ilusiones *brillantes:*
Nobles amigos *constantes,*
Mujeres tiernas *fieles...*»

Fieles está muy feo en tres sílabas: tiene solamente dos. Y el vate podía haberle puesto con sólo ese valor que es el justo y legal, anteponiéndole una conjunción, con lo cual tampoco perdía nada el sentido:

Mujeres tiernas y fieles.

Importa mucho tener buen oído para hacer versos.

Más adelante se encuentra uno con este otro:

«Llanto nuestros ojos riegan.»

A lo primero no se sabe lo que el vate

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha querido decir con eso. Después de pensarlo un poco, se cae en la cuenta de que ha empleado mal el verbo *regar*, poniéndole en lugar del verbo *derramar* ó de otro parecido.

Los ojos pueden *regar* las mejillas *con* llanto, pero no regar llanto. Como los hombres pueden regar los prados *con* agua, pero no pueden regar agua.

Vamos, que cada verbo para lo que es y con su construcción propia, y no vale andarlos cambiando.

La composición que sigue en el libro también es mala, comenzando por el título, que casi no se puede pronunciar.

El título es *Pecar rezando*.

No sé yo qué clase de oído pueden tener estos vates, que les permite poner unidas ciertas palabras... *Pecarrezando*.

Y el caso es que lo mismo y mejor se podía titular la composición: *Pecar escribiendo*, lo cual se pronuncia perfectamente.

Y además es verdad, cosa que no puede decirse del otro título.

La composición empieza así:

«Inés es...»

¡Otra vez la dureza de la aliteración! *Inés es...*

Prueben ustedes á ver si lo dicen, sin

que el que lo escuche entienda que se trata del plural de Inés, ó de varias Ineses.

No haciendo entre el nombre y el verbo algunos minutos de parada... y fonda, no hay manera de que el oyente sepa lo que el autor ha querido decirle.

«Inés es *joven: en...*»

¡Otra te pego! Y son dos seguidas. *Ineses, jovenen*. Vamos á ver si repetimos alguna otra sílaba.

«*Inés es joven:* en su faz hermosa
Luchando están, como Hércules y Anteo,
El carmín pudibundo de la rosa
Con la *avarienta* lumbre del deseo.»

Fuera del primer verso, que es retemalo, los otros tres pueden pasar.

Salvo lo de llamar *avarienta* á la lumbre, que tampoco está del todo bien.

Vamos adelante:

«Torna los corazones en despojos...»

Muy viejo y muy gastado; pero, en fin...

«Torna los corazones en despojos,
Pues tiene en su *diabólico* albedrío,
Miel en sus frases...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ¿en qué quedamos? Esa miel, ¿la tiene en las frases ó en el albedrío diabólico? Y si efectivamente la miel la tiene en las frases, ¿qué es lo que tiene en el albedrío? Porque no nos lo ha dicho usted. Nos ha dicho:

«Pues tiene en su *diabólico* albedrío...»

Y no nos ha dicho lo que tiene. Díganoslo usted, si no es secreto.

«Torna los corazones en despojos,
Pues tiene en su *diabólico* albedrío,
Miel en sus frases, dardos en sus ojos,
El *alma en ascuas* y el semblante frío...»

Y nos quedamos sin saber lo que tiene en el diabólico albedrío... A no ser que no tenga nada... Pero entonces, ¿para qué es el llamarle diabólico?

Y lo del *alma en ascuas* tampoco está bien. Porque estar *en ascuas* no significa estar ardiendo, estar abrasándose, tener mucho calor, ni nada de lo que el vate parece creer, sino que significa estar intranquilo. Y diciendo que tiene el alma intranquila, no resulta el contraste con el frío del semblante, que es lo que el vate quiso hacer, creyendo que con ello iba á dar golpe.

Más adelante dice el vate de la pobre *Ineses:*

«Visita los altares, y allí brota
De sus labios *y en* público *la queja.*»

¿La queja?... ¿Qué queja será?... Como la tal queja no sea algún consonante...

Y luego brota de *sus labios y en público.* ¿Para qué la *y*?

Esto se parece á aquello de nuestro difunto D. Aureliano (Dios le haya perdonado sus muchos ripios) en la biografía de Hartzenbusch: «Desde el fallecimiento de su excelente y segunda esposa...»

«Visita los altares, y allí brota
De *sus labios y en público la queja;*
Que por ganar *la* fama de devota,
Ha dado, siendo joven, en ser vieja.»

¡Adiós, Campoamor... casi!

¡Caramba! ¡Caramba! ¡Es que no hay horas en que vivir!...

El campoamorismo no resulta; pero la intención está bien conocida.

Como está conocido que es un ripio el *la* del penúltimo verso; ripio que el vate pudo haber excusado diciendo, en vez de *ganar*, adquirir, que es más castizo para el caso, pues *ganar fama*... lo dicen los franceses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero veamos qué más hace *Ineses:*

«Cansada *al fin* de *dar funesto ejemplo...*»

¿Al fin?... Pero si estamos empezando.

«Cansada *al fin* de *dar funesto ejemplo,*
Suelta un negro mantón sobre su talle.»

Aquí el vate quiere decir que se pone un mantón; pero no acierta y dice lo contrario, que se le quita ó que le deja caer, porque el mantón en soltándole se cae de seguro. Si el vate hubiera acertado á decir despliega ó tiende, ya era otra cosa.

Tampoco se sabe en qué daba la pobre *Ineses funesto ejemplo;* porque el visitar los altares no es ejemplo funesto ciertamente.

«Cansada *al fin* de dar funesto ejemplo...»

Que tampoco está bien por la asonancia de esas dos últimas palabras...

«Cansada al fin de dar funesto ejemplo,
Suelta un negro mantón sobre su talle,
Y aunque igual en la calle y en el templo,
(En este verso un ripio atroz contemplo)
Hoy ha cambiado el templo por la calle...»

Otra vez dice el vate lo contrario de lo que quiere decir.

Quiere decir, según se verá por los cuartetos siguientes, que *Ineses* ha dejado la calle para meterse en el templo, y dice lo contrario; que ha dejado el templo para irse á la calle, pues esto es lo que significa cambiar el templo por la calle: lo otro sería cambiar la calle por el templo.

Todos estos trabajos le sobrevienen al poeta por su afán de buscar el contraste á lo Campoamor; y el contraste le suele hallar, aunque sea á costa de la sintaxis y del sentido, pero la gracia no parece.

Otro cuarteto:

«En la humildad con que *su rostro juega...*»

¿Jugar el rostro? preguntarán asombrados los lectores.

No hay que asustarse, porque ese *juega* está puesto para consonante de una estatua griega que viene en seguida.

Otro cuarteto:

«Tan modesta se viste, y tan *seguido*
Se la mira en el templo *lacrimosa...*»

¿Ven ustedes cómo lo que quería decir el vate era que *Ineses* había cambiado la calle por el templo, y lo dijo al revés?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Que son juntos su faz y su vestido,
Hábito y faz de austera religiosa.»

Así, por este estilo, sigue el vate queriendo compoamorear, amoreándose y resbalándose á cada paso.

Repite lo de *Ineses* del principio, diciendo que la gente dice:

«*Inés es* muy devota porque reza.»

Poco después empieza otro cuarteto con esta paradoja:

«Al ver su rostro *en lágrimas deshecho*,
Con *santa unción* resplandecer *ufano*...»

No, señor: la santa unción y la ufanía no caben en un mismo rostro, aunque esté, por añadidura, ó por ripio, en lágrimas deshecho.

Poco más adelante hay otro verso que no debe quedar ignorado, y voy á copiarle.

Verán ustedes qué feliz combinación de palabras:

«*Mataron en Inés* los desengaños.»

Mataroneninés... Mataronenin... es... ¡Qué oído, señor, qué oído!

Queriendo, por último, el vate justificar,

ya que no pueda dulcificar, el título de la composición *Pecar rezando*, se mete en teologías y se hace un ovillo, diciendo que «rezar no es orar», y que «quien reza no ora», porque, á lo que es cuenta, ó ha olvidado ó no aprendió nunca la doctrina cristiana, en cuyo catecismo más rudimentario y sencillo se dice que la oración es de dos maneras: mental y vocal.

¡Pero sí! ¡Para catecismos de doctrina cristiana están estos vates americanos!

¡Con que cantan himnos á Garibaldi, el ateo desalmado y cojo, tratándole nada menos que de héroe y hasta de Mesías con eme mayúscula!...

En otra composición, titulada *Dos perlas*, dice el vate:

«Nació en el fondo de la *mar bravía*,
(Muy usado á fe mía)
En su cárcel de nácar *refulgente*,
(Adjetivo excelente)
La perla que hoy sobre tu *hermosa* frente
Roba su *brillo* al *esplendor* del día...»

¿Roba su *brillo* al *esplendor*? Lo mismo podría robar su esplendor al brillo...

«¡Ah! tú no eres feliz con la riqueza,
Y encubre tu *esplendor*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro *esplendor*, aunque éste sin brillo. Pero de todos modos son demasiados esplendores para un solo soneto.

De la malhadada composición laudatoria á Garibaldi, al cojo sacrílego de Aspromonte, no quiero hablar, porque aunque tiene ripios bastantes, todavía tiene más de impiedades que de ripios.

Unicamente consignaré el penúltimo cuarteto, que contiene una noticia casi interesante.

«Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarda tu ceniza.»

Por la cuenta, el vate cree que Garibaldi se conserva en un cántaro.

Vamos, que al morir se metió dentro de la propia alma.

Los demás cuartetos no son menos prosáicos que ese ni mejores. Mas para cantar á Garibaldi son buenos de sobra.

Dios le perdone al Sr. Peza.

IX

En el segundo montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, están los de un soneto que encontré en la famosa revista *Cuartillas*, con la firma de *Justo A. Facio*.

Mas como este *poeta*, llamémosle así, lejos de arrepentirse y prometer la enmienda, se creció al castigo y publicó en seguida todos *sus versos* en un libro lujoso y lleno de pretensiones, paréceme conveniente y casi necesario darle otro rifi-rafe.

En compensación de los estrepitosos bombos que le han dado por allá sus amigos.

Aunque también ha habido quien le ha zurrado la badana.

Como prueba de la clase de *poetas* á que pertenece el Sr. Facio y de la manera como trabaja y rellena sus versos, contaré una observación que acabo de hacer en estos días.

En el tomo I de *La Lira costa-ricense*, de que ustedes ya tienen noticia, impreso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro *esplendor*, aunque éste sin brillo. Pero de todos modos son demasiados esplendores para un solo soneto.

De la malhadada composición laudatoria á Garibaldi, al cojo sacrílego de Aspromonte, no quiero hablar, porque aunque tiene ripios bastantes, todavía tiene más de impiedades que de ripios.

Unicamente consignaré el penúltimo cuarteto, que contiene una noticia casi interesante.

«Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarda tu ceniza.»

Por la cuenta, el vate cree que Garibaldi se conserva en un cántaro.

Vamos, que al morir se metió dentro de la propia alma.

Los demás cuartetos no son menos prosáicos que ese ni mejores. Mas para cantar á Garibaldi son buenos de sobra.

Dios le perdone al Sr. Peza.

IX

En el segundo montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, están los de un soneto que encontré en la famosa revista *Cuartillas*, con la firma de *Justo A. Facio*.

Mas como este *poeta*, llamémosle así, lejos de arrepentirse y prometer la enmienda, se creció al castigo y publicó en seguida todos *sus versos* en un libro lujoso y lleno de pretensiones, paréceme conveniente y casi necesario darle otro rifi-rafe.

En compensación de los estrepitosos bombos que le han dado por allá sus amigos.

Aunque también ha habido quien le ha zurrado la badana.

Como prueba de la clase de *poetas* á que pertenece el Sr. Facio y de la manera como trabaja y rellena sus versos, contaré una observación que acabo de hacer en estos días.

En el tomo I de *La Lira costa-ricense*, de que ustedes ya tienen noticia, impreso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en 1890, insertó el coleccionador doce ó trece composiciones de Facio, diciendo que aunque éste había nacido en Santiago de Veragua, habiendo vivido desde niño en Costa-Rica, como costa-riqueño debía ser considerado.

Entre aquella docena de composiciones de Facio, hay una elegía á la memoria de su padre, escrita en estrofas de cuatro versos, dos endecasílabos y dos heptasílabos, alternados; vamos, en el mismo metro de la elegía de Espronceda *A la patria*.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular, porque las combinaciones métricas no son en rigor propiedad de nadie, y el poeta, ó el Facio, aunque no sea poeta, puede elegir para sus entretenimientos la que se le antoje.

Lo particular es que algunos años más tarde ha hecho el mismo Facio, según he indicado, una edición lujosa de sus trabajillos, con el título de *Mis versos*, aprovechando sin duda la ocasión de haber sido nombrado Director de la «Imprenta Nacional» de Costa-Rica, y como diciendo: aquí que no peco, es decir, aquí que no gasto; y en esa edición aparece aquella misma elegía, escrita ya en metro algo diferente, pues las estrofas de cuatro versos tienen tres endecasílabos y un solo heptasílabo.

Para lo cual ha tenido Facio la paciencia ultra-benedictina de ir rellenando el cuarto verso de cada estrofa, á la manera como rellenan los telegramas en las redacciones de nuestros periódicos *de gran circulación* (1), metiendo en cada cuarto ver-

(1) De esta farsa de rellenar y alargar los telegramas nos ha dado hace poco *El Heraldo* una prueba evidente y muy graciosa.

En la pasada Semana Santa hubo de recibir este periódico de su corresponsal de Burgos un telegrama sencillo, de los de á dos reales, diciéndole:

Burgos, 3.—Templos visitados. Catedral ofició Arzobispo, asistiendo autoridades. Procesión solemnísima. *Miserere* Eslava.—*Corresponsal.*

Pero el redactor encargado de la tarea diaria de rellenar, queriendo convertir este telegramilla de media peseta en un telegramazo de media columna, comenzó á escribir, verbigracia:

«Burgos, 3.—Todos los templos fueron ayer muy visitados: en la Catedral se celebraron con gran pompa y solemnidad los Divinos Oficios, en los cuales ofició de pontifical el Arzobispo señor *Cascajares...*»

Claro. Por meter cascajo en el telegrama, metió al Sr. Cascajares, trasladándole de Valladolid á Burgos y despojando de la mitra de Burgos al P. Aguirre.

Ya se ve que es evidente la prueba del relleno, porque ningún burgalés podía telegrafiar llamando Cascajares al Arzobispo de Burgos.

A estos extremos de ridiculez conduce el afán de hincharse como los pavos reales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so el ripio necesario para hacerle pasar de heptasílabo á endecasílabo.

Véanse las muestras.

Estrofa primitiva:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
Y se rompen los dardos de la guerra
En torno de tu losa.»

Estrofa reformada:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
En tanto que los dardos de la guerra
Se rompen *sin estrépito* en tu losa.»

Bueno: sin estrépito será; pero no sin ripio.

Segunda estrofa.

En la primera edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *al vagar* el hombre
Escuche en sus revueltas saturnales
El eco de tu nombre.»

En la segunda edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *jamás* el hombre

Escuche en sus revueltas saturnales
El eco *ni siquiera* de tu nombre.»

¡Ahí está! Con añadir un ripio en forma de *ni siquiera,* ó un *sin estrépito*, crecen los cuartos versos y quedan las estrofas que no parecen las mismas.

Y todavía en las dos copiadas se hace tal cual variación en alguno de los otros versos: en la primera se pone un *en tanto* en el tercero para bajar el *se rompen* al cuarto, suprimiendo el *en torno*. En la segunda se cambia un *al vagar* por un *jamás* en el segundo verso.

Pero hay otras muchas estrofas en las cuales no se introduce más variación que el relleno del cuarto verso para que pase de heptasílabo á endecasílabo.

Sirva de ejemplo la siguiente.

Sistema Berdan primitivo:

«No importa que tus timbres alcanzaras
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro sacrificio.»

Sistema Berdan reformado:

«No importa que tus timbres alcanzaras
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro *cuanto noble* sacrificio.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro ejemplo.
De primera intención:

«Que no pudo rendirte ni vencerte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló tu cabeza.»

La misma estrofa retocada:

«Que no pudo rendirte ni vencerte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló *resignada* tu cabeza.»

Otro calabacín vacío:

«Ella piedad de tu miseria tuvo,
Y en la mortal porfía,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo que te hería.»

El mismo calabacín relleno:

«Ella piedad de tu miseria tuvo,
Y en la mortal porfía,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo *poderoso* que te hería.»

Ya lo ven ustedes. Con añadir *cuanto noble*, *resignada*, *poderoso*, en fin, un ripio cualquiera á los muchos que ya suele tener cada estrofa, queda hecha la transformación...

¿Hay en la primera edición un cuarto verso que dice, refiriéndose al alma:

«Se revuelve medrosa»?

Pues se pone:

«Se revuelve *sin fuerzas* y medrosa.»

Y lo mismo podía decir, en lugar de *sin fuerzas*, *con ripios:*

Se revuelve *con ripios* y medrosa.

¿Hay otro cuarto verso que dice:

«Ante la luz del cielo»?

Pues se le cambia la luz en suave claridad y... endecasílabo hecho y derecho:

«Ante la *suave claridad* del cielo.»

¿Hay otro cuarto verso heptasílabo que dice:

«Silencio... ya descansa»?

Pues no hay más que mandar al lector

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se ponga de rodillas y... *endecasilabum te feci*.

«¡De rodillas... silencio, ya descansa!...»

¿Dice otro cuarto verso heptasílabo:

«A los seres que adoro»?

Pues con poco más que llamar *benditos* á esos seres; con eso, y con adorar *en* ellos en lugar de adorarlos, estamos al cabo de la calle:

«A los seres *benditos en* que adoro.»

Hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba, ó *cablegrama* como ha dado en decir ahora la gente *lista*, para significar que aquello viene por *cable*, creyendo sin duda que antes se decía *telegrama* porque la noticia venía por tela...

Me hace mucha gracia esta gente *lista*, que llama desde hace dos años *Marrakés* á la ciudad de Marruecos, y sigue llamando *Marruecos* al imperio, que se llama lo mismo que la ciudad, de la cual ha tomado el nombre. Se conoce que en la embajada aquélla famosa iba cada pedazo de... lince, que en cuanto oyeron á los moros pronunciar *Marrakés*, se lo cogieron y...

Hasta el día en que oigan á un francés decir *Marok*, y se lo cogen lo mismo...

Pero iba diciendo que hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba que concluía así, en verso involuntario:

«Ahora reina extraordinaria
Y plausible actividad.»

¡Dios mío! ¿Será verdad?

¿Será verdad, me decía yo, que haya *cablegrafiado* todo eso Texifonte?

Dicen que cuesta entre España y Cuba tres pesetas y pico cada palabra.

¿Tendrán el dinero en tan poca estima los de *El Heraldo*, que se hayan gastado cinco duros en el ripio, digo, en el gusto de llamar á la actividad de Weyler y de Ochando *extraordinaria y plausible*?

No, no puede ser: eso no es telegrama; eso es una superchería... cursi, como todas las estratagemas encaminadas á aparentar más de lo justo.

Y lo mismo me digo ahora, ante los rellenos de la elegía de Facio.

¿Será verdad que esa poesía ha sido inspirada por el numen dos veces, primero con menos y después con más palabras? ¿Será verdad que el autor de esa elegía ha sentido en dos ocasiones distintas infla-

márasele el corazón en amor filial, y, dominado por el estro poético, ha transformado aquel amor y aquel sentimiento en estrofas, una vez un poco menores y otra vez un poco mayores?...

No; no es verdad nada de eso.

No; la composición del Sr. Facio no es poesía, sino carpintería, fábrica de estrofas atornillando piezas, ó encolando ripios hasta llenar determinadas dimensiones.

La poesía no se hace así, quitando ó añadiendo adjetivos, como se pueden quitar ó añadir palitroques á un taburete. La poesía brota del alma, con su forma propia inenmendable.

Ni eso es poesía, ni Facio es poeta, sino versista ripioso, que es muy distinto.

Bien lo demuestra en las estrofas copiadas, donde aun prescindiendo de los ripios empleados en la reforma de los cuartos versos, ya antes el regazo de la tierra era *blando*, y había lo *de miserias y de males* y lo de *rendirte ni vencerte*, para rellenar, y lo de *el peso de la muerte*, como si la muerte no viniera muchas veces en un soplo de aire bien ligero, y de *el brazo que tería*, que oyéndolo así, sin verlo escrito, no se sabe lo que quiere decir.

Aparte de esta remonta de la elegía, el libro de Facio presenta no pocas novedades.

Ya en la portada, debajo del título *Mis versos*, lleva nueve subtítulos correspondientes á otras tantas secciones.

¡Y qué subtítulos más presumidos, más raros y más estrambóticos!...

Crespones.—Bronces.—Adelfas.—Medallones.—Tapices.—Sonetos grises.—Facetas.—Flores de llanto.—Torsos...

¿Comprenden ustedes que el autor que ha puesto estos títulos á secciones de versos, pueda estar bien de la cabeza?...

Porque mientras lo de *bronces* y lo de *medallones*, aplicado á sonetos, revela una presunción ridícula, llamar *tapices* á unos malos romances ó á unas silvas, que merecen otras con distinta ortografía; llamar *sonetos grises* á sonetos que son sencillamente malos, *crespones* á la famosa elegía reformada y á otras cosas por el estilo, y *torsos* á cuatro descripciones pesadas y latosas, es el colmo de la falta de juicio.

Otra de las novedades del libro de Facio es la de no decir nada absolutamente. He leído versos de poca sustancia; pero estos de Facio no tienen ninguna. Palabras, palabras y más palabras, y si se exprime todo el libro, no suelta una idea.

Así lo ha hecho constar ya un apreciable escritor, el Sr. Pereira Castro, en el periódico semanal de San José, *La prensa libre:*

«El que escribe un libro de prosa ó de versos, dice, siempre se propone algo: en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señar, deleitar ó conmover. No resulta así con el de Facio. La vista ávida del lector recorre las páginas del libro con la esperanza de encontrar en ellas una nota que revele la convicción de la belleza ó de la amargura; una manifestación de duda ó de creencia sincera; la descripción de un paisaje; el desasosiego causado por algún problema de psicología ó filosofía; *un sursum corda* á alguna realidad, ó una maldición ó protesta contra la injusticia... y nada: el libro es como un desierto sin *simoun* y sin oasis; es una no-entidad en literatura, un bofe de letras, un estercolero de versos sin el rugido de Job, sin las quejas del poeta.»

Así es verdad.

«De lo que más enamorado se muestra el autor, al parecer—añade,—es de la forma griega, de su mármol que diviniza; y aun para esto mismo sus conceptos vagos, indefinidos, están vaciados en una turquesa de alfarero burdo. Canta al bello mármol convertido en plástica hermosura de Venus *victrix* sin la persuasión completa de su amable serenidad, porque no lo conoce, sino por las pinturas y descripciones de los juglares de la literatura.

»Hablando Facio de la corona de luz inmortal que circuye las estatuas, tomando en este sentido la terrena concepción de la hermosura por el genio, y expresada por

los que han estudiado, tocándolos con su lira, los mármoles brillantes á los cuales el arte ha comunicado vida, vida subjetiva, dice:

«Es negra su corona:
Y en relucientes ondas el cabello
Como oscuros anillos aprisiona
Como serpientes de ébano su cuello.»

»Se nos figura una Medusa esta descripción, un tanto parnasiana, del versificador. Si la serpiente es un símbolo de repugnancia, ¿cómo puede colocarlo un pretendiente de poeta sobre la cabeza encantadora de las estatuas que de su frente fluyen luz que ilumina el rostro? Nada habría más horroroso que esta estética que crea un rostro de Hebe con «*torso de Paros*» y cabellera de serpientes.

»Dicen que los poetas nacen. Lo creemos. Pero también hay necesidad de que se eduquen...»

Es claro: sí, señor. Y especialmente cuando tampoco han nacido poetas como al Sr. Facio le sucede.

Y continúa el Sr. Pereira Castro:

«Facio aparece en su libro como un simple rapsodista de la excelencia de los griegos, quienes modelaron el mármol para convertirlo en admiración de la humanidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No es una lira la que Facio suena para dar idea del arte helénico: es una mala guitarra de campesino indio, entonando ruidos á los dioses del Olimpo.

»Habla también de su dolor, y sueña, en «*demanda de su existencia*», con ángeles y querubines y cosas mirificas, con *astros de luz taciturna*, y se revela con un sufrimiento estudiado de histerismo místico, que ni protesta desesperado, ni se conforma creyente. Es un espiritualista neutro, en esta sección de su libro, que, en *la selva de su pecado*, tan pronto *rejuvenece* como se vuelve *réprobo triste que lleva en la mente fulgor de cielo*. Toda teoría religiosa presenta á los réprobos de modo contrario, llevando sobre la frente oscuridades de noche.»

Todo esto y mucho más dice con muy buen juicio el escritor citado á propósito del libro *Mis versos;* y entrando luego en detalles, descubre cosas peregrinas.

Le hace mucha gracia á este escritor lo que Facio dice en el primer soneto de su libro:

«Es el eco *medroso* de mi paso
Al vibrar por las bóvedas *escuetas*.»

Y efectivamente la tiene.

Como la tiene también aquello otro de

«El *canto sin rumor* de la plegaria.»

Pero hay otras muchas cosas que tienen gracia en el libro de Facio; vamos, que tienen esa gracia triste de no tener gracia ninguna.

La introducción empieza así:

«Este libro trivial...»

Esto no es poesía, pero verdad sí es. El libro es trivial desde el principio hasta el remate.

«Este libro trivial es una historia
Ingenua, sin ambajes, en pequeño...»

¡Vamos! ¿Les parece á ustedes que esto es poesía?

El segundo *crespón*, titulado *Ella*, empieza de este modo:

«El mundo de tristezas en donde habito
Yo recorro con *ansias de vagabundo*...»

Es claro: *yo*, porque hacía falta para llenar el verso. Mas para el sentido no hacía el *yo* maldita la falta, después de haber di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho *habito*, y habiendo de decir en seguida *recorro*.

Y por otra parte, las tales *ansias de vagabundo* no sé cómo serán; pero es sabido que los vagabundos son de todos los mortales los que tienen menos ansias.

Y si no, venga por acá el Sr. Facio, y pregunte á cualquiera de los que han pasado la vida política vagando de un partido á otro, y se enterará de cuán pocas ansias tienen.

Verán ustedes ahora á qué llama un *bronce* el buen Facio:

«Es audaz, es valiente, y su cabeza
Cual su nidada el águila en la cima,
Para vuelos *intrépidos* sublima
Osados pensamientos de grandeza...»

El que no necesite leerlo más que cinco veces para entenderlo, que haga el favor de avisarme á fin de proponerle para el primer premio que se conceda por descifrar logogrifos.

Otro *bronce:*

«COLÓN

Interroga al misterio *con audacia;*
Dijérase un demente, un temerario...»

¿El mismo se había de decir esas cosas?...

«Le moteja el error de contumacia...
(Tampoco esto se entiende, por desgracia).
El desdeña el empeño legendario
(O desdeña rezar por el breviario,
El ripio no era más extraordinario)
Y su *grave* mirar de visionario
En la *serena* inmensidad espacia.»

Y siguen los tercetos:

«Habla de un mundo, solicita, increpa:
Quiere *en endeble* y *fementida* nave
(¿Fementida? ¿Por qué?... Nadie lo sabe.
¿En endeble?.. En.. en.. diablo que le quepa)
Del mar sin playas recorrer la *estepa*.
En medio de la mofa...»

¡Naturalmente! ¿Quién no se ha de mofar de eso de llamar *estepa* al mar, sin playas ó con ellas?

Pero, hombre, si la *estepa* es un arbusto, y sólo por figura retórica, tomando el continente por el contenido, se llama *estepa* al terreno en que ese arbusto se cría.

¡Pero al mar!

«En medio de la mofa y del *amago*.»

¿Del amago?... ¿Amago de qué?... ¿Usted

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cree que el amago es una cosa así como la mofa?

«En medio de la mofa y del *amago*,
Por su fe en el rogar, por lo que sabe,
Es un mendigo *que parece un mago*.»

¡Para esto era el *amago!*
Esto que sigue diz que es una *adelfa:*

«En *dulce* perspectiva, *que me place*.»

Pues claro, hombre. A nadie le amarga un dulce, dice el refrán. De modo que siendo *dulce* la perspectiva, es natural que le plazca á usted... y al consonante, que es á quien principalmente place ese *que me place*.

«En *dulce* perspectiva, *que me place*,
Tiende á mis ojos el pasado un velo,
Cual luz crepuscular que se deshace
Sobre un pedazo del azul del cielo...»

Vaya: ¿ven ustedes lo que es una adelfa?... ¿Que es lo mismo que un bronce, dicen ustedes?... Eso sí; y lo mismo que un medallón. Aquí todo es lo mismo.

Pero ahí va otro poco de adelfa:

«¡Cuántas pobres imágenes *sin brillo*,
Más ornadas de *rosas sin espina*...»

Sin espinas, querrá usted decir, porque una sola rosa tiene muchas; con que siendo muchas las rosas, ¿cómo han de tener una sola espina?

Efectivamente: sin espinas quería decir el vate, pero no pudo, porque tenía que concertar con *adivina*, como verán ustedes:

«Con ansiedad de soñador *sencillo*
Nuestra mente allá lejos *adivina*.»

¿Quieren ustedes ahora saber lo que es un *medallón?*...

Pues un medallón suele ser á veces un disparate; otras veces una porción de ellos.

Verbigracia:

«En tu *boca gentil, botón de grana*...»

¿Y cómo son las bocas *gentiles?*... ¿Y los botones de grana?... Porque botones de rosa se ven, pero de *grana*...

«En tu boca *gentil, botón de grana*,
De besos tibios el aroma queda,
Y *como sierpes tu cabello* enreda
Sus negros bucles en tu sien *ufana*.»

¡Pues vaya un elogio! ¡Decirla á una mujer que tiene serpientes en la cabeza en lugar de cabellos!...

Y cuenta que está Facio tan encariñado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con esta imagen estrambótica y fea y desagradable, que la repite varias veces en el libro.

Porque de la barba de Moisés también ha dicho que era

«De *perezosas sierpes* negra trama.»

Añadiendo al disparate estético de la imagen el disparate zoológico de llamar á las sierpes perezosas.

Y además, en uno de los *torsos*, vuelve á decir:

«En relucientes ondas el cabello
Con oscuros anillos aprisiona
Como serpientes de ébano su cuello...»

Se conoce que Facio lo aprendió en viernes.

Ejemplo de otro final de medallón:

«En tanto que por *ella* fecundada...»

No me pregunten ustedes *quién es ella*, porque no se lo puedo decir. No se ha sabido si es una *fuerza*, ó una *sabia*, ó una *sangre*, pues todas tres cosas quedan atrás.

«En tanto que por ella fecundada
Tu alma de virgen á *la par* florece,
Como botón *de pétalos la aurora*.»

Florece á la par... como botón... de pétalos... de aurora...

¡Cualquiera lo entiende!

Otro medalloncito:

«Para ser vencedora en la partida,
Ante la muchedumbre *lisonjera*
Luce—manto imperial—tu cabellera,
Sobre la espalda mórbida tendida.»

Aquí parece como si la niña *medalloneada* se llamara *manto imperial*. Pero no es eso. *Manto imperial* no es el nombre de la dedicataria, sino un falso testimonio entrecomado que el vate levanta á la cabellera.

Y sigue:

«Es tu boca *libélula encendida*,
Entre lozanas rosas prisionera...»

Vámonos, vámonos.

¡Miren ustedes que una boca ser una libélula... y encendida... y además prisionera entre rosas... lozanas...

Tapicería.

Verán ustedes un tapiz para muestra:

«Como *daga* que fuera de *torva nieve*,
El hombre tu mirada *siente* y *divisa*,
Y llevas en tus labios, marchita y *leve*,
La *adelfa venenosa* de tu sonrisa...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Malo y disparatado es llamar á una sonrisa adelfa, y adelfa que, además de estar marchita, es *leve* por la necesidad del consonante.

Pero aquello otro de la *daga* de *torva nieve*... declaro que es la imagen más estrambótica que he leído en mi vida...

¡Vamos, que una espada de nieve... torva!...

Y á esto le llama Facio un *tapiz*...

¿Creerá que tapiz es sinónimo de disparate?...

Allá va otro tapiz de Facio.

Es un deshilvanado romance octosílabo, al que el vate ha llamado primero *tapiz*, y después, entre paréntesis, *anacreóntica*.

¡Ah! Y además el romance se titula *El ajenjo*...

¡El ajenjo, el licor de ajenjo un *tapiz!*

Y dice Facio:

«Mirad sus *verdosas* ondas:
En sus *húmedos* reflejos
Brilla la *inmóvil* pupila
De un gato, que *soñoliento*
Como una esfinge, despide
El encanto del misterio...»

¡¡¡.....!!!

Dicen que dice *Fray Candil* que en mis libros de Ripios hay muchos signos ortográficos. Pero en ocasiones como ésta, ¿qué remedio hay más que ponerlos?

Cuando se encuentra uno con una yegua que rumia, me parece que ha de admirarse un poco. Pero cuando se encuentra con un gato que, soñoliento como una esfinge, despide su pupila inmóvil el encanto del misterio, ¿qué va á hacer uno más que admirarse, asustarse, espantarse y no volver de su *apoteosis?*...

Bueno; pues lean ustedes esto que sigue, y á ver qué dicen ustedes luego, ó qué ponen ustedes debajo.

Se habla, como antes, del ajenjo:

«A su vibrante reclamo,
Como conjuro de genios,
En plena lumbre revuela
El ave gentil del verbo,
Cuyas alas me parecen,
A los transportes del vuelo,
Dos auroras engarzadas
En el dorso de un ensueño...»

—¿.....?

—No; no está en un manicomio. Anda por el mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Entre las malas inclinaciones que suelen tener los jóvenes americanos, la más común y no la menos perniciosa es la inclinación á publicar revistas literarias.

Apenas hay allá grupo de muchachos acomodados que un día ú otro no salga con su revista, donde los fundadores tienen luego la satisfacción, quincenal ó mensual, de ver impresas sus precoces imbecilidades.

Se me dirá que en todas partes cuecen habas y vanidades pueriles, y no lo negaré; pero tampoco se me ha de negar que es en América donde cuecen á calderadas esas últimas legumbres.

Por acá no se da más que algún caso que otro.

Alejandro Pidal, por ejemplo, cuando era muchacho y estaba al mejor estudiar, se juntó con otros tres ó cuatro chicos, hijos también de moderados pudientes, y juntos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comenzaron á publicar, para irse enseñando á escribir, una revista en papel satinado que se llamaba *La Cruzada*.

¡Así; ni una letra menos!... *La Cruzada*... Yo no sé cómo no tembló la tierra.

El mismo Pidal, cuando ya iba cerca de ser Ministro, fundó otra revista, la *Revista de Madrid*, para desahogarse en ella de la bilis que le hacíamos criar los redactores de *El Siglo Futuro*, esterilizándole el famoso llamamiento á las honradas masas.

Recientemente Emilia Pardo... Pero, en fin, la verdad es que para una Emilia Pardo que funde aquí un *Teatro crítico* poco más que para en casa, hay allá, en América, docenas y centenares de Emilios Morenos que fundan revistuchas literarias *uti vocant*, para ver sus nombres en letras de molde y llamarse unos á otros á boca llena *genios*, ó por lo menos *modernistas*.

Vale Dios que las tales revistuchas suelen vivir muy poco; porque en cuanto se les pasa á los fundadores el letargo de la primera hartura de su vanidad, comienzan á sentir el escozor en el bolsillo y...

Cuatro ó seis meses nada más es lo que suelen tener de vida. Un año cuando mucho. A dos pocas llegan.

Verdad es que tampoco acá las de Pidal pudieron alcanzar esa duración de dos años, ni la de Doña Emilia Pardo Bazán pudo pasar de tres, y aun si llegó fué con muchísimo dispendio de intereses.

Por cierto que el *Teatro crítico* de Doña Emilia murió al medio año no más de habérselo yo profetizado en el *primer montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS, y murió disparando flechas contra mí, queriendo imitar á los antiguos parthos, aunque sólo en el disparo y no en la puntería, á Dios gracias.

Y por cierto que yo no me había enterado todavía cuando publiqué el *segundo montón*, ni me enteré hasta poco hace, y eso por un periodiquín de América, que, á solicitud probablemente de Doña Emilia, reprodujo su artículo.

Mas dejemos ahora á Doña Emilia, á quien he de contestar más despacio, y por de pronto Dios les libre á ustedes de sus cuentos y de las revistas americanas.

Verbigracia, de la *Revista Azul*, de Barranquilla, semillero de ripios tan fecundo, que sin escoger, en un número cualquiera, se encuentran los suficientes para cargar un carro.

Figúrense ustedes que tropiezan con el número 10 y le abren, y aun sin necesidad de abrirle, con sólo levantar la azul cubierta, se encuentran ustedes en la portada con una composición titulada *Toque de alba*, fechada en Panamá y firmada por *Adolfo García* (muy señor nuestro), *colombiano*.

Toque de alba...

El asunto promete; pero ya verán ustedes cómo no cumple.

«TOQUE DE ALBA

¡Despertad, despertad!...»

Bueno, ya estamos despiertos—me dicen ustedes,—sin necesidad de que se nos llame dos veces... No crea D. Adolfo García que somos aquí tan dormiceros...

Y prosigo:

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que cantando llevas...»

Como ven ustedes, el poeta no habla con nosotros, sino con el viento, vamos, con el aire, sin duda por no saber el refrán que dice que «al tonto y al aire se les deja en la calle.»

Verdad es que, aun los que le sabemos, también le olvidamos algunas veces.

Decía que el poeta habla con el viento, y comienza levantándole un falso testimonio, pues le dice que canta ó que lleva no sé qué *cantando*, y bien saben ustedes que esto no es verdad, porque el viento no canta.

Lo que suele hacer es silbar, que no es lo mismo precisamente.

Pero como algunos vates también dicen que cantan, y ellos mismos lo creen buenamente así, mientras que en realidad silban ó aullan, de aquí pueden venir ciertas confusiones. Pero

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,

(Y á cualquiera, aunque no sea dama enfermiza)

Un olor *capitoso* á flores nuevas...»

¿Me preguntan ustedes qué es olor capitoso? Pues no lo sé; en conciencia no lo sé. Creo que debe de ser algo así como olor de ripio...

Pero miraremos el *Diccionario*, y así, ya que no sepamos lo que es, sabremos siquiera lo que no es; lo que los académicos digan.

Capil... Capir... Capis... ¡Ya pareció!

«CAPITOSO... ant., caprichudo, terco ó tenaz...»

Bueno. De modo que si la de los académicos valiera, no iba yo descaminado del todo, pues si olor capitoso no es precisamente olor de ripio, es olor de vate americano...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque ¡cuidado que son tercos! ¡No hay quien los convenza!

Todos los días predicándoles que lo dejen, que lo hacen muy mal, y ellos erre que erre...

«¡Despertad, despertad! una voz clama,
Y en tanto, viento, que *cantando* llevas
Soplos de *vida* á la *enfermiza* dama,
Un olor *caprichudo* á flores nuevas
Por el *cálido* ambiente se derrama.»

Claro que el ambiente, á la hora del toque de alba, no tiene nada de *cálido;* pero tampoco el olor de las flores nuevas es terco ni caprichudo, ni el viento lleva solamente soplos de vida á la dama enfermiza, ni se los lleva *cantando*, ni es probable que ninguna voz clame ¡despertad, despertad! ni nada de lo que en su primera estrofa dice el vate resulta cierto...

Adelante:

«Clava el rey Febo sus saetas de oro
En las crestas del monte...»

Bueno, que las clave. No nos opondremos, ¿eh?

«Clava el rey Febo sus *saetas de oro*
En las *crestas del monte, y reposado*
Rumia el *robusto y corpulento toro*...»

¿Totoro?... ¡Malo! Esto va muy malo: ese *totoro*, corpulen... *to-to-ro*, revela una falta de oído poético desconsoladora.

Verdad es que ya revelaban esa misma falta las tres erres fuertes seguidas de *reposado, rumia, robusto.*

Aparte de los ripios *robusto* y *corpulento*, que vienen á ser casi una misma cosa.

Y aparte de la transición brusca desde las *saetas de oro* que el rey Febo *clava* en las crestas del monte, imagen extravagante y mal escogida del amanecer, al *reposado, robusto* y *corpulen... totoro* rumiante, que nada tiene que ver con las susodichas saetas, y que lo mismo rumiaría aunque no amaneciese.

Porque... no vaya á creer el Sr. García que los *totoros* corpulentos, robustos y reposados no rumian de noche.

Continuemos:

« . . . . . y *reposado*
Rumia el robusto y *corpulento toro*,
Mientras el ágil *potro por el prado*...»

¡Vuelta la burra al trigo!...

Se conoce que el vate es aficionado á los ternos de letras...

Antes las tres erres... *Re*posado, *Ru*mia, *Ro*busto. Ahora las tres pes: *Po*tro *Por* el *Pra*do.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allá en los primeros malaventurados tiempos del liberalismo en España, hubo un Gobernador de Madrid muy mediocre, que se llamaba D. *P*ío *P*ita *P*izarro, y le llamaban el Gobernador de las tres pes.

Así va á haber que llamar también á este Sr. García: el vate de las tres pes.

Pero hay que seguir:

«. . . . . y *R*eposado
*Ru*mia el *R*obusto y corpulen-*to-to-ro*,
Mientras el ágil *P*otro *P*or el *P*rado
Salta y *afina su clarín sonoro*.»

¿Que qué quiere decir con esto de *afinar el clarín sonoro*, me preguntan ustedes?...

Supongo que quiere decir que relincha; pero no dice bien, porque relinchando, lejos de afinar el clarín sonoro, le desafina, pues todas las cosas se estropean y desafinan con el uso, y los clarines se enronquecen.

Vamos adelante:

«Bajo las *altas* y *floridas frondas*.»

Las hojas no florecen, ¿eh?

«Bajo las altas y *floridas frondas*
*Rau*do *rue*da el arroyo...»

¿No había por ahí más erres?...

Nada... que sigue el hombre empeñado en hacer ternas con las letras más fuertes.

*R*audo *R*ueda el a-*R*oyo... Que tampoco *rueda*... ¿Qué ha de rodar?...

«Bajo las altas y *floridas frondas*
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas...»

Conste que no me han de sorprender las *ninfas:* las veo venir.

«Bajo las *altas* y *floridas frondas*
Raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas
Mojan sus *largas* cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas...»

¿No lo dije?... Pero ¿mojan las cabelleras largas y blondas *entre risas* y *estrépitos?*...

«Mojan sus largas cabelleras blondas
Entre risas y estrépitos las ninfas
De *curvaturas* amplias y *redondas*.»

¡No, que serían cuadradas! ¿Ha visto el vate curvaturas cuadradas?

A ver qué más:

«Y por la *verde* y *húmeda sabana*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bueno: pase la *sabana*, *verde* y *húmeda*, naturalmente; estando verde...

«Y por la *verde* y *húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala airosa...»

Se conoce que en América todo va cantando: el viento, *cantando;* la zagala, *cantando*... Sin contar á los innumerables vates *cantando*...

«En *tanto*, viento, que *cantando* llevas...
Cruza *cantando* la zagala airosa.»

¡Que Dios les conserve el buen humor!

«Y por la verde y húmeda sabana
Cruza *cantando* la zagala airosa,
Mientras tocan los pájaros su *diana*.»

¡Al revés me la vestí!... De los pájaros, que realmente cantan, dice usted que *tocan*. ¿Cuándo ha oído usted tocar á los pájaros?

Verdad es que como había usted puesto ya tantas cosas *cantando*, no se atrevería usted á poner una más, y resultaron los pájaros tocando la diana en lugar de cantarla.

¡Cuánto mejor le hubiera sido á usted suprimir el *cantando* del viento, que no canta nunca!

Y luego, ¿para qué puso usted *su diana*?

¿Para echar á perder el verso? Pues lo ha conseguido usted, porque el vocablo *diana* tiene tres sílabas: *di-a-na;* y reduciéndole á dos, resulta durísimo el verso

«Mientras *tocan* los pájaros *su diana*.»

Y si hubiera usted suprimido el *su*, dejando

«Mientras *tocan* los pájaros diana,»

hubiera resultado un verso agradable, sin más defecto que el de cambiar malamente el canto por el toque.

«Y por la *verde* y *húmeda sabana*
Cruza *cantando* la zagala *airosa*,
Mientras *tocan* los pájaros *su diana*,
Y en su lecho de mimbres, *voluptuosa*,
Duerme la joven musa americana.»

¡Ay!... ¡Por desgracia, no es verdad! Bueno sería, sí, muy bueno sería; pero no es cierto. La joven musa americana no duerme.

Desgraciadamente, está demasiado despierta, inspirando de continuo simplezas y *voluptuosidades* y majaderías á los jóvenes vates de su país.

Y aun á los viejos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

¡Es un tesoro esta *Revista Azul!*

Sin más trabajo que el de volver la primera hoja, nos encontramos en este mismo núm. 10 con otra composición poética, ó, mejor dicho, con otra tirada de versos malos, titulada *Abanico Luis XV.*

El autor es un apreciable joven mejicano, José Juan Tablada, que también forma entre los *poetas vivos* del *Libro nacional de lectura.*

La composición de ahora empieza así:

«Bajo las frondas de ideal Versalles...»

Ustedes creen que esto es un verso endecasílabo, naturalmente; porque lo es, y no malo...

Pero el autor no le ha querido hacer endecasílabo, sino de diez sílabas, para lo cual no sirve.

¿Que cómo sé yo que el autor ha querido

que eso sea un verso de diez sílabas?... ¡Toma! Pues porque son de diez sílabas todos los que vienen detrás; razón por la cual éste también se ve forzado á serlo.

¡Y tan forzado!

Como que hay que reducir la palabra i-de-al á dos sílabas, pronunciando *i-dal* ó *di-dal:*

«Bajo las frondas—*didal Versalles*
O en los *boscajes*—de algún Trianón,
Entre *floridas*—y *angostas* calles,
Triste y *pausada*...»

¿No hay más epítetos?...

«*Triste* y *pausada*—cruza Manón.»

Triste y *pausada* la heroína, *floridas* y *angostas* las calles; y los *boscajes* con que termina el primer hemistiquio del segundo verso, asonantes de *Versalles*...

Continuemos:

«Dan á su paso—los *brodequines*
De *altos tacones*—blando oscilar...»

Oscilará el cuerpo, no el paso. Y aun la oscilación del cuerpo no se la darán los borceguíes ó *brodequines* de *altos* ripios, digo, de *altos tacones*, que, por el contrario, imponen á quien los usa la necesidad de andar derecho y sin oscilar, para no caerse.

«Dan á su paso—los brodequines
De *altos* tacones—*blando* oscilar,
Y su *amplia* falda—de *albos* satines...»

Sería de satín, *albo* ó no *albo*, pero no de satines. ¿En una sola falda iban á entrar varios satines distintos y todos *albos?* ¿Para qué?...

¡Ah! ¡Ya caigo! Para concertar con los brodequines...

«Y su *amplia* falda—de *albos* satines
Fru-frus y aromas—deja al pasar.»

Como ustedes ven, la generosidad del autor en materia de adjetivos raya en derroche...

Los satines *albos*, la falda *amplia*, el oscilar *blando*, los tacones *altos*...

Otra estrofita:

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol...»

No podía menos el sol de ser *áureo*... ó cualquiera otra cosa. Dada la generosidad del autor, ¿cómo le había de dejar sin ningún regalo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Con que no ha querido dejar de llamar *taciturna* á la heroína, y eso que ya la había llamado *triste* y *pausada!*

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su *urna*...»

¿Tritones, ó interventores?...

¡Mire usted que unos tritones con costumbres electorales!... ¡Volcando la urna como cualquier presidente de mesa!

Es verdad que como el sistema electoral está ya tan desacreditado entre los hombres, puede ser que quiera refugiarse entre los peces...

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su *urna*...»

Negros... es decir, liberales... Naturalmente... Por eso tienen la costumbre de volcar la urna en caso de apuro.

«*Negros* tritones—*vuelcan* su *urna*
Y *airado* soplan—su caracol.»

¿*Airado* el qué?

Porque para ser los tritones negros, después de volcar la urna, debía decir airados.

Y si el airado es el caracol, me parece una crueldad lo que hacen con él los pícaros de los interventores electorales, digo, de los tritones...

¡Pobre caracol!

Está airado y además le soplan.

Verdad es que otro tanto suelen hacer por acá los tritones, digo, los interventores, con cualquier candidato de oposición... Después que está airado, le soplan... el acta.

Fuera de bromas: el caso es que el vate, como había repartido ya tantos epítetos, al llegar al caracol le hizo airado para no dejarle *desairado*.

Y sigue:

«En vano un lirio—del vaso *regio*
Prendió en las blondas—de su corsé;
Leyó los versos—de un Florilegio
Y al clavicordio—tocó el minué.»
(¡Pero qué cosas—¡oh vate egregio!
Pero qué cosas—nos cuenta usté!)

Y continúa:

«Nada ha calmado su *torva* fiebre...»

Como la fiebre no se ve, no se puede saber si es *torva*. Pero como los vates ven todo lo que se les pone en la cabeza...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Nada ha calmado su *torva* fiebre:
Ni *blando* paje, ni *fiero* alcón,
Ni la diadema donde el *orfebre*...»
(Déjame ¡oh vate! que yo celebre
La palabreja de tu invención.)

Por lo demás, el alcón *fiero*, el paje *blando* y la fiebre *torva*...

—¡Ya se están acabando los llaveritos!—suele decir un vendedor en la Puerta del Sol, todo liado en inmensa cadena de llaveros.

Así se me figura oirle decir al Sr. Tablada. Ya se están acabando los epítetos... y le salen epítetos por todas partes...

Continuemos:

«Es que la hiere su *enamorado*...
Y Manón llora su *infiel* desliz...»

Hombre, el desliz no es *infiel*. Es infiel el que se desliza.

Así como tampoco será su *enamorado* el que la hiere de esa manera. Será su *amado*, que no es lo mismo.

«Por eso *triste* se ha *doblegado*
Y palidece la flor de lis...»

Qué flor de lis sea ésta que palidece, no se llega á saber por lo claro. Acaso el lirio

del vaso regio prendido en las blondas del corsé... Acaso... Pero la verdad es que no importa mucho.

Otra estrofa:

«Al *dulce* nido que los espera
Ya no irán juntos, *llenos de amor*,
En *blasonada y azul litera*...»
(¿No era lo mismo de otro color?)

Lo digo porque *azul litera* es muy duro de pronunciar con las dos eles juntas.

Vamos andando:

«Y ya en la ojiva *llena de esmaltes*
Que orna el escudo *noble y condal*...»

Me parece que con el adjetivo *condal* era bastante para dar á entender que el escudo era noble.

Pero no era bastante para llenar el verso.

Y para este mismo fin de llenar el verso hubo necesidad de *llenar* de esmaltes la ojiva al comenzar esta misma estrofa, y de *llenar de amor* á los novios en la precedente.

Demasiadas llenuras.

Adelante:

«Y Manón sueña... ramajes finos
Tienden *arcadas de pastoral;*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nunca crearon los gobelinos
En sus tapices *pastora* igual.»

¿Y qué son arcadas de *pastoral*?

Pastoral es la exhortación que el Obispo dirige por escrito á sus diocesanos.

Porque lo perteneciente á pastores de ganados se suele llamar pastoril.

¡Arcadas de pastoral!...

Bueno. Vamos con la última estrofa:

«Y en el estanque de tonos *glaucos*.»

¡Aprieta!... Bien decían los latinos: *in cauda venenum*... Lo último lo más malo.

«Y en el estanque de tonos *glaucos*
Se *irisa* el *chorro* de un caracol...»

¿Pero es de aquel mismo caracol airado al que soplaban los tritones?

Lo pregunto por curiosidad nada más; de modo que si no me lo dice el autor, me quedo tan tranquilo.

Pero si me lo dijera, le preguntaría también qué chorro es ese que se irisa, ó si es que cada caracol tiene precisamente un chorro... ¿Y cómo son los tonos glaucos?... Aunque supongo que serán como el *agua glauca* de Ruben?...

«Y en el estanque de tonos glaucos
Se *irisa* el *chorro* de un caracol,
Y Manón sueña bajo los sáucos...»

Se dice *saúcos*, ¿estamos?

Pero, en fin, había que poner consonante á *gláucos*, y á no haber dicho en latín que había *paucos*, puede ser que no se hubiera encontrado otro.

Ahora, si me preguntan ustedes que por qué se llama esto *Abanico Luis XV*, tengo que confesar que no lo sé, ni apenas me atrevo á sospecharlo.

Como no sea porque aquel rey de Francia hizo muchísimas bobadas...

Aunque no consta que las hiciera abanicándose ni escribiendo versos.

Del mismo corte que la precedente es la composición del Sr. Tablada que figura en el *Libro nacional de lectura*.

Los coleccionadores advierten al insertarla que el Sr. Tablada pertenece á los *decadentistas;* pero que ellos son eclécticos y admiradores de lo bello, sea cual fuere la forma en que se les presente; vamos, aunque no sea bello...

Como no lo es la *poesía* del Sr. Tablada.

Se titula *Japón*, y está escrita en el mismo metro y con los mismos ripios que la titulada *Abanico Luis XV*, salvo, en cuanto al metro, que en la del *Japón* no son

agudos todos los versos pares, como en la pasada.

Así empieza el *Japón:*

«*Aureo* espejismo, sueño *de opio*,
Fuente de todos mis ideales,
Jardín que un raro kaleidoscopio
Borda en mi mente con sus cristales...»

Bordar en la mente... con cristales...

Pues por este estilo es toda la composición. Muchos ripios, muchos versos defectuosos y muchas imágenes extravagantes...

En la tercera estrofa se lee:

«Por tí mi numen renace ahora
Y en mi alma escéptica se derrama...»

Esto no es verso de diez sílabas, ó de dos veces cinco, como los demás de la composición.

Para que suene como tal, hay que descoyuntar la palabra *escéptica* y recitarle así:

«Y en mi alma escépti-case derrama.»

Y dice la estrofa siguiente:

«Tú eres el *opio*...»

¡Ay! ¡Por Dios! Que es ya el segundo

opio, Sr. Tablada... No nos lo dé usted más.

«Tú eres el opio—que *narcotiza*,
Y al ver que aduermes—todas mis penas,
Mi sangre, *roja sacerdotisa*,
Tus alabanzas—canta en mis venas...»

¡Ave María purísima!

Me parece que ni entre las locuras de Ruben Darío he leído mayor extravagancia que ésta de llamar á la propia sangre sacerdotisa roja...

Y luego hacerla *cantar*... (Las mismas aficiones de Adolfo García, el colombiano, que presentaba cantando á todo el mundo, menos á los pájaros que cantan...) Hacerla cantar á la sacerdotisa roja, dentro de las venas, las alabanzas del Japón...

¡Qué lástima!

Porque este joven también tiene imaginación, como el protegido de D. Juan Valera. ¡Pero la tiene tan desarreglada!...

Como que después de ser inadmisible la estrambótica imagen de la roja sacerdotisa aun para presentada una sola vez, todavía vuelve sobre ella y la amplifica en la estrofa siguiente:

«¡Canta!...»

Vuelve á insistir en que la sangre canta...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¡Canta! En sus cauces—corre y se estrella
Mi tumultuosa—*sangre* de Oriente,
Y ese es el canto—de tu *epopella*...»

El vate no escribe así, sino *epopeya;* pero escribiéndolo bien no es consonante de *estrella*.

Como tampoco lo era *sacerdotisa* de *narcotiza*.

Hay algunas cosas que no aprenden nunca los americanos...

Y lo malo es que son más que algunas...

Otro golpe:

«Surgen los salmos de mis cantares
Cuando tus altas glorias *celebro*,
Y arde en las urnas de tus altares
Fósforo ardiente *de mi cerebro*...»

¿Será verdad?... ¿Habrá habido trepanación?...

Entonces ya me lo explico todo... Hasta lo de la *sacerdotisa roja*...

Otro golpe todavía:

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*...»

¿Canto rodado?... Porque los otros cantos, los de cantar, no tienen colores sino

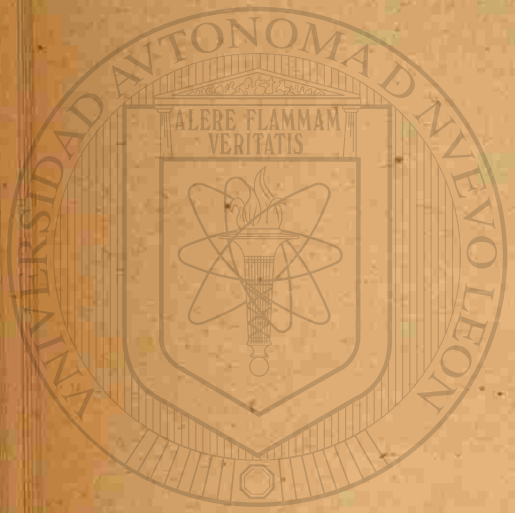
para los ojos empecatados de los *decadentistas*.

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*
Es una estrofa cada *abanico*...»

¿Al abanico volvemos?...

No: basta, basta.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XII

Un señor Charras, argentino y materialista, tuvo hace cuatro años la mala ocurrencia de dar á luz... un *canto* pelón, completamente pelón, sin un pelo siquiera de poesía.

Y una alma buena de por allá tuvo en seguida la ocurrencia feliz de enviarme el *canto* del señor Charras, comentado y todo.

Titúlase el susodicho *canto*, que es un romance de ciego nada más, pero de muy ciego, *La mujer y el patriotismo*.

Y ¿á que no aciertan ustedes qué mujer ha elegido el buen Charras para personificar el patriotismo en ella?

No había de elegir una española ni una hispano-americana, porque es antiespañol furibundo, y además anticristiano rabioso; y en su odio á España y á la Religión, va y... ¿qué hace?

Pues elige una mora, una mujer que no tiene personalidad social, que es esclava,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no tiene patria, y, por consiguiente, no puede tener patriotismo.

¡Ocurrencia como ella!

Pues sí: el señor Charras se forjó una mahometana allá á su modo, y para ponderar el patriotismo de una mahometana, escribió su *canto* en cuatrocientos treinta y dos versos, y le imprimió, que es lo más triste.

Y en la segunda portada le puso muy formal esta vanidosa inscripción: *Vale un peso.*

Hombre, no: le *costará*, si acaso; aunque tampoco es fácil, porque no habrá nadie que le compre; pero lo que es valer, no vale un peso... ni un perro chico, que es como llamamos al céntavo en esta tierra.

Más abajo lleva esta otra inscripción: «Su *producido* es para obras de beneficencia.»

Alabemos la intención, aunque... ¡pobres de los pobres si no contaran con otros *producidos* que los del *canto* del señor Charras!

De todos modos, la intención es laudable. Especialmente, si es que el señor Charras ha querido compensar con la beneficencia del *producido* la maleficencia literaria del *canto*.

Al dorso de la segunda portada se lee esta otra advertencia impresa:

«Es propiedad del autor, y nadie está

autorizado para reimprimirlo sin su consentimiento.»

Debajo de la cual se lee, puesto de pluma por el remitente:

«Era innecesario decirlo.»

En la siguiente página aparece copiada una tarjeta del General Mitre, amigo del autor, devolviéndole el *canto*, que le había remitido en consulta, y haciéndole juiciosas observaciones.

Pero... sermón perdido.

Porque el Sr. B. V. Charras no es de los que se convencen así como quiera, ó en un dos por tres, sino de los que siguen en sus trece.

El Sr. B. V. Charras contesta á las observaciones del Sr. Mitre escribiéndole una carta muy larga é imprimiéndola como prólogo del *canto*, que en vez de ser lo principal resulta lo accesorio en el folleto, pues no ocupa más que siete hojas, mientras la carta ocupa doce.

«Ilustre compadre mío—empieza la carta:—Con íntimo placer de amigo y al mismo tiempo con el legítimo orgullo de argentino, he leído su tarjeta, donde usted se digna emitir su opinión con respecto á mi canto *La mujer y el patriotismo*. Usando á la vez de la franca amistad que me manifiesta, voy á entrar en algunas *consideraciones despojadas de toda vana pretensión...*»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y luego... ¡qué han de estar despojadas!... Todo lo contrario.

Y eso que al comenzar la carta ha puesto una especie de lema de su propia cosecha y con su firma, diciendo:

«Muy lejos de mí la idea de querer convertirme en titán, ni pretender volar á las alturas con alas de cera, como las de Icaro...»

Pero ¡vaya si lo pretende!

Verán ustedes ahora las consideraciones del señor Charras:

«En *La mujer y el patriotismo*, *Luz de Arabia* es, antes que todo, una heroína que si bien no combate por redimir esclavos, como lo repetía Bobolina, pues ella misma lo es, según usted lo dice (¿se van ustedes enterando?), combate por lo menos como Boadicea...»

Bo...adicea... *Bobo*...lina... Aquí todo empieza con *Bo*... Entre *bo*...*bos* anda el juego.

«... Combate por lo menos como Boadicea, con un valor intrépido, por defender el suelo en que nació, cuando mira que la planta *extranjera* se posa en él, y cuando *el pendón de la odiosa conquista*...»

¡No estaría ella mala pendona!...

Por supuesto, que *pendón de la odiosa conquista* llama el señor Charras á la bandera de la Reconquista de España, á la gloriosa bandera con que nuestros abuelos libertaron palmo á palmo esta tierra cristiana del bárbaro poder de los musulmanes.

Y llama *planta extranjera* en Granada la de los españoles.

El señor Charras siente mucho que los moros perdieran á Granada y que la ganaran los cristianos. Para él, entre los moros y los cristianos la elección no es dudosa: se queda con los moros... gracias á Dios.

Simpatías muy naturales.

«Creo, señor—añade Charras,—que el defender la patria es una acción que dignifica al mismo esclavo y *adorna con las palmas gloriosas* al que, como la mora que pinto...»

¿Pinto ó Valdemoro?... Ya se sabrá...

«La mora que yo he descrito—continúa—se aparta completamente de las otras moras. (¿De las de zarza?) Ni su *carne* ni sus...»

¡Dios mío! ¿Nos irá á analizar la carne de mora auténtica?...

«Quise imitar á Juno, que concibió á Marte.»

Ya ven ustedes si el hombre se va por arriba, imitando á las diosas...

¡Y decía que estaba despojado de toda vana *pretensión*!...

Para que uno se fíe.

«Quise imitar á Juno, que concibió á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marte, y no he logrado en mi intento ni una Hipólita de papel, si usted se empeña en su fallo respetable; pero me consolará del fracaso el tener en mi poder un autógrafo más de usted...»

¡Ah! Pues no es tan difícil de consolar como podía creerse.

«... un autógrafo más de usted, y las valiosas acotaciones que ha hecho en mi folleto...»

¡Vamos!... Al hombre le gusta que le den en los nudillos...

«Imbuído en las ideas de libertad que el asunto encierra, siento llegar á mi mente un pensamiento...»

¡Qué cosa más rara!...

«... un pensamiento de Flores...»

No es de flores naturales, sino de un Flores, mal poeta, de los coleccionados por Marcelino.

«... un pensamiento de Flores que viene á prestarme su ayuda poderosa.»

¿A ver?

> «. . . . . pero tu diestra
> Sobre mi frente *pálida* un instante
> *(¿Y al otro instante roja? ¡Buena muestra!)*
> Puede hacer del esclavo arrodillado
> El hombre rey de corazón gigante.»

¡Valiente pensamiento!... Y adelante:

«No cito á Espartaco...»

¡Mejor! Siga usted.

«En mi composición la mora está sin grillos...»

¡Que sea enhorabuena!

«Amante, señor, de que la humanidad sea libre, mi intención fué presentar á una esclava *con la ley y sus ligaduras hechas pedazos...* y convertida en heroína defendiendo y muriendo por la patria.»

Bueno que la mora hiciera pedazos la ley y sus ligaduras; pero no está tan bueno, señor Charras, que usted, siguiendo su ejemplo, quiera hacer pedazos también la ley gramatical y las ligaduras de la sintaxis.

Lo digo porque esos dos verbos, defendiendo y muriendo, como no se construyen lo mismo, sino que uno pide acusativo y otro ablativo, no ha debido usted ponerlos así, unidos por una conjunción.

Porque viene usted á decir que murió *defendiendo por la patria*, lo cual no se dice, sino defendiendo *á la* patria.

Siga usted.

«De la *discución* nace la luz...»

No se dice así: se dice de la *discusión;* pero tampoco así es verdad, porque no nace. Verá usted cómo no nace ninguna luz de la discusión de usted con el General Mitre.

«Pero yo no me quiero valer de ella (¡ah!), porque no deseo *darle* á mis palabras...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Buena concordancia! Se dice *darlas,* ó, en académico, *darles*...

«El señor General me ha ofrecido el caso (se dice la ocasión) de que demuestre mi plan y mis ideas...»

Trabajo le va á usted á costar.

«En la primera estrofa leo: *no es verso;* y enmendado así: «En *los* tiempos de Boabdil...»

Y tuvo razón el General, porque «en tiempos de Boabdil,» como usted pone, no es verso octosílabo.

Pero usted no quiere dar su brazo á torcer, y dice:

«Será cuestión de la pronunciación del nombre...»

¡Claro que es cuestión de la pronunciación! Que el General pronuncia bien y usted mal el nombre de Boabdil.

«O habré tenido muy mal gusto al hacer el verso.»

No le ha tenido usted bueno ciertamente.

Y todavía le tiene usted malo, que es lo más triste...

«Pero yo me dije al escribirlo: aunque aparezca *algo duro,* no pondré *los*...»

¡Me parece bien la docilidad!... Y entonces, ¿para qué consultó usted con el General Mitre?...

Usted no conoció á D. Hilarión, el de Salio...

D. Hilarión era un pobre hombre que hacía gala de ser terco.

Verdad es que no podía hacerla de ninguna otra cosa, porque la terquedad era su única cualidad saliente.

No era de Aragón; pero decía él que tenía cabeza de aragonés, y estaba muy contento con ella.

Una vez fué á Pedrosa á casa del Juez de Paz con objeto de entablar un juicio contra un convecino por cuestión de poquísimo interés, en la que además no estaba la razón de su parte.

Y el Juez de Paz, cumplido caballero, noble y cristiano, de clara inteligencia y de carácter bondadoso, que, pensando piadosamente, goza ya de Dios en el cielo; aquel verdadero Juez de Paz, pues solía componer pacíficamente todas las contiendas sin trámites de litigio y sin costas, viendo la falta de razón del demandante, comenzó buenamente á persuadirle que desistiera de su belicoso proyecto, que no promoviera el juicio.

Hablóle en este sentido un buen rato; y cuando creía tener ya convencido á D. Hilarión, le dijo éste:

—Bien, Sr. D. Antonio, bien... ¿Y usted cree que lo dejo?

—Sí, señor: creo que debe usted dejarlo.

—Pues no lo dejo... Y no crea usted que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es usted el primero que me lo dice. Porque antes de venir á hablar con usted, fuí á aconsejarme de D. Eugenio (un sacerdote muy respetable), y me dijo lo mismo que usted, lo mismo, lo mismo: que lo dejara, que eso era una tontería, y que lo dejara... Pues no quise.

—Y entonces, ¿para qué fué usted á aconsejarse de D. Eugenio?—

Lo mismo hace usted que D. Hilarión, señor Charras.

Consulta usted el *canto* con el General Mitre; le enmienda á usted el General un verso, con mucha razón, añadiéndole un *los*, y dice usted:

«Será cuestión de la pronunciación del nombre, ó habré tenido muy mal gusto al hacer el verso; *pero* yo me dije al escribirlo: aunque el verso aparezca *algo duro*, no pondré *los*...»

Bueno, hombre, bueno; no lo ponga usted.

Pero pasará usted por un D. Hilarión argentino.

Porque la razón que usted da para no ponerlo, no puede convencer á nadie.

«... no pondré *los*, porque parece que con esa palabra hubiera querido enaltecer el nombre de un Rey que no pasó de un cobarde.»

¡Qué finuras filológicas!

«En la quinta y sexta estrofa el lápiz ha puesto *no es verso...*»

Verdaderamente no lo es.

Porque dice usted:

«Porque también la *poesía*...»

y esto no puede ser verso octosílabo no diciendo *posía* ó *puesía*.

El General, con mejor oído, le aconsejó á usted enmendarlo así:

«Pues también la poesía.»

Pero usted, grandísimo... D. Hilarión, se rebela y dice:

«Yo sacrifiqué la forma *por eslabonar mejor* una estrofa con otra.»

¿Y quién le ha dicho á usted que eslabona mejor el *porque* que el *pues*?

¡Vaya con el eslabonador nuevo!

Más adelante puso usted:

«Cual se refleja en el hombre
El arte que lo formara.»

El General se lo corrigió á usted poniendo: «*la idea* que le formara.»

Y usted se rebela contra el General, y enseñando la punta de la oreja de la incredulidad, pregunta con mucho retintín:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¿Y si yo creyese que no fué *la idea* quien formó al hombre, sino la *naturaleza* artística, pero sin pensamiento?»

Pues si usted creyese eso, creería una tontería muy grande.

«Pero sin pensamiento...»

Usted podrá hablar por sí. Pero de los demás hombres, ¿por qué ha de creer usted que fueron formados sin pensamiento?

En la estrofa sexta había escrito Charras de la poesía:

«Que nació como Minerva
Para no ser igualada.»

El General se lo enmendó diciendo:

«Es hija como Minerva
De la cabeza y *del alma.*»

El vate se rebela, como acostumbra, contra la corrección, y enseñando, no ya la punta, sino la oreja entera, dice:

«El señor General Mitre puede escribir eso. Por mi parte no, porque *pienso* de una manera completamente opuesta. Nunca escribo *alma. Cuando me convenza de que existe, entonces sí.*»

¡Acabáramos!

Pero entonces, ¿por qué dice usted que

piensa de una manera completamente opuesta á la del General?...

¿Parécele á usted que se puede pensar sin alma?

Piensar sí se puede; pero lo que es pensar...

¡Infeliz! ¿Y no sabiendo si tiene alma quiere usted ser poeta?...

¡Qué ha de ser usted, desgraciado!

Para ser poeta lo primero es saber que se tiene alma y tenerla en gran estima.

Más adelante acepta, por caso raro, una corrección, y dice:

«El verso *trazado* por mí me tenía *incómodo;* y debido al *poco tiempo que dispongo* (de que dispongo, ¿eh?), *no lo había fundido* (como una campana) con la intención de sacarle *todo lo malo* que tiene, *que es todo* (¡qué *gallo de Matías;* pero qué verdad!). Si bien se explica que hablo en sentido figurado, no por eso había *de pasar sin pasar* por las horcas caudinas...»

Pasar sin pasar... sacarle lo malo que tiene, que es todo...

Pero, en fin, para escrito sin tener alma, todavía casi es demasiado bueno.

Mas dejemos la carta; y conocido ya el señor Charras como desalmado, vamos á conocerle como vate, ó como versificador siquiera.

Allá va la dedicatoria:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Ahí están á tus pies, patria querida,
Esas notas humildes de mi arpa:
Acéptale el recuerdo á un argentino
Que siente orgullo de que *seas su* patria.»

¡Huy! ¡Qué verso!
¿Y éste no se le enmendó á usted el General Mitre?...

«Que siente orgullo de que *seas su* patria.»

Seas tiene dos sílabas, y querer encerrarle en una es una iniquidad métrica como otra cualquiera.
Empieza el romance:

«En tiempos de *Boabdil*,
Último Rey de Granada,
Había una joven mora
Llamada «la luz de Arabia.»

Hombre, se llamaría Luz con ele grande y no *la* luz... Pero, en fin, no he de ir contra la autoridad paterna de usted, y llámela como quiera.
Mas ¿dónde *había* esa mora?...
Vamos á ver:

«Vivía de la ciudad...»

Vamos... ¿que la ciudad la mantenía?... ¡Ah! no, no es eso.

«Vivia de la ciudad
Lo menos á una jornada...»

¿Pero qué ciudad es esa? Porque aunque ha hablado usted de Granada, ha sido no más para dar las señas de Boabdil...

«Vivía de la ciudad

(Sea la que fuere)

Lo menos á una jornada,
En el castillo feudal
De los antiguos patriarcas...»

¡Buenas y gordas! ¡Castillitos feudales de los patriarcas antiguos de una mora!...

«Era tan diestra en la lid,
Que cuando en justas entraba,
Las lanzas de los valientes
Jamás pudieron tocarla.»

¿Y qué más?

«Con el arte de Corina...»

¿Si será errata y habrá querido decir de cocina?

«Con el arte de Corina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

También el laúd pulsaba,
Sollozando en cada verso
De su vida las borrascas...»

¡Ah! ¿Con que había sido de vida borrascosa?... ¡Mire usted, mire usted lo que se va descubriendo!...

«Porque también la *poesía*...»

Sí, señor; tiene razón el General Mitre. Esto no es verso. Pero usted *por eslabonar*, según dice...

«Porque también la *puesía*
En su sér se reflejaba...»

Y porque se reflejara la poesía en su sér ¿estaba obligada á sollozar las borrascas de su vida y á haber tenido borrascas?...
Pues me río yo del *eslabonamiento*.

«Virgen inmortal *creadora*...»

Aquí también le diría á usted el General que esto no es verso, como si lo viera; porque efectivamente no lo es.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes...»

¿Que *será* en los tiempos de Arquímedes?...
¿Los tiempos de Arquímedes cree usted que están por venir?...
No, no dice eso.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes la palanca,
Para levantar al mundo
Sepultado en la ignorancia...»

¡Pero qué pobre y qué prosáico y qué sin sentido es todo esto, señor Charras!

«Virgen inmortal que vive
A las bajezas extraña,
Porque en la virtud tan sólo
Gusta *recrear* su mirada...»

Vamos, *recrar* hay que decir, porque si no tampoco es verso. Ya se lo habrá dicho á usted el General Mitre.

«Y teje para el *poeta*...»

Entonces no es para usted, de seguro.

«Y teje para el *poeta*
Corona de egregias palmas,
Cuyas hojas siempre *verdes*...»
(Se las comen los que cantan.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como si lo viera.

«En los *torneos* del saber...»

Otro verso que no lo es. ¿Verdad, General? ¡Cuidado con la manía que tiene este Charras de oprimir las palabras!

¡Y luego dice que es muy partidario de la libertad! Para sí la querrá, que lo que es para afuera...

¡Querer meter los *torneos* en dos sílabas!...

«En los *torneos* del saber
Fué con esmero educada...»

¿Ahora vuelve usted á hablar de la mora? Pues ya no nos acordábamos de ella ni de su salud, entretenidos en oir las murmuraciones de usted contra la poesía.

«Por eso en varios encuentros
Con las legiones cristianas
Mostró tanta bizarría
Que sus golpes esquivaban...»

¿Los golpes eran los que esquivaban?... ¿Y qué esquivaban?...

«La reina Isabel primera
Al ser de ellos informada...»

¿De los golpes? ¿O de los encuentros?

«Dispuso hacerla su amiga
Más bien que su tributaria...»

¡Pero qué soso es todo esto, señor Charras!

«*Con tal suerte* hizo venir
A un guerrero de *confianza*,
Y le *confió* una misión
Acerca de la *sultana*...»

¿Ahora nos resulta sultana y todo? ¡Anda, anda!

«Le entregó *de puño* y letra
Una esquela *perfumada*...»

Perfumada, ¿eh?... Pero ¿de puño y letra de quién?...

¡Le entregó de puño!...

A usted sí que se la han dado de puño el General y todos los que le han animado á usted á escribir...

«*Al punto y sin dilación*...»

Lo cual es una misma cosa...

«Al punto y sin dilación
Se ha de llevar la *embajada*,
Le dijo la reina al paje...»

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Pero era paje? ¿No decía usted que era un guerrero de confianza? No se le puede hacer á usted caso, porque tan pronto dice una cosa como otra.

«El joven besó la mano
De la augusta soberana,
Y partió *como el cruzado*
Cuando iba á la Tierra Santa...»

Es claro. Y como el peatón cuando va á conducir la correspondencia.

«El real pliego *le* decía
Con una forma galana...»

Entonces no era con la forma de usted.

«El real pliego *le* decía
Con una forma galana...»
(Y con un ripio tan ripio
Que no quiere decir nada.)

Omito las cosas que el vate dice que escribió la reina Católica, porque no quiero que quede memoria de ellas.

El canto sigue:

«En tanto en el campo moro
La rendición se trataba...
Olvidando el heroísmo
De Sagunto y de Numancia...»

Pero ¿qué necesidad tenían los moros de olvidar el heroísmo de Sagunto y de Numancia? ¿Cuándo ni por qué le habían de haber aprendido? ¿Qué tenían que ver los moros con esos heroísmos?...

«Sin embargo, Boabdil
Al buen Guzmán no imitaba...»

Naturalmente. Lo raro sería que le imitase.

«Los rindió; pero *un valiente*
De talle esbelto y *sin barba*,
Se opuso como un baluarte
A sopor*tar tanta* infamia...»

Tartanta...

El detalle de *sin barba* también es muy bonito.

«El valiente era la mora...»

Bueno.

«Era la mora más *linda*...
(¿Que una perrita de lanas?)
Era tan *lindo* su seno,
Y era tan *linda* su cara,
Y era tan *linda* su boca...»
(¿Acaba usté hoy ó mañana?)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El General trató de disminuir algo las lindezas, llamando *bello* al seno y *fresca* á la boca; pero el vate se cuadró, y todas las cosas quedaron lindas.

«*Y eran tan* negros sus ojos,
Y eran sus manos tan blancas,
Y eran tan suaves sus trenzas,
Y eran tan dulces sus gracias,
Y era su cuello tan *lindo*...»

¿Otra vez? ¿Todavía hay más lindos?

«Y era toda ella un conjunto
Fundido en no sé qué fragua.»

¡Hombre! ¿Fundida en una fragua?...

Es lástima que no sepa usted en cuál, por lo raro del caso...

Pero no debe usted de estar bien enterado, y no debe de ser verdad eso de que fuera fundida en una fragua.

Porque en las fraguas no se funde: se forja, que no es lo mismo.

«Solemne instante... á la puerta
De su castillo *se apeaba*...»

Aquí le habrá dicho á usted su compadre D. Bartolomé que esto *no es verso;* y no lo es ciertamente, porque *apeaba* tiene cuatro

sílabas, y una del *se* son cinco; y meter cinco en tres, es mucho apretar.

«Que pase adelante, dijo,
En nombre de Allah, quien llama,
Y á poco rato á su vista
Apareció Don Juan de Austria.»

Cincuenta y cinco años antes de nacer.

Enmendó el General el disparate
Y se resignó el vate...

Diciendo:

«El señor General ha pasado una línea de lápiz y ha escrito debajo: *D. Juan de Austria no había nacido al tiempo de la rendición de Granada*. Tiene razón, señor... Como mi composición es una fantasía, creí que *no implicaba*...»

¿Pues no había de implicar? ¿Usted cree?... Digo mal: usted no cree nada, porque no estando convencido de que tiene alma, ¿cómo ha de creer? Pero ¿á usted se le figura que *fantasía* es lo mismo que desatino?...

Para usted ya veo que es lo mismo, pero no debe ser.

«Dijo: á intimar que te rindas
Por la razón ó las *armas*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Rendirme? En otra ocasión
Le tengo dicho á tu *reina*
Que yo y los míos se rinden
Cuando la vida les *falta.*»

Pero, hombre, aquel *reina* no es asonante de *falta* ni de *armas*.

Para que lo fuera había que decir *raina*.

¿Es que le ha enseñado á usted á pronunciar la *e* D. Víctor Balaguer, nuestro inverosímil académico? Porque éste, por llamar á Montero Ríos «el verbo de la democracia,» le llamó el *varbo*, y le ha hecho quedarse con «el *barbo* de la democracia.»

«El rey Boabdil, princesa,
Con *lo que cuenta es con nada.*»
(Pues no podía ser menos,
Estando la cuenta exacta.)

Más adelante se lee que la mora recorría las filas...

«Porque la servía de escudo
La santidad de su causa.»

El General objetó: «Sólo los mahometanos pueden decir santa la causa de Mahoma: una mujer no, porque es la esclava del mahometismo.»

El vate no se rinde y sale del paso en esta forma:

«Quien dice *la santidad de su causa* no es la mora, sino el autor.»

¡Así se habla! Clarito. El no tener alma no es un obstáculo para llamar *santa* á la causa de Mahoma. ¿Qué ha de ser? Al contrario.

Y sigue Mahomet Charras:

«Después que todo dispuso...»

Muy mal.

Aunque usted no esté convencido de que existe el alma, debe estar convencido de que existen los galicismos.

Y ese es un galicismo muy feo.

«Sois los soldados aquéllos
Que de Tolosa en las Navas
Dieron á la media luna
Cuarenta lustros de fama...»

Aquí el General le dice á Mahomet Charras que los moros no pudieron dar fama á la media luna en la batalla de las Navas, donde fueron derrotados, y que los lustros transcurridos desde entonces hasta la rendición de Granada, eran sesenta; pero el vate se defiende diciendo:

«Como mi obra es *imaginativa*, no tuve inconveniente en que la mora recordase á sus soldados esa acción de guerra...»

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es claro: su obra es imaginativa y disparatativa, y por eso...

Para disculpar otro mal verso, dice Aben-Charras:

«Si yo tuviera tiempo trabajando de sol á sol, como lo hago diariamente entre cálculos y números, ó pudiera hacer los cuatrocientos treinta y dos versos de este *canto* sin ningún defecto... me diese por satisfecho...»

El comentador de allá pone aquí: *gallego puro*, y tiene razón.

Pero á mí lo que más me llama la atención es lo del tiempo. ¡Quejarse este hombre de falta de tiempo, cuando habrá echado á perder tantísimo en redondear su canto! ¿Qué necesidad tenía usted de hacer esos cuatrocientos versos y pico?

Y lo que tiene también mucha gracia, es esta otra disculpa contra otra observación de su compadre:

«Leo también al margen: *no es verso*. Lo que puedo decir es que *lo preparé durito* (¡bien se puede creer!), por no destruir la idea que encierra. Será feo como algunos otros; pero un *feo-lindo*.»

Feolindo, sí.

«Que á una mujer muchos leones...»

dice que es un verso *feo-lindo*.

Después deja Ben-Charras á la mora linda y se mete por la sublevación de América contra España.

¡Figúrense ustedes lo que discurrirá en este nuevo campo!

«Sólo así... Pero no *pudo*,
Por más que Iberia anhelaba
Apagar del nuevo *mundo*
La luz revolucionaria...»

Y sigue:

«No había puesto su pie
Sobre la cumbre nevada,
Donde el condor solamente
Tiene el valor de *habitarla*.»
(¡Qué sintaxis tan moruna
Tiene este vate sin alma!)»

Otro golpe:

«Ni la estrella *solitaria*
A Chile *inmortalizaba*,
Ni Bolivia ni el Perú
Se veían soberanas...»
(Ni soberanas palizas
Chile las administraba.)

Un poco más adelante:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Donde *rodó* destrozada
La cadena que oprimía
La virgen sencilla y casta
Que el navegante Colón
En su *demencia* encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gente! Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *lones!*
¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio'

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Donde *rodó* destrozada
La cadena que oprimía
La virgen sencilla y casta
Que el navegante Colón
En su *demencia* encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gente! Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *lones!*
¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio'

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vorecido hizo tan poco aprecio del libro, del retrato, de la dedicatoria y de la carta, que todo junto fué á parar á una librería de viejo, donde un amigo mío lo ha comprado después por seis perros chicos (seis centavos).

El no creyó comprar más que el libro; pero luego, al ir á abrirle en casa, se encontró con que estaba dedicado y con que tenía la carta de remisión dentro.

En ésta, después de lamentar una desgracia de familia, dice D. Calixto:

«Envío á usted ahora un ejemplar de mis *Cantos*, que no sospeché yo salieran á luz en circunstancias tan tristes. Recíbale usted como débil testimonio de la *veneración* y alto aprecio que me inspiró usted, *y concédale un puesto en su biblioteca*, si no como obra de poeta, como afectuoso recuerdo de un amigo sincero.»

¡Qué ingratitud, Sr. D. Calixto, la de estos académicos!...

¡Responder á la *veneración* de usted!... Si no se puede venerar á nadie más que á Dios y á los santos y á sus reliquias...—¡Responder á la veneración de usted y al deseo de usted de que concediera á su libro un puesto en la biblioteca, enviando el libro y la carta al Rastro!...

Le está á usted bien empleado, pero muy bien empleado, Sr. D. Calixto...

Para que aprenda usted á venerar académicos...

«Envío también—continúa Oyuela—un ejemplar de mis versos al insigne amigo de usted, D. Manuel Cañete, *cuya alta inteligencia, vasto saber y justo criterio...*»

Sí: adúlele usted de esa manera tan servil, que regularmente haría con el libro lo mismo que el otro.

Por lo *demáz*, como dice Cánovas, D. Calixto es un vate de corte académico riguroso, un cultivador de lo que ellos llaman la forma clásica. Sus versos se distinguen por sus muchos epítetos, por sus giros arcáicos y por su falta de sustancia.

La composición que ahora voy á analizar no es de los *Cantos*, sino de las *Hojas sueltas*.

La primera, por no andar escogiendo.

Después de poner un lema de siete líneas, en inglés, para que se sepa que lo sabe, D. Calixto se dirige á Fray Luis de León y le dice:

«Como *celeste* canto
Resuena tu *inspirada* poesía
Y asciende en vuelo *santo*,
Y su *alta* melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.»

Ya lo ven ustedes. No siendo el alma, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salió ilesa por casualidad, los otros seis sustantivos, de los siete que entraron en la estrofa, todos sufrieron su pedrada correspondiente.

El canto... *celeste;* la poesía... *inspirada;* el vuelo... *santo* (¿por qué?); la melodía... *alta* (¡caracoles con el *alta!*); las ondas... *limpias*...

Lo dicho: no se salvó de la pedrea más que el *alma*, con perdón de Mahomet Charras, que cree que no existe.

Vamos á otra estrofa:

«Vibra tu *grande* acento...»

Sigue el chorro de epítetos, ¿eh?

«Vibra tu *grande* acento,
No en el hervor del *popular tumulto,*
Do el que hoy oye...»

¡Hoy! ¡hoy! ¡hoy!...

¡Dios mío!... ¿Qué es esto? «Do el que *hoy oye...*»

¡Qué oído el del Sr. Oyuela!...

«Do el que *hoy oye* el concento
De *fervoroso* culto,
Blanco es mañana de *candente* insulto...»

Nada, nada. Siempre lo mismo...

El insulto, *candente;* el culto, *fervoroso*, y el concento, que no salió con mote, salió con aquel acompañamiento de *hoy... oye...*

Todo esto después de haber sido el acento *grande.*

Pero nada tan grande como ese tercer verso:

«*Do el que hoy oye* el concento...»

Otra lira:

«Sino en la *suma* esfera...»

Quiere decir que no vibra su acento *grande* en el popular tumulto *do el* que *hoyoye*... sino en la esfera *suma*... etc.

«Sino en la *suma* esfera
Donde el *fanal* de la verdad fulgura,
Y en *tibia* primavera...»

También es gana de poner motes: llamar á la primavera *tibia*, para llamar *tibia* primavera al cielo.

«Y en *tibia* primavera
Aura de virtud *pura*...»

Todo con su ripio correspondiente...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siga usted, D. Calixto.

«Tu voz, *sin pompa vana.*»

Naturalmente. ¿Cómo no había de ser *vana* la pompa? Sí, señor, vana y ripio.

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación *sonora* del sentido...»

Tampoco aquí es el ripio el *sonora* solamente, sino todo el verso.

«Se lanza *dulce y llana.*»

¡Bueno! ¿Sabe usted que adelantamos bien?...

Hasta ahora llevaba cada sustantivo un adjetivo; ahora ya un solo sujeto, la voz, lleva tres predicados, y Dios sabe si parará en eso.

Por de pronto es ya *dulce, llana* y *sin pompa vana*... y la misma pompa, además de ser *vana*, es *adulación sonora*...

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación *sonora* del sentido,
Se lanza, *dulce* y *llana,*
En el alma, *sin ruido*...»

Otro predicado más... y bueno. Porque ¡cuidado que una voz sin ruido!...

«Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido,*
Cual ave *amante* en el *oculto* nido.»

Nido *oculto,* ave *amante*, voz *dulce*, *llana*, *sin pompa vana* y *sin ruido*... Por último, ¡sin ruido!

Si los académicos no fueran gente de probado mal gusto, casi se podría disculpar la desatención del que vendió los *Cantos* de D. Calixto Oyuela á un chamarilero.

¡Porque como malos, son malos los *Cantos!*...

Pero esa disculpa en un académico no es admisible, porque precisamente por ser malos le hubieran gustado, si los hubiera leído. Como hechos á imagen y semejanza de los suyos.

«Rompió en un *nuevo* oriente
La *hermosa* lumbre de la *edad pagana,*
Y aquel ritmo *potente,*
Aquella gracia *arcana*
Se derramó en tu mente *soberana.*»

¡Epitetoso!... Y además *paganizante*...
¡Ritmo *potente!*... ¡Gracia *arcana!*...

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime fé, en tu ardiente celo...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Caracoles con el versito éste!...

Para que suene á verso hay que recitarle así:

«En tu sublime *fentuar*-diénte celo...»

De modo que todo esto, *fe en tu ar*, ha de reducirse á dos sílabas, desapareciendo el acento de fé para cargarse sobre la otra é, la de én...

En fin, que no creía yo que el Sr. Oyuela lo hacía tan mal...

Aunque conocía su condición de académico, no creía que era tan... del todo académico.

Porque tiene los ojillos vivos en el retrato; y además, como se llama Calixto...

Pero ¡Ca... listo!

«Mas la *antigua* hermosura
En tu *sublime* fé, en tu *ardiente* celo...»

Si D. Calixto tuviera un poco de oído poético, hubiera dicho:

«En tu *sublime* fé y *ardiente* celo...»

El verso hubiera quedado ripioso, pero no mal sonante.

«Mas la *antigua* hermosura
En tu *sublime* fe, en tu *ardiente* celo
Fundió su esencia *pura*,
Y con *místico* anhelo
Voló *serena* y *encendida* al cielo.»

¡Ya escampa!... Y llovían epítetos apareados. ¡*Serena* y *encendida*!...

«Cual urna *primorosa*
De *nítido* alabastro construída,
Se ostenta más *hermosa*,
Con más *luciente* vida
Si de *interno* fulgor brilla *encendida*.»

Primorosa y *hermosa* la urna, *nítido* el alabastro, *luciente* la vida (¡vamos, que una vida luciente!), *interno* el fulgor, etc.

Y luego, al lado de esta profusión de epítetos, ¡qué escasez de ideas!

¿Recuerdan ustedes qué es lo que ha dicho hasta ahora D. Calixto?...

¿Cuál es el pensamiento culminante de su composición?...

Trabajo le mando á quien trate de hallarle.

«Y el *oloroso* huerto
Que cultivas «*del monte en la ladera*
De bella flor cubierto,»
Por *secreta manera*
Tu mente eleva á la *celeste esfera*.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Muy malo, muy malo.

En los dos últimos versos dos asonancias insufribles, particularmente la del último:

«Tu mente *eleva*-á la celeste *esfera*,»

y en el penúltimo *manera* y *secreta*.

¡Es tan extraño esto siendo nuestra lengua tan rica!

Verdad es que no se adelanta gran cosa con que sea rica la lengua, si los vates son pobres...

Como el Sr. Oyuela.

«Y la vista tendiendo
A la *imperial dominadora* cumbre,
Volar quiere, venciendo
La *mortal* pesadumbre.»

Pero usted no la vence nunca.

Sino que siempre está usted vencido y dominado por esa pesadumbre ó pesadez *mortal*.

«Tú así, en ansia *constante*
Por *arrancarte* á la *terrena* arcilla,
Ardes por la *distante*
Esfera *sin mancilla*...»
(Mas no sin ripios, que hay una esportilla.)

Constante... terrena... distante, sin

mancilla... Y sin contar la asonancia de *arrancarte* con *constante*. Y sin contar el *arder por la distante*...

«Yo amo el fulgor *sereno*,
El raudal *cristalino*
De tu sencilla *fe y candor* divino.»

¡Uf! Qué verso más malo...

¿Sabe D. Calixto qué es *feican*, y si es de comer, con qué se come?

Y si no lo sabe, ¿por qué lo puso en ese verso?...

Pues así hay que leerle para que lo sea, diciendo *feican*...

De tu sencilla *feican-dordivino*.

¡Qué académicos éstos!

Y sigue:

«Henchido de *alto* anhelo...»

¡Cuántos *altos* y *altas* será bueno que haya sembrado el Sr. Oyuela en su vida, cuando en esta sola composición pone tres lo menos!...

Alta la melodía, y ya la altura ésta era una altura disparatada; *alta* la contemplación: ésta puede pasar, y *alto* el anhelo, que ya no pasa fácilmente...

La composición de Oyuela que sigue en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las *Hojas*, lleva por título *La lágrima, la... la...*

Ni siquiera los títulos acierta á poner sin cacofonías.

Y empieza así:

«Cuando amistad ó amor nuestra *alma mueven...*»

Mamu... even...

¡Qué oído, Sr. Oyuela!

Antes, do el que *hoy oye;* ahora, *ma-mueven...*

Casi lo mismo que aquel verso insufrible con que empezó Quintana su oda al mar:

«Calma un momento tus soberbias ondas,»

donde parece que atropó todas las emes que pudo.

Calma-un-mo-men...

Y, sin embargo, los *retóricos* progresistas, á quienes ha seguido como un cordero el agustino P. Blanco en su malaventurada historia de la literatura española, han divinizado á Quintana como poeta, y han ponderado ese verso feroz como un prodigio de onomatopeya...

«Reta el guerrero por *soñado* lauro
La muerte, en pos de *romancesca* fama;

Mas alza á su enemigo *en lid postrado,*
Y baña cada herida en una lágrima.»

Cuando lo entiendan ustedes, avisen. No digo que no llegarán á entenderlo; pero tienen que tardar un buen rato.

Y aparte de la oscuridad, desde luego está mal lo de *bañar en.* Ahí se dice *bañar con...* Porque *bañar en* es meter la cosa que se ha de bañar en el líquido, y una herida no se puede meter en una lágrima: se puede humedecer con ella, y eso es *bañar con.*

«Votos no puedo hacer por mi María...
(¿Pero eso cree usted que es poesía?)
Mi María antes ¡ay! á Amor tan *cara,*

(¡Ay, ay, ay!)

Y un tiempo fué que en *su* glorieta *umbrosa*
Esos votos premió con una lágrima.»

¿*Esos votos* que no puede usted hacer? ¿Y de quién era la glorieta? ¿De María, ó del Amor?...

¡Don Calixto, Don Calixto!...
Que se da usted mucho pisto
Con su medalla dorada,
Y no es poeta ni es nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siga usted:

«Cuando mi alma á lo *oscuro* tienda el vuelo.
(¿No tiene usté esperanza de ir al cielo?
Pues no está el cielo oscuro, amigo Oyuelo.)
Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro *su* ataúd...»

¿Dentro del ataúd del alma?...
Explíquese usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
Y dentro *su* ataúd mi cuerpo yazga,
Por mi tumba al pasar, *do se consuma...*»

¿El qué se va á consumir? ¿El alma?... ¿El cuerpo?... ¿El ataúd?... ¿La lágrima?...
El numen no será, porque... no hay de qué darlas.

«Por mi tumba al pasar, *do se consuma*,
¡Oh! *su* polvo mojad con una lágrima.»

¡Oh! *su* polvo... ¿El de la tumba?... ¿El del ataúd?...
El del diablo que lleve tanto ripio y tanta bobería.

Lo que sigue en las *Hojas sueltas* es una *silva* al presente siglo, que más bien debiera ser una *silba*. Pero el vate no lo entiende así, y aunque con ciertas restricciones propias de católico-liberal, de los que ponen una vela á Dios y otra al diablo, se entusiasma al fin como un progresista cualquiera con los adelantos modernos, y dice que

«. . . . . En cambio,
De la *inflamada* tea
Que el *implacable* inquisidor blandía,
Emblema de *armonía*,
Su *esplendorosa* luz manda *la idea*.»

¡Buena está la armonía que nos ha traído la *idea* moderna!
La armonía de estarse acechando y amenazando continuamente los jornaleros y los propietarios, los ricos y los pobres, para ver quién extermina á quién, cuando llegue ocasión oportuna.
Verdad es que el vate confiesa en malos versos que

«El invento de Guttenberg
(¡Vaya un heptasílabo!)
Más el error que la verdad difunde.»

Y censura al siglo porque *vuelca y sacude*

«Las que el hombre adoró *creencias* divinas,»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como vuelca él las leyes prosódicas queriendo que *creencias* tenga sólo dos sílabas como si fuera *crencias*...

Después hay en el libro de Oyuela una cosa así como epístola en tercetos, dirigida á otro mal poeta argentino, á Rafael Obligado, con un lema en verso de Echeverría, otro argentino también *obligado* á ser mal poeta...

La epístola empieza así:

«Rara, á fe, Rafael...»

¡Buen principio!...

Ra–ra, á *fe*-Ra-fa...

De cinco sílabas, pues la *á* que precede á la *fe* se elide; de cinco sílabas, tres son iguales, *ra-ra* y *ra*, y las otras dos casi iguales, *fe* y *fa*...

Y esto en el primer verso.

¿Podría haber hallado el autor combinación más dura de sílabas para empezarle?

¡Rara, á fe, Rafael!...

¡Y pensar que todavía hace pocos días llamaba D. Juan Valera buen poeta á este D. Calixto!...

¡Claro! Buen poeta como él... que también es muy malo.

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal...»

¿La humana vida... *y tal?*... Esto parece del *Regatero*...

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal, que dudo *á decidir* se acierte
Si á *larga* risa-ó á llorar *convida*...»

El terceto comenzó duro y enrevesado, para continuar bajo y pedestre *(que dudo á decidir)*, y acabar asonantado y ripioso, con la risa *larga* y la asonancia de *risa* y *convida*.

Creo que ni poniéndose adrede á hacer un terceto malo, se puede hacer peor que éste.

Y vamos al segundo:

«El hombre nace, y su *menguada* suerte
Le lleva, cual *doliente*-peregrino,
Al *temeroso* abismo-de la muerte.»

Prosáico también, muy prosáico.

Y también ripioso, como lo atestiguan la suerte *menguada*, el peregrino *doliente* y el abismo *temeroso*.

Y también con asonancias entre los hemistiquios y los versos, como *doliente* y *suerte*, *abismo* y *peregrino*...

Vamos al tercero:

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío celestial...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El rocío no *riega:* humedece, refresca, moja, empapa, rocía... todo menos regar. Regar es otra cosa.

No se podía aplicar á la acción del rocío un verbo más impropio.

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío *celestial*, es porque sienta
Todo el rigor de su *infeliz* destino...»

Lo cual, á más de ser literariamente malo, tiene sus ribetes de blasfemia.

No: Dios, nuestro Señor, no nos dispensa sus favores celestiales para hacernos más infelices. El pensarlo es una impiedad, y el decirlo sin pensarlo es por lo menos una tontería.

Siga usted:

«¿Y luego? ¡Oh pobre humanidad sedienta
De *ignotas* aguas, cuyo cauce *en vano*
La *ignara ciencia*—descubrir *intenta*...»

¡Dale con los asonantitos! Y con los ripios.

Adelante:

«¡Oh *indescifrable* y *pavoroso* arcano,
Mientras *vívido* el sol reine en la esfera
Y el mundo ruede en el *etéreo llano!*...»

En el etéreo disparate querría usted decir... O por lo menos lo dice, aunque no quisiera...

¡Cuidado con decir que la tierra, que rueda en curvas alrededor del sol, rueda por un *llano!*...

Y sigue:

«*Blanco* azahar el rostro *iluminado*
De la *reciente* esposa, *orna y perfuma*,
Llorará en breve por el hijo *amado*,
Que en este valle de *perenne* bruma
Se deshace en nuestra alma la alegría
Cual *leve* copo de *albicante* espuma...»

¡Olé por los adjetivos... académicos!...

«Ya no surge en nosotros *soberana*
Aquella voz que *armónica* vibrando
Fuente era un tiempo de delicia *arcana*.»

Y todo lo demás de la epístola es por este estilo... Estilo muy *arcano* y un poco *albicante*...

Después hay una composición con este título: *En el álbum de Sara*, que empieza:

«Ríete, Sara, del que *torvo* estima
Eterno el duelo en la existencia humana...»
(Pues ríete del vate que ahí encima
Hizo esa propia estimación insana.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque, efectivamente, en los primeros tercetos de la epístola á Rafael, á *Rara, á fe, Rafael*, afirmaba Oyuela eso mismo que aquí juzga cosa risible. Y aun algo más, como recordarán ustedes.

La siguiente composición lleva por título *La bóveda oscura*.

Es un romance, y empieza de este modo:

«*Junto* á una bóveda *oscura*
De *inmensos helados* senos,
Donde *imponentes* vagaban
El *Misterio* y el *Silencio*,
Estaba una *altiva* joven,
En cuyo *sereno aspecto*
Solemne resplandecía
De la majestad el sello.»

Defectos de estos ocho versitos:

1.° El adverbio *junto* muy impropio aplicado á una mujer y á una bóveda. ¿Cómo había de estar la joven *junto* á la bóveda?... ¿Suspendida de un cordel como una araña?... Si se tratara de una *columna* estaría bien el *junto*. Pero tratándose de una bóveda, la joven *altiva* estaría bajo la bóveda ó sobre la bóveda, no *junto*. ¡Si parece que estos vates académicos no han oído campanas en su vida!

Hay que usar las palabras con propiedad. ¡Tengamos acá lo de D. Antonio Cánovas,

cuando, traduciendo á Tomás Grossi, nos puso una golondrina *arrimada* á una ventana!...

2.° Los asonantes en medio de los versos, como *inmensos* y *senos*, *sereno* y *aspecto*, *Misterio* y *Silencio*, que aunque se escriban con letras grandes, como las escribe el autor, siempre son asonantes y están mal en un mismo verso. Y es más imperdonable este defecto tratándose de un romance donde hay gran libertad de elegir palabras, pues los consonantes no obligan.

3.° Los muchos adjetivos, pues cada sustantivo lleva el suyo, como la bóveda, que es *oscura;* el Misterio con eme grande, y el Silencio también con ese grande, que *son imponentes;* la joven, que *es altiva;* su aspecto, que es *sereno;* la majestad, que es *solemne*... y aun hay sustantivo que lleva dos, como los senos de la bóveda, que son *inmensos* (¡buena mentira!) y *helados*.

Y sigue:

«*Clara* antorcha *de su mano*
Alzábase al firmamento,
Cual si esparcir luz quisiera
Por sus ámbitos *inmensos*.»

Otra vez *inmensos*...

Pero si la joven altiva estaba debajo de la bóveda, ¿cómo había de esparcir la luz

de la antorcha, que alzábase de su mano, por los inmensos ámbitos del firmamento?... A no ser que la bóveda estuviera rota...

Sigamos á ver si nos podemos enterar:

«Llena de mortal congoja...

¿Quién? ¿La bóveda ó la joven?...

Llena de *mortal* congoja,
Llena de *ferviente* anhelo
(Llenos los versos de ripios...
Muchas llenuras van siendo...)
Veía *ese* antro *profundo*...»

¿Ese? ¿Y cuál es *ese* antro profundo? ¿El firmamento ó la bóveda?

El firmamento debe ser, porque es lo último de que usted más ha hablado...

«Veía *ese* antro *profundo*,
De sombras y horror cubierto.
¿Qué es del que al mundo *arrancado*...»

Arrancado... Sí. Más malo que arrancado es usted como poeta, Sr. D. Calixto...

«¿Qué es del que al mundo arrancado
Rueda á *ese* abismo *tremendo*...»

Pero ¿á cuál? vuelvo á preguntar. ¿Al firmamento ó á la bóveda?...

Y... nada, que no se puede averiguar eso.

La última composición del libro de las *Hojas sueltas* é insustanciales se llama *Impotencia*, y demuestra perfectamente la del autor para la poesía.

Pero á un escritor italiano de mal gusto se le ocurrió traducirla á su idioma, y he aquí que el autor, más hueco que un azucarillo, añade á sus *Hojas sueltas* la traducción italiana de su *Impotencia*, y la llama *excelente*, aunque es casi tan mala como el original.

Este empieza así:

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor* altivo...»

Así, *cóndor* con su acento... Estos americanos se empeñan en llamar *cóndor* al condor, y hay que dejarles...

«¡Oh! mil veces feliz, cóndor *altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*...»

¡Frase más académica!... Parece de Cañete. Y ni el Marqués de Molíns ni el Conde de Cheste hubieran usado otra...

«¡Oh! mil veces feliz, cóndor *altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*
A bañar tu plumaje en el *inmenso*
Piélago de oro del *fecundo* sol...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Alza! ¡Pilili!... Del *fecundo* sol... ¿Por qué ha de ser el sol *fecundo*?... Será fecundante.

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes intenso...»

Sien... tes-intenso... ¡Muy bonito!...

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes *intenso* y *férvido vibrar*.»

¡Atiza!... *Intenso* y *férvido*... y no añadió *concomitante*, porque ya no le hacía falta más relleno, que si no...

«El beso *eterno* que al *Criador* envía...»

No es verso, como diría el General Mitre á su compadre Charras; porque *Criador* tiene tres sílabas, y ahí no le ha dejado usted sitio más que para dos.

¡Hasta al Criador de todas las cosas y de los inmensos espacios le quieren estos vates oprimir y disputar el sitio!

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo *imperial émulo ser*...»

¡Caramba, qué malito es eso de *émulo ser!*

Al que no lo lee y lo oye parece que le suena:

«De tu vuelo imperiale mulo ser.»

Vamos á ver en qué para el cuarteto:

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo imperial émulo ser,
Encendió en mí estas ansias inmortales,
Esta de gloria *inmensa, inmensa* sed?»

Bueno: *inmensa, inmensa.*

«Aquí este *anhelo* devorante *eterno*.»

Verso desgraciado. Por la asonancia de *anhelo* y *eterno*, y además por la cacofonía de *devorante eterno*, que no puede menos de sonar *devorante terno*.

Y adiós, Sr. Oyuela.

Que usted se alivie.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

No pueden ustedes figurarse, no habiendo leído aquellas aburridoras *Cartas americanas* que D. Juan Valera publicaba hace unos años en *El Imparcial* y después ha coleccionado en un tomito muy mono que se vende en las librerías de viejo á tres perros chicos... no pueden ustedes figurarse las zalamerías y los parajismos que D. Juan hacía allí ante un libro de versos que D. Rafael Obligado, su autor, le había remitido desde Buenos Aires.

Hay que advertir que el Sr. Obligado también pertenece á la Real Academia Española, como el Sr. Oyuela, en clase de correspondiente.

«El libro de usted, decía D. Juan, agrada antes de leerle.»

«El libro de usted excitaría, además, cierta envidia en mí, si yo fuera propenso á sentir tan mala pasión.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Nunca hubo poeta en España que lograse ó soñase siquiera *con* tener...»

¿Lograse *con* tener?...

¡D. Juan, D. Juan! Que con las glorias se le olvidan á usted las memorias...

El verbo *soñar* se puede construir con esa preposición *con* y sin ella. Mejor está sin ella, á lo menos cuando el complemento es, como ahí, otro verbo: mejor dicho está «soñó tener inspiración,» que «soñó con tener inspiración;» pero esto también puede decirse.

Mas es el caso que el verbo *lograr* no puede llevar nunca ese *con*, á no ser después de otro complemento, sea verbo ó sea nombre, que es cuando puede añadírsele un ablativo instrumental; verbigracia, si hablando de algún personaje político-académico, dijéramos que «ha *logrado* altos puestos *con* su audacia.»

Y como usted ha unido ahí con una conjunción los dos verbos *lograr* y *soñar* y pone usted después del segundo ese *con*, resulta usted diciendo que «nunca hubo poeta en España que *lograse con* tener tan elegante edición de sus versos,» lo cual, dicho sea con muchísimo respeto, me parece que es un solemne disparate...

Y siguió D. Juan elogiando el libro de versos del Sr. Obligado.

«El magnífico retrato de usted y los demás grabados y viñetas, son modelo de buen gusto y de gracia...»

«El papel, la impresión... todo es bellísimo...»

—¿Y los versos?—preguntarán ustedes...

Bellísimos también, si hemos de creer á D. Juan, cosa que yo no haré ni aconsejaré á ustedes ni á nadie.

D. Juan decía que al ver el libro tan primorosamente impreso había tenido sus temores de que todo el mérito estuviera en la estampa; pero que luego esos temores desaparecieron por fortuna. ¡Oh, gran fortuna!

«Leí los versos, decía textualmente Don Juan, y hallé que merecen estar tan bien impresos y tan *ricamente* adornados de *primorosas* láminas.»

Vamos á ver si es verdad... Pero ya verán ustedes cómo no lo es.

Y para que no vengan luego ladrándome de allá los gozquecillos de la contracrítica, ó diciendo en su lengua que critico con mala intención ó con mala fe, y que escojo para criticar los versos peores de cada poeta, los versos descuidados que todos los poetas tienen, cual más, cual menos, del libro *primoroso* de D. Rafael voy á presentar á ustedes la flor y nata, los versos mejores.

Digo, me parece que serán los mejores,

siendo los que D. Juan Valera ha copiado lleno de entusiasmo académico, para complemento y comprobación de sus alabanzas.

Después de afirmar que el Sr. Obligado posee «la facultad de reflejar *á modo de claro y mágico espejo* la naturaleza circunstante, *hermoseándola y depurándola en la imagen*» (lo cual ya no sería reflejar), y tras de añadir que el Sr. Obligado posee además «*el arte y la forma adecuada* para que esta imagen pase sin disiparse ni afearse al pasar desde la mente» de D. Rafael á las mentes de los demás académicos, digo, de los demás hombres, «hiriéndolas y penetrándolas», presentaba D. Juan esta muestra:

«Como surgiendo de *silente* abismo...»

¡Bueno!

Al primer tapón... *silente*...

La *academicidad* del autor está ya demostrada con ese epíteto, aun cuando su inspiración de poeta, su facultad de reflejar «á modo de claro y mágico espejo» y todas las demás facultades que D. Juan le atribuye, no aparezcan todavía.

Vamos á ver si las hallamos.

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El mundo *americano*
Alborozado se escuchó á sí mismo...»

En los mundos es nuevo eso; en los oradores no, porque muchos hay que se escuchan.

Pero ni escuchándose á sí mismo ni escuchando á los demás, es agradable esa asonancia de *americano*, final del verso segundo, con *alborozado*, primer hemistiquio del tercero...

Vamos adelante.

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El mundo *americano*
Alborozado se escuchó á sí mismo;
El Plata oyó *su trueno*...»

¿Qué trueno ni qué ocho cuartos?...

¿No ha dicho usted que el mundo americano surgía de un abismo *silente*... ó traduciendo al castellano el revesado latinismo, de un abismo callado ó silencioso?... ¿Quién dió ese *trueno* que oyó el Plata?... ¿Algún banco?...

De estos truenos no ha dejado de haber por allá; pero éstos son truenos silenciosos... Se *sienten* más que se oyen...

¡Siempre nos quedaremos sin saber de qué trueno se trata!... Como si lo viera.

Porque del Plata mismo no será el trueno... Los ríos no suelen tronar... En fin, sea de quien quiera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando oído *á su agitado seno...*»

Un verjel que tiene seno... agitado y que le presta oído... Para lo cual necesita tenerle... Luego también tiene oído...

Se conoce que ese verjel tucumano es una maravilla.

«El Plata oyó *su trueno;*
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando *oído á su agitado seno,*
Sobre el poeta derramó sus flores...»

¿Y para derramar sus flores sobre el poeta necesitaba el verjel prestar oído á su propio seno... agitado?

¡Qué cosas, señor, qué cosas pasan!

Vamos, pasar, *no pasan;* pero quieren ciertos vates y D. Juan Valera que *pasen.*

Sigamos hasta ver por entero el prodigio.

«Desde la yerba humilde
Hasta el *ombú,* de copa *gigantea;*
Desde el ave *rastrera...*
(Para que la asonancia siempre hiera
Del lector el oído)
Desde el ave *rastrera, que no alcanza*
De los cielos la altura,

(Siendo RASTRERA, *ya se lo figura*
Todo lector discreto,
Sin leer ese ripio tan completo)
Hasta el CHAJÁ... *(¡Dios mío!... ¿qué será?*
¿Acaso algún pariente
Próximo del OMBÚ?... *Probablemente...)*
Hasta el *chajá* que *allí* se *balancea,*
Y á cada nube *oscura*
A grito herido sus *alertas lanza,*
Todo tiene su acento
En su estrofa *divina...*»

En la estrofa divina de Echeverría, otro argentino que escribía versos medio en francés, y á quien parece que está dedicada la composición. Esto, al cabo, se entiende. No siempre podremos decir otro tanto.

«Todo tiene su acento
En su estrofa *divina,*
Pues no hay soplo, latido, movimiento
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.»

Aquí es donde ya no hay modo de entender lo que el Sr. Obligado quiere decir, ni por aproximación siquiera...

No se sabe si quiere decir que el aliento de la tierra argentina trae á los versos de Echeverría todo soplo, latido y movimiento, todo cuanto en ellos hay, ó si, por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrario, quiere decir que todos los soplos, latidos y movimientos traen el aliento de la tierra argentina á los versos del mencionado *poeta*.

En una palabra, que no se sabe quién trae y á quién, ni quién y por quién es traído.

Una vez se le presentó á D. Francisco Navarro Villoslada un estudiante solicitando una plaza de redactor de *El Pensamiento Español* para ayuda de hacer su carrera de Filosofía y Letras.

Llevaba recomendación de una persona á quien Villoslada quería complacer, por lo cual comenzó á examinar al joven á ver para qué podía servirle.

Menos inmodesto, al parecer, que la generalidad de los pretendientes, que suelen servir para todo, fué contestando negativamente el estudiante á varias preguntas del ilustre periodista...

No se determinaba á escribir sueltos de fondo, porque no sabía lo que eran.

Tampoco creía poder traducir de los periódicos italianos y franceses, porque sabía muy poco francés y no sabía nada de italiano.

—Pues dígame usted á ver qué es lo que usted puede hacer para el periódico,—le dijo por fin mi excelente amigo y maestro.

—Podría traer noticias,—contestó el muchacho.

—Bueno, pues salga usted por ahí á ver si trae usted alguna noticia,—le dijo Don Francisco en su deseo de atender á la recomendación, por más que allí, en *El Pensamiento*, no se daba á las noticias principal importancia, y solían tomarse de otros periódicos.

Salió el estudiante de la redacción, que estaba en la calle de Pelayo, y volvió á poco rato contando que allí cerca, en la calle de Válgame Dios, un perro había mordido á una señora al bajarse de un coche de punto y mientras estaba pagando al cochero.

El Sr. Villoslada le mostró la mesa grande de la redacción, donde había tinteros, plumas y cuartillas, y le dijo que escribiera la noticia para enviarla á las cajas.

Al cabo de unos veinte minutos, después de haber roto cinco ó seis cuartillas á medio escribir, volvió el estudiante al gabinete del Director, presentándole otra cuartilla del todo escrita, en la que al fin había conseguido relatar el suceso.

—No está del todo mal—le dijo, entre bondadoso é irónico, el buen D. Francisco al acabar de leer;—pero queda el sentido algo confuso... Parece que el que mordió á la señora fué el cochero, y que el perro era el que se bajaba del coche: vuelva usted á ver si lo redacta de otro modo que resulte más claro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obedeció el estudiante; sentóse otra vez á escribir, y después de haber inutilizado otra media docena de cuartillas, unas apenas empezadas, otras ya casi concluídas, volvió á presentarse al Director con la noticia, que D. Francisco leyó atentamente.

—Todavía no está bien del todo—le dijo D. Francisco, —porque ahora parece que fué la señora la que mordió al cochero... y al perro... Dé usted otra vuelta al período ese, á ver si logra usted dejarle de modo que se entienda.

El estudiante dió la vuelta... hacia su casa, sin porfiar más, convencido de que no servía para el paso.

Y una resolución análoga debió haber tomado el vate argentino, al ver que, después de dar á sus versos dos ó tres vueltas, que de seguro se las habrá dado, resultaban todavía los soplos y los alientos mordiéndose unos á otros y todos á la sintaxis, como la señora resultaba mordiendo al perro y al cochero en la noticia del aspirante á periodista.

Una resolución análoga debió haber tomado: la resolución de echar los versos al fuego y dejar el oficio.

Pero ¡sí! ¡Cualquier día se decide un vate de éstos á dejar la lira, ó la lata, ó lo que maneje!...

Antes morir, como dijo Quintana en un verso insufrible:

«Antes mo*rir* que consen*tir tir*...anos.»

Con que ni siquiera el Sr. Montes de Oca, *Ipandro Acaico*, y eso que como Obispo católico estaba más especialmente obligado á ser modesto y humilde, ha querido tomar éste mi buen consejo...

Por el contrario, á mi excitación de que quemara sus versos insulsos, paganos y hasta obscenos, ha respondido publicando una edición nueva.

Como diciendo: ya que no quieres caldo... tres tazas...

¡Para que se desprendan de su vanidad y de sus versos los otros vates láicos ó profanos!...

Verdad es que el referido Sr. Montes de Oca ha corregido algunos versos de los censurados por mí; pero así y todo, la nueva edición resulta muy quemable.

Mas volvamos al Sr. Obligado, que sigue refiriendo prosáica y trabajosamente los *milagros* de Echeverría, y dice:

«Una tarde sintió *dentro del pecho*
Esa fuerza *expansiva*
(¿Dinamita que llaman?... ¿voló el techo?)
Que *hace parezca* el horizonte estrecho...»

Que hace parezca...

¡Vamos!... ¿Le parece á usted, Sr. Valera, que eso es poesía?

Ni aun en prosa pueden pasar esos dos verbos juntos en el mismo tiempo, número y persona.

Ni aun en prosa emplea nadie en España esa construcción cursi, como no sea algún escribiente de algún juzgado.

Sólo en esa literatura criminal en todos sentidos, se puede encontrar alguna constucción así.

¡Que hace parezca!

¡Y la emplea este académico argentino en una oda altisonante!

¡Y le aplaude otro académico español tantísimo!...

Pero siga D. Rafael:

«¡República *Argentina*, madre *mía!*
(Con asonancia impía)
Felices ¡ah! los que tu sien miraron...
De frescos lauros coronarse un día...
(No sé cuándo sería)
Y *anillo por anillo* las cadenas
De la *oprobiosa* esclavitud *trozaron...»*
(Se dice destrozaron,
Ó se dice tronzaron,
Ó se dice quebraron:
Cualquier cosa primero que trozaron,
Que no es verbo ni Chestes lo fundaron.)

Siga usted:

«Para aquellos heróicos *corazones...»*
(¡Cóscora!... ¡Qué dicciones!
¡Y qué *aliteraciones!...)*

Ni á propósito se puede hacer peor, Don Rafael amigo.

«Para aquellos *heróicos corazones*
Era música *grata*,
(Ciertamente: ¡ca grata!)
Del Pacífico al Plata,
El *solemne* tronar de tus cañones.
Sólo á ellos fué dado
(¿A los cañones?... Sí, por de contado;
Y les fué dado en prosa, ¡buen recado!)
Contemplar esa *mágica* belleza,
(¿Los cañones contemplan?... ¡Es proeza!)
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó *tu* juvenil cabeza.
(¿Se levantótu?... ¡Sin cesar tropieza!)
Sólo á ellos beber en el reguero...
(¿Los cañones beber?... No lo digiero)
De *viva* luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
(Lo que usted derramó fué muchas comas)
De San Martín el *inflexible* acero.»
(Y basta ya de bromas.)

Así continúa la composición que tanto entusiasma al pobre D. Juan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así está toda llena de ripios, de prosaísmos, de durezas y de oscuridades.

Y de versos como éste:

«Con qué íntimo gozo.»

Que quiere ser heptasílabo y no tiene más que seis sílabas, y podía tener las siete completas sólo con que el vate hubiera sabido sustituir el *qué* por un *cuán*, en esta forma:

«Con cuán íntimo gozo
Tus hijos *fuertes* en su amor *profundo*...»

Y epíteto va y epíteto viene...

Otro verso dice:

«Que á un pueblo oprimen de otro pueblo
[en brazos.»

¡Eche usted tela!... Parece que no se acaba nunca.

Y otro dice:

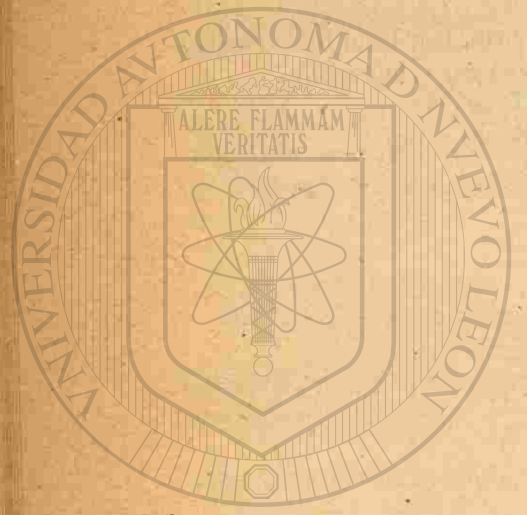
«Que la conciencia de la Patria, *atada*...»

¡Patriatada!... ¡Patriatada!...

¡Y pensar que de esta composición, toda llena de *patriatadas*, dice D. Juan Valera que es sublime, y en ella se funda para afirmar que el autor «*tiene la facultad de reflejar á modo de claro y mágico espejo la naturaleza circunstante, hermoseándola!...*» etc.

¡Don Juan, Don Juan! No lo imploro
Porque esa es tu obligación...
O dejas la adulación,
O te silbamos á coro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XV

En la erupción poética, ó antipoética más bien, que padecieron todas las repúblicas hispano-americanas al recibir hace años la noticia de que la Real Academia Española iba á emprender la publicación de una Antología de poetas de allá, le salieron al Ecuador varios granos, digo, varios tomos de versos con el título de *Parnaso ecuatoriano;* á Guatemala una *Galería centro-americana*, del bulto de un celemín; á Colombia un *Parnaso bogotano* muy corpulento; á Méjico una *Lira yucateca*, un *Libro nacional de lectura* y otros granillos más menudos; á Costa-Rica una *Lira costa-ricense*, en dos tomos en 4.°, bastante grandes; á la República Argentina una *América literaria* de dos tomos enormes en folio...

Todos estos materiales y otros muchos empezaron á venir como un aluvión sobre el infeliz Marcelino Menéndez, que era el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encargado por la Academia de formar la Antología susodicha; y el pobre ex-muchacho, al verse envuelto ya y medio ahogado entre ripios y amenazado todavía por la corriente que seguía viniéndosele encima, tuvo una idea salvadora: la de anunciar que sólo figurarían en la colección los poetas muertos.

Idea feliz ciertamente, aunque poco caritativa, pues llevaba anejo el peligro de que algunos vates apelaran al suicidio, como medio de ocupar en la Antología el puesto deseado.

Desde el primer momento me asaltó este temor, y me confirmé en él cuando ví que no era á mí solo á quien había ocurrido; pues hablando del caso unos días después con un amigo, ingenioso escritor, al darle yo noticia de la determinación de Marcelino, exclamó en el acto como si hubiéramos estado de acuerdo:

—Pues hace mal, porque tan vanos son, que alguno será capaz de suicidarse para salirse con la suya de que le pongan en el libro.

Después no he seguido con atención el asunto; pero seguramente se habrá dado algún caso.

De todos modos, es lo cierto que Marcelino, con esa idea de poner á la muerte por coladera, se libró de muchísimo fárrago, y

que los americanos quedaron descontentos de la rigurosa regla de exclusión, y se quejan de que en los tres tomos de la Antología abultan más los prólogos que los versos, mientras á Marcelino, por el contrario, le remuerde la conciencia de haber tenido la manga demasiado ancha todavía, de haber coleccionado versos demasiado inferiores...

En fin, el caso es que en esa *América literaria*, de Buenos Aires, que arriba queda mencionada, figuran, además de la *Oda* á Echeverría, otras varias composiciones del mismo D. Rafael Obligado y académico.

Entre ellas, una titulada *El Hogar paterno*, que es muy notable.

Por lo mala, se entiende.

Empieza así:

«¡Oh *mis is*las amadas...»

Buen principio, ¿eh?

O *mis... is...*

«¡Oh mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos *talas*
Donde el boyero me enseñó á *cantar!*»

Bien se conoce que fué el boyero quien le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enseñó. Porque todavía está usted en disposición de aprender.

Para no cantar endecasílabos como éste:

«*Que así destruía un inocente hogar.*»

¿Le parece eso á D. Juan Valera un verso endecasílabo?...

Y no es lo más malo que los versos no sean buenos, sino que las estrofas á veces no tienen sentido ninguno.

«Esta la caña de pescar volvía,
Enviando en derredor
Menudas gotas, que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.»

No se comprende cómo, de *volver* la caña de pescar, se siga esa lluvia de gotas.

«Batiendo luego las *rosadas* palmas
Reía, porque vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al *desusado* y *repentino* son.»

Repentino... Pchs... Repentinos son todos los sones.

Pero ¿*desusado*? ¿Por qué ha de ser desusado el son de las palmas?...

Digo, suponiendo que fuera al son de las palmas *rosadas* al que se hundió el ave;

porque, en realidad, no se sabe á qué ton ni á qué son vino el hundimiento.

Y sigue:

«¡Oh dulces años! *Por entonces* era...»

No, señor. *Por entonces* no era... poesía. Ni ahora tampoco.

«¡Oh dulces años! *Por entonces* era
Nuestro goce mayor
Hurtar las flores que en las islas *abren*,
Y de *sus* aves escuchar la voz...»

¿De las aves de las flores?...

¿De las flores que abren?...

¡Ni gramática siquiera, D. Juan, ni gramática siquiera sabe su recomendado, el del libro bonito!

Porque de las flores no se puede decir que *abren*, sino que *se abren*.

A no ser que se diga que *abren sus cálices*. Pero el vate no lo dice.

Y decir que las flores *abren* sin decir qué, no es castellano.

Y luego las aves, que el vate querría, de seguro, que fueran de las islas, resultan por la fuerza de la sintaxis ser de las flores; porque las islas no han figurado en la oración como sujeto, sino incidentalmente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué lástima! Un asunto tan hermoso como era éste de *El hogar paterno*, con toda la poesía que encierran los recuerdos de la infancia pasada en el campo... ¡y haberle echado á perder así!...

Siempre lo de Horacio: *Carmine fœdo splendida facta linunt.*

Otra mala obra del Sr. Obligado figura en la *América literaria:* la titulada *Santos Vega.*

De ésta no copió nada el bueno de Don Juan en sus *Cartas americanas;* pero la elogió hasta por allá arriba...

«A más de *excelente poeta lírico*—decía D. Juan á D. Rafael, así á boca de jarro,—me parece usted *buen poeta narrativo*, según el *testimonio brillante* que de ello da en la leyenda de *Santos Vega*...»

Y poco después vuelve á segundar, diciendo:

«Justo es, no obstante, que usted *dé* á *Santos Vega* las alabanzas que merece, por más que, *al dárselas*, se *las dé* (¡qué estilo!) escribiendo tan *preciosa leyenda*, y q*ándole* (¡dale que le das!) envidia de la *d*ue el pobre *Santos Vega* sería capaz de morirse, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto.»

Pues ahora han de saber ustedes que esta *preciosa leyenda* que sirvió á D. Juan de *testimonio brillante* para declarar á D. Rafael *buen poeta narrativo*, es una leyenda tan deslavazada y tan mala, que casi no puede ser peor, ó á lo menos no se sabe cómo pudiera serlo.

Está escrita en décimas, á imitación de *El Vértigo* de Núñez de Arce, en cincuenta y seis décimas; pero de tal calidad, que para leerlas seguidas se necesita más vocación de mártir que para llevar seguidos cincuenta y seis azotes.

Bien saben ustedes, los que hayan leído á Núñez de Arce, que *El Vértigo* es de lo más malito que tiene D. Gaspar; y no digo lo más malo en absoluto, porque la estrambótica y prosáica *Visión de Fr. Martín* me estorba decirlo con justicia.

Bueno. Pues con ser *El Vértigo* de lo peor de Núñez de Arce, lean ustedes aquellas décimas una vez más, é inmediatamente después de acabar la última pónganse ustedes á leer las de la *preciosa leyenda*, que dice D. Juan; y si hubiera quien pasara voluntariamente de la cuarta, creo que me dejaba cortar cuatro dedos.

Empieza así:

«Cuando la tarde *se inclina*
Sollozando al Occidente...»

La tarde no se inclina: se inclina el sol ó el día, poéticamente hablando, por supues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, y el efecto de esa inclinación se llama la tarde.

¡Y que no estará fea ni nada una tarde *sollozando!*...

Segunda décima:

«Cuentan los *criollos del suelo*
(¡No, que serán los del cielo!)
Que en *tibia* noche de luna,
(Si no es tibia, no hay fortuna)
En *solitaria* laguna,
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y *un velo*...»

Sí, ó un pañuelo, ó un anzuelo... La cuestión es que sea consonante de *vuelo*...

Porque para eso precisamente, para que la sombra parara su *vuelo*, hemos advertido que los criollos eran *del suelo*.

O los *crollos*, que es como hay que pronunciar para que el primer verso sea octosílabo.

«Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras *se goza* escuchando
Por singular beneficio...»

Por singular ripio, querría usted decir, porque sólo para relleno y consonante ha podido venir ahí ese beneficio, que no se

sabe si es *curado* ó *simple*, pero que desde luego se ve que es *incóngruo*...

«Cuentan que en noche *de aquéllas*
(En que hay ó en que no hay estrellas)
En que la Pampa se *abisma*
En la extensión de sí misma
Sin su corona de *estrellas*...»
(Ya lo dije: era por ellas
Lo de la «noche de aquéllas.»)

Otra vez:

«Cuentan que en noche *de aquéllas*
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
(¡Muy bonita... figurisma!)
Sin su corona de estrellas,
Sobre las *lomas más* bellas
(¿Las lomas más?... ¿Quién son ellas?)
Donde hay *más* trébol *risueño*...»

¿Otro *más* todavía?
Las lomas... más... más...

«Sobre las *lomas más* bellas
Donde hay *más* trébol *risueño*,
Luce una antorcha *sin dueño*
(Por el dueño no hay empeño;
Palmatoria es más precisa)
Entre la niebla *indecisa*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para que *temple* la brisa
Las *blandas* alas del sueño.»

¡Perfectamente!

Una antorcha... que luce... *sin dueño*, como si el *dueño* hiciera falta para que luciera la antorcha... Y luce precisamente entre *una* niebla... indecisa... y ¿para qué?... para que la brisa *temple* las alas del *sueño*, que naturalmente son *blandas*...

¡Cuidado que es... poetizar!

Para que temple la brisa...

No acierto á pasar adelante... La brisa, por lo visto, es enfermera ó cosa así del sueño, y tiene que templarle las alas... Para eso luce *sin dueño*, detalle importante, una antorcha entre una niebla que no sabe qué hacer, que está indecisa en las lo*mas-más*... donde hay *más* trébol *risueño*, en noche *de aquéllas* en que no hay *estrellas* y la Pampa se *abisma* en sí *misma*... ó en que la Pampa se duerme á la pámpana rota...

«Mas si trocado el *desmayo*

¿Qué desmayo?

En tempestad de *su* seno...»

¿De qué seno?... ¿Del seno de quién? ¿Del desmayo, del sueño, de la brisa, de la niebla ó de la antorcha que luce sin dueño?...

Y en estas dudas hay que andar siempre, ó en otras mayores, desde que se empieza la lectura hasta que se acaba.

«Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el *pampero* he respirado
Que al *payador* ha nutrido...»

El *pampero* han de saber ustedes que es un viento, el viento de la Pampa; de modo que, según el vate académico, el *payador* ó trovador Santos Vega se nutría del viento, como los camaleones.

Otra décima empieza así:

«Santos Vega cruza el llano
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano...»

Sí, al impulso soberano del ripio; porque la colocación ahí de esos dos versos que no tienen importancia ninguna en la composición, especialmente el segundo, no ha podido obedecer á otro impulso...

¿Cree el vate que se necesita un *impulso soberano* para levantar el ala de un sombrero?...

Y sigue:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello...»

¿En ondas *de su cuello*?... ¡Cualquiera lo entiende!

«Y *chispeando* en su cabello
Y en el bronce de su frente...»

¿Pero quién chispea? ¿El poncho americano, ó el cuello con ondas?...

«Y *chispeando* en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello...»

Pero ¿qué es lo que cincela el sol poniente?...

Viste poncho americano *(el payador)*, suelto en ondas de su cuello, y chispeando en su cabello y en el bronce de su frente; no el cuello ni el poncho, sino el sol, que viene detrás, *lo cincela*...

¿Será al payador?...

¡Mire usted que un sol poniente que cincela chispeando!...

Y sigue el vate:

«Le ve venir: *su mirada*,
Más que la tarde, serena,
Se *cierra* entonces *sin pena*...»

Es claro; porque hay que aconsonantar con *morena*.

De modo que la mirada, que ya hemos tenido cuidado de que fuera *serena*, se cierra *sin pena;* pero no sin ripio.

Ni sin disparate. Porque me parece que lo es, y bien grande, eso de *cerrarse la mirada*.

Se cierran los ojos, y es muy conveniente cerrarlos para no leer ciertas cosas; pero ¿la mirada?...

¿Dónde ha oído decir ó dónde ha leído el Sr. Obligado eso de *cerrar la mirada*?...

¡Y pensar que de estas décimas estrapajosas dice D. Juan Valera, en su revesado y académico estilo, que «*son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce... en descripciones y narraciones!...*»

Diga usted que no, D. Gaspar, que eso es una injusticia de su compañero de Academia.

Yo, que con mi habitual rectitud le he acusado á usted de desigual, de adjetivador y de ripioso, porque lo es usted á ratos, sincera é imparcialmente le defiendo á usted ahora contra la valerina chifladura, y digo que comparar las décimas del Sr. Obligado con las de usted es una especie de blasfemia literaria.

Aún hay clases... de décimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y mientras las del *Vértigo* de usted son algunas, aunque pocas, de primera, y la generalidad de segunda, las del Sr. Obligado son, las menos malas, de cuarta ó de quinta.

Después de aquel descubrimiento de *cerrar la mirada* en lugar de cerrar los ojos, dice en otra décima el Sr. Obligado:

«Sobre la curva *lomada*
Que *asalta* el cardo bravío...»

Lomada, Sr. Obligado, no es una loma, como usted cree, sino una caída de lomo; y decir que el cardo *asalta* una loma por decir que la puebla, es una figura muy bien extravagante.

Otra decimita.

El vate, describiendo una diversión de *gauchos*, dice:

«Uno, al fin, tras la *pechada*
Del caballo, *recia* y *fija*,
Logra asir de la manija
La *presea* codiciada...»

Bueno. En primer lugar, *una pelota de cuero con dos manijas* no es una presea, será un juguete. Presea es alhaja de valor, ó por lo menos mueble de utilidad que se tiene en gran estima.

Y en segundo lugar, la *pechada* del caballo puede ser *recia*, eso sí... ¿pero *fija*?... ¿Cómo y por qué ha de ser *fija*?...

¿Cómo?... De ninguna manera. A no ser que el caballo apechador ó apechugador se quedara para siempre pegado al otro, al apechugado...

¿Por qué?... Por preparar consonante á *manija*... No puede ser por otra cosa.

Vamos á repetir:

«Uno, al fin, *tras la pechada*
Del caballo, recia y *fija*,
Logra asir de la manija
La *presea* codiciada;
Cae su dueño; atropellada...»
(Cae también la prosodia;
Y la sintaxis, que odia
Semejantes confusiones,
Se pone unos pantalones
Y canta la palinodia.)

¿Ve usted qué fácil es hacer décimas así al *vultum tuum*?...

Pero vamos á cuentas.

«*Cae* su dueño, atropellada...» no es verso octosílabo, porque *cae* tiene dos sílabas, y ahí, si eso ha de ser verso octosílabo, no se le consiente tener más que una.

Y después ¿qué dueño es el que *cae*? ¿De qué es dueño el caído?... ¿De la *pre-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sea, ó dígase de la pelota de cuero con dos manijas, mal llamada *presea?*... No, señor: ésta no tiene *dueño;* es el instrumento del juego y es de todos: no puede tener sino poseedor momentáneo...

Sigamos:

Cae su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares...»

¿Qué *horda?* ¿La horda del dueño de la *presea?*... ¿Y de qué es esa horda?... No se sabe... No se sabe nada... ni de lo pasado ni de lo siguiente:

«*Cae* su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella...»

¿Van ustedes entendiendo algo?... Me figuro que no. Sin una perspicacia académica, como la de D. Juan Valera, esto no se entiende...

Verdad es que D. Juan tampoco lo entendió... De seguro.

Cae su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares...
(¿Una en ambos?... no te pares)

Y la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella,
Revolviendo *por* sobre ella
Cual la tromba de los mares.»

No me pregunten ustedes quién es la triunfante que abate, huella, ni qué es lo que abate, huella, ni qué es lo que revuelve *por* sobre *ella,* ni quién es ella.

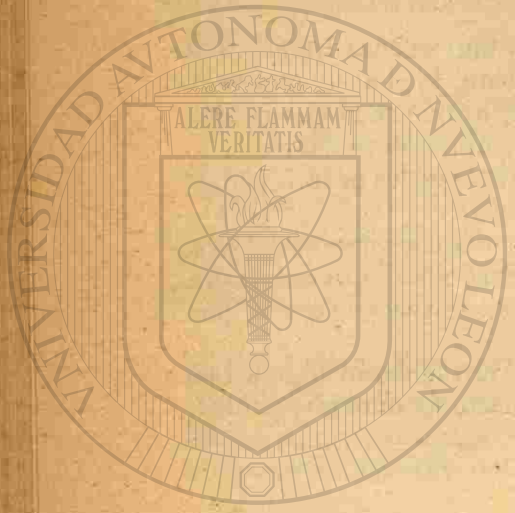
No me pregunten ustedes nada... porque no lo sabría contestar.

Me he quedado lo mismo que ustedes, y, como dice el guardia municipal del sainete de Ricardo Vega, *non vuelvu de mi apoteosis.*

¡Dios mío!... ¿Pero le darán algo á Don Juan por llamar á esto *testimonio brillante de buena poesía descriptiva, y preciosa leyenda,* y décimas *fluidas bien hechas* y *ricas de rimas*?...

Porque también, para decir esas cosas y no ganar nada, más le valía... lo que dice el proverbio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVI

¡Qué periódicos los de América!... ¡Con decir á ustedes que suelen ser casi tan malos como las revistas!...

Por cualquier plana que se los mire, aunque sea por la de los anuncios, se los ve siempre llenos de versos naturalmente criminales, sin que las prosas sean mucho mejores.

Y luego... ¡saber que saben aquellos periodistas!...

Es decir, saber, á lo mejor no saben nada; pero escriben de todo, de todo absolutamente.

Lo que es cuando son protestantes no hay coto ni valla que los detenga.

En un periódico de San José de Costa-Rica, que se llama *El Pabellón liberal*, me encontré una vez con que un tal *Gustavo Adolfo* escribía un artículo sobre asuntos de religión con el solemne título de *Polé-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mica, debajo del cual se leía este otro rengloncito entre paréntesis: *urbis et orbe*.

¡Bien hecho! dije para mí.

¿Por qué había de ser la gramática latina más privilegiada que la Religión católica?

De protestar, se protesta contra todo: se protesta, es decir, se disparata, no sólo contra la Religión, sino también contra el latín y contra el castellano.

¡*Urbis et orbe!* ¡Un genitivo y un ablativo, casados civilmente por medio de una sencilla conjunción copulativa!

El hombre, ó mejor dicho, el protestante, se conoce que había oído algo así como *urbi et orbi*, y no lo había entendido, y lo quiso repetir sin entenderlo.

Mas lo gracioso del caso es que quien comienza su escrito estampando tan enorme disparate, discute luego largo y tendido contra un sacerdote y pone las peras á cuarto á la Iglesia infalible.

Y vayan ustedes á meter en la cabeza á este pobre diablo la necesidad de asistir á las aulas de un Seminario, ó cuando menos á una escuela de primeras letras y á un estudio de latín antes de ponerse á discutir en los periódicos sobre teología...

¡Quiá!... ¡Imposible!

Porque lo que él dirá seguramente. Pues si hay necesidad de estudiar para discutir esas cosas, ¿de qué sirve entonces el libre examen?...

Después de afirmar que hay un proverbio que dice que «el pintar es como querer», se mete el hombre en teologías y combate como absurda esta proposición católica: «Cuando falta la intención en el bautizante, no hay verdadero sacramento.»

¿Que cómo la combate?...

¡Toma! Pues diciendo perrerías de los curas; diciendo que los curas mienten, odian, se embriagan, etc., etc., y añadiendo muy serio:

«Yo, protestante, me considero válidamente bautizado... Pero los católicos no pueden considerarse válidamente bautizados, porque...» como los curas son todos tan malos y tan bribones, nunca tienen intención de bautizar cuando bautizan.

Esto último no lo dice Gustavo así *in terminis;* pero lo da á entender.

Y no entendiéndolo así, no sale el argumento.

Verdad es que el argumento de todas maneras es falso.

Como lo son todos los que emplea Gustavo en el resto de su artículo para negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y el Sacramento de la Extremaunción, y todo lo que le da la gana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ¡quítenle ustedes la gloria de haber escrito *urbis et orbe!*

Se me dirá que parecidos disparates se publican en revistas y periódicos de España, y aun se me citará el ejemplo reciente de Doña Emilia Pardo Bazán, que acaba de matar una garduña al vuelo en el *Blanco y Negro*, y aun después de muerta se ensaña en describirla diciendo que medía tres cuartas de una punta á otra *de las alas*.

Pero el caso de Doña Emilia Pardo Bazán no vale para formar regla, porque tan ignorante como esta buena señora no hay nadie en España.

Ni aun en la Academia.

Ni Balaguer mismo.

Pues si bien éste dotó de plumas á la gacela, al fin la gacela es un bicho exótico, y el desconocer su forma, cualidades y circunstancias no es tan grave, ni con mucho, como el creer que vuela la garduña, que vive entre nosotros.

Pero nada: Doña Emilia se conoce que había oído decir que la garduña persigue á las gallinas y á las palomas, y sin saber más, fué y se inhibió como acostumbra, y nos la hizo *ave* de rapiña...

¡Pobre Doña Emilia! Ella que se reía tanto cuando yo la dije que un vate americano hacía rumiar á una yegua... ¡Cuánto más de reir es el hacer volar á la garduña!...

Por lo que toca á los librepensadores, verdad es también que los de por acá disparatan lo mismo que los de cualquier otra parte del mundo.

Pero tenemos la ventaja de que acá, en España, los librepensadores no son más que cuatro gatos.

Y los gatos me perdonen la frase.

Ellos, no los gatos, sino los librepensadores, á veces alardean de ser muchos y de llevar muy bien sus cosas; pero á lo mejor se les escapa la verdad, para ellos amarga, de su pequeñez y aislamiento.

Hace unos meses decía fanfarroneando *Demófilo* en *Las Dominicales:*

«Nuestra obra está hecha. España entera es anticlerical.»

Pero en seguida vino á desmentirle un hecho elocuente.

Fué el caso que otro de los que *piensan* libremente, el director de *El Motín*, había impreso un libro de propaganda impía tomando el papel fiado.

Como nadie compraba el libro, ni después de rebajarle de precio dos ó tres veces, *El Motín* no tenía dinero para pagar el papel, y el almacenista que lo había dado fiado llegó á embargar los muebles al director de *El Motín*.

Al saber esto Demófilo, el de *Las Dominicales*, trató de abrir una suscripción entre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los suyos para desatollar á *El Motín* pagándole la deuda.

Pero al director de *El Motín* no le pareció bien lo de la suscripción porque tenía carácter de limosna, y dijo que era mejor que los co-irreligionarios que quisieran favorecerle lo hicieran suscribiéndose á *El Motín*, que tenía *muy poca suscripción*, ó comprando el libro al precio bajo, ya que no habían querido comprarle al alto.

Y en la misma carta en que el director de *El Motín* decía esto, confesaba que «cuando con más entereza combatía al clericalismo (léase catolicismo), más bajaba la suscripción del periódico.»

Naturalmente. Porque la fanfarronada de Demófilo era una mentira como una loma.

Y añadía el director de *El Motín:*

«Estamos más solos de lo que creemos, amigo Lozano.»

Afortunadamente.

¡Ah! También añadía el demócrata director de *El Motín:* «Aunque me revienta la vida modesta...»

Sí, á todos los demócratas les pasa lo mismo. Les revienta la vida modesta, y para salir de ella predican la democracia... á los demás.

Pero vamos al grano... literario, y quédese la paja librepensadora para sus naturales consumidores.

Decía que siempre se encuentran versos en los periódicos de América, y, efectivamente, en uno de ellos he encontrado un soneto de autor boliviano, de D. Ricardo J. Bustamante.

El soneto se titula *San Martín;* pero no crean ustedes que es santo, ni bueno siquiera.

Siempre se ha dicho: detrás de la cruz, el diablo. Y aquí, porque el dicho no quiebre, detrás ó debajo del santo título *San Martín*, hay un soneto *non sancto* ó endiablado del todo.

Verán ustedes:

«Cuál contempla con pasmo el *caminante*
De los nevados *Andes*...» la asonancia...

No: el vate no dijo así; dijo la eminencia. Pero yo equivoqué el vocablo pensando en la asonancia fastidiosa de los Andes con el caminante.

«Cual contempla *con pasmo* el caminante
De los *nevados* Andes la eminencia,
Viéndose tan pequeño á la... *prosencia*...»

Tampoco dice así el vate: dice á la presencia.

Pero yo dije, sin querer, *prosencia*, pen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sando en la prosa pura de los tres primeros versos.

Porque realmente no hay en ellos más que prosa... y algún ripio que otro, como, verbigracia, el *con pasmo* con que el caminante contempla, y lo *nevados* que están los Andes...

Fuera de estos ripios, todo es prosa corriente.

Y sigue corriendo:

«Cual contempla *con pasmo* el *caminante*
De los *nevados* Andes la eminencia,
Viéndose tan pequeño á la presencia
De aquellas cumbres de *perfil radiante*.»

Sigue la prosa, como ustedes ven, y siguen los ripios.

Porque ese perfil *radiante* con que el vate adorna *aquellas* cumbres, me parece que no es otra cosa.

Vamos á ver el sujeto de la comparación ó á ver qué *tal* sigue el soneto.

Porque ese *cual* de arriba parece que está pidiendo un *tal* ó algo parecido.

«*Tal* yo...»

Efectivamente: ya está aquí el *tal*, y el *tal* es el vate mismo, á lo que es cuenta.

«Tal yo me siento cuando estoy delante...»

¡Ah! Usted se sienta cuando está delante...

Pues hace usted mal, me parece...

Digo, según delante de quien esté; pero si está usted delante de señoras ó de personas mayores ó constituídas en dignidad, hace usted mal en sentarse hasta que no le den permiso para ello...

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia.»
(Siéntese usted, señor de Bustamante.)

Sí, ahora se puede usted sentar. Estando delante de un libertador de esos de ustedes, pues por lo visto ese *San Martín* no es ningún santo del cielo, sino un libertadorcillo, que lo mismo que se llama *San Martín* se podía llamar *Martín* á secas, que es como llaman en tierra de León á los zorros; estando delante de un libertadorcillo de esos se puede usted sentar.

Y esperar sentado á la inspiración, que ni viene ni asoma.

«Tal *yo me siento* cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia,
Y á quien *ante los siglos* reverencia
Dará la historia en *pedestral* gigante.»

No dice *pedestral* el vate, sino *pedestal*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas como yo estaba pensando en lo pedestre que va siendo el soneto, se me escapó el *pedestral* sin dar cuenta.

Porque ¡cuidado que es pedestre de veras el soneto!

A lo menos lo que de él conocen ustedes hasta ahora...

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia...»

Y así prosáica y sucesivamente...

Bien culpable sería el tal *San Martín* no santo; pero bien cara está pagando su ingratitud á la madre patria con tener que sufrir sonetos de esos.

Porque claro es que si no se hubiera rebelado y hubiera muerto español y su sepultura estuviera todavía protegida por la gloriosa bandera española, probablemente nadie se atrevería á ir á importunarle con majaderías, digo, con sonetos de esa índole.

Vamos á ver cómo son los tercetos:

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco...»
(¡Ay, ay, ay! ¡qué nombruco!
Una victoria de esas ni da gloria.)

Chaca-buco... Chacabuco...

«Coronaron su frente *en* la victoria
De Maipo y Chacabuco los... *peleles...*»

No, no es así. El vate dice los laureles; pero como ese *Maipo* y ese *Chacabuco* me hacen el efecto de dos motes puestos á dos peleles de los que se hacen acá por Antruído, de ahí que la pluma, obediente á la idea, escribiera *peleles* en lugar de laureles...

Adelante:

«Coronaron su frente en la victoria
De *Maipo* y *Chacabuco*...»

Las cuales probablemente serían dos victorias, ó á lo menos por tales las tendrá el versificador; pero la tiranía del consonante le ha obligado á suprimir una.

Más vale.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo...»

También le cupo, ¿eh?... Sí le cabría... todo lo que á usted se le antoje. Pero en cambio á usted no le cabe la poesía en la cabeza.

Veamos qué le cupo á *San Martín* el *non sancto*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«También le cupo *la brillante* gloria
De lanzar *el primero* los corceles
Que *condujeron*, Libertad, tu carro...»

¡Adiós mi dinero!... Ahora nos deja en blanco á los lectores y se pone á hablar muy serio con la *libertad*, como si ésta fuera una persona decente...

«También le cupo...»

Es imposible hallar expresiones más prosáicas que las de este vate...

Vale Dios que el asunto no requiere tampoco más poesía... Y emplearla buena sería desperdiciarla.

¡Entusiasmarse con la *libertad* americana y con los libertadores americanos á estas horas!...

Cuando todo el mundo está ya desengañado de esas cosas, hasta los mismos americanos, los que tienen sentido.

En la propia Bolivia ha sido pronunciado, poco hace, un discurso para inaugurar unas veladas literarias ó antiliterarias, que más bien creo yo que serían de esta última clase, donde el disertante ha dicho estas palabras:

«Dejemos esas huecas declamaciones que por vociferadas han llegado á ser ridículas: *las tres centurias de ignominia... la virgen América palpitando entre las garras del león de Iberia*... A España, á esa noble y generosa nación, la debemos nuestra religión santa, nuestra hermosa habla castellana... la debemos nuestra cultura...»

En fin, lo mismo que le decía yo al principio de este libro al Sr. Alfaro, el Oficial mayor en el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica.

Pero aquel Sr. Alfaro no lo entendía así, ni este Sr. Bustamante tampoco, y siguen *patrioteriando* como si nada debieran á España y como si todo hubiera sido vida y dulzura desde la independencia...

Vamos á ver si acabamos el soneto.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo la *brillante* gloria
De lanzar el primero los corceles
Que condujeron, Libertad, tu carro
A *hollar la tumba* del *feroz* Pizarro.»

¡Vaya una hazaña!... ¡Y vaya una gloria la que *también le cupo* al tal *San Martín*, el *non sancto!*

¿Parécele al vate que es una *brillante gloria* esa de hollar las sepulturas?...

¡Bah! Esa es una hazaña digna solamente de esa *Libertad* á quien el vate canta, que es una grandísima... cualquier cosa;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero no es hazaña digna de ningún héroe ni de ningún libertador de veras.

¡La tumba de Pizarro, ó del feroz Pizarro, como injustamente llama el vate al ilustre conquistador, se atreverían á hollar ciertos libertadores!

Que lo que es si en lugar de encontrarse con la tumba se hubieran encontrado con Pizarro en persona, no es menester decir lo que hubiera sucedido...

Pero vamos que es falta de numen, y de seso y de juicio, ponerse á escribir un soneto á un *héroe*, ó cosa así, por lo menos en el aprecio del autor, y después de mucho trabajo para ir midiendo prosa y escribiéndola en forma de versos, no ocurrírsele al vate otra hazaña que alabar más que la profanación de una sepultura...

A tales *héroes*, tales cantores.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
I.—(Alfaro)	5
II.—(Cardona)	27
III.—(Echeverría)	45
IV.—(Martín)	61
V.—(Cruz)	71
VI.—(Darío)	83
VII.—(El mismo)	99
VIII.—(Peza)	117
IX.—(Facio)	135
X.—(García)	159
XI.—(Tablada)	171
XII.—(Charras)	185
XIII.—(Oyuela)	213
XIV.—(Obligado)	239
XV.—(El mismo)	255
XVI.—(Bustamante)	273

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROTESTA

Si alguna cosa apareciese en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

El Autor.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda é Hijos de
M. Tello, el 30 de
Mayo de
1896.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda é Hijos de
M. Tello, el 30 de
Mayo de
1896.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.—MADRID

LA DECLAMACIÓN ESPAÑOLA

(I.—BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO)

POR

ENRIQUE FUNES

En vano buscarán los aficionados al gran arte de Máyquez y Romea libro alguno en que poder seguir, paso á paso, la marcha de la Declamación española á través de los tiempos. Conocidos de todo el mundo son los trabjos de D. Casiano Pellicer y D. Manuel García Villanueva Hugalde y Parra (primer actor que fué en el antiguo teatro de la Cruz), únicos que recogieron algunas noticias acerca de nuestros *representantes*. Pero ni la obra del primero tiene de *Historia de la comedia y del histrionismo* más que el título, ni deja de estar plagada de errores crasísimos, ni en el libro del segundo, *Origen, épocas y progresos del teatro español*, á pesar de los conocimientos clásicos que en él se muestran, hay otra cosa que datos insignificantes, y no todos ciertos, sin que el espíritu crítico aliente por aquellas pesadas páginas.

Recogiendo con diligencia suma noticias dispersas en opúsculos, revistas y volúmenes de distinta índole, y en los cuales se halló casualmente con una nota ó con un inciso referente al arte del cómico, ha sabido el autor del libro que ofrecemos escribir un estudio histórico-crítico, en el cual palpita un fecundo pensamiento y un sincero y ferviente españolismo, no siendo la menor de las bellezas de su obra el desenfado y

Los precios son para Madrid y á la rústica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la soltura del escritor, que cubre siempre lo empalagoso y árido de la erudición con los encantos del estilo.

A ninguno puede ocultarse la importancia de la labor del Sr. Funes para la historia del arte español en una de sus más bellas manifestaciones. Gracias al entusiasmo que durante su vida entera sintió el autor por los intérpretes sublimes de los grandes dramáticos, en cuyas obras late el genio nacional, sale, al fin, de la tumba del olvido el arte de nuestros cómicos famosos.

Harto se sabe que el actor no deja, cuando desaparece de la escena, otro rastro que el de las aves en el viento; y mal podía aplicarse el espíritu analítico de nuestra edad á un arte sin historia y, por tanto, sin enseñanzas para lo porvenir. Intentar escribirla, fundarla, levantar los andamios para construir el edificio, definir las épocas y las evoluciones de un arte cuyos primeros pasos desconocen aun los mismos que le cultivan, son esfuerzos que se deberán siempre al autor de esta obra.

Por eso la recomendamos á todo literato y á todo artista que dedique su inteligencia á las artes escénicas.

Sevilla, 1895: un tomo en 4.° de 608 páginas, **5 ptas.**

Acosta.—Historia natural y moral de las Indias, escrita por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús; publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpresa de la primera edición.—Madrid, 1894: dos tomos en 8.°, 8 pesetas.

Acuña (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas.—Madrid, 1891: un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Arpa y López—Manual de estética y teoría del arte. Segunda edición.—Madrid, 1895: una peseta.

Avisos, instrucciones y advertencias á los confesores, y exhortos que éstos deben dar á sus penitentes, con las penitencias correspondientes á cada uno, por el Rdo. P. J. Bernabé González: 3 pesetas.

Barón de Hortega.—Historia de un alma (Lacordaire).—Madrid, 1895: un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Bretón de los Herreros.—Obras completas: nueva edición, 5 tomos en 4.° mayor de más de 500 páginas cada uno, á dos columnas. Los cuatro primeros contienen 76 dramas y comedias, y el 5.° las poesías: 50 pesetas.

Candau y Pizarro (D. Feliciano).—Prehistoria de la provincia de Sevilla.—Sevilla, 1894: un tomo en 4.° con setenta fotograbados, dibujos de D. J. Díaz Infante, y un mapa prehistórico de la provincia de Sevilla, 10 pesetas.

Cervantes Saavedra.—El Quijote de los niños, abreviado por un entusiasta de su autor, y declarado de texto para las escuelas por el Consejo de Instrucción pública. Octava edición con grabados.—Madrid, 1896: un tomo en 8.°, con más de 600 páginas, encuadernado á la holandesa, 2 pesetas en toda España. Por docenas, 18 pesetas; portes de cuenta del peticionario.

— El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, comentado por D. Diego Clemencín (Biblioteca clásica): ocho tomos en 8.°, 24 pesetas.

Cobo (P. Bernabé), de la Compañía de Jesús.—Historia del Nuevo Mundo publicada con notas y otras ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Sevilla, 1890-95: cuatro tomos en 4.°, 40 pesetas.

Colón.—Historia del Almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias occidentales, llamadas Nuevo Mundo, escrita por D. Fernando Colón, su hijo.—Madrid, 1892: dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

El Sol, por el P. A. Sechi S. J., Director del Observatorio del Colegio Romano, traducido por A. García, ex-Catedrático de Física y Química: 2 tomos, 10 pts.

Fernández (P. Juan Patricio), de la Compañía de Je-

sús.—Relación-historia de las misiones de los indios, que llaman chiquitos del Paraguay: dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría.—Mis memorias íntimas.—Madrid, 1886-89: tres tomos en 4.° mayor, pasta, 60 pesetas.

Fernández Valbuena (D. Ramiro).—Egipto y Asiria resucitados.—Toledo, 1895: un tomo en 4.° con 28 grabados, 8 pesetas.

Horacio.—Obras completas traducidas en versos castellanos, con comentarios mitológicos, históricos y filosóficos, por D. Javier de Burgos; segunda edición, refundida y aumentada: cuatro tomos en 4.°, 25 pts.

Martínez de Zúñiga.—Estadismo de las islas Filipinas ó mis viajes por este país, por el P. Fr. Martínez de Zúñiga, agustino calzado.—Publica esta obra por primera vez, extensamente anotada, W. E. Retana.—Madrid, 1893: dos tomos en 4.°, 20 pesetas.

Moratín (obras de D. Nicolás y de D. Leandro Fernández de): dos tomos 8.°, pasta, 5 pesetas.

Nieritz (Gustavo).—El silbato mágico ó los hijos de Hameln: cuento revisado y corregido, con una introducción por J. B. J. Champagnac: 8.°, 3 pesetas.

— Los hijos de Eduardo ó el quinto mandamiento de la ley de Dios, aumentada con un compendio histórico de la guerra de las dos rosas: 8.°, 3 pesetas.

— Los osos de Augustoburgo; episodio de la historia de Sajonia, traducido por D. J. P. Comoto: 3 pesetas.

Oficios de la Iglesia con la explicación de las ceremonias de la Santa Misa y notas sobre las fiestas y los salmos, seguido de una recopilación de oraciones y meditaciones sacadas de San Agustín, San Bernardo, Santa Teresa, San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelon y la imitación de Jesucristo: 4.° mayor, con 80 láminas aparte del texto, 10 pesetas.

Oviedo.—Historia de la conquista y población de Venezuela, por D. José de Oviedo y Baños, con discurso preliminar, notas y aclaraciones de D. Cesáreo Fernández Duro: dos tomos en 4.°, 30 pesetas.

Paz (Abdón de).—Mar de Batalla, prosa y verso.—Madrid, 1896: en 8.°, con el retrato del autor, 3 pts.

Palafox y Mendoza, Obispo de la Puebla de los Angeles.—Virtudes del indio.—Reimpreso en Madrid en 1893: un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Palau.—Acontecimientos literarios. Impresiones y notas bibliográficas en 1895.—Madrid, 1896: un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Peña y Fernández.—Manual de Arqueología prehistórica, precedida de nociones preliminares de Arqueología general, Geología y Paleontología, y seguido de cinco cuadros sinópticos de Arquitectura cristiana y de dos vocabularios para la debida inteligencia de las voces técnicas, por el Dr. D. Manuel de la Peña y Fernández, Presbítero, Catedrático de Griego, Hebreo y Arqueología cristiana en el Seminario de Sevilla.—Sevilla, 1890: un tomo en 4.° de XIX-962 páginas, 13 pesetas.

Pereda (D. José María de), de la Real Academia Española.—Obras completas: diez y seis tomos, que se venden á 4 pesetas cada uno en Madrid y en Santander, y á 4,50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

I.—Los hombres de pró, con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
II.—El buey suelto.....
III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera.
IV.—De tal palo, tal astilla.
V.—Escenas montañesas.
VI.—Tipos y paisajes.
VII.—Esbozos y rasguños.
VIII.—Bocetos al temple.—Tipos trashumantes.
IX.—Sotileza.
X.—El sabor de la tierruca.
XI.—La puchera.
XII.—La Montálvez.
XIII.—Pedro Sánchez.
XIV.—Nubes de estío.
XV.—Peñas arriba.
XVI.—Al primer vuelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pereda.—Pachín González (fuera de la colección).—Madrid, 1896: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— En prensa: Tipos trashumantes, edición elegantemente ilustrada.
Pulido (Dr. A.)—La emoción oratoria.—Madrid, 1896: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Relaciones geográficas de Indias, publicadas por el Ministerio de Fomento (Perú).—Madrid, 1881-85: dos tomos en 4.° mayor, 30 pesetas.
Ruidiaz.—La Florida, su conquista y colonización, por Pedro Menéndez de Avilés. Anotada, adicionada y publicada por D. Eugenio Ruidíaz y Caravia. Obra premiada por la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1894: dos tomos en 4.°, 20 pesetas.
Sales.—El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones, por D. Manuel Sales y Ferré: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Salustio (Cayo Crispo).—Obras revisadas y cotejadas con los mejores códices y ediciones, é ilustradas con notas en español para el uso de las escuelas, por D. Juan B. Guim: en 8.°, 2 pesetas.
Samaniego (D. Félix M.)—Obras inéditas ó poco conocidas del insigne fabulista, precedidas de una biografía del autor, escrita por D Eustaquio Fernández de Navarrete: en 4.°, 3 pesetas.
San Agustín.—La ciudad de Dios. Obra escrita por el Padre de la Iglesia, San Agustín, traducida del latín por D. José Cayetano Díaz de Beyral (Biblioteca clásica): cuatro tomos en 8.°, 12 pesetas.
Silvela (D. Manuel).—Obras póstumas. Las publica, con la vida del autor, su hijo D. Francisco: dos tomos en 4.°, 5 pesetas.
Sinués (Doña M. del Pilar).—A la luz de una lámpara.—Colección de cuentos morales (obra de texto), 1 pta.
Contiene: El vestido de baile.—Las dos amigas.—El carpintero.—Los premios.—La presumida.—Los dos rosales.
— Mujeres ilustres.—Narraciones histórico-biográficas.—María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús: un tomo, 2 pesetas.

Los precios son para Madrid y á la rústica.

Sinués (Doña María del Pilar).—Catalina Gabrielli.—Agripina, Princesa romana. — Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran Duquesa de Toscana: un tomo, 2 pesetas.
— María Josefa Tascher de la Pagerie.—Juana de Arco.—Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany: un tomo, 2 pesetas.
— Páginas del corazón: un tomo, 4 pesetas.
Contiene: Mariana.—No hay deuda que no se pague.—La sortija.
— Plácida y un drama de familia: un tomo, 3 pts.
— Un nido de palomas: un tomo, 3 pesetas.
Tirso de Molina.—Teatro escogido antiguo español de Fr. Gabriel Téllez, conocido con el nombre del Maestro Tirso de Molina: 12 tomos de más de 370 páginas cada uno: los 11 primeros contienen 36 comedias y un juicio crítico á continuación de cada una, y el duodécimo un Apéndice á la obra: 40 pesetas.
— Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, etc., etc.: 2,50 pesetas.
— Investigaciones bio-bibliográficas, por E. Cotarelo y Mori.—Madrid, 1893: un tomo en 8.° mayor, 3 pts.
Tres tratados de América (siglo XVIII).—Madrid, 1894: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Contiene.—Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.
Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.
Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.
Vargas Machuca.—Milicia y descripción de las Indias, escrita por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, natural de la villa de Simancas. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599: dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
Vigil.—Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer Adelantado y conquista-

Los precios son para Madrid y á la rústica.

dor de la Florida, por D. Ciriaco Miguel Vigil.—Oviedo, 1892: un tomo en 4.°, tela, 2,50 pesetas.

Villaamil.—Viaje de circunnavegación de la corbeta *Nautilus*.—Madrid, 1895: un tomo en 4.° con multitud de fotograbados y 23 planos de derrota, encuadernado en tela lujosamente, 20 pesetas.

Winterer.—El socialismo contemporáneo, por el abate L. Winterer, diputado del Parlamento alemán. Versión de D. Julio del Mazo Franza.—Prólogo de D. Francisco Rubio y Contreras, Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda.—Sevilla, 1896: un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Xerez.—Verdadera relación de la conquista del Perú, por Francisco de Xerez, uno de los primeros conquistadores.—Madrid, 1891: un tomo en 8.°, 2 pts.

Zorrilla.—Granada. Poema oriental, precedido de la leyenda de Al-Hamar. Nueva edición. — Madrid, 1895: dos tomos en rústica, 8 pesetas; encuadernado en tela, 10,50.

Zaragoza.—Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo XVI al XVIII. Deducidas de las obras de D. Dionisio de Alsedo y Herrera, por Don Justo Zaragoza.—Madrid, 1883: un tomo en 4.°, 12,50 pesetas.

— Las insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo, por D. Justo Zaragoza.—Madrid, 1872-73: dos tomos en 4.°, 20 pesetas.

— Geografía y descripción universal de las Indias, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año de 1571 al de 1574.—Madrid, 1894, adicionada por D. Justo Zaragoza: un tomo en 4.°, con planos, 15 pesetas.

PÍDANSE CATÁLOGOS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ)

	Pesetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo), cuatro tomos en 8.º (Se venden separados.)	12
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.º (Se venden separados.)	12
DES-TROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.º	3
AGUA TURBIA (novela), un tomo en 8.º	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡Á BUEN TIEMPO! (id.)—INCONSECUENCIA (id.)—LA PRUEBA DE INDICIOS (id.)—METAMÓRFOSIS (id.)—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES.	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.º	3
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.º (Se venden separados.)	6
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), un tomo en 8.º	3
HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio), tercera edición, agotada.	
DON JOSÉ ZORRILLA (biografía crítica)	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval)	2
LA IGLESIA Y EL ESTADO (traducción de Liberatore), agotada.	
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada.	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO ESLA (con un mapa)	2

EN PRENSA

RIPIOS GEOGRÁFICOS.

EN PREPARACIÓN

EL BEATO JUAN DE PRADO.
IMITACIÓN DE CRISTO, de Kempis, traducción del latín.
RATONCITO NOSEMÁS, novela.
FE DE ERRATAS, tomo V.
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA.)

Ripios Ultramarinos.

MONTÓN 4.º

MADRID:
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ,
Calle de Preciados, 48.

1902.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ)

	Pesetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.º	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo), cuatro tomos en 8.º (Se venden separados.)	12
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.º (Se venden separados.)	12
DES-TROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.º	3
AGUA TURBIA (novela), un tomo en 8.º	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡Á BUEN TIEMPO! (id.)—INCONSECUENCIA (id.)—LA PRUEBA DE INDICIOS (id.)—METAMÓRFOSIS (id.)—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES.	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.º	3
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.º (Se venden separados.)	6
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), un tomo en 8.º	3
HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio), tercera edición, agotada.	
DON JOSÉ ZORRILLA (biografía crítica)	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval)	2
LA IGLESIA Y EL ESTADO (traducción de Liberatore), agotada.	
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada.	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO ESLA (con un mapa)	2

EN PRENSA

RIPIOS GEOGRÁFICOS.

EN PREPARACIÓN

EL BEATO JUAN DE PRADO.
IMITACIÓN DE CRISTO, de Kempis, traducción del latín.
RATONCITO NOSEMÁS, novela.
FE DE ERRATAS, tomo V.
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA.)

Ripios Ultramarinos.

MONTÓN 4.º

MADRID:
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ,
Calle de Preciados, 48.

1902.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RIPIOS ULTRAMARINOS

IV

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ)

	Pesetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición), un tomo en 8.°	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.°	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.°	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo), cuatro tomos en 8.° (Se venden separados.)	12
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.° (Se venden separados.)	12
DES TROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.°	3
AGUA TURBIA (novela), un tomo en 8.°	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡A BUEN TIEMPO! (íd.)—INCONSECUENCIA (íd.)—LA PRUEBA DE INDICIOS (íd.)—METAMÓRFOSIS (íd.)—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES.	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.°	3
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.° (Se venden separados.)	6
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), un tomo en 8.°	3
HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio), tercera edición, agotada.	
DON JOSÉ ZORRILLA (biografía crítica)	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval)	2
LA IGLESIA Y EL ESTADO (traducción de Liberatore), agotada.	
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada.	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO ESLA (con un mapa)	2

EN PRENSA

RIPIOS GEOGRÁFICOS.

EN PREPARACIÓN

EL BEATO JUAN DE PRADO.
IMITACIÓN DE CRISTO, de Kempis, traducción del latín.
RATONCITO NOSEMÁS, novela.
FE DE ERRATAS, tomo V.
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

RIPIOS

ULTRAMARINOS,

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

...carmine fœdo splendida facta linunt.

HORACIO.

(MONTÓN 4.°)

MADRID: 1902
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ,
Calle de Preciados, 48.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Establecimiento tipográfico de Idamor Moreno Cruzado,
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.020.



Antonio de Valbuena

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN CUARTO

I

La carta aquella de Minatitlan que, con sus blandas solicitaciones y su adjunta remesa de versos malos, me determinó á empezar esta colección de RIPIOS ULTRAMARINOS y me sirvió de exordio para el montón primero, ha servido también de ejemplar y norma para otras muchas cartas sobre el mismo asunto.

Porque, efectivamente, á imitación de aquellos tres amigos de Minatitlan, otros muchos americanos amantes de la poesía y del buen gusto literario, me han escrito luego cartas semejantes animándome á continuar la obra empezada y enviándome para ello buena y abundante materia, verdaderos fardos de versos ripiosos.

Entre estas cartas, que corresponden á di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

versas regiones de América, hay una de El Tocuyo (Venezuela), que es como sigue:

(Hay un membrete.)

»El Tocuyo, 5 de Setiembre de 1896.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor nuestro: Usted con sus sabias y regocijadas críticas (es favor, muchas gracias) está haciendo un importantísimo servicio, no sólo á las letras de esa nación, sino también á las americanas. Y como en los *montones* de RIPIOS ULTRAMARINOS que van publicados no figura ningún poeta venezolano, nos permitimos remitirle una buena cantidad de recortes donde hallará usted ripios á porrillo. ¡Ojalá zarandeara usted á tanto *poeta* cursi!

»Si usted consagra íntegro un *montón* á los *poetas* venezolanos, creemos que se agota aquí la edición en seguida. Tanto es el interés con que por acá se leen y celebran sus deliciosas críticas. (Vuelvo á dar las gracias.)

»En recompensa de este envío le suplicamos que nos remita dos ejemplares del tomo.

»Anticipándole las gracias, nos suscribimos de usted respetuosos ss. q. b. s. m.—(*Siguen dos firmas.*»)

¿Cómo ni por qué iba yo á desairar á los dos señores firmantes de esta carta?

Nunca pensé en ello.

Al contrario, desde luego formé intención de complacerles haciendo un cuarto montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, intención que ahora voy á poner por obra.

No irá todo él, como proponen y desean los amables comunicantes, consagrado á los *poetas* venezolanos, pero tendrán éstos en él buena parte.

Comenzando por Julio Calcaño, cuya lucubración venía la primera en el paquete.

Este vate, académico de la correspondiente de allá, pertenece á una especie de dinastía de Calcaños, ya antigua en el país, todos ellos muy tentados á escribir versos, sin que ninguno haya conseguido, como poeta, pasar de la altura de su apellido.

La composición de Julio Calcaño se titula *Acuarela* y está dedicada á un señor *Alirio Díaz Guerra*, que será otro mal poeta regularmente.

De estilo modernista, quiere, por el número de versos y la combinación de los consonantes, parecer un soneto; pero no siendo sus versos endecasílabos, que son los propios del soneto en castellano, sino de doce sílabas... y tampoco de doce propiamente, sino de siete y de cinco escritos cada dos como uno solo, más que á soneto suena á seguidillas mal concertadas.

Empieza así:

«Bajan al mar los rayos del sol *de estío*...»
Y los del sol de invierno... pues también bajan,
Siempre que en el trayecto no los atajan
Las nubes, ó los vates, *á su albedrío*...

No es este el cuarteto de Calcaño, pero tampoco es mejor que éste.

El de Calcaño dice:

«Bajan al mar los rayos del sol de estío
Y esmaltan de reflejos de oro y *turquesa*
(¡Buena es esa, Calcaño! Sí, ¡buena es esa!
La espuma que si el viento las ondas *besa*
(¿*Besa*?... Pues ya me explico yo la *turquesa*)
Salta en menudas gotas *cual de rocío*.»

Claro que *cual de rocío* tenían que ser las menudas gotas.

Para eso había cuidado el vate de que los rayos del sol que bajaban al mar, fueron precisamente los del sol *de estío*.

Con un poco de paciencia y otro poco... es decir, no, de esto ya no se necesita tan poco, sino bastante cantidad... de mal gusto, se arregla en seguida un cuarteto de estos seguidillescos y ridículos.

Vamos al segundo de los de Calcaño:

«Hiende Leonor...»

¿Quién será ésta?...

Bueno; ya lo sabremos pronto... ó no lo

sabremos nunca; porque también de esto se dan casos.

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío*...»

Naturalmente.

De henderlas, tenía que ser *á su albedrío*, porque para eso las gotas de espuma eran *cual de rocío*, y los rayos que bajaban al mar eran *del sol de estío*.

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío*;
Y de la fina holanda surgiendo *apriesa*...»

También, naturalmente.

Si había de concertar con *besa* y con *turquesa*, tenía que surgir *apriesa*.

Despacio no valía.

Y por cierto que el *apriesa* es la única palabra que en ese verso tiene razón de ser; aunque no sea más que la razón del consonante.

Porque todo aquello otro de *la fina holanda* no se sabe á qué viene.

Sigamos, á ver:

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío*;
Y de la *fina holanda* surgiendo *apriesa*,
Alza el botón...»

¿Qué botón será este?... ¿Y quién le alzará?...

¡Dios mío! ¡Si esto es un mar de confusiones!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El vate dice que Leonor, ó *Lonor*, que es como hay que leer para que haya verso, hiende las aguas *á su albedrío;* pero así hace él también al colocar las palabras. También las pone á su albedrío.

Repitamos:

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío;*
Y de la fina holanda surgiendo *apriesa,*
Alza el botón bermejo...»

Bueno; ya sabemos algo más: el botón es bermejo...

Pero no por eso salimos de dudas. ¿Qué tendrá que hacer ahí un botón bermejo?...

A ver si lo acabamos de entender:

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío;*
Y de la *fina holanda* surgiendo *apriesa,*
Alza el *botón bermejo como la fresa...*»

Sí, es claro: ya no quedaban apenas más consonantes en *esa*...

De modo que casi no tenía el vate más remedio que hacer al botón bermejo *como la fresa*... ó ponerle en salsa bayonesa...

Pero no es eso lo más malo, sino que seguimos sin entender de este cuarteto nada absolutamente.

Y me temo que el único verso que nos queda por leer no nos va á aclarar tampoco el sentido gran cosa.

Como que dice:

«Sobre la muelle curva su poderío.»

¿Lo entienden ustedes?...

Yo, por mí, no. Ni sé de quién es el *su poderío*, ni de quién es la muelle curva, ni qué curva muelle es la de que se trata...

Amén de no saber tampoco nada del *botón bermejo*, ni del papel que pueda desempeñar ahí la *holanda fina*...

Vamos á volver á leer todo el cuarteto de un tirón á ver si acaso...

«Hiende Leonor las aguas *á su albedrío;*
Y de la fina holanda surgiendo *apriesa,*
Alza el botón bermejo *como la fresa*
Sobre la *muelle curva su poderío.*»

Nada; declaro que no entiendo ni una palabra... Y que no he visto en mi vida cuatro versos con menos sentido ni con más disparates.

Parece que Leonor debe de ser una mujer que nada; porque eso puede significar lo de hender las aguas á su albedrío. Con lo cual llegamos al fin del primer verso.

Pero en el segundo nos dice el vate talonario ó calcañesco:

«Y de la fina holanda surgiendo *apriesa...*»

Y aquí ya no se sabe quién surge de la fina holanda, si es la misma Leonor ó es otra persona ú otra cosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Viene el verso tercero, en donde dice el vate que

«Alza el botón bermejo como la fresa.»

Y no se sabe qué botón es éste ni quién le alza; pues aunque en el cuarto verso se da á entender que le alza *su poderío*, no se sabe de quién es el poderío, ni cuál es la muelle curva sobre la que *su poderío* (no se sabe de quién) alza el botón bermejo.

Nada, no se sabe nada... más que la cualidad de académico del Sr. Calcaño. Que aun sin saberla se adivinaría leyendo su obra.

Vamos á los tercetos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas...»

Hasta aquí tampoco nos dice nada nuevo el vate.

Porque eso de que el sol sea *luciente* es ya muy sabido. Y lo de que sean *verdes* las faldas de los montes, tampoco puede pasar por noticia fresca.

Sigamos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las verdes faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma...»

Vamos, esto de las ondas *glaucas*, ya es algo. Pues aunque no sea nuevo del todo, es

bastante feo y ridículo, y váyase lo uno por lo otro.

Pero vamos á ver lo que sale de todos estos preparativos...

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma...»

Esta bruma no es la que cubre el entendimiento del vate, ya lo supondrán ustedes, sino la del mar.

La otra no la rasga ningún sol por *luciente* que sea.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,
Baja el cabello de oro por *sus* espaldas...»

¿Que de quién serán estas sus espaldas?...

Como no parece probable que sean del sol, que es á quien por derecho de sintaxis corresponden, hay que suponer que sean las de Leonor; pero aun suponiéndolo así, y suponiendo que el cabello de oro sea de ella también, ¿qué conexión puede tener esto de que el cabello de oro baje por las espaldas de Leonor, con que el sol *luciente* rasgue la bruma y esmalte las faldas verdes y la blanca espuma de las ondas *glaucas?*

Y, sin embargo, el vate quiere que sea consecuencia lo uno de lo otro, por cuanto dice: *Y como* el sol *luciente*, etc.; es decir, que sólo porque el sol *luciente* rasga la bruma, etc..., baja el cabello de Leonor por sus espaldas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En fin que, digámoslo en el mismo metro calcañil:

No se puede hacer caso de ciertos vates,
Porque no dicen nunca más que dislates.

Pero el vate calcañesco añade todavía más... desatinos.

Porque dice que

«Baja el cabello de oro por sus espaldas
Iluminando el cuerpo...»

Y como si esto aún no fuera bastante, añade que el cuerpo «brilla»; pero no así como quiera, sino que *brilla en suma,* que es una manera de brillar desconocida, si se quiere, pero necesaria para aconsonantar con *espuma* y con *bruma*.

En suma (como brilla el cuerpo de Leonor), que los dos tercetos enteros son de esta facha:

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,
Baja el cabello de oro *por sus espaldas*
Iluminando el cuerpo que brilla *en suma*
Cual cincelado mármol sobre *esmeraldas*...»

Y no da más de sí este Calcaño.

Ni *en suma,* ni en resta, ni en escabeche.

II

Otro recorte de los enviados de El Tocuyo trae una composición de Manuel Eudoro Aybar, la cual tiene por lo menos una cosa buena: que es corta.

Se titula *Nupcial,* y está dedicada á una María.

Verán ustedes si tiene gracia:

«Un día de verano muy ardoroso...»

Y muy ripio; porque la verdad es que siendo de verano el día no hacía falta decir que era ardoroso, puesto que todos lo suelen ser.

Pero como vendrá detrás otro *oso,* el vate creyó conveniente prepararle el camino con ese día *muy ardoroso.*

Los versos por lo demás, como ven ustedes, son del mismo tipo que los de Calcaño.

Seguidillescos.

«Un día de verano *muy ardoroso*
Se encontraron volando dos *tortolitas*...»

En fin que, digámoslo en el mismo metro calcañil:

No se puede hacer caso de ciertos vates,
Porque no dicen nunca más que dislates.

Pero el vate calcañesco añade todavía más... desatinos.

Porque dice que

«Baja el cabello de oro por sus espaldas
Iluminando el cuerpo...»

Y como si esto aún no fuera bastante, añade que el cuerpo «brilla»; pero no así como quiera, sino que *brilla en suma,* que es una manera de brillar desconocida, si se quiere, pero necesaria para aconsonantar con *espuma* y con *bruma*.

En suma (como brilla el cuerpo de Leonor), que los dos tercetos enteros son de esta facha:

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,
Baja el cabello de oro *por sus espaldas*
Iluminando el cuerpo que brilla *en suma*
Cual cincelado mármol sobre *esmeraldas*...»

Y no da más de sí este Calcaño.

Ni *en suma,* ni en resta, ni en escabeche.

II

Otro recorte de los enviados de El Tocuyo trae una composición de Manuel Eudoro Aybar, la cual tiene por lo menos una cosa buena: que es corta.

Se titula *Nupcial,* y está dedicada á una María.

Verán ustedes si tiene gracia:

«Un día de verano muy ardoroso...»

Y muy ripio; porque la verdad es que siendo de verano el día no hacía falta decir que era ardoroso, puesto que todos lo suelen ser.

Pero como vendrá detrás otro *oso,* el vate creyó conveniente prepararle el camino con ese día *muy ardoroso.*

Los versos por lo demás, como ven ustedes, son del mismo tipo que los de Calcaño.

Seguidillescos.

«Un día de verano *muy ardoroso*
Se encontraron volando dos *tortolitas*...»

¡Qué monada!... Bueno, siga usted, á ver qué sucedió después del encuentro.

«Y al pasar por un bosque *bello* y *frondoso*...»

Es claro; habiendo sido el día *muy ardoroso*, el bosque, para concertar, tenía que ser *frondoso*...

Y como este ripio sólo no bastaba por sí para llenar el verso, hubo que meter otro, y así el bosque, además de *frondoso*, fue *bello* por añadidura.

Bello y frondoso.

«Y al pasar por un bosque *bello* y *frondoso*,
Dentro de él se *internaron*...»

¡Es natural! Lo raro hubiera sido que se hubieran *internado fuera*... ó que se hubieran *externado dentro*.

¡Qué cosas creen necesario enseñar á uno estos vates!

«Y al pasar por un bosque *bello* y *frondoso*,
Dentro de él se internaron...»

Pero si pasaban por él, ya estaban *internadas dentro*. ¿Qué falta hacía decir que se habían internado dentro del bosque, después de haber dicho que pasaban por el bosque?

Eso es decir las cosas dos veces, y debe saber el Sr. Eudoro que, *verba repetita... generant candonga*.

Si hubiera dicho que al pasar cerca de un bosque ó al pasar junto á un bosque *bello*, etcétera, se habían internado en él, estaría bien por este lado. Aunque siempre quedaría la redundancia de *internarse dentro*.

Pero así como lo dice, las redundancias ó los disparates son dobles.

Bueno; quedábamos en que un día de verano muy *ardoroso* se encontraron volando dos *tortolitas*...

«Y al pasar por un bosque *bello* y *frondoso*
Dentro de él se internaron *juntas*, *juntitas*...»

¡Así! *Juntas*, *juntitas*...

¡Niéguenme ustedes que esto tiene gracia!

El vate pudo haber dicho sencillamente que las tórtolas ó las *tortolitas* se internaron en el bosque *juntas*; pero entonces le faltaba el consonante.

Y fue, y con el mismo derecho que había llamado á las tórtolas *tortolitas*, dijo en vez de juntas, *juntitas*, y quedó el consonante hecho y derecho.

Pero aunque el verso tenía ya consonante, no tenía todas las sílabas necesarias, y para enmendar esta falta, en seguida se le ocurrió al *vate* poner también el positivo *juntas*, inmediatamente antes del diminutivo *juntitas*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué agudeza la suya!

Es claro; con un talento así, no hay dificultades para nada.

¿Que de dos versos que deben aconsonantar sale uno acabado en *rosales* y otro en *pucheros*?... Pues se pone en lugar de rosales *rosalitos*, y en lugar de pucheros *pucheritos*, y ya son todo lo consonantes que se necesita.

¿Que el verso de los pucheros queda un poco corto?... Pues se pone en lugar de pucheritos á secas, *pucheros pucheritos* y ya queda consonante y relleno en la medida necesaria.

La primera parte del sistema, la de apelar á los diminutivos para hacer consonantes, ya la había usado hace muchos años el marqués de Molins, metiendo en una décima todo aquello del *tordillo*, el *cervatillo* y *el sombrerillo*, con resultado casi satisfactorio, según dije en los *Ripios Aristocráticos:*

Quien sobre el fiero *tordillo*
Siguiendo la caza os viera.
Como Diana ligera
Tras el raudo *cervatillo*,
Ya perdido el *sombrerillo*..., etc.

Donde se ve con toda claridad que si aquel peludo y ripioso Marqués hubiera puesto las últimas palabras de los versos en su estado llano ó positivo, si hubiera dicho el fiero *tordo*, el raudo *cervato* y el *sombrero*, la décima

se hubiera quedado sin consonantes, mientras que con la industria de usarlas en diminutivo, los tuvo completos.

Ahora, lo de acudir para llenar la medida del verso al recurso de poner antes del diminutivo también el positivo de la misma palabra, *juntas, juntitas*, eso no sé que lo hubiebiera hecho el marqués de Molins ni ningún otro desdichado vate, y me inclino á creer que sea invención de D. Eudoro.

Que ya que no inventó la pólvora ha inventado eso.

Y sigue tan campante con su *Nupcial* en esta forma:

«Me dijo un *pajarito* que no *salieron*...»

Se refiere, por supuesto, á las dos *tortolitas* que, pasando por un bosque, se *internaron dentro juntas, juntitas*...

«Me dijo un *pajarito* que no salieron
De allí *por* algún tiempo las *tortolitas*...»

¡Y dale con los diminutivitos... y con repetir los mismos *consonantitos!*

A más de que la sintaxis también deja bastante que desear, porque la frase «*por* algún tiempo» no se puede usar así con negación, como la usa el vate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se puede decir: «Fulano se quedó en mi casa por algún tiempo»; mas no se puede decir: «Fulano no se marchó de mi casa *por* algún tiempo.» En este caso se dice «*en* algún tiempo».

Vamos adelante:

«Me dijo un *pajarito* que no salieron
De allí por algún tiempo las *tortolitas*,
Y que una *mañanita* las sorprendieron
Cubriendo dos pichones con sus *alitas*...»

¡Qué lástima que no hubiera dicho también el vate dos *pichoncitos*...! ¡Si le hubiera cabido en el verso...!

Verdad es que tampoco le debió de caber el chiste de la cosa, pues tampoco aparece...

A no ser que esté en los otros cuatro versos que faltan.

Pero me temo que no le vamos á encontrar en ellos tampoco.

Dicen los cuatro últimos:

«¡Cazador! cuando veas que van volando
Juntitas por el aire dos *avecitas*...»

¡Vamos! Y ¿por qué no haber dicho también cazadorcito? ¿Qué privilegio tienen los cazadores para librarse de sufrir en manos de los malos vates la disminución correspondiente?

«¡Cazador! cuando veas que van volando
Juntitas por el aire dos *avecitas*,
No dispares el arma...»

Mejor sería también el *armita*, ¿eh?

«No dispares el arma, que van buscando
Lo mismo que buscaban las *tortolitas*...»

Pues nada: no pareció el chiste.

¡Cuidado que es sosito el Eudorito este!

***

Pues tanto ó más es otro vate igualmente venezolano que se llama Jiménez Arraiz, firmante de otra composición, llamémosla así, titulada *Bohemio* y fechada en Barquisimeto.

¡Ah...! y escrita para la revista *Ciencia y Letras*.

Comienza de esta mala manera:

«Allí cantando en lo sombrío de un bosque...»

He de advertir á ustedes, ilustrados lectores, pues sin advertírselo ni siquiera lo sospecharían, que ese renglón que acabo de copiar quiere ser un endecasílabo...

Digo, no: él no quiere serlo, ni á tiros; pero quiere el *vate* su autor que lo sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si bien es verdad que lo mismo le da quererlo que no; porque cuando se quieren imposibles así, se queda el que los quiere con las ganas y no se sale con la suya.

Que es lo que le pasa al vate este de Barquisimeto...

Figúrense ustedes cómo había de salirse con su idea de que eso fuera un verso endecasílabo, cuando á lo que más se parece es á dos versos, uno de cinco sílabas y otro de ocho, en esta forma:

«Allí cantando
En el sombrío de un bosque...»

Dos versos que suman trece sílabas, y que, como ustedes ven, no son malos cada uno en su clase.

Pero meterlos ambos en un solo verso endecasílabo, es tan imposible como meter á Canalejas y á Moret en un Ministerio y hacer que estén á gusto.

Porque tras de tener que hacer dos sinalefas, habría que quitar además el acento en la i de sombrío, con el cual no pueden las dos últimas vocales de esta palabra formar diptongo, y ponerle en la o para que el diptongo fuera posible.

Es decir, que sería necesario leer:

«Alli cantand'en lo *sombrió* d'un bosque...»

y eso de poner *sombrió* por sombrío, francamente, me parece demasiada licencia.

No olviden ustedes que este es el primer verso de la composición *Bohemio* del vate Jiménez; de manera que, comenzando así, háganse ustedes cargo de cómo será la continuación y el remate.

Sigamos:

«Allí *cantando* en lo *sombrío* de un bosque...»

¿Que no se sabe quién es el que canta?

... Bueno, todavía no es tarde; no se impacienten ustedes.

«Allí cantando en lo *sombrío* de un bosque,
Que hermoso asilo al visitante presta,
A un joven guitarrista campesino,
Que asiendo entre los brazos la vihuela,
Dialogaba con ella cariñoso,
Pues *parecían* hablar aquellas cuerdas...»

Malo; este verso también es duro y malo. Ya me parecía á mí que iba tardando en volver á descarrilar el vate Jiménez.

Al cual, además, se le ha ido el santo al cielo y ha concluído la estrofa ó el párrafo y hecho punto final sin concluir la oración ni ponerla de modo que haga sentido.

Porque en los seis versos copiados que forman la estrofa, ó lo que sea, todo se vuelve

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

incisos puestos alrededor de un acusativo que no tiene nominativo ni verbo.

Véanlo ustedes.

Primer verso:

«Allí cantando en lo sombrío de un bosque...»

Un adverbio de lugar y una oración incidental, sin agente conocido...

Segundo verso:

«Que hermoso asilo al visitante presta...»

Otra oración incidental que tiene por nominativo el *que*, relativo del bosque.

Tercer verso:

«A un joven guitarrista campesino...»

Acusativo con su preposición y todo.

Cuarto y quinto versos:

«Que asiendo entre sus brazos la vihuela,
Dialogaba con ella cariñoso...»

Otras dos oraciones incidentales de las que es nominativo el *que*, relativo del guitarrista, es decir, del anterior acusativo...

Sexto verso:

«Pues *parecían* hablar aquellas cuerdas...»

Otra oración incidental de que son nominativo las cuerdas de la vihuela del guitarrista campesino y joven, y acusativo y...

Nada; no se sabe lo que le pasa al joven guitarrista, etc., porque no parece el verbo de la oración, ni el nominativo tampoco.

A pesar de lo cual el *vate* Jiménez Arraiz hace punto y aparte, y hasta pone pleca, y se queda tan fresco.

¿No será grandísimo babieca?

Después de habernos dejado *in albis* en el primer párrafo, se arranca otra vez en esta forma:

«Abajo, arrullo y notas; allá arriba,
Brillante, hermosa claridad, *inquieta*...»

Bueno; demasiados epítetos son esos para un sustantivo solo; pero siga usted:

«*Tibia* la tarde en derredor tendía
Las madejas parduscas de sus crenchas...»

Aparte de que la tarde no tiene *crenchas* ni *madejas parduscas*..., puede pasar...

«Pero de pronto el resplandor del cielo,
Bañando en luz crepuscular la tierra,
La altiva frente del cantor abrasa
Pasando entre las brumas de selva...»
(No se sabe quién *pasa*,
Pero *pase* el cantor, *pase* y... no vuelva.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Mas ah! Esto que era bueno... no sucede. Sucede lo contrario.

El *vate* pone otra pieca como si hubiera concluído y lo dejara definitivamente y se marchara para no volver... á cantar; pero vuelve, sí, vuelve en seguida con esta otra tonada:

«Y al *suave* son de las *brillantes* notas
Que volaban, *sonámbulas, dispersas,*
Huyendo de las *sombras invasoras,*
Buscando asilo en lo infinito *inquietas*
(*Como la claridad de más arriba*
Y como el vate Arraiz que no sosiega)
Parecían al huir de la guitarra...
(Verso más largo ¡ay! que la cuaresma)
Parecían al huir de la guitarra
En lánguido *morendo* las cadencias,
El *melifluo registro* de los sueños,
El diapasón divino de la idea,
El *teclado sublime* de la *gloria*...»
Y el diablo que te lleve, mal *poeta;*
Que nos vas á ensartar más disparates
Que los ríos y el mar tienen de arenas...

Porque cuidado que es amontonar desatinos, todo eso del registro melifluo y el divino diapasón y el sublime teclado.

Y aún no había concluído.

«El *melifluo registro* de los sueños,
El *diapasón divino* de la idea,
El *teclado sublime* de la gloria,
Que en *voladoras, fúlgidas* endechas,
Gallardas, lisonjeras, brilladoras,
Besaban *retozando* mi cabeza...»

¡Y qué descansada le habrá quedado!

Como que en cuanto ha concluído esa estrofa vertiginosa é interminable, sale otra vez y exclama:

«¡Quién pudiera *cantar así cantando!*...

¡Está bien!... *Cantar así cantando...*

Y vamos andando...

Y veremos que el vate, después de otra estrofa muy parecida á las anteriores, se encara con los transeuntes y les dice:

«Guardad silencio los que halléis al paso
Al músico cantor de la vihuela...
Callad, que no sabéis qué noble musa
En esas notas lo infinito besa.
Quizá sea el estro *redentor* del siglo
Que demoliendo tradiciones llega...»

¿Sí? ¡Pues vaya una manera de redimir! ¡Demoliendo tradiciones!... ¡Así estamos y así está el siglo de redimido!...

«Quizá sea el estro redentor del siglo
Que demoliendo tradiciones llega,
Y levanta su tienda de bohemio...
¡Oid! ya el campo triunfador resuena.
Ella es, ella es; callad y arrodillaos...»

Sí, para que pase ese verso más largo que una procesión...

Aunque mejor sería que el vate nos hubie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra mandado sentarnos, porque el verso ese tarda tánto en pasar...

¡Qué oído el del vate de Barquisimeto, qué oído!...

«Ella es, ella es...»

Un heptasílabo completo.

«Callad y arrodillaos...»

Otro heptasílabo.
Total, catorce sílabas...

«Callad y arrodillaos: ella es, ella es...»

¿Lo ve usted, *vate*?
Un alejandrino perfecto.
Y usted quiere hacer de él un endecasílabo...
Es claro: comiéndose la mitad de las vocales...
Para que lo fuera, había que leerle así:

«¡*Ellés ellés*: callad y arrodillaos...»
De hinojos recibid la *musa nueva*!

¡Por que usted lo mande!
Pues no nos da la gana de recibirla de hinojos.

La recibiremos á latigazos, y aun á puntapiés, si se pone demasiado cerca.
¡Vaya enhoramala!
La musa demoledora de tradiciones y fabricadora de disparates como esos de usted y otros muchos, no merece otro recibimiento.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Si recordando el conocido juego de prendas y sin hacer otras variaciones que la de poner «Méjico» en lugar de «la Habana» y «un poema» en lugar de «un navío», comenzara yo este artículo, preguntando:—«De Méjico ha venido un poema ¿cargado de?...»,—todos los lectores darían la misma contestación en seguida: —«De ripios»— dirían todos á un tiempo.

Porque, ¿qué otra cosa podría traer un poema que viene de Méjico?

—Desatinos, disparates—dirá algún lector de los menos caritativos.

Pero lo mismo da. Porque los desatinos y los disparates también son ripios en un poema.

El recién llegado de Méjico, que va á ocupar por unos momentos mi atención y la de ustedes, viene impreso con muchísimo lujo, á dos tintas, con orla en todas las páginas, y con un cromo en la cuarta donde hay una fo-

tografía entre dos banderas, las armas de España y las armas de Mejico y un ¡Viva Méjico! y un ¡Viva España! y se titula...

¿Cómo dirán ustedes que se titula?

Aquí sí que ya no aciertan ustedes como en la contestación á la primera pregunta referente á la carga del navío, digo, del poema...

Pues se titula:

Alfonso XIII Rey de España, y el mundo impío; ó sea *Cuba á los yankees*...

¿Les parece á ustedes ya bastante raro?...

¿Que qué es eso de *Cuba á los yankees* ó en qué lengua está?—me preguntan ustedes.

Pues no lo sé; pero sigan ustedes leyendo, porque todavía después de lo copiado, hay un subtítulo entre paréntesis que dice:

Carambolas por contra tabla.

Y después de todo esto, «POEMA por Juan Pedro Didapp», así, con dos pes.

De manera que el poema no será de pe pe y doble u; pero el autor tiene en su firma las tres pes de rúbrica; una en el segundo nombre, y dos en el apellido.

Después hay una dedicatoria muy lujosa al Sr. Duque de Arcos, Ministro de España en Méjico, y al Sr. D. Antonio Basagoiti, Presidente del Casino Español, concebida y hasta dada á luz en estos términos:

«Adicto á una causa sublime, he consagrado á su *defensa* los años floridos de mi juventud y no he desmayado ni un instante en empuñar con noble orgullo su estandarte para que ondule victorioso.»

¿Y quién le ha dicho á usted que eso que usted hace es una *defensa?* Quizá no falte quien lo llame *ofensa*... ¿Cree usted que una causa sublime se puede defender con versos ripiosos?

Siga usted, siga usted.

«Motivo ha sido éste para que á la sombra de tan esclarecidos nombres cante las grandezas del *Monarca Niño, cuyo* trabajo (¿el del monarca niño?... No sería flojo si tuviera que leer y entender los versos de usted) os ofrezco en prueba de admiración y respeto.»

No; esto último no pasa. Si tuviera usted verdadero respeto á esos señores, no les ofrecería usted esas cosas.

Adelante.

Estamos en el prólogo, que dice:

«El poema que hoy publico ha dado lugar á muchas y diversas *comentaciones*.»

No sé cómo podrá ser eso. O muy desocupada está por ahí la gente y muy escasa de asuntos sobre que hacer conversación, ó no me lo explico.

Porque ese poema no merece más que una comentación, la de cerrarle apenas abierto, y decirle á usted:

Déjalo, Juan, no leas... ó no cantes.

Repita usted:

«El poema que hoy publico ha dado lugar

á muchas y diversas *comentaciones*, todas llevando dirección desfavorable para mí...»

Vamos, ¿lo ve usted? ¿Qué le acabo de decir yo á usted ahora mismo...? Si todas las *comentaciones* llevan una dirección desfavorable para usted, todas ellas pueden reducirse á una sola comentación, á la que el libro merece, que es la que yo he dicho.

«Pero yo—continúa el *poeta*—estoy en el deber ineludible de defender los partos de mi inteligencia...»

Se equivoca usted de medio á medio.

Si los partos son como ese *poema*, lejos de estar usted en el *deber ineludible* de defenderlos, está usted en el deber ineludible de quemarlos.

Y de no volver á parir en su vida.

Pero continúa usted diciendo:

«...que son los hijos legítimos de mi mente.»

Tampoco. Poemas como ese no pueden ser hijos legítimos de una mente creada por Dios: son hijos espúreos.

«Yo escribo»—continúa...

Pues hace usted mal.

«Yo escribo, y con sólo el hecho de publicar mis concepciones, doy autorización al lector á que tache lo que no le plazca...»

Bueno; pues con esa autorización que usted me da... y si no me la diera usted yo me la tomaría... con esa autorización que usted me da, yo, lector, le tacho á usted todo el libro, absolutamente todo.

Porque no hay nada en él que me plazca, fuera del ¡viva España! del principio, ni que pueda placer á persona que tenga los sentidos cabales.

«...Mas me asiste—dice usted—el derecho de *brotar*...»

No, señor. También en eso se equivoca usted. ¿Qué le ha de asistir á usted ese derecho?... Si fuera usted fuente, ó árbol, ó enfermedad cutánea, le asistiría á usted el derecho de brotar. Pero siendo hombre, no. No tiene usted derecho de brotar en el sentido neutro del verbo.

Y en el sentido activo... tampoco; porque no había de brotar usted más que desatinos, y no está permitido brotar esas cosas.

«Mas me asiste el derecho de *brotar* á la arena en defensa de lo mío, cuando al crítico le sirve de *peldaño* la injusticia y la ignorancia.»

Bueno, pero ahí no se dice *brotar*, sino «*salir* á la arena», ó «descender»; aunque bien mirado, desde el libro de usted ya no es posible descender á ninguna parte.

Y además, el *peldaño* no crea usted que es un instrumento necesario para la crítica. *Peldaño* es donde se pone el pie, y la crítica no se suele hacer con los pies; ni aun la de aquellas *cosas* que con los pies parece que han sido fabricadas.

Y de todos modos, no pueden ser ni la ig-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

norancia ni la injusticia quienes critiquen desfavorablemente el libro de usted; serán las que le aplaudan, si acaso.

«*Criticar* con imparcialidad y pleno conocimiento de causa... la crítica entonces sería de fueros sagrados, y estúpido y soberbio el que no la acatase.»

Pues átesela usted al dedo ¿eh? Porque si no acata usted la crítica y vuelve usted á escribir haciéndolo tan mal, ya sabe usted la sentencia que acaba usted de pronunciar contra sí mismo. «Estúpido y soberbio... etc.»

«Pero *rayar* de malo y pésimo lo que se desconoce, en verdad que no es digno de otro nombre que el de hotentote quien tal hiciera.»

Bueno; llámele usted hotentote, ó llámele usted hache al que *raye* de malo y pésimo lo que desconoce; no me importa.

Porque yo *rayo de malo y pésimo*, como usted dice, todo el libro de usted después de conocerle, después de haberle leído.

Y continúa en otro párrafo:

«A mí sólo me ha animado á escribir el presente canto (rodado) épico-lírico el *deseo vivísimo* que tengo de que los españoles vean que en mí tienen un defensor.»

Muchas gracias por el deseo; pero crea usted que no necesitamos los españoles semejantes defensores ripiosos, ni nos gustan semejantes defensas.

«Pero los mal nacidos—continúa—y peor intencionados, de una manera vil estrujaron los principios que ignoraban...»

¡Pues ya se necesita mala intención y algo más para estrujar unos principios que se ignoran!

«Desde las columnas de un diario atacaron antes de su publicidad las ideas que sirven de base al poema.»

¡Pero hombre, si eso no puede ser! Antes de su publicidad, ¿cómo podían atacar las ideas que sirven de base al poema?... Tanto menos, cuanto que... vamos... ¿está usted seguro de que el poema tenga base?... Porque yo creo que no, que no tiene base, ni ideas tampoco.

«Mas al humilde no le falta Dios.»

Bueno, eso es verdad; pero usted me parece que no es humilde. De manera que no se halla usted en el caso de que Dios le defienda.

Siga usted.

«Un distinguido escritor español salió á la palestra y refutó los ataques virulentos de esa caterva de augosta frente...»

¿A ver?

«He aquí el contenido del primer artículo publicado por un diario español:

«EL POEMA ALFONSO XIII,
REY DE ESPAÑA.

«No es la íntima amistad que me une con el joven *licenciado* D. Juan Pedro Didapp, au-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tor del expresado poema, lo que me hace hablar, sino un *deber de justicia...*»

¡Mentira!

¿Deber de justicia el hablar en defensa de un poema que es un esperpento risible?

¿Dónde ha aprendido esos deberes de justicia el autor del artículo?

Y el Sr. Didapp, con dos pes, ¿cree buenamente que es un distinguido escritor español?..

Si acaso, será distinguido por lo malo.

Y sigue:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que *todo lo ven pequeño...*»

Si es alusión, protesto desde ahora. Yo no lo veo todo pequeño en el poema de Didapp: veo grandes el atrevimiento y los desatinos.

Continúe el de la defensa:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que todo lo ven pequeño y con ojos de malicia, al juzgar *impunemente* y de la manera más ligera é inconveniente *un poema que brillará como astro de primera magnitud en el campo de las letras...*»

¡Atiza! Ya me figuraba yo que no podía ser un distinguido escritor español quien defendiera el poema ridículo del Sr. Didapp.

Y ahora veo que no me había equivocado.

Quien asegura que el poema de Didapp «brillará como astro de primera magnitud en

el campo de las letras» no puede ser un escritordistinguido, sino un tonto, un pobre diablo.

Que ni siquiera sabe gramática, porque en seguida dice:

«*Lleven* entendido que *todo podrán querer* con tal de que á la gloria de Didapp no le *sirve* de pedestal la ruindad de la envidia.»

Párrafo estúpido, pues ni es castellano aquello de *todo podrán querer*, ni después de «con tal de que» puede decirse en indicativo sirve, sino *sirva* en subjuntivo.

Este distinguido..., digo, este desgraciado escritor español que se firma E. Peña, continúa haciendo elogios del poema y diciendo desatinos, llamando á Didapp *eminente poeta* y hasta *filósofo colosal y gigante.*

Dejémosle en su ridícula tarea y volvamos á la mala obra de Didapp.

Después del prólogo pone una introducción también en prosa, en donde se leen cosas de este calibre:

«... Y el hombre, ente social de este mundo, nunca llega á erguir la frente para ver rodar en el inmenso fluído los innumerables astros que *desfilan cual grupo de mujeres desoladas, dando sus rizos de oro al viento...*»

¿Qué tal, eh?

Pues verán ustedes otro párrafo:

«La verdad existe: que sea el hecho en sí de mal sabor ó peor olor, no cabe duda: y ¡ay del infeliz que eso le acontezca!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Lo entienden ustedes...? Pues no puedo darles más luz ni antecedentes ni consiguientes, porque eso, tal como ustedes lo ven, es un párrafo completo entre puntos y aparte.

¿.....?

¿Que si no hay en Méjico manicomios...? Yo no lo sé: supongo que sí los habrá; pero si fueran á encerrar en ellos á todos los que lo merecen, que son casi todos los que escriben, tendrían que hacerlos muy grandes y uno en cada esquina...

Pasando sobre otros innumerables dislates de la introducción, llego al final, donde se lee:

«Como ya en impresión el presente *canto de mi pobreza*, donde mi humilde musa *sale á la palestra de España*, hubo un concurso de doctores de entre el alto clero poblano, el cual tuvo la fineza de *seguirme* males que los liberales en toda la vida habían podido *seguirme*...»

¿Dónde habrá aprendido este pobre hombre á hacer ese uso del verbo *seguir*?

¡*Seguirme* males...! Como si dijera causarme ó inferirme... ¿Creerá que todos los verbos son iguales y que lo mismo da usar uno que otro?

«Siempre he tenido corazón noble, y al ver derramando lágrimas á un hombre de carácter *indeleble*...»

Advierto á ustedes que el que lloraba era un impresor que no quería que se le obligara á imprimir el *poema*...

Y ahora averigüen ustedes, si pueden, por qué llamará este Didapp hombres de carácter indeleble á los impresores... ó qué entenderá él por *carácter indeleble*...

Probablemente creerá que es lo mismo que *indomable*, aunque algo más fino.

Y vamos al verso.

El poema Alfonso XIII se compone de dos *epístolas;* veintisiete *sonetos;* otra *epístola* á Sherman; otra á los yankees, en tercetos, como las dos primeras, y una composición final á Doña Cristina, en quintillas, naturalmente malas, titulada *Esperanza perdida*.

La *epístola* primera lleva este subtítulo, que el autor habrá creído buenamente que está en latín:

Omnibus ad omnes.

¡Y vayan ustedes á sacarle de esa!

O á preguntarle qué es lo que ha querido decir, que no lo sabrá, de seguro.

¿Será eso una de las carambolas por contratabla que nos anunciaba al principio?

Empiezan los tercetos de esta manera:

«No será por demás tañer la lira...»

Pues sí, señor; sí es por demás, aunque á usted se le figure lo contrario.

Porque la lira es, para el caso, como las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

castañuelas, que de tañerlas hay que tañerlas bien, y si no, mejor es no tañerlas.

Y como usted tañe la lira bastante mal, resulta que es por demás que la taña.

Empecemos de nuevo:

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde *un pirronismo impío*...»

¿El pirronismo es el que hace alarde?

Porque si es al revés, si es que del pirronismo impío hace alarde usted ó algún otro, ha debido usted decirlo así: «Haciendo alarde de un pirronismo impío...»

En fin, que tal como está la cosa no se entiende.

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde un pirronismo impío,
Y que doliente el corazón suspira.»

No veo la conexión que pueda tener el suspirar del corazón doliente con el pirronismo impío que hace ó de que se hace alarde.

Pero... seguiremos á ver cómo es el terceto siguiente:

«Yo que en la sombra del dolor me hastío,
Voy escalando con febril anhelo
La *inaccesible* recta del vacío.»

¡Escalar es...! ¡Qué atrocidad!

Mire usted que escalar *la inaccesible recta del vacío*...

«Y en alcanzar mi intento me desvelo;
(*Pues hace usted muy mal, ¡qué tontería!*)
En alas puras de inmortal *puesia*
Cruzando voy la soledad del cielo.»

Hace un poco escalaba... Ahora cruza... ¡Qué diversidad de movimientos!

A más de que eso último no es verdad; porque ni Didapp es poeta, ni, por consiguiente, puede cruzar en alas puras de inmortal poesía ó *puesia*, que es como hay que pronunciar en su verso.

«La dicha rompe por opuesta vía...»

Y la poesía también. No quieren nada con usted.

«La dicha rompe por opuesta vía;
Sólo me deja abrojos y quebranto,
Haciendo amarga la existencia mía.»

Pues tenga usted paciencia, que también usted hace amarga la existencia de los demás con sus malos versos.

«Otros *disfrutan*, yo derramo llanto...»

Otros *disfrutan*... ¿Y qué disfrutan ó de qué?... Porque el emplear así el verbo *disfru-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar sin complemento, es cosa muy cursi. Las patronas de casas de huéspedes y las tenderas de ultramarinos son las que suelen decir así.

«Otros disfrutan, yo derramo llanto;
Nadie se compadece de mis penas...»

¿Quién creía usted que iba á ser tan tonto que se compadeciera de sus penas, si las sufre usted porque quiere?

Compadézcase usted mismo primero, y deje de atormentar su caletre en aderezar versos con tomates... digo, con disparates.

Pero luego dice usted muy maravillado:

«Parece que á sufrir sólo he venido.»

¿Pues á qué había usted de venir, pobre hombre?

A lo que venimos todos á este valle de lágrimas.

A sufrir con paciencia los trabajos, y hacer así méritos para conseguir la gloria eterna.

¿Dice usted que es cristiano, y se asombra de eso?

Siga usted:

«En mi auxilio llamé á los *soberanos*...
(Pues como si llamara uste á Cachano
Con una teja rota en cada mano!)
Y mendigando fuí de puerta en puerta.
Mas ¿qué se ha de alcanzar de los *tiranos!*»

Le advierto á usted que *soberanos* y *tiranos* son consonantes, eso sí, pero no son sinónimos.

Y dice más adelante:

«Mientras el Papa tiene *grande empeño*
En la *unidad de ideas*...»

¡Pero hombre!... ¿Querrá usted dejar en paz al Papa, y no meterse en lo que no entiende?

El Papa tiene *grande empeño*, como dice usted con un prosaísmo insufrible, en que haya unidad de fe y en que haya unidad de acción cristiana conforme con la fe.

Y también le tiene en que usted no haga versos—aun cuando no tenga de usted el Papa ni la menor noticia,—porque quiere que todo el mundo cumpla la ley de Dios y que nadie haga tonterías ni malgaste, como usted, el tiempo que Dios le concede para trabajar en la santificación de su alma.

«Mientras el Papa *tiene grande empeño*
En la *unidad de ideas*, yo mitigo
Mis graves horas en letal beleño.»

¿Y qué tiene que ver uno para con otro? ¿Se opone el que tenga el Papa grande empeño en la unidad de ideas, á que usted *mitigue* sus graves horas?... Es decir, á que usted

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diga que mitiga sus graves horas; porque lo es mitigarlas realmente...

¿Qué entiende usted por *mitigar* las horas? Vamos á ver...

«Yo mitigo mis graves horas en letal beleño.»

No, señor: lo que usted hace cuando dice que *mitiga*, etc., es decir un desatino que ni usted mismo entiende.

«Yo lamento y no tengo ni un amigo
Que las lágrimas *frote* de mis ojos,
Y entre los ayes del pesar *me hostigo*...»

«Yo lamento...» ¿Y qué lamenta usted?...

El no conocer la sintaxis era lo que debía usted lamentar... Y no contentarse con eso, sino ponerse á estudiarla en seguida, en lugar de ponerse á escribir tercetos sin pies ni cabeza.

Y luego se queja usted de no tener ni un amigo... ¿Cómo ha de tenerlos escribiendo así?

Pero así y todo, tampoco es verdad que no tenga usted ni un amigo.

Tiene usted á E. Peña.

¿Acaso no es bien amigo de usted ese Peña que le llama á usted *poeta eminente*, y que llama *poema* á esta aglomeración de simplezas y dislates?...

Él mismo dice que tiene con usted amistad

íntima... Y es natural, porque es un escritor muy parecido á usted, y ya se sabe, que Dios los cría y... ustedes se juntan.

Y luego... eso de querer los amigos para que le froten los ojos... ¡Vamos, que tiene usted unas cosas!

Pues ¿y lo de hostigarse á sí mismo entre los ayes del pesar?... Otra carambola.

«Doquier que mire sólo encuentro abrojos
Que no disipan mi gemir sombrío...»

Naturalmente.

Porque ni el *gemir* se puede *disipar*, ni los abrojos han servido nunca para disipar el gemir sombrío.

¡Es que se maravilla usted de unas cosas!...

«Doquier que miro sólo encuentro abrojos
Que no disipan mi gemir sombrío,
Ni convierten en glorias los despojos...»

¡Claro, hombre, claro! ¿En qué cabeza le cabía á usted que los abrojos habían de convertir los despojos en glorias?... ¿Cómo ni por dónde?...

¿Pues y esto que sigue?

«Si un mendrugo de pan pido al impío,
Cuando de hambre está viendo que me muero
Dice que no: y llorando así me río...»

¡Qué barbaridad!...

Nada, que usted se propuso hacer tercetos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aconsonantando todos los disparates que se le fueran ocurriendo, y... así ha salido.

No he visto cosa semejante.

Y eso que he leído á Charras, el de la mora aquella... y á Carulla...

«Yo que en medio al dolor me despedazo
De lo que pasa, *todo bien comprendo...*»

Yo sí que comprendo bien que llorara el impresor aquel de *carácter indeleble*, y le pidiese á usted con las lágrimas en los ojos que no le obligase á imprimir su *poema*, donde hay hasta galicismos para que no falte nada malo.

«Veo los vicios y hago que no entiendo...»

Eso le debe de ser á usted muy fácil de hacer.

«Veo los vicios y hago que no entiendo;
Pero sí los rechazo con *demencia...*»

¡Ave María Purísima!

¡Ahora sí que lo ha coronado usted, hombre!

¿Con que es una demencia rechazar los vicios?

Y luego dice usted que es católico...

¡Ya, ya! ¡Valiente católico está usted!

¿No ve usted que es una impiedad herética, protestante, llamar demencia á la cristiana y valerosa lucha contra los vicios?

No, hombre, no: eso no es una demencia, sino un deber. Lo que es *demencia* es escribir *epístolas* como esas que usted escribe...

La segunda epístola va dirigida *ad sapientes hujus sæculi*, en latín también, y lleva además como lema esta barbaridad: «*Quosque tandem*».

No se dice *quosque*, D. Juan Pedro, no se dice *quosque:* no dijo así Cicerón contra Catilina. Dijo *quousque*, adverbio de tiempo que significa «hasta cuándo».

Verdad es que también acá escribió una vez ese disparate y arrimó ese *cosque* al latín y al sentido común Santiago Liniers, muy señor y conde nuestro... de la última hornada, y hasta académico de la lengua.

Aunque también es verdad que los académicos son, de entre la gente de acá, los que más se asemejan á los vates americanos.

Y empieza así la segunda *epístola:*

«Siempre ha sido llamada villanía
De hombres que se revuelcan en la escoria...»

¡Pues vaya un gusto!...

¿No ve usted que la escoria es cosa dura y áspera, y nadie puede apetecer revolcarse en ella?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Usted habrá oído hablar de revolcarse en el cieno ó en el lodo, porque el cieno y el lodo, aunque son cosas sucias, son blandas y suaves, y en el cieno y en el lodo les gusta revolcarse á los cerdos, y metafóricamente se dice que se revuelcan en el cieno ó en lodo los hombres que se entregan á los vicios y á las malas acciones...

Pero la escoria es cosa muy distinta del lodo y del cieno...

Sólo que usted viene á ser como doña Emilia, que no conoce la significación de las palabras ni se fija en ellas, y las emplea allá á granel, como salen.

Repitamos:

«Siempre ha sido llamada villanía
De hombres que se revuelcan en la escoria,
Poner en mal al que el dolor hastía...»

En *mal al*... ¡Qué oído tiene este D. Juan Pedro!

Y luego, ¡cualquiera entiende lo que quiere decir en ese terceto dificultoso y endiablado!

No sigo con *la epístola*, porque hay en el libro otras muchas *carambolas* por el estilo...

El primero de los sonetos se titula *heroísmo*, y empieza así:

«Musa dí en alta voz que no me humillo...»

Pues hace usted mal, porque debiera usted

humillarse, y aun avergonzarse de escribir como escribe:

«Musa dí en alta voz que no me humillo
Ante el mundo que á peso su fe vende,
Del polvo la vileza se desprende
Y en el estiércol tiene su estribillo...»

¡Eso es! Para concertar con *humillo* no hay más que poner un *estribillo* á la vileza...

O al polvo, porque en realidad no se sabe de quién es el estribillo.

Segundo cuarteto:

«El genio expide luz, fulgente brillo;
Sobre los astros su dominio tiende,
Y como el águila que el cielo hiende,
Alzo vuelo, jamás yo me arrodillo.»

Bueno, pues otra vez hace usted mal....

En no arrodillarse y en llamarse usted genio á sí mismo, lo cual es una presunción risible.

Conste que no, que no es usted el genio que expida luz; porque no *expide* más que gansadas.

Como éstas del segundo soneto, que empieza así:

«Teniendo mi barriga bien repleta,
Lleno el bolsillo de monedas de oro,
Más que en desgracia cifrará en desdoro
No tener asentada la chaveta.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Y qué es eso de *cifrar* más que en desgracia en desdoro?

Porque lo de no tener sentada la chaveta, ya se sabe lo que es: ser como usted, poco más ó menos.

Y sigue:

«Pero estar muerto de hambre y ser poeta
Ajeno á todo mundanal tesoro,
No es en vano verter amargo lloro...»

Nada; que aquí no hay sintáxis, ni sindéresis, ni nada parecido.

Soneto IV:

«El español monarca se *halla inquieto*
Al ver que le rodea *impío tanto*...»

Esto, por la forma, parece de nuestro Carulla. Y en cuanto al fondo... ¡Buenas y gordas!

«El español monarca se *halla inquieto*
Al ver que le rodea *impío tanto*
Ultrajando las orlas de su manto,
Sin dignidad ni miras de respeto.»

Ni de poesía.

Y ¡mire usted que *ultrajar* las orlas de su manto!

Siga usted:

«No está perdida España *por completo*...»

No; pero la falta muy poco...

Y lo que es como la lleguen de Méjico muchos poemas como el de usted, pronto se acaba de perder para siempre.

Soneto VII:

«Hemos de convencernos: no es posible
Que en el presente siglo», según llueve,
«Se encuentre un hombre que *á paciencia lleve*
Sus penas: para mí no es admisible.»

¿Y cómo se llevan las cosas *á paciencia?*

Para mí tampoco es admisible tanto prosaísmo ni tanto dislate.

«Juzgo también *cual cosa inconcebible,*
Ahora que *el mundo con vapor se mueve,*
Que exista algún mortal sin ser aleve
Y vil traidor; *me pasa á lo increíble.*»

Y á lo incomprensible también *nos pasa* á los demás esa construcción ridícula y desatinada.

Primer terceto:

«Y hemos de convencernos, yo no admito
Hombres honrados ni en pureza creo;
Castidad y honradez son hoy un mito...»

Basta, basta... Porque no se puede llevar *á paciencia*, como usted dice, tanto disparatar y tanto ensartar majaderías.

A Sherman le dice en tercetos el bueno de Didapp, con dos pes:

«Para juzgar á España no has nacido,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque el cuadrúpedo no mira al cielo,
Como no vuela, *no*, el reptil *tendido.*»

Por este primer terceto, y especialmente por el verso del medio, y aun por el último, se puede adivinar lo que vendrá en el cuerpo de la *epístola*.

«Tenemos héroes de la patria amantes
Que nos conviden á feroz combate,
Pues nadie sufre *monstruos vergonzantes*...»

Esto último, si viviera D. Antonio Cánovas, lo tomaría por alusión á su persona.

Por último, la composición á doña Cristina empieza así:

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud;
Tendido en el polvo inerte...»

¿El laud, ó usted, D. Juan Pedro?... Porque no estaba de más el que se supiera.

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud
Tendido en el polvo inerte;
Señora, en mi alma se advierte
El *hueco* de la virtud.»

Sí, hombre, sí, y otros muchos *huecos*...
De virtud (especialmente de humildad), de ciencia, de poesía, de sentido común... de todo, tiene usted hueca el alma.

IV

También los argentinos piden, y con tanta justicia, ciertamente, como los venezolanos, un poco de sitio en este libro para los malos vates de su tierra.

Y también acompañan á su petición los justificantes.

Véase la siguiente carta:

«Paraná y Enero 20 de 1898.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor mío: Como supongo que tendrá usted en preparación algún otro libro de RIPIOS ULTRAMARINOS, le remito esos *versos* con que los vates de la República Argentina atormentan al sentido común.

»Espero, pues, que el ilustre crítico les dé una carda soberana, y en especial á Miguel Piedrabuena, que perpetra una *poesía* titulala «El XX de Septiembre».

»Con este motivo saluda á usted su atento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Porque el cuadrúpedo no mira al cielo,
Como no vuela, *no*, el reptil *tendido.*»

Por este primer terceto, y especialmente por el verso del medio, y aun por el último, se puede adivinar lo que vendrá en el cuerpo de la *epístola*.

«Tenemos héroes de la patria amantes
Que nos conviden á feroz combate,
Pues nadie sufre *monstruos vergonzantes*...»

Esto último, si viviera D. Antonio Cánovas, lo tomaría por alusión á su persona.

Por último, la composición á doña Cristina empieza así:

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud;
Tendido en el polvo inerte...»

¿El laud, ó usted, D. Juan Pedro?... Porque no estaba de más el que se supiera.

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud
Tendido en el polvo inerte;
Señora, en mi alma se advierte
El *hueco* de la virtud.»

Sí, hombre, sí, y otros muchos *huecos*...
De virtud (especialmente de humildad), de ciencia, de poesía, de sentido común... de todo, tiene usted hueca el alma.

IV

También los argentinos piden, y con tanta justicia, ciertamente, como los venezolanos, un poco de sitio en este libro para los malos vates de su tierra.

Y también acompañan á su petición los justificantes.

Véase la siguiente carta:

«Paraná y Enero 20 de 1898.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor mío: Como supongo que tendrá usted en preparación algún otro libro de RIPIOS ULTRAMARINOS, le remito esos *versos* con que los vates de la República Argentina atormentan al sentido común.

»Espero, pues, que el ilustre crítico les dé una carda soberana, y en especial á Miguel Piedrabuena, que perpetra una *poesía* titulala «El XX de Septiembre».

»Con este motivo saluda á usted su atento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y seguro servidor q. b. s. m.»—(Hay una firma y una rúbrica.)

Bueno, pues la *poesía* de Miguel Piedrabuena, que es una piedra mala, ó dígase un *canto* despreciable, se titula, en efecto, «El XX de Septiembre», aparece haberse cometido en Paraná en tal día como el que expresa el título, en el año de 1898, y empieza de esta ridícula manera:

«Yo también, italianos, con orgullo
Levanto aquí mi voz modesta, humilde,
(Y áspera y malsonante, sobre todo)
Para admirar las glorias de la Italia,
Madre de grandes»... pillos.

La última palabra no es de Piedrabuena, sino mía; pero ya ven los lectores que, á más de completar y perfeccionar el sentido, no pierde nada con ella el verso.

Ni la estrofa tampoco.

El verso pasa á ser de siete sílabas en vez de ser de cinco, que no pegaba.

Pues para que pegara bien al final de la estrofa un adónico, necesitaban ser sáficos los tres anteriores, debiendo para ello estar acentuados y cortados de esta manera:

«Yo también, ita—lianoscón orgullo
Levanto aquími—voz, modesta, humilde,
Para admirarlas—glorias de la Italia,
Madre de grandes.»

Mas como no están acentuados ni cortados así, sino que el primer hemistiquio es en todos ellos de siete sílabas y no de cinco, según se ve:

«Yo también, italianos—con orgullo,
Levanto aquí mi voz—modesta, humilde,
Para admirar las glorias—de la Italia...»

sienta mejor que el verso corto del final sea también de siete sílabas, como queda con el aditamento que yo le puse:

Madre de grandes... pillos.

Esto en cuanto á la forma.

Por lo que hace al fondo, no es necesario decir que la primera estrofa de Piedrabuena es una tontería.

Porque el pobre Miguel se contradice y echa á reñir unos ripios con otros del modo más desconcertado.

Primero dice que levanta su voz *con orgullo*, y después dice que su voz es *modesta* y *humilde*, sin comprender, el pobre, que el orgullo es tan incompatible con la humildad y con la modestia, como su caletre librepensador con la belleza y con la poesía.

Y además no se dice *la Italia*, sino Italia. Porque ese *la* es un galicismo.

Segunda estrofa...

Pero no; antes de pasar adelante será bue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no explicar el título de la *poesía*, ó del *canto*, ó de la *piedra* mala de Miguel Piedrabuena.

En el verano de 1870, el Emperador Napoleón III, con notoria deslealtad á lo pactado en una convención anterior (deslealtad que pagó bien cara en Sedán á los pocos días), había retirado de Roma la guarnición francesa que protegía la ciudad santa contra el vandalismo y la rapacidad de Víctor Manuel, el Rey esclavo de las turbas italianísimas, y éstas y sus capitanes, libres ya del miedo á los soldados franceses, atacaron el día 20 de Setiembre á la capital del orbe católico, abriendo la brecha de Puerta-Pía, por donde penetraron, consumando el sacrílego despojo de los Estados Pontificios y obligando á los romanos, *en nombre de la libertad*, á aceptar *por fuerza* la unidad italiana.

Aquella fecha nefasta y aquel hecho vandálico es lo que se propone conmemorar Piedrabuena en su *canto*... rodado.

Del cual, la segunda estrofa dice:

«Yo también que, nacido, cual vosotros...»

¿Quién le habrá dicho á este mamarracho que esto sea *poesía*?...

«¡Yo también que, nacido, cual vosotros!...»

Ni como prosa, sirve.

«Yo también que, nacido, cual vosotros,
En un pueblo de *libres y titanes*,
En mis venas conservo *hirviente y roja*,
Sangre de bravos...»

¡Qué ha de conservar usted, hombre!...

Lo que conserva usted es la decrepitud india y salvaje en el cerebro; pues de otro modo no se explican esos arrebatos librepensantes y libertarios y esos entusiasmos por Mazzini, por Garibaldi, por Cavour y por todos aquellos grandes bribones que, piadosamente pensando, están ya en los infiernos pagando todas sus bribonadas.

Siga usted adelante:

«Yo, que amando del librepensamiento
La *augusta majestad*, y de Mazzini
El *fecundo herbidero* de» traiciones
Y desvergüenzas...

No emplea el Sr. Piedrabuena precisamente estas dos últimas palabras para poner fin á su estrofa, sino que donde yo digo traiciones él dice *gigantes*, y donde yo digo desvergüenzas él dice *efervescencias;* pero no me negarán ustedes que con mi reforma la poesía no pierde nada y la verdad gana muchísimo.

Porque, vamos, que ¡hablar de las efervescencias de Mazzini, que era un perdulario que no creía en nada!

«¿Y qué puedo decir?...»—pregunta luego el vate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada, hombre, nada—hay que responderle.—No puede usted decir nada de provecho, nada que no sea una tontería, á juzgar por lo que ha dicho usted hasta ahora.

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces libres...»

¿Libres, ó liebres?... Porque había de todo. ¡Si viera usted cómo corrieron en Aspromonte... y en otras partes!

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces libres pensadores...»

¡Claro! Para usted, Sr. Piedrabuena, con ser libre-pensadores ó *libres pensadores*, como usted dice, ya lo tienen todo. A usted la libertad del pienso es lo que le entusiasma y le saca de quicio.

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces *libres pensadores*,
¿Escucharéis de mi alma los acentos
Tristes ó amargos?»

¡No, hombre, no! ¿Qué van á escuchar los acentos *tristes ó amargos* del alma de usted, si esos acentos no son más que sandeces?

De lo cual ya parece usted hallarse convencido, ó por lo menos á medio convencer, en la siguiente estrofa, donde, contestándose

usted mismo á su pregunta de si escucharán aquellos audaces libres, etc., los acentos amargos, dice:

«¿No? Pues desisto de mi *empeño ciego*.»

¡Y que lo digas, hombre! Porque, realmente, era un empeño muy ciego el tuyo. Ya lo había yo advertido.

«¿No? Pues desisto de mi empeño ciego
Por *cantar* un *lirismo* extravagante.»

¡Claro, hombre, claro! Eso es lo que tienes que hacer; desistir de cantar, porque cantas malísimamente. Desistir de tu empeño ciego...

Por cierto que eso y lo que yo te aconsejaba, todo es uno.

«Arrojo lejos la enlutada lira...»

¡Bien hecho! Así se hace... Arroja lejos la enlutada lira; pero muy lejos, donde no vuelva á parecer nunca.

«Arrojo lejos la enlutada lira
Por tanto tiempo descompuesta y muda...»

Sí, lo que es descompuesta lo había estado siempre, de seguro; pero créame que el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haya estado muda no es una desgracia. Al contrario, muda es como mejor está.

«Arrojo lejos la enlutada lira
Por tanto tiempo descompuesta y muda
Y *recojo* las lágrimas amargas
Del infortunio.»

¿Y en qué las recoge usted? ¿En la lira enlutada? ¿Y quién es el que vierte esas lágrimas que usted recoge?

¡Pero qué manera tiene usted de ensartar desatinos, Sr. Piedrabuena!

«Para cantar el *ínclito denuedo*
De Garibaldi y de Cavour las *glorias*...»
Que son, en vez de glorias, ignominias,
Basta un silbato.

Esta estrofa también me he tomado el trabajo de adecentársela un poco al Sr. Piedrabuena, porque tal como él la ponía era impresentable.

Figúrense ustedes que decía así:

Para cantar el ínclito denuedo
De Garibaldi y de Cavour las glorias,
Quiero pulsar de Apolo el instrumento
Dulce y templado.»

Lo cual, acabando como acababa de decir Piedrabuena en la estrofa anterior aquello de

«Arrojo lejos la enlutada lira»,

es una informalidad intolerable.

¿Le parece al Sr. Piedrabuena que puede pasar eso de decir tan pronto una cosa como otra?

En una estrofa: arrojo la lira... lejos, y en otra estrofa ya: pulsar quiero la lira, ó la cítara, ó el laúd, ó lo que sea el instrumento de Apolo...

No, señor; hay que tener más fijeza y más formalidad. Hay que sostenerse en lo uno ó en lo otro.

No haga usted lo que nuestro Pepito Canalejas; que un día dice que es profundamente religioso, y otro día profundamente anticlerical, y otro día partidario sencillamente de la federación obrera... en cuanto su defensa no impida el disfrute del presupuesto.

Y todavía quiere algo más que el instrumento de Apolo el Sr. Piedrabuena, todavía quiere...

Pero mejor es que nos lo diga él en verso malo.

«Y quiero que los *cisnes* me *reanimen*...»

¡Hombre! ¡Qué tontería!

¿Pero cómo quiere usted que le reanimen los cisnes?...

¿Comiéndolos?... Dicen que no tienen buena carne. Si está usted anémico físicamente, pues intelectualmente ya se ve que lo está, cómase usted buenos bisteks y déjese de volaterías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Escuchando sus *cantos*, ó dígase hablando en plata, sus graznidos?...

Crea usted que tampoco son para reanimar á nadie.

Pero siga usted á ver lo que da de sí la estrofa:

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren las Piérides divinas...»

¡Apañado está usted! ¡Cuánto hace ya que se murieron esas Piérides!...

Que por cierto eran unas perdidas, según las mejores referencias.

Repitamos:

«Y quiero que los cisnes me reanimen,
(*Ese deseo me parece un crimen*)
Y me inspiren las Piérides divinas
(*Trolas te inspirarán y alicantinas*)...»

Pero no quería yo ahora hacer comentarios, sino presentar completa la estrofa, que lo merece.

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren las Piérides divinas,
Y en el nombre *del Dios de mis creencias...*»

¿Qué Dios ni qué calabazas? ¿No acaba usted de proclamarse librepensador hace un instante? ¿Y no ve usted que los librepensadores no tienen creencias, ni Dios, ni cosa que lo valga? ¿No ve usted, insensato, que el librepensamiento es la negación de Dios y de toda creencia religiosa?

«¡Y en el nombre del Dios de mis creencias!»

¿Cuál es el Dios de sus creencias?

Será el vientre...

Porque ni los librepensadores ni los burros, que también son amigos del pienso libre, pueden tener otro.

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren la Piérides divinas,
Y en el nombre del Dios de mis creencias
Roma, cantarte...»

Y como si no fuera bastante con decir esa tontería una vez, la repite diciendo en la estrofa siguiente:

«Sí, cantarte...»

Bueno; ya estamos enterados.

Quiere usted que le reanimen los cisnes, no se sabe cómo; pues para reanimar á uno, lo que se ha solido emplear hasta ahora es una copa de vino bueno... Quiere usted que los cisnes le reanimen y le inspiren las piérides, y en el nombre del dios de sus creencias, que será el vientre ú otro dios así, con de chica, cantar á Roma, que está ya más cantada que una copla vieja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y añade usted, dirigiéndose á la antigua señora del mundo:

«Sí, cantarte con bárbaro estallido...»

¡Hombre! Eso está bien... A lo menos á mí me gusta; porque me gusta la sinceridad. Por eso encuentro bien que usted confiese que va á cantar con bárbaro... estallido...

Aunque no hacía falta la confesión, porque esa será sin duda la única manera como usted puede cantar, por lo que voy viendo: con bárbaro estallido, ó rugido, ó bramido, ó roznido, ó graznido, ó ladrido, ó aullido, ó cualquier otro son-*ido*, con tal que sea bárbaro.

Pero, en fin, la sinceridad siempre es un mérito, y aunque la confesión esa de cantar en bárbaro no fuera en rigor necesaria, bien hecha está.

Por aquello de que, á confesión de parte, relevación de prueba, que decimos los jurisconsultos.

Siga usted:

«Sí, cantarte *con bárbaro estallido,*
Con el fuego voraz de viril estro...»

Lo cual ya no está tan bien. Porque eso de cantar *con fuego*... y con fuego *voraz* precisamente, me parece que es una tontería más que otra cosa.

«Sí, cantarte con bárbaro estallido,
(*Esto merece ser muy repetido*)
Con el *fuego voraz* de viril estro,
Con la candente estrofa de Voltaire...
Grande y *rabiosa*.»

¡Atiza!

¡Y cómo se conoce que goza el hombre amontonando, así, fierezas!...

Y majaderías.

Porque, aparte de lo fiero, no es otra cosa que una majadería todo eso de «*la candente* estrofa de Voltaire, *grande* y *rabiosa*».

Precisamente Voltaire no tenía nada de *candente*, ni nada de *grande*, por supuesto, ni de poeta.

Rabiosillo sí, era un poco rabioso; pero de lo demás, nada...

No era más que un tío excéptico, prosáico y frío... frío sobre todo, hasta lo repugnante, que cultivaba el chiste con poca fortuna, y se empeñaba en hacer versos, y los hacía regularmente correctos, pero flojos, pesados, sin inspiración y sin vida.

Tanto, que hoy no hay nadie que sea capaz de leerse toda la *Enriada*, ni en penitencia.

Porque es mayor tormento echarse al coleto aquel libro insulso, que dejarse rasgar las carnes á azotes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y sigue el Sr. Piedra... ó pedrisco, cantando con bárbaro... estallido, como él dice:

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno...»

Pero ¿de dónde sacará este gaznápiro que Lutero, verbigracia, fue víctima del clero?

¡Él sí que hizo á muchos cristianos víctimas de sus embustes y de sus perfidias!

Pero decir que fue víctima del clero, cuando gozó de una libertad y de un respeto personal que no merecía...

Por cierto que el no haberle hecho quemar vivo antes de que hiciera tanto daño, fue sin duda el mayor remordimiento, y acaso el único, que se llevó el Emperador Carlos V al otro mundo.

Pero le había dado antes un salvoconducto para que pudiera responder á las acusaciones que sobre él pesaban, y tuvo escrúpulo de faltar á su palabra.

Tampoco los otros danzantes que en compañía de Lutero figuran en el último verso copiado fueron víctimas del clero, como dice el vate.

Pero por eso mismo lo dice, porque no es verdad; pues si el *vate* no dijera mentiras y fuera persona razonable, no sería librepensador, ni mucho menos.

Que continúe barbarizando, ó cantando con bárbaro... estallido.

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno...»

Claro que este *Bruno* á quien el *vate* llama víctima del clero no es el santo fundador de la Cartuja, sino un mal hombre llamado Giordano Bruno, de quien no ha muchos años hizo la impiedad en Roma una brutal apoteosis.

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno,
Quiero lanzar de mi alma *transformada*
Hórrido estruendo...»

Veo que continúa la sinceridad... Muy bien. Este pobre diablo se hace justicia, y no deja nada que decir á los demás en contra suya.

Él mismo dice que canta en bárbaro, y que su canto es un estruendo, y un estruendo hórrido, es decir, un ruido muy fuerte y muy desagradable.

¿Qué más le vamos á decir los de fuera?

Y también al hablar de su *alma transformada* tiene razón y dice verdad el hombre, pues su alma está transformada realmente.

Porque Dios Nuestro Señor la crió alma racional, y ahora resulta que es alma de cántaro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por eso añade:

«Y *realzar* el austero patriotismo...»

Verso duro y malo y más largo de lo justo, porque la palabra realzar tiene tres sílabas y el vate no la ha contado más que por dos, para lo cual hay que comprimirla y pronunciarla sin la *e*, *ralzar*.

«Y *realzar* el austero patriotismo
De aquellos que descubren la cabeza
Para con ira *desafiar* la turba...
Cual Galileo...»

¿Qué falta hará descubrir la cabeza para desafiar la turba con ira?...

¡Ah! y tampoco se dice *de-sa-fiar*, como el vate quiere y como es menester decir para que haya verso. Se dice así: de-sa-fi-ar.

Y aquí el vate pone un par de palitos, ó sea un dos en números romanos, como para indicar que pasa á la segunda parte de su des-composición ó al párrafo segundo.

Y eso que al comenzar no había puesto número primero.

Pero él hace así las cosas á su manera, que es la peor manera posible, la de hacerlas al revés constantemente.

Por supuesto, que el paso de la primera parte á la segunda no se conoce en nada más que en el número romano consabido, pues,

por lo demás, el vate sigue cantando en bárbaro igual que antes, como puede verse.

«Admiro de Cavour y de Mazzini
El talento y la gloria...» ¡Mentecato!

No concluye así el segundo verso del vate; pero á mí me parecía esa la mejor manera de concluirle, y sin darme cuenta estampé la palabra.

«Admiro de Cavour y de Mazzini
El talento y la gloria; en el primero,
El consejo del sabio; en el segundo,
Labia y facundia...»

Y en usted... majadería...
Eso es lo que admiramos todos.
Porque apenas se comprende que sea tan completa y tan grande.

«Admiro la *pujanza redentora*
De Garibaldi» el cojitranco inmundo...

Tampoco este verso le puso así el vate, sino así:

«Admiro la *pujanza redentora*
De Garibaldi, *atlético y valiente*,
Y su odio varonil hacia el mezquino
Vil fanatismo.»

De este modo, á más de la barbaridad aquella de la *pujanza redentora*, tiene la otra

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de llamar atlético y valiente al desdichado albañil de Caprera, que nunca fue más que un mamarracho.

Y además la de la asonancia de *mezquino* y *fanatismo* finales de los dos últimos versos, que es una verdadera majadería tratándose de versos libres.

Tras de lo cual sigue diciendo en vilísima prosa:

«Admiro su *entereza y sus esfuerzos*
Combatiendo por magnos ideales...»

Sí, por el ideal de enriquecerse y de vivir á sus anchuras, sin Dios y sin ley, como los garañones y demás librepensadores de cuatro patas.

Después de llamar á Garibaldi el *héroe de San Antonio*, no sé por qué, acaso porque era una acémila parecida á las otras cuya guarda suele encomendar la piedad cristiana al santo paduano, nos presenta al perniquebrado albañil ardiendo en deseos de *salvar* á Italia y diciendo:

«...salvarla,
salvarla, sí, de la *embriaguez y el lodo*
Y voltear *su trono corrompido*
Es mi deseo.
Y coadyuvan en *su obra prometeana*...»

¡Este sí que es un endecasílabo de pistón y medio!

Trece sílabas justas..., digo, catorce bien contadas.

De manera que para reducirle á once no hay que decir co-ad-yu-van, sino *coad-yu-van*, en tres sílabas; ni hay que decir «su-o-bra», sino *suó-bra*, así, en dos sílabas; ni tampoco hay que decir pro-me-te-á-na, sino pro-me-*tiá*-na...

Aparte de que este adjetivo de nueva invención...

¿Que qué quiere decir *prometeana*, preguntan ustedes?

Pues debe de ser cosa propia de Prometeo, ó parecida á Prometeo, aquel á quien constantemente le arrancaba las entrañas un buitre y constantemente le renacían para que el buitre se las siguiese arrancando.

Que es la imagen pagana de la eternidad de las penas del infierno que niegan el vate y demás librepensadores como el vate, porque las tienen miedo; pero no adelantan nada con negarlas, porque aun cuando ellos las nieguen, existen.

Como luce el sol al medio día, por más que algún tonto, cerrando los ojos, diga que no luce.

«*Y coadyuvan á suóbra prometiana*
El pensamiento de Mazzini *airado*
Y la acción fecundante del valiente
Rey de Cerdeña.»

¡Bueno! Antes *trono corrompido*; ahora,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rey valiente y fecundante, y... ¿en qué quedamos?

«Siente hervir en sus venas *azulosas*...»

Nada, el Piedra... maldita, éste, no se para en barras; hace los adjetivos como se le antoja, aunque se le antoje siempre lo más extravagante.

Y eso que escribe versos libres... porque á él le encanta todo lo libre, desde el pensar hasta el barbarizar, que en él viene á ser todo uno...; pues si tuviera que buscar consonantes, no sé yo dónde llegaría en la libertad de destrozar las palabras.

Y el caso es que ya lo habíamos de ir dejando, porque va siendo demasiado largo este artículo; pero no se puede menos de copiar siquiera otra estrofa.

Que dice:

«Un torrente de luz *innunda el cráneo*
Del *ínclito* varón, y se conmueve
(¿El *cráneo*, ó el *varón*?... pues *tanto monta*)
Hay *volcánicos igneos cataclismos*
Dentro su cuerpo.»

¡Qué barbaridad!

Cataclismos igneos y volcánicos dentro del cuerpo de un albañil cojo...

Aunque bien mirado... en lo de volcánicos siempre queda un poco de exageración ¿eh? Pero lo de *igneos* acaso no está del todo mal, porque las borracheras son algo así como cataclismos que encienden la sangre...

Y la estrofa que sigue, también es de órdago:

«Hay *extremecimientos formidables*
En los hondos abismos de su alma,
Y se crispan sus nervios, y *tifones*
Lanza su pecho.»

¡Qué barbaridad, otra vez!

¡El pecho de un albañil bebedor lanzando *tifones*, que son, según dice la Academia, huracanes del mar de la China!

¡Lanzar tifones!...

Lo que lanzaría serían tafadas de vino cuando hubiera bebido mucho.

Lo mismo que el vate, que también debe de ser aficionado al mosto.

A lo menos cuando escribió estos versos, no me cabe duda de que estaba borracho.

Si no de vino, de furor anticatólico; pero de una ó de otra cosa, borracho perdido.

Sólo así se explica que cante tan á lo bárbaro como él mismo confiesa y que diga sin poesía, ni literatura, ni sintaxis todos los enormes disparates que ustedes han visto y aun otros mayores si cabe.

Por ejemplo:

«Y allá va...» (Garibaldi, por supuesto)
«Y allá va... ¿no *lo* véis? vence al Papado
El poder más odioso de la tierra
La más vil abyección, donde *se abisman*
Los miserables...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué animal!... ¡Echa, echa furores por esa boca, que ya te llegará tu San Martín, como á todos los que gruñen y blasfeman.

Porque además el vate dice en otro verso hablando de la divina religión de Jesucristo:

«De la *vil* religión los *falsos* dogmas.»

Y dice otras muchísimas burradas.

Dios misericordioso tenga compasión de este energúmeno.

V

Ya se lo he reprendido varias veces, pero no se corrigen los jóvenes americanos ni se enmiendan de su desenfrenada afición á publicar revistas literarias.

Y á publicar en ellas versos ridículos y prosas detestables.

Para ellos no hay consejos ni amonestaciones que valgan: por más sanos y saludables que sean, por más que los dicte la mejor intención del mundo, no les hacen caso.

Díganles ustedes á esos muchachos, con la autoridad del sagrado libro del *Eclesiastes*, que todas las cosas tienen su tiempo, *omnia tempus habent*; que hay un tiempo propio para enseñar, pero hay antes otro tiempo propio para aprender; que hay un tiempo para escribir, pero hay antes otro tiempo para estudiar, que debe aprovecharse; que hay un tiempo para callar y otro para hablar, *tempus tacendi, et tempus loquendi;* un tiempo para plan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué animal!... ¡Echa, echa furores por esa boca, que ya te llegará tu San Martín, como á todos los que gruñen y blasfeman.

Porque además el vate dice en otro verso hablando de la divina religión de Jesucristo:

«De la *vil* religión los *falsos* dogmas.»

Y dice otras muchísimas burradas.

Dios misericordioso tenga compasión de este energúmeno.

V

Ya se lo he reprendido varias veces, pero no se corrigen los jóvenes americanos ni se enmiendan de su desenfrenada afición á publicar revistas literarias.

Y á publicar en ellas versos ridículos y prosas detestables.

Para ellos no hay consejos ni amonestaciones que valgan: por más sanos y saludables que sean, por más que los dicte la mejor intención del mundo, no les hacen caso.

Díganles ustedes á esos muchachos, con la autoridad del sagrado libro del *Eclesiastes*, que todas las cosas tienen su tiempo, *omnia tempus habent*; que hay un tiempo propio para enseñar, pero hay antes otro tiempo propio para aprender; que hay un tiempo para escribir, pero hay antes otro tiempo para estudiar, que debe aprovecharse; que hay un tiempo para callar y otro para hablar, *tempus tacendi, et tempus loquendi;* un tiempo para plan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar y otro para recoger el fruto, *tempus plantandi et tempus evellendi quod plantatum est*... y como si cantaran ustedes.

Para los jóvenes susodichos todos los tiempos son iguales.

Al mejor estudiar se ponen á enseñar á otros lo que todavía ellos no han aprendido, y mucho antes de saber hablar correctamente en castellano, abandonan los ejercicios gramaticales y se echan á escribir de literatura.

Su forma predilecta de publicación ya se sabe que es la *Revista*, y no hay pueblo de mediana importancia que no tenga su *Revista* correspondiente.

Apenas había muerto en San José de Costa Rica, verbigracia, una revistuca titulada *Cuartillas*, que era en lo material mezquina y pobre, sin perjuicio de ser literariamente muy mala, cuando ha empezado á publicarse otra titulada *La Revista Nueva*, que es literariamente peor que la difunta, por más que parezca imposible, pero que materialmente es lujosa, de gran tamaño, de buen papel y con fotograbados aceptables.

¡Qué lástima de fotograbados y qué lástima de papel! da gana de exclamar á poco de haber comenzado á leerla.

Porque... verán ustedes cómo son las literaturas que gasta.

En el número 1.°, y en la primera línea de

la introducción ó prólogo con que trata de darse á conocer, se lee:

«*La Revista Nueva* quiere ser un *hogar*...»

¡Ave María Purísima!... Una *Revista*, un hogar...

Como no sea para quemar en él los originales antes de imprimirlos...

Esto no dejaría de ser acertado; pero entonces no habría *Revista*... Lo cual sería lo más acertado de todo.

¿No es verdad que la cosa empieza bien?

Continuemos:

«*La Revista Nueva* quiere ser un hogar al cual vengan á *calentarse las inteligencias*.»

Me parece que para escribir estas cosas no es menester calentarse la inteligencia mucho. Pero sigamos adelante:

«... un hogar al cual vengan á calentarse las inteligencias que están padeciendo (¡pobrecillas!) el frío de la soledad y el silencio.»

Que son precisamente las dos condiciones más necesarias para el mejor desarrollo de las inteligencias: el silencio y la soledad.

De manera que la imagen no podía estar peor escogida ni aplicada, pues lamentar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tratar de remediar la soledad y el silencio de la inteligencia, es hacer lo contrario de lo conveniente y debido, es cambiar los fresos.

A no ser que las inteligencias de los muchachos de Costa Rica estén constituídas al revés de las demás, cosa que ya he sospechado yo antes de ahora en varias ocasiones...

Porque entonces se explica que padezcan y sufran en la soledad y en el silencio, y vivan á gusto en la bullanga y en el jolgorio.

Mas no paran aquí todavía los deseos raros de *La Revista Nueva*.

No solamente quiere ser un hogar donde se calienten las inteligencias, sino que quiere además ser otras cosas no menos extrañas.

¿Qué dirán ustedes que quiere ser también *La Revista Nueva?*

Como no lo acertarían ustedes en la vida, porque no está bueno de acertar ni medio bueno; voy á decírselo: *Un jarrón*.

Así, como ustedes lo oyen.

Sí, *La Revista Nueva*, además de querer ser un *hogar*, quiere ser *un jarrón*, no precisamente para echar agua en el fuego del hogar y apagarle, lo cual no sería del todo malo, sino...

Pero mejor es que lo diga ella misma.

«*La Revista Nueva* quiere ser un *hogar*, al cual vengan á calentarse las inteligencias que están padeciendo el frío de la soledad y del silencio; un *jarrón* en que se ostenten juntas las flores del alma nacional.»

¡Perfectamente!

Ahí la tienen ustedes: *jarrón, hogar y Revista*, todo en una pieza...

Y no contenta todavía con ser todo eso, más adelante nos dice que quiere ser *jaula*.

No de locos, que esto ya lo es aunque no quiera, sino «jaula abierta á los pájaros vecinos».

Pues aunque no lo dice así terminantemente: «yo quiero ser jaula abierta...», etcétera, dice que «no se conformaría con ser *jaula cerrada á los pájaros de las vecinas selvas*», lo cual me parece que viene á ser lo mismo que decir que quiere ser jaula abierta á toda casta de pájaros.

En fin, el caso es que, no sé si como revista, ó como hogar, ó como jarrón, ó como jaula, sigue diciendo:

«Mala, muy mala esta reconcentración de los espíritus.»

En este período se nota la falta del verbo; pero al cabo, esta falta bien fácilmente se suple.

Si se pudiera suplir con la misma facilidad la falta de sentido común que se nota en ese y en todos los demás períodos, no saldría tan desgraciada *La Revista Nueva*.

Porque eso de decir que es muy mala la reconcentración de los espíritus, que todo el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo ha creído hasta ahora que es muy buena y que á ella se deben todas las grandes obras y todos los grandes inventos de los hombres, desde la catedral de León hasta el teléfono, no deja de ser un tropezón regular; pero á cada paso dan estos *revisteros* otro tan grande.

Por ejemplo:

«El deber de todo cerebro que *vive en la luz* (¡si tendrán estos jóvenes los sesos al sol!) es disipar las sombras de los cerebros pobres.»

¡Vayan con Dios los *Rostschiles* de la masa encefálica! ¡Vayan con Dios, y que Dios les aumente la modestia, que bien lo necesitan!

¡Y pensar que para que se escriban estas cosas descubrió Colón el Nuevo Mundo...!

«Como Dios nos ayude—añaden—nosotros queremos llenar...»

Sí, las medidas á todo el mundo. Me lo había figurado...

Pero hay que confiar en que no les ayude Dios, porque Dios no ayuda á hacer cosas malas, como Revistas cursis, llenas de majaderías y de vanidades.

Quien les ayuda, según aseguran ellos más adelante, y según se ve por el pie de imprenta, que dice *Tipografía Nacional*, es el Gobierno de la República de Costa Rica, que ciertamente no ha podido buscar peor inversión á los fondos públicos.

«Como Dios nos ayude—siguen diciendo—nosotros queremos llenar con la fundación de este periódico un vacío que ya se *prolonga* demasiado. Si se nos deja solos, el fracaso es seguro (¡así sea!). Si se nos ayuda, si los que pueden vienen con nosotros, ya tendrá Costa Rica una Revista que la *honre*...»

¡Sí, por cierto!

Y los redactores un incensario para darse humo unos á otros.

Y enloquecerse más de lo que están, aunque ya están bastante enloquecidos, y aun de sobra.

«Aquí está—concluyen diciendo—*La Revista Nueva*, con sus páginas blancas, esperando á que el verso *conmovedor* venga á posarse en ellas...»

El verso disparatado, habrán querido decir, ó el verso ripioso, ó el verso sin sustancia; porque de estas tres clases vienen á ser todos los versos que se han posado en las páginas del primer número.

Y si no que lo diga un soneto titulado *La ingratitud*, que lleva la firma de *Pío Viquez*, y empieza:

«Una *blanca* paloma de Castilla
Joven, muy joven, vino á mi morada.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Joven, muy joven!

Esta repetición, sobre ser prosáica y fea, encierra un pensamiento falso.

Porque una paloma *joven, muy joven,* estaría sin emplumecer, y en este caso no podía ser *blanca.*

Pero ya se ve... diciendo solamente de la paloma: «joven vino á mi morada», no se llenaba el verso endecasílabo; y diciendo: «muy joven vino á mi morada», tampoco.

Por eso fue necesario decir: *joven, muy joven,* que traducido en puro castellano y de conformidad con el buen gusto, quiere decir: *ripio, muy ripio.*

Vamos adelante:

«Una *blanca* paloma de Castilla,
Joven, muy joven, vino á mi morada.
Era tan linda, que muy pronto *amada*
Fue de mi *alma* la *cándida* avecilla.»

Bueno; hasta aquí no hay más defectos que los señalados, y el epíteto *linda,* que está un poco estropeado ya, y la asonancia del primer hemistiquio del cuarto verso con el final del tercero: *amada, alma.*

¡Ah! Y además *cándida,* que es la palabra que sigue á *alma,* también es asonante y... ripio.

Segundo cuarteto:

«Volar *aún* no *podía;* mas *sencilla...*»

Siguen las asonancias feas: *podía* y *sencilla...*

Fuera de que todo el verso es prosáico y duro, con el *aún* y el encuentro de las eses de *mas* y de sencilla, *massencilla...*

«Volar *aún* no *podía;* mas *sencilla...*»

Pero si volar *aún* no podía, ¿cómo vino?

La *traerían;* pero lo que es *venir,* no es posible que *viniera.*

«Volar *aún* no *podía;* mas *sencilla,*
En mi cariño al verse *tan mimada,*

(prosáico y bajo y feo)

Se estaba *en mi regazo reclinada...*»

¡Hombre!...

Pero ¿de veras tiene *regazo* el Sr. Viquez?... ¿Gasta el Sr. Viquez saya ó basquiña como las mujeres?

Es de creer que no. Lo que hay es que el Sr. Viquez no sabe lo que es *regazo,* y como habrá oído muchas veces y habrá leído eso de *reclinada en el regazo,* refiriéndose, verbigracia, á una niña que está con su madre, lo ha repetido sin saber lo que decía, que es como los *poetas* de revistas suelen decir las cosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aparte de que, aun prescindiendo de la impropiedad de atribuir *regazo* á un hombre, también lo de que la paloma esté reclinada es muy impropio.

Las palomas no se reclinan.

¡Otra como la de D. Antonio Cánovas del Castillo cuando nos presentó la golondrina *aarrimada á* una ventana!»

En fin, llegábamos á donde la *blanca* paloma de Castilla, *al verse tan mimada*, así, en pura prosa, se estaba reclinada en el *regazo* de Pío Viquez, si hemos de creerle á él, que sigue diciendo:

«Se estaba *en mi regazo reclinada*
O en mis *palmas*...»

¡Dale con los asonantitos!

«O en mis palmas *picaba la semilla*.»

¡Picaba la semilla!... ¡Qué manera de decir que comía, que supongo que es lo que ha querido decir Pío Viquez!

Pues ahora han de saber ustedes que al autor de ese soneto tan malo está dedicada en *La Revista Nueva* una *instantánea* de dos columnas, que precede inmediatamente al soneto, y en la cual se lee:

«Pío Viquez es un escritor *original, de tal modo* que ha llegado á crearse un estilo propio, perfectamente caracterizado.»

Esto casi es verdad; perfectamente *caracterizado* por la sosura es el estilo de Pío Viquez.

Aunque esta característica suele ser tan común entre los *poetas* americanos, que ya, casi no es característica.

«Viquez—sigue diciendo la *instantánea*—tiene un temperamento de sensibilidad exquisita...» «Viquez ha escrito *lindos versos* (como la muestra, ¿eh?), *trabajados* (y trabajosos) como diamantes, *sentidos, armoniosos, que se recitan con entusiasmo y se guardan con esmero.*»

Esta granizada de elogios á unos versos que casi no pueden ser peores, da una idea desconsoladora del estado intelectual y moral de los pobres jóvenes degenerados que escriben *La Revista Nueva*.

Pero todavía falta lo mejor de la *instantánea*.

Porque después de haber volcado el tarro de los elogios sobre los malos versos de Pío Viquez, dice que todavía es mejor su prosa, y lo dice de esta manera:

«Lo de más valor en él es su prosa *genial, brillante* y *florida* como un *arabesco, delicada* y *primorosa* como el más fino encaje...»

No hay necesidad de decir después de esto que la prosa de Pío Viquez es mala, revesada oscura, insufrible...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero al encomiador le parece que todavía no la ha ensalzado bastante, y sigue diciendo:

«Sus descripciones son con frecuencia cuadritos admirables bañados en luz tropical»... «Su prosa tiene grandes cualidades que la *ameritan*», etc., etc.

Y como esta instantánea interminable aparece firmada por Gregorio Martín, otro día aparecerá en *La Revista Nueva* la instantánea de Gregorio Martín firmada por Pío Viquez, que dirá de él divinidades.

Y así se solazan aquellos muchachos en sus Revistas, y para eso las quieren, como he apuntado ya en otra ocasión, para llamarse *Genios* unos á otros.

Despues del soneto de Viquez, con su *regazo* y su paloma *reclinada* y sus otras cien tonterías, viene en *La Revista Nueva* un artículo largo con el título de *La soirée del 28 de Febrero*, que empieza:

«La fina invitación de la distinguida señora de Mejía nos abrió las puertas de su casa en aquella noche de recuerdo inolvidable.»

Y tras de esta introducción cursi, un señor D. Leónidas Pacheco, que viene á ser un *Asmodeo* rebajado, emplea tres columnas en decir que la señora de Mejía estaba «*elegantemente* vestida y *deslumbrante de belleza*», que

«es joven, *espiritual* y *elegante*», que «el hotel de aquella dama está lleno de *elegancia* discreta».

Y van tres *elegancias* en poco más de tres renglones.

Y sigue diciendo que

«... su fiesta, de la que ella fue el alma, tuvo el indecible encanto que sabe imprimir á sus actos quien, como ella, *desborda en simpatía*», como si dijera que «borda en cañamazo»; que «la misma señora de Soto posee *á la perfección* (en correcto francés) varios idiomas, viste con *elegancia* (que es la cuarta elegancia) exquisita, *se peina con arte supremo* y es admirablemente bella»; que «Soledad Mejía es la *viva encarnación de la gracia*», pues «no en vano las brisas de París halagaron su frente»; que por eso «*derrocha el sprit* como quien lo tiene de fuente inagotable» y «á sus amigos *los ata* de modo perdurable con el lazo de *viva simpatía*»; que Julia Trigueros tiene «risa *argentina* é infantil, ojos picarescos» y es «deliciosamente *espiritual*»; que «Teresita es un delicado y encantador botón de rosa» y «Gicela es lo que se puede llamar un *colmo de simpatía y de gracia*», y «Virginia es la candorosa promesa de la dicha», y así sucesivamente.

¿Verdad que el asunto no puede ser más importante ni más digno de llenar las columnas de una Revista literaria costeada por el Gobierno?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues hay luego otro artículo titulado *Delirio*, que es... el delirio verdadero.

«¡Pasad, pasad, albos ensueños! Imágenes de dicha que se ha llevado el tiempo...»

Como ven ustedes, el *Delirio* está escrito en verso involuntario, con asonantes y todo, á las veces.

«¡Pasad...
Pasad albos ensueños!
Imágenes de dicha
Que se ha llevado el tiempo...
Risueñas esperanzas,
Recuerdos perfumados...»

Lástima que no hubiera dicho «perfumados recuerdos», para que siguieran los asonantes y la anacreóntica automóvil, como quien dice.

Pero no; lo que sigue es prosa bien mala:

«¡Oh! *pasad, pasad, besad* mi frente, y luego, mañana, volved á aparecer! Así.....
¡Oh, qué delicia!.....»

Copio exactamente la puntuación y la colocación de las palabras en los renglones, porque en esto estará el intríngulis... á no ser que no esté en ninguna parte.

«. . . . . ¡Ah, sí!; allí veo su figura que se destaca *temblante*...»

¡Vamos!... ¡Y pensar que de la Revista que publica estas cosas dicen sus autores que viene *á llenar* un vacío!

Como si se pudiera llenar un vacío con otro...

¿Y á esto querían los redactores que Dios les ayudara?...

Lo que sigue son unos versos titulados *Ultimas flores* que... ¡ya pasaríamos de buena gana porque se las llamara flores, con tal que fueran, en efecto, las últimas!

«Cuán dulce es el *anhelo*
Del labrador *cansado*...»

¡Claro!... El labrador, por fuerza, creen estos vates que ha de estar cansado.

Acaso lo esté más el lector de la Revista.

«Cuán dulce es el *anhelo*
Del labrador *cansado*
Que reclama á la tierra su tributo.
Ver florecer en el *marchito* prado,
Bajo la *fresca* lluvia
Del *fecundante* cielo
La *verde* yema ó la celdilla *rubia*.»

¡Bien hecho!

Hasta aquí veníamos á epíteto por verso; pero en este último ya entraron dos, *rubia*, la celdilla, y *verde*, la yema.

Después de haber sido ya *fecundante* el cie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo, *fresca* la lluvia, *marchito* el prado, y el labrador, ya se dijo, *cansado*.

Todo esto á más de no saberse á punto fijo de quién es aquel *su tributo*.

Poco más abajo dice el *poeta*, llamémosle así:

«*Nunca* lo triste, *nunca á mí me* deja...»

Repetición que hace recordar aquella famosa y cursi de Cánovas:

«¿Quieres, Elisa mía,
Que entone, quieres...?»

Aparte del *á mí me* deja, que á cualquiera le deja en una... prosa.

«Nunca lo triste, nunca *á mí me* deja;
Mas no pienses por eso que me inspira...»

No, no hay peligro de que piense nadie semejante cosa. Ya se ve claro que no le inspira á usted ni lo triste, ni lo alegre, ni nada. Porque se ve que carece usted de inspiración en absoluto.

Siga usted:

«Nunca lo triste, nunca *á mí me* deja;
Mas no pienses por eso que me inspira,
Como un aciago numen *que me* asiste...»

A mí me deja... *que me* inspira, que *me asiste... queme, queme...*

Queme usted sus versos y acabe usted de hacer sufrir á los lectores esos prosaismos desesperantes.

Todo por el afán de hablar mucho de sí mismo; en lo cual también se parece este desdichado vate al difunto cantor de Elisa y de la luna...

Dios los cría, y ellos... se dan á escribir versos detestables.

Los presentes, que como malos no dejan nada que desear, llevan la firma de *Gastón de Silva*, que según mis noticias es un seudónimo de Justo A. Facio, seudónimo que no está mal escogido, porque, escribiendo así, no dejará de *gastar* alguna *silba* que otra...

Más adelante blasfema y disparata en prosa un señor Masferrer, que diz que es Cónsul de la República del Salvador en Costa Rica, y que aun cuando en lugar de *Masferrer* fuera *menos ferrer*, no perdería nada; porque eso que hace ya es *ferrar ó errar* demasiado.

Y él, el grandísimo tonto, se gloría de ello, diciendo:

«Maldigo y blasfemo... y... pido á Dios...»

—¡Hombre! ¡Pues vaya una mezcla!...

—No, no crea el lector que al decir el vate «pido á Dios», es que ora, no; es que sigue blasfemando horriblemente.

«Maldigo y blasfemo... y... *pido á Dios cuenta de los destinos inclementes* que llevan condenados á mis semejantes.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué atrocidad!... ¡Dios mío, perdónale, porque no sabe lo que dice!

Y perdona también, Padre misericordioso, al atolondrado Gobierno de Costa Rica, que gasta el dinero de los contribuyentes cristianos en imprimir y divulgar esas burradas.

Volviendo al *Mas-ferrer* ese, ¿qué se va á esperar de un pobre insensato que cree que las ideas salen de los intestinos?

Pues así, sin quitar ni poner, así lo dice el *Masferrer* que *pide á Dios cuenta* (!!!) en lugar de pedirle humildemente perdón de sus pecados.

«Por todas partes no verá sino grande armonía, profunda armonía; como que sus ideas *vendrán ya de los intestinos* bañadas en el rocío de la dicha»...

. . . . . .

—¿Que apague y nos vayamos—dicen ustedes?

Pues apago y lo dejo, sin acabar el examen del número 1.º de *La Revista Nueva*.

Pero no sin admirar una vez más la... *sabiduría* del Gobierno de Costa Rica, que costea, con el nombre de Revista literaria, la impresión de estas... cosas.

¡Como si fueran literatura los disparates!

VI

Soneto purgante.

En el último número del *Album Ibero-Americano*, periódico semanal con ilustraciones, dirigido por la egregia escritora D.ª Concepción Jimeno de Flaquer, me he encontrado con un soneto que, francamente, no corresponde á la fama que su autor, D. Salvador Díaz Mirón, tiene de poeta de primer orden allá en Méjico.

Los lectores del primer *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS recordarán que este Díaz Mirón, poeta de primer orden, según la clasificación americana, es aquel Díaz Mirón, poeta mediano según la clasificación nuestra, á quien otro poeta mucho peor, Manolín Gutiérrez Nájera (que ya se murió de puro malo), dedicaba aquellos versos llenos de barbaridades y de ripios, uno de cuyos cuartetos empezaba:

«No te brinda la musa sus favores...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué atrocidad!... ¡Dios mío, perdónale, porque no sabe lo que dice!

Y perdona también, Padre misericordioso, al atolondrado Gobierno de Costa Rica, que gasta el dinero de los contribuyentes cristianos en imprimir y divulgar esas burradas.

Volviendo al *Mas-ferrer* ese, ¿qué se va á esperar de un pobre insensato que cree que las ideas salen de los intestinos?

Pues así, sin quitar ni poner, así lo dice el *Masferrer* que *pide á Dios cuenta* (!!!) en lugar de pedirle humildemente perdón de sus pecados.

«Por todas partes no verá sino grande armonía, profunda armonía; como que sus ideas *vendrán ya de los intestinos* bañadas en el rocío de la dicha»...

. . . . . .

—¿Que apague y nos vayamos—dicen ustedes?

Pues apago y lo dejo, sin acabar el examen del número 1.º de *La Revista Nueva*.

Pero no sin admirar una vez más la... *sabiduría* del Gobierno de Costa Rica, que costea, con el nombre de Revista literaria, la impresión de estas... cosas.

¡Como si fueran literatura los disparates!

VI

Soneto purgante.

En el último número del *Album Ibero-Americano*, periódico semanal con ilustraciones, dirigido por la egregia escritora D.ª Concepción Jimeno de Flaquer, me he encontrado con un soneto que, francamente, no corresponde á la fama que su autor, D. Salvador Díaz Mirón, tiene de poeta de primer orden allá en Méjico.

Los lectores del primer *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS recordarán que este Díaz Mirón, poeta de primer orden, según la clasificación americana, es aquel Díaz Mirón, poeta mediano según la clasificación nuestra, á quien otro poeta mucho peor, Manolín Gutiérrez Nájera (que ya se murió de puro malo), dedicaba aquellos versos llenos de barbaridades y de ripios, uno de cuyos cuartetos empezaba:

«No te brinda la musa sus favores...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bueno; pues esta era la única verdad que decía el pobre Manolín en aquellos versos.

Verán ustedes cómo efectivamente á don Salvador Díaz Mirón no le brinda sus favores la musa.

El soneto que va á servir de demostración lleva por título y dedicatoria, todo en una pieza, A TI.

No se yo quién será *Ti*, ni ustedes tampoco lo sabrán regularmente; pero ni á ustedes ni á mí nos importa saberlo.

Supongamos que sea una mujer, y vamos á ver lo que la dice.

A TI

«*Portas* al cuello la gentil nobleza
Del heráldico lirio...»

¿Que qué quiere decir con esto el Sr. Díaz Mirón, me preguntan ustedes?

¡Ah! yo no lo sé... ni él acaso tampoco.

¡*Portas* al cuello!

En primer lugar, el verbo *portar*, activo, está anticuado; no se usa en castellano hace ya siglos, á no ser en composición, como en porta-fusil, porta-manta, porta-mosquetón, porta-monedas, etc.

Hasta el Diccionario académico, que da como corrientes muchas voces sin uso, pone la nota de anticuado al verbo *portar*, activo.

Doña Emilia Pardo, que es muy aficionada á lo extravagante, decía en aquel famoso cuento en que puso alas á la garduña: «¿Qué haces, pasmón, que no *portas*?» por decir que no *traes*, lo cual probará cuando más que el verbo se use en gallego, pero no que se use en castellano.

No; en castellano y fuera de composición sólo se usa este verbo como reflexivo, en la acepción metafórica de *conducirse* moralmente. Así se dice: «Fulano se portó bien», ó «Fulano se portó mal», para significar que observó buena ó mala conducta. Y también se usa el participio pasivo portado, con los adverbios *bien* y *mal*, en la acepción de aseado, vestido... Verbigracia, «Fulano se presentó *bien portado*».

Todo eso se puede decir y se dice.

Lo que no se puede decir es «*portas* al cuello». Se dice «*llevas* ó *traes* al cuello».

Mas prescindamos generosamente de la extravagancia del *portas* y repitamos la frase, á ver si logramos entenderla:

«*Portas* al cuello la *gentil nobleza*
Del *heráldico lirio*...»

¿Qué querrá decir D. Salvador con eso?... ¿Qué será ó qué significará llevar al cuello la *gentil nobleza* del *heráldico lirio*?...

¿Será que la señora á quien se dirige lleva al cuello una flor de lis?... ¿Querrá decir que tiene el cuello blanco como una azucena?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Vayan ustedes á saber!...

Y eso que... no: mejor es que no vayan; porque tendrán que volverse como habían ido, sin averiguarlo.

Vamos adelante.

«Portas al cuello la *gentil nobleza*
Del *heráldico lirio;* y en la mano
El puro corte del cincel pagano;
Y en los ojos abismos de belleza.»

Es decir; *portas* en la mano el puro corte... etcétera, y *portas* en los ojos abismos... etc.

¡*Portar* es!... Pero en fin, esto parece dar á entender que en aquel verso y medio del principio, no se trataba de un adorno, de una flor de lis que llevara ó *portara* al cuello la dama, sino de la blancura y belleza natural del cuello, puesto que en los otros incisos también se trata de bellezas naturales.

Pero en este caso es impropia también la frase *al cuello*, pues lo propio sería decir «*en el cuello*», como se dice luego «*en la mano*» y «*en los ojos*»...

Y además... ¿por qué se ha de llamar gentil nobleza á la blancura?...

Nada... que no se sabe cómo entenderlo.

Pasemos al cuarteto segundo:

«Hay en tus rasgos acritud...»

¡Caracoles!... ¡Vaya una flor que echa el vate á la dama!

Acritud es... aspereza, desabrimiento, mal humor, genio avinagrado...

De manera que después de haberla dicho que portaba al cuello la *gentil nobleza*... y todas aquellas cosas, ¿ahora resulta que es una señora rabiosa, mal educada y áspera como un cardo borriquero?

A no ser que el poeta no sepa lo que es *acritud*...

Porque acá entre nuestros modernistas, hay muchos que creen que *acre* es cosa buena, y llaman *acres* á los colores bonitos, y á los placeres y á cualquier cosa...

En fin, vamos á ver en qué para.

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,
Orgullo *encrudecido* en un arcano...»

Que es como si dijéramos, majaderías bordadas en un caldero de azófar...

Porque me parece á mí que así servirá el arcano para *encrudecer* el orgullo, como el caldero para bordar... ó para hacer sonetos.

Otra vez:

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,
Orgullo *encrudecido* en un arcano;
Y resulto *en mi prez* un vil gusano
Que á un astro empina la *bestial* cabeza.»

¡Qué disparatar y qué amontonar improperios!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya no es de extrañar que el poeta llame avinagrada y áspera, y aun arpía, á la *obsequiada* en el soneto, cuando á sí mismo no se perdona.

Como que se llama, *en su prez, gusano vil* con cabeza *bestial*.

¡Hombre, no! Bueno es que sea usted humilde, pero... ni tanto, ni tanto.

Aparte de que lo de la cabeza *bestial* del gusano tampoco está bien, porque á los gusanos no se les suele llamar *bestias* ni se suele decir de ellos que tengan cabezas *bestiales*.

Y no crean ustedes que los tercetos son mejores, ¡quiá! Todo lo contrario.

Como que dicen:

«Quiero *pugnar* con el amor...»

Tampoco ese pugnar está bien: tampoco se usa ese verbo en tales circunstancias. Se dice: «quiero *luchar*...»

Verdad es que así es como dicen todos, y si lo hubiera dicho también el Sr. Díaz Mirón, no habría extravagancia, que es lo que á él le gusta, por lo visto.

Parece primo de D.ª Emilia...

Continuemos:

«Quiero *pugnar* con el amor, y en vano
Mi voluntad se agita y endereza
Como la grama tras el pie tirano!»

Advierto á ustedes que esta admiración,

igual que las otras de los cuartetos, es del autor, que de todo se admira, ó de todo quiere que nos admiremos los lectores: hasta de las cosas más simples.

«Humillas mi *elación* y mi *fiereza*...»

¡Fiereza! ¡Elación!... ¡Cómo se pone el hombre de perrerías y de arcaísmos!

Acabemos.

«Humillas mi *elación* y mi *fiereza*,
Y resulto *en mi prez* un *vil gusano*...»
(Y vuelta allá con la *bestial cabeza.*)

Así, variadito.

Y nada más.

* * *

—Pero, diga usted...

—¡Ah, sí! Ya sé lo que me van ustedes á preguntar... Ustedes me perdonen... Se me había olvidado explicárselo...

Que por qué he llamado al soneto de Díaz Mirón soneto purgante, ¿verdad?...

Pues no es precisamente porque sea malo, que sí lo es, como ustedes han visto, sino porque está fechado en Jalapa.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII

La composición, por decirlo así, que van ustedes á conocer se titula *Noches de luna*, y su autor es Víctor Rocamonde, venezolano recomendado, el cual parece como si se hubiera propuesto achicar á todos los que han usado hasta ahora imágenes disparatadas.

Empieza así:

«La tarde *como un nardo* languidece...»

¡Figúrense ustedes qué semejanza podrá tener la tarde con un nardo!

«La tarde *como un nardo* languidece...»

Si, como parece natural, el languidecer de la tarde es oscurecerse, acabarse el día y empezar la noche, este languidecer no puede parecerse nada al del nardo, que aunque lan-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guidezca ó se marchite no se oscurece, se queda blanco lo mismo que antes.

Continuemos:

«La tarde *como un nardo* languidece
En un búcaro azul...»

¡Ya escampa! que decía el otro, y llovía á cántaros.

Porque, en primer lugar, no se sabe si el vate quiere decir que la tarde languidece como languidece un nardo en un búcaro azul, ó quiere decir que la tarde languidece en un búcaro azul como languidece un nardo.

Si quiere decir lo primero... ¡vaya un hipérbaton!... ¡vaya una trasposición salerosa!

Si quiere decir lo segundo... ¡vaya una imagen! ¡vaya una extravagancia!

¡La tarde languideciendo en un búcaro azul!...

Que querrá el vate que sea el cielo, regularmente.

Pero, vamos, ¡que el cielo convertido en búcuro de la tarde!...

Y todavía no hemos examinado más que verso y medio...

Vamos adelante:

«La tarde *como un nardo* languidece
En un búcaro azul: el níveo astro
Emerge de las sombras...»

Bueno; esto último quiere decir que sale la luna... Sigamos:

«..... el níveo astro
Emerge de las sombras y parece
Cisne de luz en lago de alabastro.»

¡Parecer es! Pero, vamos, que parezca.

A otro cuarteto.

«Y al sacudir su cabellera blonda...»

¿Quién, el cisne?... Los cisnes no tienen cabellera, ni blonda, ni blanda...

¿La luna?... Tampoco la luna tiene cabellera blonda... Ni de otro color; pero, en fin, de tenerla, no sería blonda. ¿No acaba usted de decir que es un astro *níveo*, es decir, parecido á la nieve, es decir, blanco?...

Del sol se suele decir figuradamente que tiene cabellera blonda, porque despide rayos que parecen rubios, dorados.

Pero de la luna que no despide rayos, como que no tiene luz sino prestada, pues no hace más que reflejarnos la que del sol recibe, no se dice que tenga cabellos ni se habla nunca de su cabellera.

De modo que no sabemos de quién querría el vate que fuera esa cabellera blonda; pero no pudiendo ser ni de la luna ni del cisne, porque ni una ni otro la usan, la tal cabellera viene á ser un falso testimonio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿A ver, qué más?

«Y al sacudir su cabellera blonda
Sobre el inmenso piélago de brumas,
Parece...»

¡Dios mío! ¿Qué parecerá?... Algún disparate muy gordo; porque ¡son unos parecidos los que encuentra este hombre!...

«Y al sacudir su cabellera blonda
Sobre el inmenso plélago de brumas,
Parece que en *el seno de una onda*
Deshace algún querub copos de espumas.»

¿No lo dije?...

Una atrocidad tenía que ser; se me estaba asentando á mí. Pero no creía que iba á ser tan grande.

¡Cuidado con decir que un querub, deshaciendo copos de espumas en el seno de una *onda*, se parece á la luna ó al cisne cuando tienden sobre el piélago de brumas su cabellera *blonda!*...

Ó viceversa...

A más de que sobre no rastrearse en manera alguna el parecido, sólo el suponer á un querubín en el seno de una onda deshaciendo copos de espumas es ya un disparate...

Tan grande como el suponer á la luna ó al cisne de luz tendiendo su cabellera blonda sobre el inmenso piélago de espumas...

Y ahora caigo en que, efectivamente, en

algo se parecen los dos términos de la comparación de Rocamonde... En ser ambos disparatados.

Vamos á otro cuarteto.

«La negra maga despertó...»

No traten ustedes de averiguar por ahora quién es la negra maga; porque no puede saberse tan pronto... y acaso no lo sabremos nunca.

«La negra maga despertó... del velo
En que se envuelven sus facciones bellas;
Como blancas *campanulas del cielo*
Surgieron *vaporosas* las estrellas.»

¡Vamos, que... llamar á las estrellas *campanulas del cielo!*...

Lo mismo las podía haber llamado desazones...

Y luego decir que las estrellas son vaporosas...

Lo mismo podía haber dicho que eran infelices.

Adelante.

«El *lirio cintilante* de la noche...»

¿Que cuál es el lirio cintilante de la noche?...

¡Cualquiera lo sabe!...

¡Se les ocurren á ustedes unas preguntas!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El lirio.... cintilante... de la noche...

Nada... lo que es yo no adivino lo que pueda ser ese *lirio cintilante*.

A no ser que acaso por el contesto, por los disparates consiguientes...

«El *lirio cintilante* de la noche
Se hunde en un mar de *vívida escarlata*...»

Y cada vez lo entiendo menos.

Porque... ¿qué mar de *vívida escarlata* puede haber por la noche, cuando todos los gatos son pardos, según el refrán conocido?

Y quien dice los gatos dice los mares; que no dejan de tener con los gatos algún parecido, mayor que los que busca y encuentra el vate Rocamonde.

Aunque no sea más que el de no tener, cuando no hay luz, color definido.

Pero volvamos al lirio cintilante y al mar de *escarlata vivida*...

«El lirio cintilante de la noche
Se hunde en un mar...»

Miren ustedes que un lirio hundiéndose en un mar... de *escarlata vívida*...

«Se hunde en un mar de vívida escarlata
Y es el abierto vaso de su broche...»

A ver, á ver... Déjenme ustedes paladearlo...

Y es... el abierto... vaso... de su broche...

Es decir, que el broche del lirio tiene un vaso... y el vaso del broche del lirio es...

«Y es el abierto vaso de su broche
Volcán que llueve lágrimas de plata...»

¡Dios de Israel!... ¡Pero cuánto desatino!

Un *lirio cintilante*... de la noche, lirio que no es posible saber qué es, se hunde en un mar de *vívida escarlata*, que tampoco se sabe qué mar puede ser; y después de hundido el lirio en el mar de *escarlata vívida*, resulta que el *vaso abierto* del broche del lirio es *un volcán* y que ese volcán *llueve*, y lágrimas de plata nada menos...

Rematado... loco rematado.

«Y al alzarse...»

Esto es bastante feo: y *al-al*...

«Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo...»

¡Miren ustedes que esto también!... La niebla una clámide... del cielo...

Y aunque lo fuera, ¿por qué llamarla *impenetrable*?...

«Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo...»

Pero antes de pasar adelante querrán us-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tedes saber quién se alza del fondo de la niebla, ¿verdad?

Pues no se sabe... A lo menos por ahora no se sabe.

«Y *al alzarse* del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo,
Es la dulce Desdémona que puebla
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¡Qué atrocidad!...

Pero, ¿qué será eso que al alzarse del fondo de la niebla, etc., es la dulce Desdémona que puebla..., etc?

¿Será el lirio cintilante de la noche que se hundía poco hace en un mar de vívida escarlata, y que el vaso abierto de su broche era un volcán que llovía lágrimas de plata?...

¡Quiá! No se concibe.

¿Cómo podía un *lirio cintilante* de la noche —que tampoco se sabe lo que es; pero, en fin, sea lo que sea—cómo podía un lirio cintilante de la noche, hundido en un mar de escarlata vívida, y de cuyo broche el abierto vaso es un volcán que llueve, ser al mismo tiempo la dulce Desdémona?...

Y, sin embargo, del texto no se deduce otra cosa...

Es decir, sí; se deduce que el Rocamonde este, ó es un burlón que se ha propuesto reirse de los lectores amontonando desatinos, ó tiene el entendimiento trastornado.

Porque realmente sus versos hacen recordar la quintilla famosa:

He visto un burro volar,
Y una torre andar á gatas,
Y, en el medio de la mar,
Un lobo asando patatas
Para, á la noche, cenar.

¿Qué diferencia va de esto á estotro?

«El lirio cintilante de la noche
Se hunde en un mar de vívida escarlata,
Y es el abierto vaso de su broche
Volcán que llueve lágrimas de plata...
Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo,
Es la dulce Desdémona que puebla
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¿Verdad que el parecido entre los dos trozos es mucho mayor que los que al principio de su composición hallaba Rocamonde?...

Pero concluyamos. No nos falta más que el último cuarteto de la obra, que dice:

«Sobre el altar de *trasparencia suma*
En que la negra maga se arrodilla...»

Ya pareció otra vez la negra maga, que antes *despertó* y... desapareció como un relámpago, sin decirnos quién era.

Y lo probable es que ahora haga lo mismo

«Sobre el altar de trasparencia suma
En que la negra maga se arrodilla...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay que decir á Rocamonde que eso de arrodillarse en el altar tampoco está bien, ni es de uso corriente.

Los altares no son para arrodillarse en ellos, sino ante ellos ó al pie de ellos.

Pero me parece que Rocamonde debe de entender poco de altares... Quizá no haya visto ninguno en su vida.

«Sobre el altar de *trasparencia suma*...»

O de sumo ripio, que viene á ser igual en este caso...

«Sobre el altar de *trasparencia suma*
En que la negra maga se arrodilla,
Cual *hostia colosal* hecha de espuma
El *astro blanco* se levanta y brilla.»

¡Bueno! Antes la luna era un *cisne de luz*... Después era un querub que deshacía copos de espumas en el seno de una onda... Ahora es una hostia colosal, *hecha de espumas*... y de plagios...

Porque esto de comparar á la luna con la hostia que se levanta... se le ocurrió hace ya muchos años á Víctor Hugo.

De él lo han plagiado otros vates modernos, como nuestro D. Gaspar Núñez de Arce, que dijo en el Vértigo aquello de

«La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar.»

Imagen que le fue muy celebrada, aunque no era suya.

Y de Víctor Hugo ó de D. Gaspar lo ha plagiado más tarde Rocamonde.

Para que siempre sea verdadera la frase que dice... ó puede decir que «no quita lo modernista á lo plagiario».

Y quedamos en que la única imagen aceptable en la composición de Rocamonde, que es esa de la hostia, no es suya, sino hurtada.

Y un poco estropeada con el epíteto *colosal*, que no la corresponde.

Porque la luna no es hostia colosal á la simple vista.

No es más que algo grande.

Lo colosal son los disparates de Víctor Rocamonde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Por regla general, todas las *poesías* patrióticas suelen ser malas.

Porque hay pocos hombres, en estos tiempos de grosero egoísmo individualista, que sientan el patriotismo verdadero, y poquísimos que además de sentirle sepan expresarle.

Pero si siempre suelen ser malas las poesías patrióticas, la verdad es que yo no he leído ninguna que lo sea tanto como un soneto y un himno á Sucre, publicados hace años en Caracas.

El soneto lleva la firma de Antonio Aveledo, el cual, después de ponerle por título: «A Sucre, en su primer centenario», comienza á *patriotear* en esta forma:

«Genio deslumbrador *del cielo arcano...*»

¿Qué por qué ha de ser Sucre *arcano del cielo?*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No lo sé. Del cielo... francamente, no lo sé.

Ahora, el que sea simplemente *arcano*, eso sí sé por qué: porque hacía falta un consonante para el suelo *americano*.

Que vendrá detrás infaliblemente.

Como sé también por qué es Sucre genio *deslumbrador*, porque había que deslumbrar la vanidad de sus paisanitos.

«Genio *deslumbrador*, del cielo arcano...»

Bueno; se me olvidaba decir que me parece que eso es disparatar bastante... para un verso solo...

¡Comenzar un soneto á Sucre, llamándole en el primer verso *genio deslumbrador*, y del *cielo arcano!*...

¿Qué dejará el vate para los versos siguientes?

Veámoslo poco á poco:

«Genio *deslumbrador* del cielo *arcano*,
Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!»

Copio las admiraciones tal como las ha puesto el vate Aveledo.

«Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!»

Lo cual es una barbaridad muy grande.

Porque viene á ser como hacer Dios á Sucre.

Pues como sólo Dios es incomprensible, y sólo de Dios afirma la doctrina católica que es incomprensible (*incomprensibilis est Deus*) para todo el que no sea el mismo Dios, resulta que Aveledo pone á Sucre en la misma categoría de Dios, pues dice que sólo Dios pudo comprenderle.

Hay que repetir:

«Genio deslumbrador, del cielo arcano,
Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!
El hombre absorto te contempla y mudo...»

¡Así!... Lo mismo que se hace con Dios. Contemplarle mudo y absorto.

«El hombre absorto te contempla y mudo,
¡Oh! paladín del *suelo americano*,
(Claro que para esto era el *arcano*.)

Segundo cuarteto:

«Austero corazón, noble y cristiano,
Halló en ti la virtud *glorioso escudo*,
Y en los horrores del combate *rudo*
Emulo fuiste del *valor romano*.»

Vulgar y nada nuevo, sino muy oído; pero al cabo no disparatado como lo otro.

Aunque la *conjunción* de *valor-romano* ó *valorromano*, que es como se lee, es bastante dura y bastante fea.

Los tercetos dicen:

«Mártir de Libertad...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bueno... digo, malo; esto ya es una tontería, porque Sucre no fue mártir de nada.

Y además el vate quería decir mártir de la libertad; pero como el *la* no le cabía en el verso, fue y le quitó, y en cambio, puso *Libertad* con ele grande, como si la Libertad fuera una diosa ó algo así, cuando realmente no ha sido nunca más que una perdida.

Hablo, por supuesto, de la libertad *liberal* á que alude el vate, no de la libertad verdadera, hija de Dios, que distingue al hombre de los brutos, y le sirve para merecer la gloria.

Repita el Sr. Aveledo:

«Mártir de Libertad, es la corona
Que tus sienes ciñó, *sol refulgente*
Que tu heroísmo sin igual *pregona*...»

Esto ya vuelve á ser exagerado y tonto, porque ni la corona de Sucre podía ser sol, ni los soles tienen por oficio pregonar, ni nada.

«Y tus hazañas *mil*, que la presente
Edad *tanto admiró*, de zona en zona,
Pasmo serán de la futura gente.»

Otra vez vulgarote y un poco falso en lo del pasmo, porque no hizo Sucre cosas para pasmar á nadie, y menos á la futura gente, que ni sabrá que ha existido.

*
* *

Pero más exagerado y más malo que el soneto, cuyo autor Aveledo siento de veras que se llame Antonio, es el *himno* de que ya hice mención, suscrito por un señor José Ignacio Lares.

Hasta el título tiene en verso, aunque malo, pues dice así:

«Himno *al héroe y magistrado*
Antonio José de Sucre.»

¿Verdad que tiene un poco de gracia eso de «al *héroe y magistrado*»?

¿Qué falta haría decir que era también magistrado el héroe?

Estos americanos creen que hay que decirlo todo...

Y gracias que Sucre no sería *doctor*, como lo son ahora todos los americanos que no son generales; pues si lo llega á ser, también nos lo encaja D. José Ignacio poniendo en el rótulo: *Al héroe, magistrado y doctor*..., etc.

Verdad es que en todas partes cuecen habas; porque también acá nuestro D. Plácido Jove y Hevia, últimamente Vizconde de Campogrande, hizo una vez, siendo director de la Tabacalera, un *himno á Jovellanos* (á tal héroe tal cantor), y también dijo de él todo lo que sabía.

«*Escolar distinguido* en Henares,
De Sevilla juez *recto* y *amado*
Consejero y ministro *admirado*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Etcétera, que allá está el *himno* aquel en una de mis *tomas* de AGRIDULCES, comentado y solfeado, bajo el título circunstancial de *Nicotina literaria*.

Volviendo al de Sucre, que es el que tenemos entre manos ahora, lector benévolo, has de saber que el coro canta lo siguiente:

CORO

«De América los hijos
Combaten *sin piedad*...»

Donde se ve que el vate, sin querer y sin saber lo que dice, llama impíos á los americanos.

O no piadosos, que viene á ser lo mismo.

«De América los hijos
Combaten *sin piedad*,
Llevando por enseña:
O muerte ó libertad.»

Eso no lo llevarían por enseña; lo llevarían por lema.

Pero el vate Lares se conoce que no repara en pequeñeces.

Y pasemos á la estrofa primera, que dice:

«La invicta *Venezuela*,
Con bélica *potencia*...»

Malo, eso ya va malo; esas asonancias son muy feas y muy fastidiosas.

Aparte de lo prosáico y cursi que es también de suyo eso de la bélica potencia... y de lo ripio que es el *invicta*...

Otra vez:

«La *invicta* Venezuela
Con *bélica* potencia
La voz de independencia
Intrépida lanzó...»

Bueno, ¿y á quién pertenece el adjetivo, ó más bien, el ripio ese de *intrépida*? ¿Pertenece á la *invicta* Venezuela que lanzó la voz, ó á la voz misma?...

Porque todas estas cosas, aunque lo principal no importe un rábano, como sucede aquí, es bueno saberlas.

Y como lo mismo puede ser *intrépida* la voz, que *intrépida* la *invicta* que lanzó la voz, no sabe uno á qué atenerse.

Esto, además de ser toda la media octavilla vulgar y prosáica.

Vamos á la otra media:

«Y al eco estremecida
La *América altanera*...»
Otra asonancia fiera
El vate nos soltó.

Estos dos últimos versos no son del himno. Ya lo habrán conocido ustedes, porque, aunque no me esté bien el decirlo, son algo mejores que los del vate Lares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La media estrofa del vate dice así:

«Y al eco estremecida
La América altanera,
Alzando su bandera
El grito repitió.»

Lo cual no tiene nada de particular, ni de bueno, naturalmente.

Aquí vuelve á cantar el coro aquello de que los hijos de América no son piadosos, ó no tienen piedad, ó combaten sin ella, y...

Estrofa segunda:

«Contra el *altivo* hispano...»

Bueno; ya pareció el hispano... el altivo hispano...

Y gracias que el vate no le llame más que altivo.

«Contra el altivo hispano
En lid Bolívar cierra...»

Lo cual no se sabe casi lo que quiere decir; pero desde luego se ve que entra en campaña otro personaje. D. Simón, el buen Don Simón, que era un pobre hombre, y que, según cuentan, murió pesaroso de lo que había hecho.

Por supuesto, sin saber lo que hacía.

«Contra el altivo hispano
En lid Bolívar cierra,
Y el rayo de la guerra
Fulmina *sin cesar*.»

Algo menos sería...

Sin cesar precisamente...

Bueno; ese sin cesar es un ripio como otro cualquiera.

Ripios con que el vate tiene que ir supliendo la falta de entusiasmo... y de motivos de entusiasmo.

Porque las ganancias que ha tenido *América altanera* con haber sacudido la dominación de España, ó del *altivo hispano*, como dice el vate, buenas están de contar.

Ahora mismo está Venezuela en revolución desde hace cerca de un año, revolución en que sus hijos se matan *sin piedad* unos á otros... Y sin trazas de que concluya.

Y otro tanto la sucede á Colombia.

Repítase:

«Contra el altivo hispano
En lid Bolívar cierra,
Y el rayo de la guerra
Fulmina *sin cesar*.
Inundan *á* la patria
De sangre los torrentes...»

También esto sería algo menos. Pero ya se sabe que siempre se exagera.

«Inundan á la patria
De sangre los torrentes,
Y mil y mil valientes
Se ven do quier rodar.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este final de la... estrofa también es muy duro y muy feo.

Doquierrodar...

Aparte de ser toda la estrofa, lo mismo que la primera, vulgar y prosáica.

Pasemos á otra:

Estrofa 3.ª

«El denodado Páez...»

¿Quién sería el *denodado* Páez?

Bueno, un *denodado* cualquiera: lo mismo da... Vamos á ver qué hizo este denodado.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable...»

Vamos, el hombre hacía á todo.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable,
Indómito...»

¡Ay!... ¡qué ripio!...

Cualquiera hubiera creído que Páez tenía bastante con ser *denodado*, y aun de sobra.

Pero el vate Lares no opinó lo mismo.

Es decir, yo creo que opinar sí opinaría; pero como no sabía qué decir en el tercer verso ni tenía con qué llenarle, determinó hacer á Páez, á más de *denodado*, *indómito*, que casi viene á ser lo mismo.

Y todavía es de creer que no se despida con eso.

No; todavía le ha de hacer alguna otra cosa.

«El *denodado Páez*,
A lanza, fuego y *sable*...»

Sable, también es asonante de *Páez*.

Para que la estrofa tenga un defecto más... O para que no la falte ninguno.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable,
Indómito, incansable...»

¡Vaya por Dios!... *Incansable* también...

Otro ripio más.

Porque no me negará el *vate* Lares que eso de *incansable* es un ripio. Después de haber dicho que Páez era denodado y que era indómito, ¿qué falta hacía añadir que era incansable?

Pues, ¡vaya un denuedo que tendría si se cansaba pronto!

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y *sable*,
Indómito, incansable,
Arrolla al español:
Sujeto por la noche...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién era el sujeto por la noche, el arrollado español ó el denodado Páez?

«Sujeto *por la noche*
Sobre el corcel acampa...»

Bueno; pero tampoco se sabe el sentido de ese *por la noche*...

No se sabe si la noche es el sujeto de la oración puesta en pasiva, es decir, un ablativo con la preposición *por*, ó si *por la noche* es un adverbio de tiempo. No se sabe si la noche es la que sujeta á... no se sabe tampoco á quién, al español ó al *denodado Páez*, ó si es que los sujeta á cualquiera de los dos otro agente extraño durante la noche...

No sabe nada... sino que este Lares es un ripioso de siete suelas.

«Sujeto *por la noche*
Sobre el corcel *acampa*,
Y sigue en la ancha *pampa*
La lid al nuevo sol.»

Así, con esta misma puntuación, ó con esta misma falta de puntuación, lo pone el vate Lares.

De modo que parece como que el *denodado* Páez, después de haber arrollado al español, sigue peleando contra el sol nuevo en la ancha pampa.

Aparte de todo eso, la estrofa no puede ser más infeliz en conjunto, ni más ripiosa, ni más pedestre.

Vamos á otra.

Estrofa 4.ª

«El genio de la guerra...
Asciende á la montaña...»

¿Que quién es el genio de la guerra? ¡Ah! yo no lo sé... ni es fácil saberlo.

El himno está dedicado á Sucre, ya lo saben ustedes:

«HIMNO AL HÉROE Y MAGISTRADO
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE»

Pero como luego el vate en la segunda estrofa habló de Bolívar diciendo que fulminaba *sin cesar* el rayo de la guerra, y luego en la tercera estrofa habló del *denodado* Páez, que arrollaba al español sin cansarse nunca, todo ello sin haberse vuelto á acordar del *héroe y magistrado* Sucre ni del santo de su nombre; ahora, al hablarnos del *genio de la guerra*, que asciende á la *montaña*, no sabemos si ese *genio* es Sucre, ó es Simón, ó es algún otro Páez ó Pérez más ó menos *denodado*, *incansable* é *indómito*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En fin, sea quien fuere, sigamos:

«El Genio de la guerra...»

Advierto á ustedes que asimismo pone el vate Lares la palabra genio; así, con ge grande.

«El Genio de la guerra
Asciende á la montaña...»

¡Claro! En la pampa ya lo había *arrollado* todo el *denodado* Páez... Así es que el *Genio* de la guerra, si quería hacer algo nuevo, en la montaña tenía que ser, y para eso no tenía más remedio que ascender á ella.

«El Genio de la guerra...»

Sucre, ó quien fuese.

«El Genio de la guerra
Asciende á la montaña,
Y el cetro de la España
Quebranta en Boyacá...»

Con lo cual creerán ustedes que no le quedaba ya nada que hacer; pero bien se equivocan.

Porque el vate, por no tener ocioso al Genio de la guerra, ó porque no se le acabe tan pronto á él la materia del himno, hace todavía al consabido Genio entretenerse en unas cosas...

Quedábamos en que

«El cetro de *la* España
Quebranta en Boyacá...»

¿No es eso? Bueno, pues inmediatamente, ¿qué dirán ustedes que hace el Genio de la guerra, ó qué dirán ustedes que dice el *cantor* que hace?

La cosa más rara del mundo.

Verán ustedes:

«Los hierros de su cuna
Destroza en Carabobo...»

¡En Cara-bobo había de ser!... Naturalmente. Una bobada así, no podía hacerse más que en Cara-bobo.

¡Vaya una acción digna de un Genio con ge grande!... Destrozar los hierros de su cuna...

Ese no es un Genio... es un *mal genio* simplemente.

Pero dejemos al vate Lares que se explique y termine la estrofa.

«*Los hierros de su cuna*
Destroza en *Carabobo*
Y dice al ancho Globo
Mi patria es libre ya.»

Por donde se viene en sospecha de que *los*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hierros de su cuna de que habla el vate, quería él que fueran las «cadenas de su patria», no los enrejadillos de hierro que suelen tener las cunas de los niños...

Pero... ¡cualquiera lo adivinaba!

Y á todo esto nos hemos quedado sin saber si ese Genio de la guerra que ascendió á la montaña y destrozó *los hierros de su cuna* en Carabobo, fue Bolívar ó fue el *denodado* Páez ó fue Sucre en persona.

Verdad es que no nos importa mayormente.

Estrofa 5.ª

Vamos á ver la estrofa 5.ª

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el más glorioso...»

¡Adiós con *la colorada!*, como dicen los académicos que se dice familiarmente, aunque yo, á la verdad, no lo he oído nunca.

Antes Genio de la guerra, con ge grande, en el supuesto de que aquello del Genio rezara con él, y ahora rebajado á la humilde categoría de alumno...

Porque aunque sea alumno *glorioso*, ¡ya hay distancia de alumno á Genio!...

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el más glorioso,
Secunda portentoso
De América al titán...»

Es decir, al Simón... Bolívar.

Lo cual parece dar á entender que lo de Genio de la guerra, no lo decía el vate por Sucre, sino por Bolívar.

Y en este caso Sucre tiene perfecto derecho á llamarse á engaño.

Porque después de decirle el vate que el himno era para él...

HIMNO AL HÉROE Y MAGISTRADO

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE,

va resultando que es para todos menos para él.

Pues mientras á Bolívar le llama titán y Genio de la guerra, y á Páez le llama *denodado*, *incansable* y hasta *indómito*, á él no le llama más que *alumno*, *alumno* de Bolívar.

Como no sea que le llame alguna otra cosa más adelante...

Ya veremos...

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el *más glorioso*,
Secunda portentoso
De América al titán...»

Nada, alumno y segundón de mala muerte; porque dice que no hizo más que secundar á Bolívar.

Vamos, que no servía para solo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Segunda parte de la estrofa:

«Deshace en el Pichincha
La hueste del *tirano*,
Y arroja el *yugo hispano*
Al fondo del volcán...»

¡El tirano!...

Algo dieran los pobres venezolanos pacíficos, ahora que los están destrozando en guerra inicua las ambiciones de los aventureros que quieren ser presidentes, algo dieran por volver á aquella *tiranía* de España.

Pero la ingratitud es un pecado muy grave y muy horrible, y no podían menos de pagarle los que contra España le cometieron.

¡Bien le están pagando!

Arrojarían, como dice prosáicamente el tonto del vate, arrojarían al fondo del volcán el yugo de España; pero ¡pardiez! que no les han faltado yugos.

Hoy, precisamente, rueda por todos los periódicos el siguiente parte telegráfico:

«GENERALES FUSILADOS

Panamá, 6 de Agosto.—Han sido fusilados los *generales* Suárez, Lacroix, Vidal y el coronel Lecana.

Otros muchos jefes han sido condenados á varios años de presidio.»

Del que saldrán cuando triunfen sus amigos sobre los contrarios, y tendrán el gusto de fusilar á los que ahora han fusilado á sus compañeros.

Pero los que queden con vida seguirán escribiendo himnos contra el *altivo hispano*, que los redimió y los sacó de las tinieblas del salvajismo.

Estrofa 6.ª

«De oprobio y servidumbre
Al *Ecuador redime*...»

Sí... *dorredime*... ¡Qué oído tiene el vate!

«*A Pasto*, su vencida
Le da con la victoria...»

Esto tan oscuro no debe de querer decir que *su vencida* le dé á Sucre la victoria á pasto común, sino alguna otra cosa.

Pasto con pe grande, sería alguna ciudad á la que venciera Sucre, y la diera luego con la victoria en las narices.

«A Pasto, su vencida
Le da con la victoria
El fruto de su gloria,
La *dulce* libertad.»

Bueno, que la aproveche.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estrofa 7.ª

«Cadenas destrozando...»

¿Otra vez?... ¿Volveremos á romper los hierros de la cuna?

«Cadenas destrozando,
Al *austro mundo* pasa...»

¿Qué será el *austro mundo*?

Pero, ¿á quién se lo vamos á preguntar? ¿Al vate?... ¡Buena gana tendríamos de perder el tiempo! El vate escribe lo que se le ocurre; y lo mismo que escribió al *austro mundo*, pudo haber escrito «al bajo vientre».

«Cadenas destrozando
Al austro mundo pasa,
Y en sacro fuego abrasa
A la nación del sol...»

Que tampoco sabemos cuál es... pero da lo mismo.

«Encima de los Andes,
Ardiendo en valentía...»
¡Ay, Dios! se quemaría
Cual mecha de farol.

Y sigue la estrofa 8.ª, que viene á ser igual que las anteriores.

«Resuena en Ayacucho
El ruido de la guerra...»

Muy pobre y muy bajo.

«Y gime la *alma* tierra...»

Pero, ¿por qué llama usted á la tierra *alma*, si se puede saber?

¡Ah! ¿No se puede saber? Pues adelante.

«Y gime la *alma* tierra
Al fiero batallar.
Redoblan los de España
La lucha á sangre y muerte.
(*Se dice á sangre y fuego,*
No digas de otra suerte.)
Mas contra Sucre el fuerte
En vano es *contrastar*.

¿*Contrastar*?... Vamos, el vate no sabe tampoco lo que es contrastar.

¿Por qué no diría pelear, sencillamente?...

Y entonces estaban iguales él y Sucre; porque también es en vano pelear con el vate.

No tiene enmienda.

La estrofa novena comienza peor que las otras, con un verso octasílabo, que el vate quiere que sea heptasílabo comprimiéndole:

«Anuncia alegre diana...»

¿Ven ustedes cómo es octosílabo?

Pues nada, el vate nos le quiere dar como heptasílabo, para lo cual hay que apretar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la última palabra hasta dejarla en dos sílabas.

«Anuncia alegre *día-na*
El triunfo del patriota...»

Etcétera; que lo que resta de la estrofa novena y el principio de la décima es tan desdichado, á lo menos, como las estrofas anteriores...

Y por último, después de decirnos el vate que su *héroe* y *magistrado* llegó al

«Soberbio Potosí.»

Y su espada

«*Sin mancha* colgó allí»,

lo cual, lo de *sin mancha*, es un insulto para un guerrero, termina lastimosamente la estrofa undécima, que gracias á Dios es la última, diciendo:

«Y América, *ya libre*,
con trompa de la fama...»

Quería decir «con la trompa», se conoce; pero el *la* no le cabía en el verso.

«Y América, ya libre,
Con trompa de la fama
Modelo á *Sucre aclama*...»

¡Aprieta!... A *Sucracla*... ¡Qué dulzura y qué armonía!

«Y América, *ya libre*,
Con trompa de la fama,
Modelo á *Sucre aclama*,
Civil y militar.»

Y administrativo...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Nadie hay tan desgraciado que no tenga siquiera una *gracia*.

Desde los famosos hijos de Mari-Ignacia, que la hacían de puro tontos, según dice el refrán, hasta Pepito Canalejas, que se pasa de listo, y aun de socia*listo*, no hay nadie sin ella.

Cada persona, cada corporación, cada periódico, cada revista, cada población, cada entidad de cualquier clase y aun cada ente, tiene su especialidad, su cosa buena ó mala, en qué sobresale y por qué se distingue.

Antiguamente, allá cuando aún no se acordaban de nacerle á nuestro D. Práxedes ninguno de los dos tupés, ni el de pelo ni el otro, había un cantar que decía:

«Para jardines, Granada;
Para paseos, Madrid;
Y para amores, tus ojos
Cuando me miran á mí.»

Andando el tiempo, no faltó ya quien, inspirado por la musa de los disgustos familiares, á imitación y semejanza de aquel cantar, compusiera este otro:

«Para tropas, Barcelona;
Para jardines, Valencia;
Y para dar desazones
La pícara de mi suegra.»

Más tarde, cuando los antiguos moderados se estaban poniendo las botas, es decir, sacando el jugo á la desamortización religiosa decretada por los progresistas, vamos, comprando casi de balde los bienes de la Iglesia que vendían aquellos borriquejos, hubo quien discurrió este otro cantar, semejante á los anteriores:

«Para jardines, Granada...»

ó Valencia; que de ambas maneras se solía decir, porque Valencia y Granada siempre se han disputado la primacía en lo de los jardines.

Como se la disputaban poco hace Moret y Canalejas en la dirección de las huestes fusionistas y en el cariño de Sagasta.

«Para jardines, Valencia;
Sevilla, para el regalo;
Y para hacerse uno rico
El partido moderado...»

Ahora que ya casi nadie se acuerda de amores, y las suegras han caído en desuso, y los moderados en el infierno, piadosamente pensando, y, en cuanto á desamortización, no está más que á medio madurar todavía la de los *latifundos* extremeños y andaluces que son resultados naturales de la de antes, se podría componer otro cantar, del mismo tipo de los tres citados, que dijera:

«Para *latas*, don Benito (1);
Para *fiestas*, don Alberto (2);
Y para sonetos malos
La revista *Blanco y Negro*.»

Porque... ¡cuidado que los suele traer malos de veras!

Casi no publica número sin su soneto correspondiente, y casi todos sus sonetos son malos.

Bien entendido que si no quito el casi, no es porque algunos de sus sonetos sean buenos, sino porque algunos son peores.

No parece sino que el *Blanco y Negro* ha heredado la exclusiva, ó á lo menos la mitad de la exclusiva que venía disfrutando en esta materia *La Ilustración Española y Americana*...

---

(1) Pérez Galdós.
(2) Aguilera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El soneto de hoy va contra los brotes... verdes, que dice que renacen (aunque eso no es verdad, como veremos) y contra los álamos, y contra las vides, y, en general, contra toda la botánica. Se titula *Paisaje de primavera*, y está impreso en la esquina inferior de una plana donde hay unas flores descoloridas y borrosas, y una cabra, y un chivo...

Que lo mismo puede ser un gato... ó una persona.

Porque estas ilustraciones modernistas tienen eso, que no se suele saber á punto fijo lo que representan.

Pero volvamos al soneto, que dice:

«*Renacen al venir* la primavera
Los brotes *verdes* de los troncos *viejos*...»

No señor, no renacen, señor ENE (que así se firma el ultramarino, autor del soneto); ya le he dicho á usted que eso no es verdad. Los *brotes* no renacen, pues antes no habían nacido. Los brotes nacen *simplemente*...

Lo mismo que los sonetos de usted, que tampoco suelen pasar de simplezas.

Si dijera usted que renace el árbol, ó que renace la planta, que habiendo existido antes habían ya dejado de existir, habían sido cortados ó destruídos y vuelven á nacer de la misma raíz, no diría usted mal.

Pero hablando, no del árbol ni de la planta, sino de los brotes, que antes no han existido, no se puede decir que *renacen*.

Tampoco está bien aquello otro del comenzar del segundo cuarteto, donde dice:

«De *hoja* y de flor se cubre la pradera...»

No, señor; eso no es verdad tampoco. La pradera suele cubrirse de yerba y de flores, pero no de hoja...

A no ser que tenga muchos árboles; y entonces ya no es pradera.

Si tiene tantos árboles que aparezca materialmente cubierta de hoja, ya no es pradera, hablando con propiedad, sino arboleda.

Y así hay que llamarla. Pues cada cosa debe llamarse por su nombre; que para eso los tienen.

Vamos adelante:

«De *hoja* y de flor se cubre la pradera
Y en los montes verdean á *lo lejos*,
Al pie de los castaños y los tejos,
La alegre vid y la sombrosa higuera...»

¡Bueno está usted!

En poesía, á verdad, anda usted flojillo y epitetero ó adjetivador más de lo justo; pero lo que es en botánica, del todo no da usted pie con bola.

¿Cree usted que es cosa fácil el ver juntos los *castaños* y los *tejos*?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues no, señor, no es fácil, ni apenas posible.

Porque los tejos se dan en climas fríos y secos, á grandes alturas; de mil metros sobre el nivel del mar para arriba. Mientras que los castaños quieren clima templado y húmedo, y poca altitud; menos de quinientos metros.

¡Ya ve usted, señor ENE, si podrán ser amigos y contertulios unos de otros, como usted se figura!

Y en cuanto á la *alegre* vid... excuso decirle á usted que á pesar de toda esa alegría que usted y otros la han atribuído, no hace migas ni con los tejos ni con los castaños.

Porque ni puede vivir en las altitudes y friuras de los tejos, ni la sientan bien las humedades y las sombras en que los castaños están á gusto.

De modo que la agrupación esa de árboles y arbustos que usted forma, obedeciendo mancomunadamente al capricho y al consonante, no puede estar más reñida con la Naturaleza...

Ni con Horacio.

Quien al conceder á los poetas—no se dé usted por aludido, ¿eh?—quien al conceder á los poetas y á los pintores la licencia de *quidlivet audendi*, les puso un pero, una cortapisa, esta precisamente: la de no emparejar las *serpientes con las aves*, ni los *corderos con los tigres*, ni... las vides con los tejos.

En fin, señor ENE, que está usted en botánica á la misma altura, poco más ó menos, que doña Emilia Pardo en Zoología.

Porque si ella supuso alas á la garduña y nos la pintó volando por los aires, usted pinta las vides y los castaños viviendo en amor y compaña con los tejos...

Todo lo cual, lo de usted y lo de ella viene á ser hablar del arquitrabe.

O de lo que no se sabe.

Y no le quiero decir á usted nada de la *sombrosa* higuera, porque... no me gustan los higos.

Verdad es que si pudiera vivir y viviera realmente esa sombrosa higuera donde usted la pone, en las altas umbrías en que viven los tejos, tampoco daría higos.

Como ni los castaños en la vecindad de los tejos darían castañas...

Bien que, para *castaña*, el soneto de usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



X

También hay allá, en no sé qué ciudad de América, otra revista que se titula *Armonía literaria*.

Lo sé porque uno de los recortes mencionados al empezar este libro, contiene una *poesía*, ó más bien una tontería en verso, que lleva el título de *Íntimas*, y debajo del título esta advertencia:

«Especial para *Armonía literaria*.»

Por cierto que mejor que *armonía*, la cuadraba á la tal revista llamarse *algarabía*, y mejor que *literaria*, *iliteraria;* porque de todo tiene lo que se lee en el recorte, menos de armonía y de literatura.

Como que además de la *poesía*, que va firmada por *Astolfo Paz*, está fechada en Maracaibo, y es sosa y mala, por supuesto; contiene unos fragmentos en prosa, en los cuales se introduce á la Virtud hablando y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diciendo que «*el progreso* es el último término y objetivo final de la creación».

Esta gansada indisculpable da la medida del valor de la revista mencionada; pero si faltara algún dato para apreciar su falta de númen, aquí está la composición titulada *Íntimas*.

Que empieza:

«Sentada *á su escritorio*
Mi niña escribe,
Pensamientos que el alma
Puros concibe,
A la hora en que el astro
Rey de la noche
Surje de hondos abismos
En *áureo coche*.»

Que no es áureo, sino plateado. Pero nada tiene de particular que el vate Astolfo confunda los metales.

¡Si no confundiera otras cosas!

Aparte de que eso del *áureo coche* es ya muy viejo.

Pero viejo y todo, los poetas cursis lo siguen diciendo con referencia al sol: no á la luna, de cuyo brillo nunca se ha dicho que sea de oro, sino de plata.

Y además, tampoco está bien aquello de «sentada *á su escritorio* mi niña escribe».

El vate Astolfo ha oído decir que uno está *sentado á la mesa*, y cree que la misma construcción del verbo sentar, sirve para todos los sustantivos.

Bueno; siga el vate:

«¿Por qué escribe *mi niña*
Tan pesarosa?...»

¡Ah! ¿escribe pesarosa?... ¡Hombre! ¿Y en qué se lo ha conocido usted?... Díganoslo usted para que se lo conozcamos también los demás... Porque la verdad es que hasta ahora no lo habíamos notado.

Ni usted nos había dicho que *su niña* estuviese pesarosa...

Y convendrá usted conmigo, si quiere, y si no, es igual; pero creo que convendrá usted en que antes de preguntar por qué escribe tan pesarosa, era bueno haber dicho que lo estaba.

Pasemos adelante:

«¿Por qué escribe mi niña
Tan pesarosa,
Entre tímida y pura...?»

¿Entre tímida y pura, dice usted...?

¡No parece más sino que la timidez y la pureza son cosas contrarias, ó que tímida y pura son dos términos opuestos...!

De ninguna manera ¡oh vate!, de ninguna manera. La niña puede ser tímida y pura: puede ser tímida en grado máximo, y com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pletamente pura al mismo tiempo. No hay necesidad de que sea *entre tímida y pura*.

Ni siquiera posibilidad; porque precisamente la timidez y la pureza son dos cosas que no guardan entre sí relación de distancia. De modo que no se puede decir que una mujer sea *entre tímida y pura*. Porque sería lo mismo que si dijéramos de un vate que es «entre mentecato y moreno».

«¿Por qué escribe mi niña
Tan pesarosa,
Entre tímida y pura,
Triste y graciosa,
Cuando todo en el mundo
Dicha respira,
Y en el viento hay rumores
De blanda lira?»

¡Bueno! Y porque haya en el viento rumores de blanda lira, ¿ya nadie va á tener pesares...?

¡Tiene usted unas cosas, vate Astolfo!

Siga usted:

«¡Misterio incomprensible...!»

No; lo que es incomprensible es la tontería de usted... Todo lo demás se comprende con facilidad suma. La tontería de usted de querer encontrar misterio donde no le hay, es aquí lo único que no se comprende fácilmente.

¿Por qué ha de haber misterio en que la niña esté *pesarosa*, aun cuando todo respire dicha en el mundo?

Está pesarosa porque la dirige usted sus versos... Eso no es misterio: es más claro que el agua.

Vamos adelante:

«¡Misterio incomprensible...!»

Ya hemos quedado en que no hay tal misterio, ¿eh?

«¡Misterio incomprensible!
Lo que no ignoro
Es que escribe en un álbum
De hojas de oro...»

¡Mentira...!

Y mal verso también...

Pero vamos, lo más grave del caso es que el regloncito ese último «de hojas de oro», sobre no ser verso de seguidilla, tampoco es verdad.

¿Cómo y con qué había de escribir la niña en unas hojas de oro? Lo más que se le puede admitir á usted es que las hojas del álbum donde escribía la niña pesarosa, si es que escribía, tuvieran el canto dorado.

Y esto no es lo mismo que ser de oro.

A ver qué más:

«Y en la portada leo:
¡Tristes memorias
De quien llora perdidas
Sus muertas glorias.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tampoco esto es verdad. Ó por lo menos, no lo parece.

¿Cómo quiere el vate hacernos creer que la niña pusiera el título á su libro así en versos malos y ripiosos?...

Para eso era menester que la niña fuera tan tonta como el vate.

Y eso es muy difícil.

No, señor, no; yo no creo que ninguna niña, por *pesarosa* que esté, *llore pérdidas* ni sienta perder las glorias ya *muertas;* porque después de muertas, ¿para qué había de querer conservarlas?

Lo cual es decirle al vate que lo de *muertas*, después del *perdidas*, no es más que un ripio ignominioso.

Y sigue el vate:

«Joya que desde lejos
Mi vista alcanza...»

Pero ¿cuál es la joya?... ¿el rótulo ripioso?... ¡Pues vaya una joya!...

¿Es acaso la portada?... ¿Es el álbum?... ¿Son las glorias *muertas* y *perdidas*?... ¿Es la misma niña pesarosa?...

¡Cualquiera lo discurre!

Lo más inmediato á la *joya* es el rótulo; pero también es precisamente lo menos *joya*.

En fin, sigamos leyendo á ver qué se descubre:

«Joya que desde lejos
Mi vista alcanza
Como el rayo naciente
De una esperanza,
Quién pudiera *leerte*
Breves momentos...»

Vamos; ya se ha descubierto que la joya es el rótulo, ó el álbum, ó la portada; una cosa que se pueda leer, puesto que el vate desea leerla.

De modo que ya sabemos que la joya no es la niña, ni son las glorias perdidas y muertas además, ni...

Pero siga el vate:

«¿Quién pudiera leerte
Breves momentos,
Para saber de *aquella*
Los pensamientos?»

¡Hombre! ¡Con qué familiaridad trata usted á la niña!

Para saber de *aquella*... los pensamientos.

Así suele decir el marido hablando de su mujer con personas de mucha confianza... «Dijo *aquella*...» «Me encargó *aquella*...»

Y lo mismo la mujer hablando del marido: «Ya lo verá *aquel*...» «Contando con que *aquel* no se oponga...»

Mas dicho por un vate, con referencia á una niña *pesarosa*, de la cual ni siquiera es novio todavía, resulta demasiado familiar... y bajo...

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para saber de *aquella*... los pensamientos.
A ver otra copla:

«Tú, que eres el espejo...»

Este *tú* debe de ser el álbum.

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma...»

Tampoco esto está bien.

Dentro de la expresión figurada pudo decir el vate que el álbum era el espejo adonde se asomaba el alma de la niña; pero no donde se asomaba *con los ojos del alma*. Con los ojos del alma es como hay que verla.

Repitamos:

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma,
Quisiera entre mis manos
Verte un instante...»

¡Qué sintaxis también, Dios piadoso, qué sintaxis me gastan estos vates ultramarinos!...

Tú, que eres el espejo..., quisiera verte...

Como acusativo, un nominativo...

Es lo mismo que si yo le dijera al vate Astolfo: «*Tú*, que eres un poeta muy ripioso, *te* voy á pegar una zurra...»

No se dice *tú*, vate, se dice *á ti*...

«A ti, que eres el espejo, etcétera... quisiera verte entre mis manos...»

Y no como usted dice:

«Tú, que eres el espejo
Donde se asoma
Con los ojos del alma
Blanca paloma,
Quisiera entre mis manos
Verte un instante,
Por contar los latidos
De un pecho amante...»

Donde, aparte de la mala sintaxis, tampoco se ve que haya mucha sindéresis.

Pues parece que lo que el vate quiere ver un instante entre sus manos, ya no es el álbum, sino la niña. Porque lo otro, lo de contar los latidos del pecho con sólo tener el álbum entre las manos, es demasiada figura.

Y continúa el vate, cada vez con mayor desgracia; pues ya cerca de lo último se arranca en esta forma:

«¡Oh, niña de mi mente,
la soberana;
De mis negros pesares
Íntima hermana...»

¡Vamos, hombre!... ¡Mire usted que hacer á una niña *hermana* de los negros pesares!... Me parece que eso es llamarla negra, desgraciada, insufrible y todo lo malo que se puede llamar á una persona...

Y luego llamarla *hermana íntima* es otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

barbaridad mayor, porque no hay hermanos *íntimos*.

Usted, señor vate, ha oído hablar de amigos *íntimos*, y cree que el epíteto vale lo mismo para los hermanos; pero se equivoca usted en eso, como en otras muchísimas cosas.

Los amigos pueden ser *íntimos* ó no serlo. De modo que, al hablar de un amigo, no está demás decir que es íntimo, si lo es realmente. Pero los hermanos no pueden ser más que hermanos.

Es decir, pueden ser hermanos carnales, ó medio hermanos, ó hermanos en religión, ó hermanos políticos, ó hermanos de leche... Pero no hermanos íntimos, sino solamente hermanos, dentro de cada una de las clases indicadas.

Repitamos la invocación:

«¡Oh, niña *de mi mente*...»

Y esto de llamar á una niña así, *niña de mi mente*, también es nuevo...

Y malo, por supuesto.

Se ha dicho hasta ahora «niña de mi alma», «niña de mi corazón», «niña de mi vida». Pero «niña de mi mente...»

Bueno, adelante:

«¡Oh, niña de mi mente,
la soberana;
De mis negros pesares
Íntima hermana;

Bien me dicen tus ojos,
Que á mares lloran,
Las ocultas tristezas
Que te *devoran*...
Yo también con la sangre
Que *gota á gota*...»

¡Mal, muy mal! Esa asonancia de las *gotas* con el *devoran* del último verso de la seguidilla anterior hace pésimo efecto...

«Yo también con la sangre
Que *gota á gota*
Del fondo de mi herida
Caliente brota...»

¡Hombre, por Dios y por todos los santos...! Si *brota* no será *gota á gota*, y si es *gota á gota* mejor fuera haber dicho *destila*, ó haber empleado algún otro verbo análogo que denotara lentitud y escasez; porque *brotar*, con aplicación especialmente á los líquidos, denota prontitud y abundancia no muy compatibles con lo de *gota á gota*...

Lo que hay es que usted no sabe lo que es brotar, y pareciéndole á usted que *gota á gota* era buen consonante para *brota*, colocó usted la *gota* y el *brota* en los finales de dos distintos versos, sin reparar en la contradicción ó en el desatino.

Acabemos:

«Yo también con la sangre
Que gota á gota
Del fondo de mi herida
Caliente brota,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Escribiré de mi álbum
En la portada:
RECUERDOS DE UN POETA
PARA SU AMADA.»

Así, con versalitas lo pone el vate; pero ni aun así se ve la consecuencia.

¿Qué tiene que ver el que los ojos de la «niña de su mente» *la soberana*, la «hermana íntima de los negros pesares», llorando á mares (ya será algo menos) le digan al vate que la devoran tristezas ocultas..., qué tiene que ver esto con que el vate también tenga álbum y haga la majadería repugnante de escribir en él con la sangre que *brota... gota á gota* (manera nueva de brotar) del fondo de su herida: *recuerdos de un poeta para su amada?...*

Nada.

Cuando uno lee aquel «*yo también*» después de haber leído lo de las tristezas de la niña, cree uno que el vate va á decir: yo también lloro; yo también estoy triste; yo también soy devorado por las tristezas ocultas..., etc.

Pero no hay tal cosa.

El vate se contenta con decir: «*Yo también* escribiré con sangre...»

Y como de la niña no se dice que escribiera con sangre, resulta que el *también*... también está de sobra.

Como el *gota á gota* y como toda la composición...

Y hasta el vate.

XI

¡Cuánta tontería será bueno que haya dicho otro vate llamado Pimentel, y además Coronel, á propósito, ó más bien á despropósito de un escollo...!

Hay que advertir que el tal vate es venezolano y que dedica su composición, ó lo que fuere, á César Zumeta, que regularmente será otro vate al símil, y en fin, que la composición titulada *El escollo*, es un verdadero escollo literario, digo, iliterario, donde se estrellan la razón, el buen sentido, el buen gusto y todas las demás cosas buenas.

Verdad es que esto último no era menester advertirlo, porque ya lo verán ustedes.

Principia el vate Pimentel y Coronel, diciendo:

«*Tras* la *trémula* curva...»

Principio que ya es bastante malo.

Escribiré de mi álbum
En la portada:
RECUERDOS DE UN POETA
PARA SU AMADA.»

Así, con versalitas lo pone el vate; pero ni aun así se ve la consecuencia.

¿Qué tiene que ver el que los ojos de la «niña de su mente» *la soberana*, la «hermana íntima de los negros pesares», llorando á mares (ya será algo menos) le digan al vate que la devoran tristezas ocultas..., qué tiene que ver esto con que el vate también tenga álbum y haga la majadería repugnante de escribir en él con la sangre que *brota... gota á gota* (manera nueva de brotar) del fondo de su herida: *recuerdos de un poeta para su amada?...*

Nada.

Cuando uno lee aquel «*yo también*» después de haber leído lo de las tristezas de la niña, cree uno que el vate va á decir: yo también lloro; yo también estoy triste; yo también soy devorado por las tristezas ocultas..., etc.

Pero no hay tal cosa.

El vate se contenta con decir: «*Yo también* escribiré con sangre...»

Y como de la niña no se dice que escribiera con sangre, resulta que el *también*... también está de sobra.

Como el *gota á gota* y como toda la composición...

Y hasta el vate.

XI

¡Cuánta tontería será bueno que haya dicho otro vate llamado Pimentel, y además Coronel, á propósito, ó más bien á despropósito de un escollo...!

Hay que advertir que el tal vate es venezolano y que dedica su composición, ó lo que fuere, á César Zumeta, que regularmente será otro vate al símil, y en fin, que la composición titulada *El escollo*, es un verdadero escollo literario, digo, iliterario, donde se estrellan la razón, el buen sentido, el buen gusto y todas las demás cosas buenas.

Verdad es que esto último no era menester advertirlo, porque ya lo verán ustedes.

Principia el vate Pimentel y Coronel, diciendo:

«*Tras* la *trémula* curva...»

Principio que ya es bastante malo.

Porque ese *tras-la-tre...* es feo y duro. Pero no hay que parar tan pronto.

Adelante:

«Tras la trémula curva que levantan
En su vaivén las olas,
A veces como un náufrago parece
Que forcejea con la *mar rabiosa...*»

¡Bueno!... Digo, malo... Porque esto de la *mar rabiosa* ó *marrabiosa* también es muy duro y muy feo.

¡Tienen un oído estos vates, aun siendo Pimenteles y Coroneles... que más bien parecen furrieles ó rancheros ó cualquier otra cosa baja!...

¡Cuidado con el vate!... ¡La marrrabiosa!... Podía muy bien haber dicho *furiosa*, que era un adjetivo menos impropio para la mar, y el verso entonces hubiera resultado menos desapacible.

Pero nada; estos vates así, siempre se van á lo más malo.

Continuemos.

Quedábamos en que

«*Tras* la *trémula* curva que levantan
En su vaivén las olas
(*Y en estas olas creo que estaría*
Menos mal una coma;
Pero estos pobres vates inconscientes
Hasta en la puntuación faltan ó sobran)

A veces como un náufrago parece
Que forcejea con la *mar rabiosa,*
Que se sumerge en los rugientes vórtices
Que en la extensión se borra...»
(*Parece que es la mar quien se sumerge*
Y luego no es la mar, es otra cosa.)

Sigamos á ver en qué para eso.

«Mas luego surge súbito...»

Bueno; era el escollo que parecía náufrago el que se sumergía en los vórtices rugientes y se *borraba en la extensión...*

Por cierto que esto de *borrarse en la extensión* no sé yo bien lo que quiere decir; pero probablemente el vate no lo sabrá tampoco.

Adelante.

«Mas luego surge súbito
Y cual *faro de sombras...*»

¡Aprieta, manco!... que te alcanza un cojo...

¡Y cual faro de sombras!...

¡Miren ustedes que llamar á un escollo *faro de sombras!*

¡Y tanto como se ha reído la gente de aquel capitán instructor de quintos que definía la media vuelta á la izquierda diciendo que era lo mismo que media vuelta á la derecha!...

Y eso que aquel infeliz añadía: «Sólo que es todo lo contrario.» Pero el vate ni aun eso.

No hace más que llamar *faro* al escollo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bueno, *faro de sombras*, y sigue tan campante:

«Y cual *faro de sombras*...»

Vamos, que no me negarán ustedes que es una ocurrencia peregrina... ¡Llamar á un islote que apenas se ve porque está á flor de agua, *faro de sombras!*...

Por ese sistema podría el vate llamar á los hornillos que se emplean para poner piso á las calles, *soles de asfalto*... y podría cualquiera llamarle á él «Zorrilla pedestre» ó «Dante insulso», ó cualquier otra cosa por el estilo.

Veamos qué más cosas llama el vate al escollo.

«Mas luego surge súbito
Y cual *faro de sombras*,
Como *negra pirámide de hierro*
Sobre lo verde de las aguas flota...»

Esto de la pirámide negra, y de hierro por añadidura, también es otra barbaridad; porque un escollo que, como dejo dicho, ha de estar á flor de agua, apenas descubierto unas veces, y otras veces del todo cubierto, y si no, no es escollo, no puede parecerse nada á una pirámide, ni negra ni blanca.

Y sigue el vate diciendo:

«Escollo formidable
Del Océano aparición monstruosa,
Allí se quiebran con fragor los vientos...»

No es verdad.

En un *escollo* no se pueden quebrar los vientos, ni con fragor ni sin él...

Los vientos pueden quebrarse con fragor en una roca que se levante mucho sobre la superficie de las aguas. Pero esa roca en que se puedan quebrar los vientos no se llama *escollo*.

¿Cree el vate que toda roca que se alza en el mar es un escollo, aunque sea más alta que la Giralda de Sevilla?...

«Escollo formidable...»

Bueno; formidable sí se le puede llamar; no porque sea grande y alto, que es lo que se entiende comúnmente por *formidable*, sino por el miedo (*formido*) que se tiene de naufragar en él.

«Escollo formidable
Del Océano aparición monstruosa,
Allí *se quiebran con fragor los vientos*
Que de playas remotas
Vienen trayendo los *salvajes himnos*...»

Que no sé por qué han de ser salvajes precisamente...

Unas veces serán salvajes y otras civilizados.

Figúrese el vate que los vientos que han de traer los himnos al escollo vienen de las remotas playas... de Venezuela... ¿Se atreverá el vate á llamarlos salvajes entonces?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siga usted.

«Allí la espuma *fúlgida*
Que el oleaje *forja*...»

Esto de *forjar* la espuma también es un poco... disparatado.

Se conoce que el vate Pimentel no sabe de cierto lo que es *forjar*. Pero no sabiendo eso ni otras muchas cosas, ¿quién le manda meterse en honduras? Hubiera empleado un verbo más general, de esos que sirven para todo. Hubiera dicho, verbigracia, «que el oleaje forma», con lo cual no perdía nada el verso y desaparecía el desatino.

¡Qué afán de echar á perder las cosas!

«Allí la espuma *fúlgida*...»

También este epíteto es un poco atrevido; pero pase.

«Allí la espuma *fúlgida*
Que el oleaje *forja*,
Al *rudo* golpe con que estalla *unísono*
Eternamente en la *escarpada roca*...»

¡Dale con la roca escarpada!... ¡Es que está pesado!...

Vamos más adelante:

«Allí el pulpo *insaciable*,
Engendro *horripilante* de la sombra,
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia
De su calma *espantosa*...»

Bueno; y ¿por qué ha de ser espantosa precisamente la calma del pulpo? Vamos á ver... ¿Cree el vate que para hacer buenos versos no hay más que poner epítetos á trochemoche?

Pase que el pulpo fuera *insaciable* y hasta *horripilante*, si se quiere. Pero lo de llamar *húmeda* á la gruta del pulpo, ya no está bien. Primero, porque de su peso se cae que, estando la gruta en el mar, tiene que ser húmeda por fuerza, y huelga decirlo; de modo que es un ripio aquel *húmeda*. Y además, el húmeda, precedido del pronombre *su*, resulta duro de pronunciar y estropea el verso. «*Su-húmeda*...»

«Allí el pulpo *insaciable*,
Engendro *horripilante* de la sombra,
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia
De su calma *espantosa*
Sueña con el furor de las borrascas,
Con seres muertos y con naves rotas...»

Me parece que esto de presentarnos al pulpo soñando, ya es abusar un poco... ¿No le parece lo mismo al vate...?

Y sigue:

«Allí la nave que arrojó al esquife...»

La primera impresión es de que la nave fue la que arrojó... Y la segunda también...

Se necesita leer el verso siguiente para sospechar que acaso la nave sea la arrojada, y otros dos versos más para saberlo de cierto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y habrá de convenir el vate en que esto de escribir de modo que el lector entienda al revés las cosas, no es una perfección ni mucho menos.

«Allí la nave que arrojó al esquife
Corriente tormentosa
Se abate, y deja en las agudas piedras
En mil pedazos sus *deshechas* lonas...»

En mil pedazos deshechas sus lonas, habría querido decir el vate. Pero como así no había verso, acudió el vate á la trasposición, que le resultó infelicísima. Como que parece que la nave llevaba ya deshechas las lonas, *sus deshechas lonas*, antes de tropezar con el escollo.

Esto, aparte de que en un escollo no suelen romperse las velas de la nave; se la suelen romper la quilla, los costados, etc., pero no *las lonas*.

El vate, sin embargo, dice que

«Se abate y deja en las agudas piedras
En mil pedazos sus *deshechas* lonas,
Como un blanco sudario en los *sombríos*
Y *abiertos* brazos de una cruz *marmórea*...»

O granítica, que para el caso sería lo mismo. ¿Por qué habrá de ser precisamente *marmórea* (no siendo por el asonante) la cruz de los *sombríos* y *abiertos* brazos para que resultara bien la comparación del sudario blanco y de las lonas?

Comparación que resulta una sosada, después de todo; porque siendo blancas las velas, ¿qué remedio tenían más que parecerse á un sudario blanco?

Naturalmente. Como una sábana se parece á otra.

Y ahora viene el golpe final, que es de lo mejor que puede darse.

Verán ustedes:

«Y *alma* de aquel escollo...»

Vamos á ver cuál es el alma... ¿Si será el pulpo, el bribón del pulpo soñador de que el vate nos habló antes?...

«Y *alma* de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca...»

¡Caracoles! ¡Una roca que tiene ilusiones... aladas, y que al mismo tiempo que son aladas ilusiones de la roca son alma del escollo!...

Esto es el disloque, como dice la gente de los barrios bajos...

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la *negra sirte*...»

Que es la misma roca y el mismo escollo con otro mote...

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la negra sirte
Hicieron las gaviotas
El nido de su amor...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Sí! ¡Buena verdad!... No lo crea usted, vate, no lo crea. Las gaviotas no hacen el *nido de su amor*, como usted dice, en un escollo, descubierto á veces cuando baja la marea, y cubierto otras veces por las aguas, como usted mismo le pinta cuando dice:

«Que se sumerge en las rugientes vórtices,
Que en la extensión se borra.
Mas luego surge súbito...»

¿No ve usted que si anidaran las gaviotas en un islote así, barrido por las olas y aun cubierto á ratos, las olas se llevarían los nidos?

No; las gaviotas, que no son tan tontas como usted se figura, suelen posarse un rato en el escollo cuando las olas le dejan libre; pero anidar no anidan allí, anidan en las rocas de la orilla del mar, ó en las de dentro del mar, con tal que sean bastante altas para que el agua no las cubra nunca.

Esto á cualquiera se le alcanza, excepción hecha de algún vate que otro.

Bueno; quedamos en que no es verdad que las gaviotas hagan *el nido de su amor* ni ningún otro nido en el *escollo*, y siga usted.

«Y alma de aquel escollo,
Ilusiones aladas de la roca...»

¡Ah! Se me olvidaba decir á usted que eso de llamar á las gaviotas alma del escollo porque se posen en él de vez en cuando es una simpleza, y lo de llamarlas además ilusiones aladas de la roca porque vivan en ella es una extravagancia muy grande, una majadería, mejor dicho.

¡Suponer que la roca tiene ilusiones y que esas ilusiones son las gaviotas!...

¡Vamos, hombre! Hay que ser más formal, Sr. Pimentel; aun escribiendo en verso, hay que ser más formal y no soltar semejantes desatinos.

«Y alma de aquel escollo,
Aladas ilusiones de la roca,
Allí también sobre la negra sirte
Hicieron las gaviotas
El nido de su amor *(Una mentira*
Es lo que dice usted, como una loma
O un poquito mayor) y en él saludan
Las tempestades que el espacio azotan
Las blancas velas que á lo lejos pasan...»

Todo palabrería hueca y sosa
Que no servirá nunca para nada,
Ni es poesía, ni arte, ni da gloria;
Mas tenga usted en cuenta, vate incauto,
Y nunca olvide usted, que las gaviotas
No anidaron jamás en el escollo,
Sino en las altas cimas de las rocas.

Ya ve usted, Sr. Pimentel, y Coronel y todo, qué cosa tan fácil es hacer versos sin decir desatinos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

NUEVOS PROYECTILES

(A Mariano de Cavia.)

¡Pobres boers!

Como si no tuvieran bastante con resistir á las huestes y á las crueldades británicas; como si fueran poco mortíferos los campos de concentración y las colonias de prisioneros; como si no fueran sobradamente destructores los fusiles ingleses de repetición y los cañones de tiro rápido (no á la *Weileriana*, como los nuestros, sino de verdad), y las balas dun-dun, y las granadas... *don-don* cargadas con los explosivos más poderosos, llegó un día en que comenzaron á sufrir nuevos disparos con proyectiles nuevos, mucho más terribles que todos los conocidos.

Y ¿sabes, Mariano, de dónde partió aquella agresión alevosa?

¡Ah! Esto es lo más triste... De donde menos lo podían esperar los pobres boers: de esta infortunada patria nuestra á quien todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los injustamente oprimidos han sido siempre tan simpáticos.

¿Que si es posible, me preguntas?

¡Vaya si es posible! Como que desgraciadamente es un hecho innegable.

Y toda la culpa la has tenido tú.

Sí, querido Mariano, tú has tenido la culpa de la mayor contrariedad que últimamente afligió á los pobres boers, y que fue, á mi juicio, la que les obligó á firmar la paz con los ingleses; tú, que tienes ocurrencias diabólicas...

Entusiasmado con una de las mil hazañas heroicas de los boers, y echando de menos un poema ó siquiera una oda que dignamente la celebrara, dijiste... ¿no te acuerdas?... dijiste un día en *El Imparcial* en letras titulares: LOS POETAS DUERMEN.

¡Buena la hiciste!

¡Como hay Grilo, que la hiciste buena!

LOS POETAS DUERMEN...

¡Sí, dormirían!... ¡Qué habían de dormir, hombre!...

Es decir, los poetas puede ser que dormieran, no digo que no dormirían..., si es que, después de haber enterrado á Zorrilla y á Campoamor, nos quedaba alguno...

Pero los poetastros, los malos versificadores siempre están más despiertos que el demonio, que no duerme nunca.

Así es que, apenas el periódico llevó tu

acusación por todos los ámbitos de España, quisieron los que se creían acusados desmentirte, y comenzó á caer sobre los valientes y sufridos boers una verdadera lluvia de... sonetos, más mortíferos y devastadores que las famosas granadas de melinita...

Como lo oyes, hombre. Creyendo buenamente que lo de *poetas* iba con ellos, en cuanto se oyeron los versificadores ripiosos argüir de durmientes, cada cual hizo parapeto ó batería de un periódico ilustrado, ó sin ilustrar, y empezaron el tiroteo con ardor digno de mejor causa.

Y como seguían y seguían disparando sonetos ¡qué crueldad, Mariano amigo! y no llevaban trazas de acabar tan pronto, es claro, los pobres boers, que aun cuando no supieran mucho castellano, sabían lo suficiente para no ser del todo invulnerables al soneto ripioso y para no dejar de sentir su influjo maligno; los pobres boers, entre los que había muchas almas delicadas y de buen gusto, no pudieron resistir la granizada y aceptaron la paz á toda prisa, para que nuestros vates no siguieran disparándoles sonetos laudatorios ni haciendo estragos en el campo de la poesía...

¿Pero tú no oíste el tiroteo? ¿No te enteraste de la calidad de los proyectiles?...

Pues deja, que te voy á enseñar dos de los primeros disparados, que no llegaron á hacer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

explosión, y recogidos de entre la maleza literaria de un periódico, han venido á mi poder casualmente.

Uno fue disparado desde las ventanas del *Blanco y Negro* por un tal Francisco de Espinosa, á quien no tengo el gusto de conocer, y es de esta figura:

Á LOS BOERS...

Ya ves ¡oh Mariano! que la puntería no puede ser más descarada.

Así, directamente: Á LOS BOERS.

Y después... fíjate:

«Genios y musas *de la eterna gloria*,
Venid á iluminar la mente *mía*...»

¡No pide poco el hombre! Que los genios y las musas de la eterna gloria vengan á iluminar su mente ó la mente *suya*...

Y luego... para nada. Ya verás.

Aparte de que no se sabe si esa *eterna gloria* es la que esperamos los cristianos, en la cual no hay musas, ó quiere ser la vana gloria mundana, la cual no es eterna.

Sigamos á ver:

«Genios y musas de *la eterna gloria*,
Venid á iluminar la mente mía,
Y *en alas* de la *hermosa* fantasía
Cantaré de los boers la victoria.»

En alas precisamente.

Como ves, el vate no quiere cantar sino volando.

Pero ¿quién le habrá dicho á él que su fantasía es *hermosa?*

Pues no sé por qué se me figura á mí que no hay nada de eso.

Lo que me parece, en cambio, es que el vate debe de ser muy presumido y muy aparatoso.

Como que, para un simple soneto, hace su invocación en forma, como si fuera á *cantar* todo un poema épico.

Y es claro, ya ha invertido un cuarteto en la invocación...; conque, á poco que se descuide, se le va todo el soneto en ella y ¡adiós canto!

Dejémosle que siga:

«Acuden *en tropel* á mi memoria
Los antiguos recuerdos que *en un día*
Hicieron con los hombres de valía
Las páginas brillantes de la historia...»

Y á todo esto, ya el vate ha concluído ambos cuartetos sin *cantar* todavía ni una palabra de la victoria de los boers.

Todo se le ha ido al hombre en preámbulos...

Digo, en disparates.

Porque ¡cuidado que disparata de tieso!

¡Hasta nos quiere hacer creer que las pá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginas brillantes de la historia se hicieron *en un día!*

Y además dice que se hicieron *con los hombres de valía*, en vez de *hacerse* con tinta y papel.

Y afirma que las hicieron los recuerdos, en lugar de hacerlas los cajistas...

¿Verdad, Mariano amigo, que es disparatar á destajo?

Pero ¿quién será el director literario del *Blanco y Negro*, que publica estas cosas?...

¿Que dicen por ahí que es Pepe Roure?...

No hagas caso; debe de ser una calumnia.

Roure es persona de buen gusto, y no podía admitir tales mamarrachadas.

Yo no lo creo, aunque me lo juren.

Seguramente habrá allí quien mande algo más que él, sabiendo mucho menos...

Pero vamos á los tercetos de Espinosa, á ver si al fin canta ó qué hace.

«Indomables, *intrépidos* y *fieros*...»

¡Bueno! pues ahora, en lugar de cantar parece que riñe.

Porque no otra cosa que el principio de una riña semeja esa gorgozada de epítetos, dos de ellos asonantes y alguno casi que injurioso.

Digo, me parece que ¡eso de llamar fieros á los boers, cuando se estaban pasando de humanos!...

El vate se conoce que quiso decir valientes...

Pero oigámosle:

«Indomables, *intrépidos* y *fieros*,
Vosotros *mis* valientes *africanos*...»
Ni de usted ni africanos verdaderos...

Mas no, éste no es el tercer verso de Espinosa; éste le hice yo sin querer, pensando en las inexactitudes ó dígase en los ripios del precedente.

El terceto entero de Espinosa es como sigue:

«Indomables, *intrépidos* y *fieros*,
Vosotros, *mis* valientes *africanos*,
Regáis con vuestra sangre los *senderos*.»

¡Hombre! ¿Los *senderos* precisamente, y precisamente nada más que los senderos?... También regarían los caminos, y las tierras labrantías, y los matorrales.

A lo que es cuenta, el vate este cree que los boers andaban siempre por los senderos como las cabras.

Y concluye:

«De Napoleón y César sois hermanos...»

¡Qué atrocidad! Y ¡qué verso tan largo, al mismo tiempo!

Porque debo advertir al vate que no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dice *Napolón*, así, en tres sílabas, sino Na-po-le-ón, en cuatro.

Sin que valga citar el ejemplo de Samaniego, que dijo, queriendo hacer dos versos octosílabos:

«A un horrible *león* venció:
Otro *león* que el cuadro vió...»

Porque estos dos versos no son realmente de ocho sílabas, sino de nueve; lo cual quiere decir que para de ocho son muy malos, y los malos ejemplos, sean de quien fuesen, no deben citarse ni seguirse...

El mismo Samaniego, en la misma décima, usó la palabra *león* con su prosodia propia y natural, es decir, con dos sílabas, en este otro verso:

«No fue león el pintor»

Pero, en fin, el caso es que el vate Espinosa concluye diciendo:

«De *Napolón* y César sois hermanos,
Y el *espíritu ardiente* de guerreros...»

¿El *espíritu ardiente?*... ¿Será el espíritu de vino?...

A lo menos, si no lo es, lo parece; porque siendo el espíritu de vino un espíritu que

arde... pues *espíritu ardiente;* llamémoslo hache.

A más de que el espíritu de vino rebajado se llama *agua-ardiente;* de manera que también por aquí se ve la conveniencia del nombre.

Lo que hay es que si el vate quiso decir realmente que el alcohol era lo que hacía á los boers soberanos del mundo, fue injusto en demasía; porque los boers tienen fama de sobrios y morigerados.

A ver si acabamos el terceto:

«De *Napolón* y César sois hermanos,
Y el *espíritu ardiente* de guerreros
Del mundo entero os hace soberanos...»

¡Háganoslo usted bueno!... ya que el soneto no le haya hecho usted así—le podrían decir los boers al vate.

No se lo dirán, porque nunca aspiraron á tanto como á ser soberanos del mundo, y ahora ya, menos.

¡Ay! Con volverlo á ser de las fértiles orillas del Vaal y del Orange, se verían contentísimos...

Con tal de que les dejaran en paz los *poetas*... con letra bastardilla...

***

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Ves, amigo Cavia, el daño que causaste con aquello de LOS POETAS DUERMEN? ¿Ves lo que hiciste con haber despertado la perniciosa actividad de los poetastros de nuestra tierra?...

Pues todavía como que no has visto nada, porque el otro soneto es peor, si cabe.

Y eso que no es de un vate vulgar y desconocido, como este Espinosa, con ó sin Monteros, lo cual para lo de mal poeta no alza ni baja, sino que es de un vate académico, del malogrado Emilio Ferrari.

¿Te acuerdas de Ferrari?... De aquel muchacho tan guapo, tan simpático y tan inteligente que vino de Valladolid hará veinticinco años...

Y te advierto, Mariano amigo, que si le llamo *malogrado* no es porque se muriera de joven, pues no se ha muerto aún, y Dios le dé muchos años de vida; sino porque de joven ingresó en la Academia, que viene á ser lo mismo, y no sé si diga que es peor todavía que morirse...

Pues sí; de seguro te acordarás de Emilio Ferrari, de cuando nos leía su poema *Pedro Abelardo*, con algunas otras composiciones, y todos decíamos que era un joven que prometía...

Bueno, pues nada, no ha cumplido nada...

Los académicos, ya se sabe, aunque prometan, no cumplen nunca.

A no ser que sean académicos como Comelerán y otros así, que tampoco prometen de jóvenes más que barbaridades.

Estos son los que cumplen siempre...

Pero verás, verás el soneto de Ferrari.

La dirección es: AL PUEBLO BOER.

Y en cuanto le enfila, dispara diciendo:

«Ejemplo *insigne* de *viril* constancia...»

¿Buen principio, eh?...

En un solo verso, en cuatro palabras, dos epítetos vulgares, gastados y superfluos, dos verdaderos ripios...

«Ejemplo insigne de viril constancia
La *magnitud* homérica *revistes*...»

¿Verdad que es feo y pobre?

No encuentra el vate otra cualidad que predicar del pueblo boer más que la *magnitud*, que, entrañando principalmente la idea de tamaño ó volumen, resulta falsa; porque el pueblo boer, materialmente, es muy pequeño.

¡Cuánto más propio y más poético hubiera sido decir *grandeza!*

Lo que hay es que esta palabra no llenaba el verso...

Además, el adjetivo *homérico* puede ser aplicado á un poema, á una entonación, has-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta á una hazaña, comparándola con las que Homero cantó aunque no las realizase; pero no puede ser aplicado á un pueblo.

Y luego el verbo *revestir* tampoco está ahí á la altura de las circunstancias.

La segunda mitad del cuarteto no es mejor, sino que guarda analogía con la primera.

Véase la clase:

«Y en esta *vieja sociedad subsistes*
Cual resto *vivo* de tu heroica infancia.»

Pedestre y bajo todo ello.

Impropio y pobre el verbo *subsistir*.

Inadecuado el sustantivo *sociedad*.

Impropio también y falso el adjetivo *heroica* aplicado á la infancia del pueblo boer, que en ella no fue más que agricultor laborioso.

Y luego una simpleza aquello de *cual resto vivo*, etc., y todo el verso último; pues aparte de lo despreciativo de la palabra *resto*, no tiene nada de particular que el pueblo boer sea *resto vivo* de su infancia...

Lo mismo le pasa al vate y á cualquiera: todo el que vive ó existe, ó *subsiste*, es *resto vivo* de su infancia hasta que se muere.

Pero veamos el cuarteto entero:

«Ejemplo *insigne* de *viril* constancia
La *magnitud* homérica *revistes*,
Y en esta *vieja sociedad subsistes*
Cual *resto vivo* de tu *heroica* infancia.»

¿Quién nos había de decir, amigo Cavia, que aquel joven poeta del *Pedro Abelardo* había de hacer, andando el tiempo, cuartetos tan desdichados y tan malos como éste?

Seguramente no lo hubiéramos creído nunca.

Pero eso es lo que tiene la Academia... Influencia mortal. Entrando en aquella casa... ¡adiós poesía!...

Y buen gusto, y sentido común, y todo.

Segundo cuarteto:

«Resistir sin desmayo ni arrogancia
Por tu derecho *como tú resistes...*»

Y van tres consonantes, que son tres segundas personas de presente de indicativo: *revistes*, *subsistes*, *resistes*...

Así... variadito.

«Resistir sin desmayo ni arrogancia
Por su derecho, como tú resistes,
Es renovar en nuestros días tristes,
Los días de Sagunto y de Numancia.»

¡Qué nuevo es esto de «los días de Sagunto y de Numancia!» ¿Verdad?

Lo menos habré yo leído ese verso de

«Los días de Sagunto y de Numancia»

unas veintisiete veces... y media.

No creas que lo de la *media* es una exageración ó una broma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No: es verdad.

Porque la última vez que he empezado á leer ese verso, en el soneto de Ferrari, ya no le he podido acabar...

Los tercetos dicen:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera...*»

Al primer tapón... *miserable hubiera*, ó *miserablubiera*...

¡Qué unión de voces tan acertada y tan dulce!

Y es que la Academia endurece también y estropea el oído de los que entran en ella.

Porque bien sabido es que Ferrari, en sus verdes abriles, no hubiera puesto al final de un verso esas dos palabras juntas: *miserable hubiera*.

Con sinalefa y todo: *miserablubiera*.

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*
Un hombre como Byron, todavía,
De alma *en su tedio*...»

¿Qué será esto de «alma en su tedio»?

Parece algo así como «calamares en su tinta».

Vamos á ver:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*
Un hombre como Byron, todavía,
De alma *en su tedio* generosa y fiera,
Él, uniendo á la acción la poesía...»

El, no digo que no, quizá lo hiciera;
Pero lo que es usted, ¡qué tontería!...
Usted, como académico, á fe mía,
No hace ni hará otra cosa
Que unir prosa á la prosa
Y ripio al ripio, un día y otro día.

Porque ¡cuidado que es prosáico el sonetillo!

«Si en nuestro tiempo miserable hubiera todavía un hombre como Byron, de alma generosa y fiera *en su tedio*...»

Ya lo ves, Mariano: en cuanto se les quita á los versos la forma externa, si exceptúas lo de *en su tedio*, que es lo peor, todo lo demás parece prosa corriente, aunque mala.

Veamos los dos tercetos juntos y acabados:

«Si en nuestro tiempo *miserable hubiera*
Un hombre como Byron, todavía,
De alma *en su tedio* generosa y fiera,
Él, uniendo á la acción la poesía,
Por *ti en tus* campos á morir corriera
Y tu causa muriendo cantaría.»

Claro que así, leídos de un tirón, no son mejores que antes.

Porque siempre les quedan el *miserablubiera*, el *alma en su tedio* y el *por ti en tus...* ó *portientus*, que es como se lee, y que es otra *belleza* de primer orden.

Y ahora, visto lo visto, ¿volverás, mi querido Mariano, á despertar á los *poetas*?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡No, por Dios, no! Déjalos dormir... Mejor están durmiendo...

POSDATA.—Si me preguntas, amigo Mariano, por qué mezclo en este *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS los sonetos de dos vates peninsulares, te diré que por razón del asunto á que están dedicados, ó sea por la naturaleza de las víctimas; porque fueron disparados contra los boers, que, morando en el Africa Austral, desde que se hizo la cortadura del istmo de Suez, son ultramarinos en toda la extensión de la palabra.

XIII

Anda por Venezuela un *Libro de lectura* en varios cuadernos, de los cuales el señalado con el número 2 ha venido por casualidad á mis manos, si es que se puede llamar casualidad á la fina atención de un amigo.

Y como el tal cuaderno número 2, formado con trozos escogidos de obras de escritores americanos, contiene muchos versos ripiosos, que prueban lo malos poetas que son sus autores, y al mismo tiempo el mal gusto del coleccionador, voy á entresacar y presentar algunas muestras con los correspondientes comentarios, para escarmiento y enseñanza.

Lo primero que me chocó en el susodicho *Libro de lectura* fue el título, un tanto perogrullesco; porque *de lectura* suelen ser todos los libros.

Libro de lectura... ¡No, que será de comestibles!... ¡Qué cosas tienen algunos literatos!

Y después también me chocó, por lo malo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡No, por Dios, no! Déjalos dormir... Mejor están durmiendo...

POSDATA.—Si me preguntas, amigo Mariano, por qué mezclo en este *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS los sonetos de dos vates peninsulares, te diré que por razón del asunto á que están dedicados, ó sea por la naturaleza de las víctimas; porque fueron disparados contra los boers, que, morando en el Africa Austral, desde que se hizo la cortadura del istmo de Suez, son ultramarinos en toda la extensión de la palabra.

XIII

Anda por Venezuela un *Libro de lectura* en varios cuadernos, de los cuales el señalado con el número 2 ha venido por casualidad á mis manos, si es que se puede llamar casualidad á la fina atención de un amigo.

Y como el tal cuaderno número 2, formado con trozos escogidos de obras de escritores americanos, contiene muchos versos ripiosos, que prueban lo malos poetas que son sus autores, y al mismo tiempo el mal gusto del coleccionador, voy á entresacar y presentar algunas muestras con los correspondientes comentarios, para escarmiento y enseñanza.

Lo primero que me chocó en el susodicho *Libro de lectura* fue el título, un tanto perogrullesco; porque *de lectura* suelen ser todos los libros.

Libro de lectura... ¡No, que será de comestibles!... ¡Qué cosas tienen algunos literatos!

Y después también me chocó, por lo malo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naturalmente, un soneto con el título bastante largo y en verso de seguidilla.

De esta figura:

«A UNA NIÑA LLORANDO
POR UNAS FLORES.»

«SONETO.

«Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores...»

¿Que esto así solo no tiene sentido, dicen ustedes?

Claro que no; ni con lo que sigue tampoco.

Porque lo que sigue son estos dos versos:

«Y *mil* gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian *con un velo.*»

Y aquí, punto final.

De manera que ya ven ustedes cómo estos versos últimos de nada sirven para la inteligencia de los dos de antes.

«Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores...»

Para entender esto de alguna manera hay que suplir entre las dos primeras palabras un verbo, la segunda persona del presente de indicativo del verbo ser: «Apenas *eres* niña.»

Pero aun así tampoco se entiende bien;

porque no se sabe si llama el vate «apenas niña», á la aludida, porque todavía no lo es enteramente, ó porque hace poco que lo es, ó porque ya va dejando de serlo.

¡Apenas niña!...

«Apenas niña, y el *intenso* duelo
Te llena el corazón de sinsabores.»

Tampoco esto último está bien. Aun prescindiendo de lo de *apenas niña*, tampoco está bien lo que sigue.

Porque el duelo *intenso* no llena el corazón de sinsabores.

Al contrario, los sinsabores son los que llena de duelo el corazón.

Pero el vate Tovar... porque este vate, autor del soneto

«A una niña llorando
Por unas flores»,

se llama Pantaleón Tovar, y es mejicano; el vate Tovar tiene especial afición á decir las cosas al revés, porque sin duda le gustan más al revés que á derechas.

Por eso continúa su soneto diciendo:

«Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian *con un velo.*»

¡Mentira!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los enturbiarán con llanto, es decir, por sí mismas, las *mil gotas*, aunque algunas menos serán regularmente; pero no con un velo.

¿Dónde habían de ir las *mil gotas* por el *velo* para enturbiar con él los fulgores de los ojos de la *apenas niña?*

Nada; que no se le puede creer nada á este vate.

En el segundo cuarteto sigue hablando con la *apenas niña* y la dice en un verso vulgarote y cursi:

«Quien te hace padecer insulta al cielo...»

Y después de este verso pone puntos suspensivos y pregunta á la *apenas niña* todo esto que sigue:

«¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?»

Estas tres preguntas, bien claro se ve que son tres ripios.

La primera desde luego estaba de más, porque ya la había contestado el vate en el título del soneto.

¿No nos ha dicho allí que el soneto iba dedicado

«A una niña llorando
Por unas flores?»

Pues habiéndonos dicho ya eso al empezar,

¿qué necesidad tenía luego de preguntar á la *apenas niña* por qué llora?

¿Por qué ha de llorar?... Por unas flores. ¿No lo ha dicho usted antes?

Y sabiendo ya que la *apenas niña* lloraba por unas flores, ¿qué necesidad tenía tampoco de preguntarla qué anhelaba?...

Pues, naturalmente, anhelaba otras flores; y la pregunta segunda es otro ripio.

Y otro ripio es también la tercera. ¿Quieres flores?

¡Claro que las querrá! ¿Qué necesidad tiene el vate de preguntárselo, habiendo dicho ya que lloraba por ellas?

Quedamos, pues, en que las tres preguntas que forman el segundo verso del segundo cuarteto son tres ripios; y vamos adelante:

«Pues yo te las daré...»

Pues déselas usté.

Y mejor era que desde luego se las hubiera usted dado sin entretenerse á preguntarla.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...»

Así, entre admiraciones, pone el *pero no llores* el vate.

«Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...
No llores, alma mía...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Me parece que bastante era decirla *no llores* una vez, aunque fuera sin admiraciones. De modo que ese segundo *no llores* viene á ser otro ripio... ¡Y las admiraciones no digo nada!

Pero reproduzcamos el cuarteto junto:

«Quien te hace padecer, insulta al cielo...
¿Por qué lloras?... ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?...
Pues yo te las daré; ¡pero no llores!...
No llores, alma mía; y si en el suelo...»

¡Adiós con mil diatres!

El pobre vate no pudo llenar los cuartetos con un pensamiento solo, ni con dos completos, ni con tres, ni con cuatro... y tuvo que meter á lo último un cacho de otro.

Que acabará de manifestar ó desarrollar luego en los tercetos, lo cual es cosa muy fea, porque denota mucha pobreza de númen.

Vamos á ver en qué para.

«. . . . . ; y si en el suelo
No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida...»

¡Qué ha de convidar, hombre!

¡Mire usted que una frente de seda convidará bien al amor!

«. . . . . ; y si en el suelo
No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida,
Si no hay *en él* quien abrazarte pueda...»

¡Qué tonterías dicen algunos vates!

Por supuesto, que ese *pueda* final debía ser *quiera*, para que la cosa tuviera sentido, aunque malo; pero como el *quiera* no es consonante de *seda*...

Verdad es que también podía el vate, en vez de hacer *de seda* la frente de la *apenas niña*, habérsela hecho de *madera*, lo cual no era más impropio, ni tanto quizá, y entonces ya podía haber dicho *quiera* en lugar de *pueda*, sin daño de la rima.

¡Ah!, y es de advertir que ese *él* del último verso copiado, «si no hay en *él* quien abrazarte pueda», no es el amor, como á primera vista parece, y como pide la sintaxis...

A la cual, teniendo que habérselas con vates de estos, lo mismo la da pedir que no pedir, porque nunca la conceden lo que la corresponde.

Ese *él* es *el suelo* que quedaba ya allá atrás, á una legua.

«Si no hay en él...»

Es decir, en el suelo.

«Si no hay en él quien abrazarte pueda,
Ven á mi seno...»

¡Hombre, hombre!... ¿Pero usted tiene seno, vate?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Verdad es que ya me encontré en otra ocasión con otro vate que tenía regazo... O por lo menos creía él que le tenía.

«Ven á mi seno; y beberé, mi vida...»

¿Qué querrá beber este insensato?...

XIV

En el mismo *Libro de lectura* que anda por Venezuela, me he encontrado con una *poesía* de Andrés Bello, muy larga, aunque no muy poesía, titulada *La Oración por todos.*

Me parece haber dicho ya en otra ocasión que Andrés Bello, á quien tienen los americanos todos y especialmente sus paisanos los de Venezuela, en gran predicamento, era un pedante, que de todo quería entender y de todo hablaba y escribía con tono doctoril, y hasta hacía versos dándose aires de gran poeta, de lo cual, sin embargo, no tenía más que los aires que él se daba.

Como prueba de que Bello no era poeta, sino un mal versificador, he citado ya en otro libro (1) unos versitos de su traducción de la oda de Horacio *O navis!* en donde nos pone al sol metiéndose por la noche en una alcoba

(1) En el titulado: DES-TROZOS LITERARIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Verdad es que ya me encontré en otra ocasión con otro vate que tenía regazo... O por lo menos creía él que le tenía.

«Ven á mi seno; y beberé, mi vida...»

¿Qué querrá beber este insensato?...

XIV

En el mismo *Libro de lectura* que anda por Venezuela, me he encontrado con una *poesía* de Andrés Bello, muy larga, aunque no muy poesía, titulada *La Oración por todos.*

Me parece haber dicho ya en otra ocasión que Andrés Bello, á quien tienen los americanos todos y especialmente sus paisanos los de Venezuela, en gran predicamento, era un pedante, que de todo quería entender y de todo hablaba y escribía con tono doctoril, y hasta hacía versos dándose aires de gran poeta, de lo cual, sin embargo, no tenía más que los aires que él se daba.

Como prueba de que Bello no era poeta, sino un mal versificador, he citado ya en otro libro (1) unos versitos de su traducción de la oda de Horacio *O navis!* en donde nos pone al sol metiéndose por la noche en una alcoba

(1) En el titulado: DES-TROZOS LITERARIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como un huésped de á dos pesetas, pues dice á la nave:

«Que tu nombre famoso
En reinos de la Aurora,
Y en donde al sol recibe
Su cristalina *alcoba*...»

Imagen por cierto desdichadísima para indicar el Occidente.

También he citado el hecho de que en su silva *A la Agricultura en la zona tórrida*, para dar consonante á la *yuca* no tuvo inconveniente en presentarnos á la patata *educando* á sus crías, pues dijo:

«Para tus hijos la *procera* palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía;
Su blanco pan la *yuca*,
Sus rubias pomas la patata *educa*.»

Disparate que, aparte la fuerza del consonante, no puede tener otra explicación que la ignorancia de lo que significa el verbo *educar*, que no es criar materialmente, y que ni en su sentido usual puede emplearse así, ni tampoco en su sentido etimológico, porque precisamente la patata no saca á luz sus tubérculos, sino que los cría debajo de tierra.

Bueno, pues la *poesía* titulada *La oración por todos*, no me hará mejorar la opinión

acerca de Andrés Bello como poeta; porque... verán ustedes:

«Vé á rezar, hija mía. *Ya es la hora*
De la conciencia y del pensar profundo...»

¿La hora de la conciencia?... ¿A qué hora llamaría el presuntuoso vate *hora de la conciencia?*

De la conciencia son todas las horas, pues á todas está obligado el hombre á tenerla y á vivir y obrar concienzudamente.

«Vé á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo;
Cesó el trabajo afanador, y *al mundo*
La sombra va á colgar su pabellón.»

Bueno: por eso de que «cesó el trabajo» podemos ya venir en conocimiento de que *la hora de la conciencia* para el Sr. Bello es la noche... Si hubiera dicho «la hora *del examen de conciencia*», se hubiera podido entender más pronto. Pero, en fin, entendido.

Lo que no se entiende ni pronto ni tarde es eso otro de que «*al mundo la sombra va á colgar su pabellón*».

¿Qué será eso?... ¿Qué querrá decir?...

¡La sombra va á colgar su pabellón al mundo!...

¿El mundo será el clavo?... ¿De quién será el pabellón?... ¿Del mundo ó de la sombra?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada... no es posible averiguar nada, ni entender nada..., sino que la expresión es una tontería por cualquier lado que se la mire.

Otra media octava:

«Sacude el polvo el árbol del camino...»

¿A quién?... ¿A quién sacude el polvo el árbol?... ¿Al camino?... ¿Es que sacude el polvo del camino el árbol?... ¿O es que *se* sacude á sí mismo el polvo que se le sube del camino?... ¿O es que del camino es el árbol?...

«Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche...»

¡Ah! Pero entonces no es el árbol el que sacude el polvo, es el soplo de la noche el que sacude el polvo al árbol.

Lo cual, además de estar dicho al revés, porque lo derecho era decir: «sacude el polvo *al* árbol del camino *el* soplo de la noche»; además de estar dicho al revés, no suele ser verdad tampoco. A no ser que el *soplo de la noche* sea un cierzo fuerte, que entonces puede ser. Pero si se trata de una simple marea un poco más fresca que la del día, que es á lo que se suele llamar soplo de la noche, ésta no sacude el polvo á los árboles.

Vamos á otra octava:

«¡Mira!...»

Bueno, que mire. Pero me parece que para mandar á la niña mirar, no se necesitaba escribírselo con admiraciones.

A no ser que tan estupendo sea el espectáculo...

«¡Mira! *su ruedo de cambiante nácar*
El Occidente más y más *angosta*...»

Aparte de que la claridad que se ve al Occidente después de puesto el sol no suele parecer de nácar, ni cambiante ni fijo, y aparte de que no es un ruedo, sino un medio ruedo, y aparte de que el verbo angostar no es muy propio que digamos para aplicado á un semicírculo que se disminuye, repito que para mandar á la niña mirar eso no era necesario decirla: ¡Mira! con tanto aparato.

La otra media octava:

«Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la *tarda*...»

¿Que qué es la tarda?...—No lo sé todavía... Probablemente será un consonante. Pero esperen ustedes á que lea el otro verso, á ver si se descubre...

Además, claro que el albergue rústico no suele brillar, ni aunque esté *aderezado*, que tampoco lo suele estar para la pobre cena...

Porque una cena pobre no necesita muchos aderezos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y de todos modos serían éstos de la cena, y no del albergue.

«Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la *tarda*
Vuelta del labrador la esposa *aguarda*...»

¿Ven ustedes como la tarda era un consonante?... Un consonante á *aguarda* y no otra cosa...

Es decir, otra cosa es también: un epíteto de la vuelta. Y siendo un epíteto innecesario, es, por consiguiente, un verdadero ripio.

Y un ripio muy feo, por estar colocado solo, al final de un verso, precedido de la conjunción *y*, de manera que parece otro sustantivo como el albergue, regido también del verbo brillar, como el albergue... rústico.

La tercera octava:

«Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido *diamante*...»

Llama diamantes á las estrellas, lo cual en sí no tiene nada de particular; pero verán ustedes las consecuencias que nos trae...

«Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido *diamante*;
Y ya apenas de un carro *vacilante*
Se oye *á distancia* el *desigual* rumor...»

Ya ven ustedes... Por haber llamado *diamante* á la estrella que al oscurecer aparece en el cielo, ha tenido que introducir en escena un carro y llamarle *vacilante*, y decir que su rumor es *desigual* y que se oye *á distancia*, todo lo cual es puro ripio, y todo para que el carro, siendo *vacilante*, que tampoco tenía necesidad de serlo, sirviera de consonante á *diamante*.

Segunda mitad:

«Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería...»

Y la poesía...

Que también se hundiría... si no fuera que no se podía hundir, porque no se había levantado.

«Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el *viajador*.»

Que no pudo ser *viajero* como suelen ser todos los que viajan, ni siquiera *viajante*, como se suelen llamar los que van enseñando artículos de comercio, sino que tuvo que ser precisamente *viajador*, para hacer consonante á *rumor*, al rumor aquel *desigual* del carro *vacilante* con que terminaba el primer cuarteto.

Cuarta octava:

«*Naturaleza toda gime: el viento...*»

¡Dios mío, qué verso más malo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si no fueran los dos puntos que hay cerca del final, en *gime*, podría pasar. Vamos, si pudiera recitarse de un tirón haciendo sinalefa en *gime el*, de modo que desapareciera la *e* de *me*, y quedaran las dos sílabas reducidas á una, v. gr.:

Naturaleza toda gime el viento.

Pero con los dos puntos aquellos que imposibilitan la sinalefa, el endecasílabo también es imposible; y se necesita tener en lugar de oído solamente oreja, y oreja muy larga, para querer darle como tal, porque lo que resulta es un verso de doce sílabas mal acentuado.

Pero hay que leer todo el cuarteto, que todo él es malísimo.

«Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido...»

Supongo que quiere decir que *gimen*, trasportando el verbo del primer medio período; es decir, que hay que traducirlo así: Naturaleza toda gime: el viento *gime* en la arboleda, el pájaro *gime* en el nido...

Bueno, pues así y todo es el cuarteto muy desdichado, porque sigue:

«Y la oveja en su trémulo balido...»

(Suple gime.)

«Y el arroyuelo en su correr fugaz.»

De modo que... Pero copiemos el cuarteto seguido:

«Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.»

Donde se ve que el vate trasporta el verbo gime de la primera oración á otras cuatro, pero no le trasporta á todas cuatro en el mismo sentido, sino en sentido diferente, y eso no vale.

Dice primero que gime toda la naturaleza, y luego añade: el viento *gime* en la arboleda, el pájaro *gime* en el nido, es decir, en el sitio donde está cada uno; consignando solamente el sitio donde gime, y prescindiendo de la manera ó forma cómo gime. Pero luego, al hablar de la oveja en el tercer verso, ya no dice que gime en el redil ó en el campo, como correspondía, sino en *su trémulo balido*, y del arroyo tampoco dice que gime en su cauce, sino *en su correr fugaz;* es decir, que ya la preposición *en* no marca el lugar donde gimen, sino la manera de gemir.

Lo cual, empleando la misma forma gramatical en las cuatro oraciones y la misma preposición *en*, es dar á los lectores un verdadero quiebro; es hacerles un juego de palabras impropio de una composición seria.

Quevedo, en un romance picaresco, pudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer á un personaje decir que había vivido

«Con más *grillos* que el verano,
Más *registros* que el misal, etc.»

donde los *grillos* del pícaro son prisiones, y los del verano insectos ortopteros; así como los *registros* del pícaro son pesquisas de lo hurtado, mientras los del misal son cintas.

Pero en las composiciones serias no son lícitos estos juegos con el doble sentido de las palabras; no es lícito decir que el pájaro *gime en* el nido y la oveja *en* el balido trémulo...

La formalidad pide que, después de haber dicho que el pájaro gime en el nido, si se quiere decir que gime también la oveja, se diga que gime en la corte, verbigracia.

Más adelante quiere describir cómo rezan los niños, y dice:

«Las manos juntas y *los pies desnudos*,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con *una misma voz, á un mismo instante*
Á Padre Universal piden amor.»

Bien; que se le pidan..., y que se le pidan con las manos juntas... Pero ¿por qué han de pedírsele con los pies desnudos?... ¿No ve usted que si es en invierno tendrán frío?

¡Pobres criaturas!... ¡Mire usted que es capricho querer que recen con los pies desnudos precisamente!

Y luego... bueno que recen con fe en el pecho, ó en el cerebro, ó donde deba estar la fe, y también con alegría en el semblante; pero eso de que recen con una misma voz, ya no es tan llano... Rezarán cada uno con la suya...

Así como tampoco es fácil, ni es necesario, que pidan el amor al Padre Universal *á un mismo instante*...

Digo...

Necesario sí es, si bien se mira...

Es necesario para consonante...

De lo de la *alegría en el semblante*.

Después habla de su madre á la niña, y la dice:

«No *le* son conocidos... ni lo sean
A ti jamás... *los frívolos azares*
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez.»

¿Qué será eso de *los frívolos azares de la vana fortuna?*...

Ya se le podía dar al autor alguna cosa buena, si viviera, porque nos lo explicara.

En cuanto á lo de «los pesares ceñudos que anticipa la vejez», eso sí se sabe lo que es: una tontería. Porque la vejez no anticipa los pesares; los trae consigo. Los pesares serán los que anticipen la vejez, si acaso.

También dice el vate á la niña esto otro:

«Y sabrás lo que guarda á los que *rifan*
Riquezas y poder la urna aleatoria...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tampoco esto está claro...

No se sabe bien qué *urna* es esa urna *aleatoria* que el vate dice... Como no sea la urna electoral...

Y por lo que toca á *los que rifan riquezas*, es de suponer que el vate no haya querido referirse á los que rifan, sino á los que toman billetes para la rifa, que no es lo mismo. Y la equivocación habrá nacido de no saber á punto fijo lo que es rifar.

Allá va otro cuarteto que es modelo de oscuridad:

«Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.»

El primer verso dice literalmente que con vivir se peca, ó que el vivir es pecado, lo cual es un error heretical. Pero la intención del autor ha debido ser otra: habrá querido decir que mientras se vive, siempre se están cometiendo faltas.

Y aquí paramos. De aquí para adelante ya no se entiende: ya no se sabe lo que el autor ha querido decir ni lo que ha dicho.

«Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva...»

¿Quién arrastra?... ¿La culpa nueva arrastra?... ¿Y qué es lo que arrastra?... ¿O no es

la culpa quien arrastra, sino el alma?... ¿Es el alma la que arrastra á la culpa nueva?...

No hay modo de saberlo.

Y luego tampoco es verdad que el alma descienda al ataúd, ni con descenso rápido, ni con descenso pausado.

Otro verso malo... es decir, malos son casi todos, pero más malo que la generalidad:

«Vé, hija mía, á rezar por mí, y al cielo...»

Parece que no se acaba nunca...

Después cambia de metro el vate y dice:

«*Ruega, hija*, por tus hermanos...»

Otro verso que prueba que el vate puede cambiar de metro, pero no de oído.

«Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron
Y *un mismo seno exprimieron...*»

Supongo que quiere decir que mamaron de un mismo pecho, aunque lo dice mal, con expresión harto desdichada.

Pero, además, es de creer que los hermanos de la niña y la niña mamarían antes de crecer, no después de haber crecido.

De modo que el vate, al decir

«Los que contigo crecieron
Y un mismo seno exprimieron...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo dice al revés, invierte los términos, según su costumbre.

Y sigue:

«Ruega por el *orgulloso*
Que *ufano* se pavonea...»

¡Claro! Si es orgulloso, se pavoneará *ufano*, seguramente, porque ufano y orgulloso todo viene á ser uno.

«Ruega por el *orgulloso*
Que *ufano* se pavonea,
Y en su dorada *librea*
Funda insensata altivez...»

¿En su librea?... ¿En su dorada librea?... Pues será algún lacayo, ó portero, ó cosa así; porque éstos son los que usan *libreas* doradas; y francamente, parece inverosímil que un portero ó un lacayo funden *insensata altivez* en su *librea dorada* que les delata como sirvientes.

«Y por el mendigo humilde...»

(Suple ruega.)

«Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño *mezquino*
De los que beben el vino
Porque le *dejan* la hez.»

Al ceño no se le suele llamar *mezquino*, sino más bien adusto, duro, torvo, terrible... aunque mejor todavía es no llamarle nada, porque con decir que es ceño es lo suficiente, y todos los epítetos que se le den serán redundancias ó, si se quiere, ripios.

Mas al gran vate venezolano le hacía falta un consonante para *vino* y no titubeó en llamar al ceño *mezquino*.

De modo que si los bebedores del siguiente verso hubieran bebido aguardiente, es posible que el Sr. Bello hubiera llamado al ceño *riente*.

La razón de que el mendigo *humilde* sufra el ceño *mezquino* de los que beben el *vino*, tampoco es muy poderosa, que digamos, ni muy abonada para convencer á nadie.

«*Porque* le dejan la hez», dice el Sr. Bello; y eso más antes parece una razón para que el mendigo tuviera ceño contra los bebedores.

Mejor que como razón, podría haber puesto el Sr. Bello como motivo para sufrir el ceño *mezquino* de los bebedores, no precisamente la dejada de la hez, sino la aspiración, la esperanza de que se la dejen, echando la oración á subjuntivo «para que le *dejen*», ó

«Porque le *dejen* la hez»,

ya que el *para* no cabía en el verso.

Sigue el Sr. Bello mandando á su hija rezar por unos y por otros, acción muy merito-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria ciertamente si no la desluciera y estropeara con sus ripios, y dice:

«Por el que de *torpes* vicios,
Sumido en *profundo* cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.»

¿Cómo que *hace aullar*?... ¿Qué es eso de *hacer aullar el canto*?... Diga usted que *aulla* y acaba usted primero... y mejor y más racionalmente.

Y si *aulla* no llenaba el verso, hubiérale usted llenado con otro ripio cualquiera, llamando, v. gr., al canto, además de obsceno, *ronco* ó cualquier otro mote, lo mismo que había usted llamado en los versos de arriba torpes á los vicios y al cieno *profundo:* cualquier recurso sería más pasadero que ese de *hacer aullar* el canto.

También dice el Sr. Bello á su hija que rece por la *velada virgen*, y tampoco está bien esto de llamar *veladas* á las vírgenes, porque, precisamente, á quien se llama *veladas* en castellano castizo es á las casadas; á las casadas como Dios manda, con toda solemnidad y en toda regla «casada *e velada*», calificativo que nuestras leyes de Toro tomaron de la ceremonia de cubrir á los novios en la misa nupcial (llamada también de *velaciones*) con un velo ó banda de seda blanca, ceremonia que modernamente han querido omitir algunos

botarates, mal entendiendo un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos que sólo prohibía poner á los novios bajo un palio.

Pero copiemos la media octavilla:

«Y por la *velada* virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano *hiriendo* el pecho,
Reza el himno *sepulcral*...»

¿Cuál?...

Porque el vate parece dár á entender que hay un himno *sepulcral* determinado, expresamente designado con ese nombre, y yo no le conozco.

¿Cuál es el *himno sepulcral*, según el vate?...

A más de que tampoco está bien lo de presentarnos á la monja *hiriéndose* el pecho como si fuera á suicidarse.

Mejor sería que hubiera dicho sencillamente:

«Dándose golpes de pecho.»

La expresión no sería muy poética; pero siendo, como es, prosáica toda la composición, no había de ser el cuervo más negro que las alas.

Otro rezo:

«Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho *no vibra*
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oscuro también, como casi todos los períodos de Bello, á los cuales no suele cuadrar el apellido de su autor.

No se sabe aquí si quiere decir que el pecho del hombre sin entrañas no se compadece del pesar y la aflicción ajenos, ó que no siente pesar y aflicción por sus propias culpas.

También la manda que rece

«Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo
O la venganza cruel.»

Y también esto está equivocado. Porque regularmente el que tiene ya el puñal ensangrentado ó *de sangre rojo*, y se goza en mirarle, no *busca* la venganza cruel, sino que ya la ha tomado y se goza en ella.

¡Qué afición tiene el tal Bello (no literariamente) á invertir el orden de las cosas!

Otra oración:

«Y por el que en *vil libelo...*»

¡Uf! ¡Qué combinación de palabras! Vil libelo... *Vilibelo...* Con un poquitín de oído, por muy poco que fuera, no habría escrito el Sr. Bello este verso infame.

«Y por el que en *vil libelo*
Destroza una fama pura,
Y *en la aleve mordedura*
Escupe asquerosa hiel.»

¡Eche usted fiereza!

Pero le advierto á usted que tanto *recargar* es contraproducente. No se hacen las cosas más aborrecibles por mucho recargarlas de colores odiosos... Al contrario, se siente como cierta simpatía aun por lo más antipático, cuando un mal poeta lo recarga más de lo justo.

El aborrecimiento del lector contra la cosa mala, parece que se traslada al vate por su exageración injusta.

Nuevo cambio de metro... pero no de estilo, que sigue siendo oscuro y ripioso.

Continúa el vate con su tema de decir á su hija que rece, y después de llamarla ¡hija! así, entre admiraciones, la manda rezar por los muertos, por «la turba que se *derrumba*... á la *tumba*», y de esta última dice:

«Abismo en que se mezcla *polvo á polvo*
Y *pueblo á pueblo...*»

¡Lo de siempre!... ¡Colocar las cosas al revés!

Porque primero serían pueblos... los pueblos, y después de haber sido pueblos, habrán sido polvo... De manera que, si quería el vate hablar de ambas cosas, debió mezclar primero los pueblos, y después los polvos... y los lodos.

Pero no es eso todo lo malo ni lo más malo del cuarteto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veámosle:

«Abismo en que se mezcla *polvo á polvo*
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que el añoso bosque Abril despoja
Mezclar la suya otro y otro Abril.»

¡Qué manera más horrible de maltratar á nuestro hermoso idioma!

Aparte ya lo ridículo de las frases «*polvo á polvo*» y «pueblo á pueblo», ¿entienden ustedes, lectores amables, la comparación?

Porque lo que es yo, declaro francamente, y si es pecado lo confieso, que no he entendido una palabra.

«Cual se ve á la hoja de que el añoso bosque Abril despoja...» El añoso bosque Abril... despoja... No se sabe si el bosque despoja á Abril, ó Abril despoja al bosque... Ni se sabe si *se ve á la hoja*, así como suena, ó se ve á la hoja mezclar... algo, ó se ve á alguno mezclar algo *á la hoja* ó con la hoja... Vamos, que no se sabe si la hoja mezcla ó es mezclada.

Y aun suponiendo que el vate haya querido decir: «Cual se ve que con la hoja de que Abril despoja *al* bosque *añoso* (ó no *añoso*, porque esto de *añoso* es un ripio), se mezcla la hoja de otro Abril y de otro»; aun traduciendo así al castellano su pensamiento, no le entiendo tampoco.

Porque eso de que *Abril* despoje de la hoja

al bosque *añoso*, en Venezuela... no me parece probable.

Si el vate escribiera en el hemisferio austral, donde Abril es como nuestro Octubre, estaría bien; pero escribiendo en Venezuela, que está en el hemisferio boreal, no comprendo que Abril despoje á los bosques *añosos* de sus hojas.

Y sigue el desdichado vate:

«*Arrodilla, arrodíllate* en la tierra,
Donde segada en flor yace mi Lola...»

Esto está muy malo también. Porque bastaba con mandar una vez á la niña arrodillarse, creo yo que bastaba; pero, en fin, si el vate quería mandárselo dos veces, que se lo mandara enhorabuena, con tal que las dos veces se lo mandara lo mismo: «arrodíllate, arrodíllate...» y no una vez con pronombre y otra vez sin él; *arrodilla*, *arrodíllate*, que es muy feo.

¿Que el «arrodíllate, arrodíllate» ó el «arrodíllate» dos veces no cabía en el verso? Pues haberlo puesto una vez sola y haber llenado el verso con otro ripio cualquiera, que no sería tan feo, seguramente, como el *arrodilla* antes del *arrodíllate*.

Podía haber dicho:

«Arrodíllate, póstrate en la tierra,
Donde segada en flor yace *mi Lola*.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y aunque al segundo verso le quedara el defecto de lo familiar y bajo, que es eso de *mi Lola*, el primero, sin ser del todo bueno, sería mucho mejor que como el vate le puso.

Más adelante vuelve el vate á llamar á su hija con admiraciones, y la dice:

«¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden *retozando* las cortinas...»

Esto de que las apariciones *retocen*, me parece algo fuerte.

Acaso por eso pondría el vate las admiraciones al llamar á su hija...

Luego habla de las almas en pena, y enseñando á la niña lo mucho que las pueden servir las preces de los vivos, la dice que una plegaria suya hará, entre otras cosas,

«Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y *del aire*, y *el agua*, y *la arboleda*,
Oigan el apacible susurrar.»

Donde se ve claro que los dos últimos versos, que siendo dos versos distintos son un solo ripio verdadero, compuesto de aire, agua, árboles y susurros, no fueron puestos con otro fin que el de dar con la *arboleda* un consonante al *conceda* del verso precedente.

¿Qué tenían que hacer ahí el aire, ni el agua, ni la arboleda, ni los susurros, estando

como estaba el vate hablando con mucha formalidad de las almas del purgatorio?

Otro poco más adelante pregunta el señor Bello á su hija:

«En las quejas del aura y de la fuente,
¿No te parece que una voz *retiña...?*»

No, señor... Porque sólo *retiñen* los sonidos metálicos, el de la campana principalmente, y no los ruidos y murmullos del aire y del agua.

A más de que, en todo caso, sería *retiñe...*

Pero el vate necesitaba un consonante para la *niña*, que pensaba colocar al final del verso siguiente, y por eso quiso hacer *reteñir* ó *retiñar* á las quejas del aura.

Por último, el vate pregunta á su hija en el primer cuarteto de la última octava:

«¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueran una á una,
Las que mecieron tu *mullida* cuna
Esperanzas de alegre porvenir?

Y se contesta él mismo á la pregunta, comenzando el cuarteto siguiente:

«¡Si *le* perdonaras!...»

¡Qué disparate! O ¡qué barbaridad! mejor dicho.

¡Si le perdonarás... á mi estrella!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No, señor; «si *la* perdonaras» se dice; porque es acusativo.

¡Y este hombre se atrevió á escribir una gramática!... ¡Y hay quien la recomienda!...

Ya lo dijo el Espíritu Santo:

Stultorum infinitus est numerus.

XV

Muy elogiado por nuestro D. Juan Valera en sus famosas *Cartas americanas*, y considerado allá en su país como un prodigio de poesía, el argentino D. Rafael Obligado no pasa, con todo eso, de ser un versista ripioso, un mal poeta en toda la extensión de la palabra.

Lo cual no tiene nada de particular.

Porque de los piropos de los paisanos ya se sabe el caso que hay que hacer, desde que Iriarte nos contó el motivo de que se los echasen mutuamente el avestruz y el dromedario de la fábula; y en cuanto á los del ilustre Valera, no son de más peso tampoco, porque el pobre D. Juan, en su vejez, nos está dando pruebas de una gran debilidad de conciencia ó de una gran falta de gusto.

Y si no que lo diga la *Antología* farragosa que acaba de publicar, en la que parece como si se hubiera propuesto reunir los versos más malos que en castellano se han escrito, y por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No, señor; «si *la* perdonaras» se dice; porque es acusativo.

¡Y este hombre se atrevió á escribir una gramática!... ¡Y hay quien la recomienda!...

Ya lo dijo el Espíritu Santo:

Stultorum infinitus est numerus.

XV

Muy elogiado por nuestro D. Juan Valera en sus famosas *Cartas americanas*, y considerado allá en su país como un prodigio de poesía, el argentino D. Rafael Obligado no pasa, con todo eso, de ser un versista ripioso, un mal poeta en toda la extensión de la palabra.

Lo cual no tiene nada de particular.

Porque de los piropos de los paisanos ya se sabe el caso que hay que hacer, desde que Iriarte nos contó el motivo de que se los echasen mutuamente el avestruz y el dromedario de la fábula; y en cuanto á los del ilustre Valera, no son de más peso tampoco, porque el pobre D. Juan, en su vejez, nos está dando pruebas de una gran debilidad de conciencia ó de una gran falta de gusto.

Y si no que lo diga la *Antología* farragosa que acaba de publicar, en la que parece como si se hubiera propuesto reunir los versos más malos que en castellano se han escrito, y por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la que no tendré más remedio que darle cualquier día un rifirrafe.

Volviendo á Obligado, ya le conocen ustedes un poco, porque ya en otro tomo de esta obra analicé alguna de sus *poesías;* mas para que le conozcan ustedes mejor y porque me encuentro ahora con otra composición suya muy mala, vamos á darle otro repaso.

Se trata de una *poesía* patriótica, con lo cual ya tiene más de la mitad del camino andado para no ser buena.

Porque casi todas las poesías patrióticas ó casi todas las *patrioterías*, en estos tiempos egoístas en que hay tan poco patriotismo verdadero, resultan medianas por la falsedad del entusiasmo.

Pero especialmente en las repúblicas de la América española la poesía patriótica resulta peor que en otra cualquier parte, porque á más de la falsedad de motivos y la exageración ridícula de cualidades, tiene siempre un fondo de deslealtad y de ingratitud á España, la madre cariñosa que las crió á sus pechos; la nación generosa y noble que derramó pródigamente su sangre y su vida por aquellos extensos territorios, no para explotarlos á la inglesa, no para oprimir y exprimir y al cabo suprimir las pobres razas indígenas, como han hecho otros pueblos conquistadores, sino para civilizarlas, para cristianizarlas, que es el único modo verdadero de civilizar,

para ennoblecerlas, para darlas consideración y derechos de hijas y hacerlas herederas de sus virtudes.

Verdad es que hoy se nota en América una reacción laudable en este punto, y la Argentina es para honra suya una de las regiones en que con más vigor se despiertan la gratitud y el amor á España; pero esto no quita desgraciadamente de que de cuando en cuando salga un vate á echarlo todo á perder con alguna *poesía patriótica*, como el himno á Sucre, que ustedes recordarán, ó como la presente, hablando del *odioso hispano* y sacando colaciones viejas que son mejores para olvidadas.

La *patriótica* que vamos á examinar lleva el título de *Ayohuma*, y debió de escribirla su autor para que se leyese en alguna fiesta, porque el recorte de periódico en que me la enviaron dice inmediatamente debajo del título: «Poesía de Rafael Obligado, leída por el Sr. Calixto Oyuela.»

Está escrita en décimas, y empieza así:

«Esas músicas que están
Resonando *de tal suerte...*»

No sabemos de qué suerte resonaban, ni si resonaban siquiera.

Pero, en fin, los que oyeran leer la composición en la fiesta, es de creer que oirían también *resonar de tal suerte* las músicas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De todos modos, esa manera de empezar sería aceptable si la poesía hubiera sido *improvisada* allí mismo por el autor en el acto de la fiesta. Pero habiéndola escrito antes en su casa para que fuera leída por otro en la solemnidad, no pega bien eso de empezar hablando de cómo *están resonando* las músicas.

Y además se expuso á que el Sr. Calixto, al leerla, hiciera una *plancha;* pues aun cuando las músicas estuvieran en el programa, que es de suponer fuera ya conocido, podía éste haber sido alterado y no haber tocado ni estar tocando las músicas en aquel momento.

Adelante:

«Esas músicas que están
Resonando *de tal suerte,*
Son la voz *potente* y *fuerte*...»

Dos ripios, vamos, dos epítetos uno sobre otro, y sinónimos casi; de manera que uno de ellos por lo menos estaba de más.

Y aun los dos apuradamente; pero lo que es uno...

¿Qué falta hacía decir que la voz era *fuerte* después de haber dicho que era potente?...

Y luego, aun en clase de ripios, los dos epítetos han sido muy mal elegidos, no sólo por significar aproximadamente lo mismo, sino también por ser asonantes uno de otro.

Continuemos:

«Esas músicas que están
Resonando *de tal suerte,*
Son la voz *potente* y *fuerte*
Del clarín de Tucumán...»

Pero si son músicas, ¿cómo han de ser la voz *potente* y *fuerte* de un clarín sólo?... Serán la voz de todos los instrumentos de que se compongan las músicas...

Y sigue la décima, pues ya he dicho que la composición *patriótica* de Obligado está escrita en décimas:

«...Y aquellas...»

Suple músicas.

«Y aquellas que *al aire van*
Veloces *rumbo á la gloria*...»

De modo que las primeras, aquellas que estaban resonando *de tal suerte,* no iban veloces *rumbo á la gloria*...

¿Se puede saber rumbo-á-dónde iban?

¿Ó es que no iban á ninguna parte?

Porque en esto se parecerían al autor de la composición, que tampoco va á parte ninguna como *poeta*.

A ver qué más:

«Y aquellas que *al aire van*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todas las músicas van al aire: se lo recuerdo al *vate* por si acaso.

«Y aquellas que *al aire van*
Veloces rumbo á la gloria,
Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y nos *exalta*...»

¿Nos conmueve y nos exalta *en la historia?* Será en el mundo, en la vida, que es donde estamos... Eso de que la conmoción y la exaltación sean precisamente *en la historia*, no debe de tener más motivo que el de hacer consonante á *gloria*... Harto será que tenga otro.

Como no sea que la exaltación *en la historia* y el *rumbo á la gloria* estén igualmente destinados á servir de consonante á otra cosa que venga al final de la décima...

Pero además, ¡qué distinciones tan sutiles y tan caprichosas nos hace el Sr. Obligado!...

Oye varias músicas, ó aparenta que las oye, y de unas dice que están *resonando de tal suerte*, y de otras dice que «al aire van veloces *rumbo á la gloria*» y que «son el eco que *en la historia* nos conmueve y *nos exalta*...»

Pues ¿por qué las que estaban resonando *de tal suerte* no han de ir también veloces *rumbo á la gloria?*

«Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y *nos exalta*
De las campanas de *Salta*...»

¡Ah!... ¡Vamos!... Saltó y vino... como diría un magistrado que yo sé, en sus buenos tiempos...

Para eso nos *exalta*...ba, á más de conmovernos, el eco aquel de las músicas que al aire iban veloces; para que tocasen las campanas de *Salta*.

Ahora lo comprendo todo; como suelen decir los personajes de las novelas de folletín...

Es decir, todo, no; pero casi todo.

Por lo menos ya sé que aquellas otras músicas, las que no están *resonando de tal suerte*, sino que van *veloces rumbo á la gloria*,

«Son el eco que *en la historia*
Nos conmueve y nos exalta
De las campanas de Salta
Que están gritando ¡Victoria!»

¡Acabáramos! Ahora sí que ya lo comprendo todo, sin casi.

Porque ya sé por qué las segundas músicas, las que no están resonando *de tal suerte*, van veloces *rumbo á la gloria*, y por qué el eco de esas músicas conmueve y *exalta* al vate y á sus paisanos *en la historia*, lo cual me parecía sólo una barbaridad... Ahora ya sé que además de ser una barbaridad es un ripio que el Sr. Obligado (por el consonante) ha metido ahí para poder acabar la décima, diciendo que suenan las campanas de Salta y que gritan *¡Victoria!*

Bueno... digo, no; bueno no, sino malo. Pero quiero decir que vamos á otra décima.

Que empieza con mucha admiración y mucho aparato, de esta manera:

«¡Belgrano! ¡Libertador!...»

Pero ¿cuántos *libertadores* ha tenido esta gente?...

Porque hay una famosa *Oda al libertador* (famosa por lo mala, naturalmente) catrapezada por el ripioso Olmedo, y en ella el *libertador* por antonomasia es Bolívar. Ahora este vate llama *libertador* á Belgrano entre admiraciones, con lo cual no sabe uno ya á qué atenerse...

¡Libertadores!... ¿Y de qué los *libertaron* á ustedes esos ambiciosuelos enloquecidos?... ¿De la maternal dominación española?...

Lo más gracioso del caso, lo más gracioso y al mismo tiempo lo más triste, es que con tantos *libertadores*, las Repúblicas hispanoamericanas están sin *libertar* todavía.

Nada menos que tres de ellas, la de Haiti, la de Colombia y la de Venezuela están ahora mismo, en estos días en que escribo, destrozándose bárbaramente en guerra civil, y alguna de ellas amenazada de caer por fin y postre bajo la garra *yankee*.

¡Y venga cantar á los *libertadores!*

«¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!

¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...»
El que esté del todo sano.

Este verso último no es de la décima, ni del vate; ya lo habrán conocido ustedes.

Le he puesto yo, haciendo con los cuatro del vate una quintilla, pareciéndome que era la mejor contestación que se podía dar á la pregunta insulsa y ridícula del Sr. Obligado...

«¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...»

Pues cualquiera que esté completamente bien de salud. Porque para *sentirse mejor*, según la general acepción de la frase, hay que estar enfermo. ¿Es que el vate y sus paisanos están malos todos?... Lo que es el vate, sí; ya se conoce que no está bueno.

Así es que, si tiene fe en su propia medicina, aplíquese á decir muchas veces *Manuel Belgrano*, á ver si se mejora...

Aunque más bien creo yo que, tragando esos bolos excitantes, se pondrá cada vez más loco.

Repitamos sus versos:

«¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!
¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destino *traidor*...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Pobre destino!... ¡Tratarle como á un Belgrano cualquiera!

«Pudo el destino *traidor*
Que á *tanta* virtud *abruma*,
Arrojar la *densa bruma*
De Vilcapugio á tu frente;
Y hasta hundirte en la *inclemente*
Noche inmensa de *Ayohuma*...»

Para esto el destino *traidor abruma* á la virtud ó á *tanta* virtud, y además de *abrumar*, arroja *bruma*, que en rigor viene á ser lo mismo... todo para poder hablar de *Ayohuma*.

Pero como no sé lo que es Ayohuma ni lo que es Vilcapugio, no lo entiendo y paso adelante.

«Pero no pudo, en su afán...»

Supongo que sería el destino traidor.

«Pero no pudo, *en su afán*...»

En su ripio querrá usted decir, ¿eh?

«Pero no pudo, *en su afán*,
Dejar muda la voz *alta*...»
¿La voz *alta*? Viene *Salta*,
Y detrás el *Tucumán*...
Me figuro que vendrán
Esos mismos consonantes,
Porque ya vinieron antes;
Y tengo bien observado
Que, en el ripio, es Obligado
Hombre de los más constantes.

Ya ve D. Rafael qué cosa tan fácil es hacer décimas, haciéndolas malas.

Y volviendo sobre la tercera de las suyas, diré á los lectores que, efectivamente, después de aquellos dos versos del *su afán* y de *la voz alta*, venían *Salta* y el *Tucumán*, como yo me había figurado.

Y como van á ver ahora mismo:

«Pero no pudo, *en su afán*,
Dejar muda la voz *alta*
(Es *alta* porque hace falta)
De las campanas de *Salta*,
Del clarín del *Tucumán*.
Y allá suenan y *allá van*
Veloces rumbo á la gloria...»
¿Otra vez?... Es una noria
Este buen don Rafael...
Y nos devolverá fiel
El cangilón de *la historia*...

Que, efectivamente, viene al final del sétimo verso para consonante de la *gloria*, que queda en el sexto, y de la *victoria*, que viene en el décimo y último, pues la estrofa concluye de esta manera:

«Y allá suenan y *allá van*
Veloces, rumbo á la *gloria*,
Desbordando de *la historia*
Sobre el Andes, sobre el llano;
Diciendo á todos: ¡Belgrano!
Cantando á gritos: ¡Victoria!»

La cosa, como ustedes ven, no puede ser más desdichada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Cuidado con el *desbordando de la historia!*

¡Pobre historia! ¡Qué papeles la obliga á hacer este señor *Obligador*, más bien que Obligado!

Antes la puso de ripio, diciendo que el eco de las campanas de Salta conmueve y exalta... *en la historia*. Ahora la pone igualmente de ripio para decir que la voz *alta* de las campanas de Salta y del clarín de Tucumán *desborda... de la historia...*

Y siguen las décimas, y, naturalmente, los ripios:

«Voz que alienta, voz que *suma*...»
¿Suma?... ¡Pues viene Ayohuma!

Es lo que tienen de bueno los versistas ripiosos y pobres de inventiva, que en leyendo uno de sus versos, ya se sabe los que vienen detrás, por lo menos aproximadamente.

«Voz que alienta, voz que *suma*
Nuestras glorias y aun dormidos
Oyen los muertos queridos
De la pampa de *Ayohuma*.»

¿No lo dije?

«Voz que animadas *exhuma*...»

¡Claro! Ya se me estaba asentando á mí que habría que *exhumar* alguna cosa después de *sumar;* porque como para Ayohuma se necesitaban otros dos consonantes en *uma*..., pues *suma* y *exhuma*...

A ver qué es lo que *exhuma* el vate ó qué dice el vate que *exhuma* la voz que alienta y *suma*...

«Voz que animadas *exhuma*
Y *entrega* á nuestras *visiones*...»

¿A nuestras *visiones?*... ¿Cuáles serán nuestras *visiones?*... La verdad es que se queda uno viéndolas...

«Voz que animadas *exhuma*
Y entrega á nuestras *visiones*
Aquellas *santas* legiones...
De la patria...»

¿Que qué será eso de entregar las santas legiones de la patria á *nuestras visiones?*...

¡Bah! Quiere decir, sin duda, que nos las vuelve á poner á la vista.

El vate llama *visiones* á los ojos.

«Voz que animadas exhuma
Y *entrega* á nuestras *visiones*
Aquellas *santas* legiones
De la patria y su bandera,
En cuyo sol *reverbera*
Siempre fuego de cañones...»

¿Y por qué? ¿Qué quiere decir esto de «en cuyo sol reverbera siempre fuego de cañones?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada... ó cualquier cosa.
Y sigue:

«¡Ayohuma!...»

¡Vuelta la burra al trigo!...

«¡Ayohuma! ¡Ingrato día
En que, *rasgada la entraña*,
Sola en áspera montaña
La dulce patria moría!...»

Y moría *rasgada la entraña*, porque sin duda no tenía más que una, ó porque *las entrañas* no cabían en el verso, ni era consonante de la *áspera montaña*.

Vamos á ver qué más hacía la dulce patria que *rasgada la entraña* moría...

«Exangüe ya *se batía*
Por las áridas mesetas,
Y las columnas *inquietas*
Del ejército español...»
Que estaban tomando el sol,
La enviaron á hacer calcetas.

¡Ah, no! Pues no dice así, como yo creí que diría. Dice de este otro modo:

«La envolvían, *bajo el sol*,
En chispear de bayonetas.»

Y no pregunten ustedes al vate por qué llama *inquietas* á las columnas del ejército español: no hace falta preguntárselo. Ya se ve

que las llama *inquietas* para concertar con *mesetas* y con *bayonetas;* así como lo de que el envolver fuera precisamente *bajo el sol*, ha sido para concertar con *español*, indudablemente.

¡Si conoceré yo al vate, y sabré los recursos *poéticos* con que cuenta!

Verán ustedes la décima que sigue:

«Tras la carga resistida,
Su misma sangre *pisando*...»

Se refiere á la patria, ¿eh? á la patria dulce que, *rasgada la entraña*, *moría* en áspera *montaña*. De modo que la patria es la que pisaba su misma sangre... ¡Horror!

«Tras la carga resistida,
Su misma sangre *pisando*,
Iba la patria arrojando
A borbotones la vida...»

¡Pobre infeliz!

Pero sucedió en seguida...

No, éste no es el verso del vate; es otro que dice:

«Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes *se* avanza...»

Bastante sería que avanzase, ¿no les parece á ustedes?...

Pero al vate no le pareció bastante decir avanza y dijo «se avanza».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bueno que *se avance*, á ver...

«Con sus jinetes *se* avanza,
Y á *limpio* bote de lanza...»

¡Hombre!... ¿*Limpio* precisamente?... ¿Quiere usted decir con eso, que no hacían sangre?...

«Y á *limpio* bote de lanza
Hace en las filas reales
Callar las *dianas* triunfales...»

¡Vaya un verso!...

Porque para que lo sea es preciso pronunciar *diá-nás* en dos sílabas, y no se pronuncia así, sino en tres: *di-a-nas*, porque es un derivado de día, que no se pronuncia *diá*, sino *dí-a*.

Y además, eso de que «Zelaya hiciera callar las dianas triunfales en las filas reales» no me parece verosímil, porque no lo es que á medio día estuvieran las músicas del ejército español tocando diana: tocarían himnos triunfales, pero no dianas precisamente.

Lo que hay es que como el pobre vate tiene el don de errar, quiso poner *dianas* para que el verso fuera duro y ridículo; pues si hubiera puesto *himnos*,

Callar los *himnos* triunfales,

el verso hubiera sido bueno.

En fin, el caso es que el vate dice:

«Callar las *dianas* triunfales,
Rugir la *adusta* venganza.»

También el adjetivo *adusta* aplicado á la venganza, es pobre y poco expresivo. ¿Qué menos se la puede llamar á la venganza que fiera ó feroz ó algo parecido?

La décima siguiente empieza:

«Superi rueda al abismo...»

No sé quién es Superi; pero bueno... que ruede, y bien rodado sea, porque sería un danzante...

«Superi rueda al abismo,
Y los infantes de Cano...»

No crean ustedes que estos infantes son como los infantes de Lara... Deben de ser soldados de infantería que rodaron también al abismo, según el vate cuenta.

«Superi rueda al abismo,
Y los infantes de Cano:
Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo...»
¿Quién será? ¿Será Belgrano?...
No: todavía es temprano...

El héroe aun tardará más en salir á campaña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su heroico *idealismo*...»

¡Ave María purísima, qué verso!... Lo menos tiene doce ó trece sílabas.

De manera que para reducirle á ocho, para leerle como verso octosílabo, hay que hacer tres sinalefas, alguna de ellas bastante dura, y además pronunciar *idealismo* en cuatro sílabas, en vez de darle las cinco que tiene: hay que decir *i-dea-lis-mo*, ó más bien *i-da-lis-mo*, en lugar de *i-de-a-lis-mo*.

«Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su *heroico idealismo*
Se goza *hendiendo leones*...»

¡Qué barbaridad!... Bien que algo menos sería. Pero miren ustedes que si fuera cierto eso de gozarse *hendiendo leones*... ¡Vaya un idealismo!...

Bueno; será que los hendía de memoria... Y entonces sí, era un idealismo heroico; ó más bien un heroísmo ideal, imaginario.

Continuemos:

«El que, en su *heroico idealismo*,
Se goza *hendiendo leones*,
El que no cuenta legiones...»

No se sabe si quiere decir que no cuenta las legiones enemigas, que no repara en que

sean más ó menos numerosas para combatirlas, ó quiere decir que no cuenta con legiones propias, que carece de soldados.

Sigamos á ver:

«El que, en su *heroico idealismo*,
Se goza *hendiendo leones*,
El que no cuenta legiones
Y es personal en la lid,
Solo se va La Madrid
A *acuchillar los cañones*.»

¿Así, como suena?... ¿Se iba á acuchillar los cañones? ¡Pues sacaría buena cosa! Lo mismo que la serpiente que mordía la lima.

Supongo yo que el vate Obligado querría decir que La Madrid se iba solo á acuchillar á los artilleros que servían los cañones; pero si quería decir eso, debió haberlo dicho.

Y no haber dicho este disparate:

«Solo se va La Madrid
A *acuchillar los cañones*.»

Pero el vate sigue:

«Mas ¡ay!...»

¡Claro! La barbaridad de acuchillar los cañones no podía salir bien... Tenía que producir alguna desgracia y dar que sentir. De eso sin duda se lamenta el vate...

«Mas ¡ay!...»

¡Sí! Ahora véngase usted con ayes... ¿Quién

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le tiene á usted la culpa? Hubiéralo usted mirado primero:

«Mas ¡ay! en vano irradiaron
Luces...»

Naturalmente. Los cañones acuchillados darían lumbres al chocar con el cuchillo. Pero en vano, completamente en vano. ¿Qué se adelanta con eso?...

¡Ah!... ¿Que no fueron los cañones los que irradiaron luces?... Vamos á ver, si no, quiénes fueron.

«Mas ¡ay! en vano irradiaron
Luces de gloria sus hechos...»

¡Ah!... ¿Sus hechos?... ¿Los hechos fueron los que irradiaron luces de gloria? ¿Los hechos de *gozarse hendiendo leones* y de *no contar legiones* y de *acuchillar los cañones*, fueron los que irradiaron en vano luces de gloria?...

¡Qué habían de irradiar, hombre, si no fueron tales hechos!... No; esos que usted cuenta, no son hechos: son invenciones desatinadas.

Siga usted:

Mas ¡ay! en vano irradiaron
Luces de gloria sus hechos:
En *pelotones, deshechos,*
De cuesta en cuesta rodaron...»

¿Los hechos ó los autores de los hechos?... Pero, fueran quienes fuesen, si rodaron en

pelotones, no rodaron deshechos, sino hechos... hechos pelotones... Y si los pelotones estaban realmente *deshechos*, ya no eran pelotones cuando rodaron.

Lo que hay es que al vate le hacía falta un *deshechos* para concertar con los *hechos* aquellos inverosímiles que irradiaron las luces de gloria, y no teniendo otra cosa que *deshacer* fue y deshizo los pelotones apenas había acabado de hacerlos.

¡Para hacer y deshacer las cosas, los vates patrioteros!...

Bueno: quedamos en que *rodaron de cuesta en cuesta, en pelotones... deshechos*, y después...

«Pero en Zelaya vibraron
Los arrebatos *postreros*...»

¿Sí?... Vamos á ver qué hizo este Zelaya de los arrebatos postreros que vibraron.

«Vuelve á trepar los *senderos*
Que el español desaloja...»

Treparía por los senderos... Pero, en fin, adelante:

«Vuelve á trepar los *senderos*
Que el español desaloja,
Y á *contenerlo* se arroja
Con su *turbión* de lanceros.»

Hombre, sería con su escuadrón... O con sus escuadrones si mandaba más de uno; ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con su regimiento, con su brigada, con su división, etc. Pero ¿con su *turbión?*... Creo que hace usted poco favor á sus paisanos insurrectos llamándoles *turbión*.

Aunque seguramente les hará usted justicia.

Y luego... ¡siempre tan desgraciado en la expresión y tan desordenado!

Después de decir que el español *desaloja* los senderos, vamos, que desaloja sus posiciones, dice que á *contenerlo se arroja* Zelaya; es decir, á contenerle para que no desaloje las posiciones, para que se sostenga en ellas, aunque el sentido común no pueda sostenerse y ruede en pelotones... deshechos como los soldados de La Madrid... que iba solo.

Contener, se trata de contener á un enemigo que acomete, que invade; pero al que se retira, al que *desaloja* la posición, lejos de tratar de contenerle, se le ayuda á marchar, se le empuja para que desaloje la posición más aprisa y caiga, aunque sea rodando en pelotones... deshechos...

Es decir, que el vate debía haber puesto primero á Zelaya arrojándose á contener al *español* que avanzaba, y después al español *desalojando* la posición por haberle contenido Zelaya; mas por hacer las cosas al revés, puso primero al español desalojando los senderos y después á Zelaya arrojándose á contenerle, sin duda para que no los desalojara.

Lo cual es táctica nueva
Y solemne disparate,
Disparate que nos prueba
Cómo está de juicio el vate.

Siguen dos décimas, que no tienen ripio particular, sino solamente el ordinario. Verbigracia: Que el clarín toca llamada *inmensa*, que el héroe de la fiesta tiene el pecho *sereno* y la espada *á mal guardar*, que los argentinos tienen *sonrojos* y que *son más que hombres despojos*, etc., etc...

Y luego hay otra décima que dice:

«Firmes en cuadro formaron,
Y, á un breve toque marcial,
Se arrodilló el general
Y todos se arrodillaron.
Como en Tucumán, alzaron...»

Como no sabemos cómo *alzaron* en Tucumán, el vate se podía haber ahorrado esa comparación; pero con algo había de llenar el verso.

«Como en Tucumán, alzaron
La oración, *que el alma exhala...*»

Si fue la oración *que el alma exhala*, el alma fue la que alzó la oración, y no hacía falta decir que la *alzaron*, como en Tucumán...

¡Alzaron la oración, que el alma exhala....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Parece como que el alma exhaló primero la oración y después ellos la alzaron con alguna grúa...

¡Qué pobreza y qué desdicha de vate!

«Como en Tucumán, alzaron
La oración, *que el alma exhala,*
Y que fué, *tendida el ala,*
Hacia *las místicas redes*
De la Virgen de Mercedes,
Su radiante generala.»

¡Hacia las *místicas redes!*...

¡Así!... para dar consonante á Mercedes... pues nada, poner á la Virgen unas *místicas redes*...

No místicas, sino de alambre fuerte con pinchos hacia fuera las había de tener la imagen veneranda para librarse de las irreverentes acometidas de estos moscardones patriótico-ripiosos.

¡Hacia las *místicas redes!*...

Muchos y muy visibles ripios tiene la elucubración patriotera del vate Obligado, y muchos y muy estupendos los he visto fuera de ella en otras elucubraciones de otros vates; pero un ripio tan descaradamente ripio como este de las *místicas redes*, creo que no le he visto en mi vida.

¡Es claro! La irreverencia sacrílega de presentar á la Santísima Virgen como protectora de una algarada criminal, no podía menos

de costarle al vate un descalabro de esos que no se curan...

¡Hacia las *místicas redes!*...

Al lado de este ripiazo enorme, apenas se echa de ver el otro de *tendida el ala*. Aunque también es muy ripio.

Y sigue sin dar pie con bola:

«Del cuadro *en fúnebre son*
Se difunde en este instante
Un hervor agonizante
Que estremece el corazón.
Perturbando *la oración*,
Jura impío un veterano...»

Naturalmente. Más en su lugar estaba allí y más cierto sería el juramento *impío* que la oración...

La oración *que el alma exhala.*
Y que también era impía,
Porque era una hipocresía
Rezar para una acción mala,
Cual es una rebeldía.

Continúe el vate:

«Perturbando la oración
Jura impío un veterano,
Otro al hijo llama en vano,
Aquel se alza á una descarga,
Y delirando: «¡á la carga!»
Rueda á los pies de Belgrano...»

Bueno... ¿y qué?... Porque de todo esto no se saca sustancia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ni se sabe á qué viene ó qué quiere decir, fuera de lo del juramento del veterano impío...

La décima que sigue es la última, gracias á Dios, y dice:

«Un silencio va cundiendo
Grave, triste, religioso...»

A cualquier cosa llaman chocolate las patronas, y *religioso* los vates de las Pampas.

Aparte de que el silencio no cunde: cunde el rumor...

«Que á veces *rompe rabioso*...»

Así resulta el verso también, muy rabioso, con tantas erres...

«De un fusilazo el *estruendo*.»

Que tampoco es *estruendo*, propiamente.

«*Suelta* el sol, que está muriendo,
Su corona rota al mar...»
¡Qué manera de pintar
La puesta del sol!... ¿Saldría
Sin corona al otro día?
¿O la daría á estañar?

Quiero decir que la imagen esa de «suelta el sol su corona rota al mar», para decir que el sol se pone, es de lo más impropio, de lo más feo y de lo más cursi que se ha visto.

«*Suelta* el sol, que está muriendo,
Su *corona rota* al mar,

Y se oye *al lejos* sonar,
Como *estertor* de aquel día,
Vagarosa melodía
Que va llorando al pasar...»

Y así nos deja el vate sin decirnos qué fue de su héroe Belgrano, y cuáles fueron sus hazañas en Ayohuma...

Porque lo que es si no hizo más que eso... ¡vaya un heroísmo!

Merece, realmente, una *poesía* de Obligado...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

No sé quién es un escritor, llamémosle así, que se firma el *Abate San Román*.

Pero sea quien quiera, voy á darle un consejo, y es que, de seguir usando esa firma, vea de modificarla un poco, siquiera cuando escriba en verso, acentuando la primer *a* para que en lugar del *abate* diga el *ábate*... ¡ábate San Román!, es decir: ábate, lector, que viene de San Román con unos versos malos, como suyos; y así con este acto de sinceridad, con este aviso amistoso, ya los lectores podrían huir de sus rimas y no sufrir quebranto.

Le advierto que aunque no tome mi consejo de modificar la acentuación de su seudónimo, es casi seguro que el público le leerá de aquí en adelante como acentuado: el *ábate*...

Por lo menos los incautos que hayan leído su reciente soneto á Zola, bien se puede ase-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gurar que no vuelven á caer en otro en la vida.

Porque ¡cuidado con el tal soneto!...

Y no es *á Zola*, así sencillamente, es *al inmortal Emilio Zola*...

Que no es inmortal ni con mucho; pero que ahora vivirá una temporadilla en el magín de los malos poetas, y aun de los malos prosistas, para que nos atormenten los oídos con sus malos versos y sus cursilerías y sus blasfemias.

Esta de ahora, el soneto del *Abate San Román*, que es blasfemia pura, ó impura, mejor dicho, comienza así:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN, escaló el cielo...»

Aparte de la blasfemia y del disparate, estos dos versos tienen de bueno que no se sabe á punto fijo lo que quieren decir.

No se sabe si el vate ó el á-bate quiere decir que Zola ó *el inmortal Emilio* ídem, dejó de ser el pensamiento humano para ser otra cosa distinta, ó quiere decir que el pensamiento humano dejó de ser, dejó de existir.

Apuradamente lo mismo da que haya querido decir una cosa que otra, pues lo que ha dicho, de todos modos es un desatino ó más bien una sarta de ellos.

¡Vaya con lo de decir que Zola se inspiró

en el bien, y no en un bien así como quiera, sino en el BIEN, con versalitas!

Verdad es que ni el *Abate* sabe lo que es el bien, ni lo que es inspirarse en el bien, ni nada.

Por de pronto llama *bien* al *mal*, para decir al revés las cosas.

Pues ¡y lo de que Zola *escaló el cielo!*...

Si es que el vate lo dice de Zola, como parece.

¡Decir que escaló el cielo un escritor materialista, ramplón y pedestre, que anduvo toda la vida arrastrándose por los cenagales más inmundos!... ¡Un escritor que se gozó en describir la obscenidad y el vicio y todas las miserias, sin levantarse jamás un palmo de la tierra!

¡Buena manera de escalar el cielo en vida!

Ni en muerto tampoco. Piadosamente pensando, después de vivir y morir como un animal, lo que parece más probable es que, en lugar de escalar el cielo, cayera en los profundos infiernos.

En fin, eso, allá él lo habrá visto.

Pero sigue el *vate* ó el *á-bate*:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN, escaló el cielo.
Alma gigante, al remontar el vuelo...»

¡Pero qué había de remontar el vuelo!

¿No le estoy diciendo al *ábate* que no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alzó jamás un palmo de tierra? La *Tierra* describió y cantó, y no lo bello de la tierra, sino lo feo y lo bajo.

Ni fue alma gigante, sino rastrera.

«Alma gigante, al remontar el vuelo,
Llegó á la luz é iluminó el arcano.»

Es gana de amontonar barbaridades unas sobre otras.

¿A qué luz llegó el oscuro y prosáico cantor de la taberna?... A la luz de la estufa medio apagada, que le quitó la vida.

¿Qué arcano fue el que iluminó el descreído positivista, que no veía más allá de sus narices, no muy largas?

Y continúa el *ábate:*

«Envidias, odios, iras...»

Parece un inventario... ¿Era ese el caudal del difunto?

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su *hermoso anhelo*...»

¡Miren ustedes que llamar *hermoso anhelo* al afán estúpido de ganar dinero de cualquier modo, halagando los gustos de la gente depravada y pervirtiendo á la gente ignorante!

Y aquí al vate *ábate* se le acabó el hilo... ¡era natural! á fuerza de ensartar despropósitos, se le acabó el hilo y salió por donde pudo, que fue por muy cerca de los cerros de Ubeda. Verán ustedes qué conexión tiene la segunda mitad del cuarteto con la primera.

Había comenzado este segundo cuarteto, diciendo:

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo;»

Y á continuación dice:

«Una es la humanidad, uno el consuelo,
El mendigo, del Rey no es más que hermano.»

No es menos, habrá querido usted decir, ábate vate, y ha debido decirlo.

Porque decir *no es más que hermano*, es una tontería. ¿Qué más había de ser?...

Mas, aparte de esa impropiedad de expresión, ¿qué tiene que ver que la humanidad sea una con lo que venía usted diciendo de las envidias, odios, etc., que se concitaron en vano, según usted malamente dice, con el *anhelo* de Zola, anhelo malamente llamado hermoso?

Nada, absolutamente.

Lo mismo que continuó usted el cuarteto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diciendo: *Una es la humanidad*, pudo usted haberle continuado diciendo: «Bebamos otra copa.»

Y si nada tiene que ver con los antecedentes eso de «*una es la humanidad*», figúrese usted lo que tendrá que ver lo otro que sigue, lo de «*uno el consuelo*».

Nada: esto lo pone usted solamente para consonante de *anhelo* y de *vuelo* y de *cielo*...

Y lo bueno que tiene eso del *consuelo*, que á más de no ser pertinente no es verdad tampoco, porque el consuelo no es uno, son varios... Mejor dicho, son innumerables los consuelos que se usan. Desde el mal de muchos ó el ripio de muchos, que ya se sabe que es consuelo de Grilos y de *ábates*, hasta el consuelo de aquel á quien le rompieron la cabeza de un cazolazo, y se consolaba con que también al que le pegó se le había roto la cazuela, existen consuelos innumerables.

¿Cómo dice el *ábate* que uno es el consuelo?...

Como consonante, claro que como consonante; pero para eso, para sólo aconsonantar, lo mismo podía haber dicho cualquier otra cosa, verbigracia: «toma un buñuelo».

Así:

«Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su *hermoso anhelo;*
Una es la humanidad, *toma un buñuelo,*
El mendigo, del Rey no es más que hermano.»

Y sigue blasfemando el vate *ábate* en los tercetos, de esta manera:

«A la eterna VERDAD un culto crea
Su genio *colosal: piadoso* avanza
De nuestras luchas á extinguir la tea...»

No se puede mentir más descaradamente. Porque ni Zola creó ningún culto á la eterna VERDAD, sino que trató muy ahincadamente de arrancarla todo culto; ni tuvo genio *colosal*, á no ser por lo torpe y basto; ni fue piadoso, sino impío; ni trató de extinguir la tea de la discordia, sino de encenderla, cediendo á los *argumentos* del sindicato judío para salir á la defensa del traidorzuelo Dreyfus.

Y dice todavía el *ábate* en el último terceto:

«Y al perder con la vida la esperanza
De ver el triunfo...»

Sí, eso sí. Bien perdida la pueden tener él y su hueste de papanatas.

«Y al perder con la vida la esperanza
De ver el triunfo de su *santa* idea,
Himno inmortal del universo alcanza.»

¡Qué universo ni qué ocho cuartos, hombre!...

¡Bastante le importa al universo que se haya muerto un majadero más, naturalmente, sin ver el triunfo de su mala idea!... ¡Bas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante se cuida el universo de entonar himnos á los necios que, luchando contra Dios, á lo mejor se les acaba la vida sin haber hecho nada!

Los ruidos discordantes y los cantos ripiosos que suenan unos momentos al redor de su sepultura, no son el himno inmortal del universo; son los graznidos de cuatro botaratas que no saben lo que graznan, ni lo que sonetean, ni lo que dicen.

XVII

Hay nombres desgraciados en sus relaciones con la poesía, y el de Belgrano es de esos, por lo visto.

No acierta á inspirar más que simplezas y ripios, y alguna vez, por variar, disparates.

Ya han visto ustedes las décimas que inspiró á Rafael Obligado. Bueno, pues con todas aquellas durezas de dicción y todos aquellos ripios tan descarados como el de *«nos conmueve en la historia»*, el de *«las místicas redes»* y demás, vienen á ser las tales décimas tortas y pan pintado si se comparan con otra *composición*, firmada por Gabino Ezeiza, la cual, siguiendo la metáfora y usando términos alimenticios, es un verdadero caniego literario.

Lleva por título *La bandera argentina*, y empieza:

«Belgrano!...»

Así, con admiración y todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Belgrano! la imagen sagrada de la Patria...»

¿Que si esto es un verso, me preguntan ustedes?

No; claro que no lo es; pero es uno de los renglones desiguales que el cantor de Belgrano quiere darnos por verso: el primero de todos.

El tal renglón tiene *trece* sílabas, medida de la cual no hay versos en la poesía castellana.

Iriarte (D. Tomás), para que en su colección de fábulas hubiera versos de todas medidas, quiso hacer en versos de *trece* sílabas una de aquellas, la de *La campana y el esquilón;* pero le resultaron, sin querer, de catorce.

Porque los hizo de dos hemistiquios, el primero de seis sílabas y el segundo de siete, que sumadas parece que habían de dar trece; pero como el primer hemistiquio le hizo en casi todos agudo, y las seis sílabas, siendo aguda la última, son siete y forman un heptasílabo, resulta que cada dos hemistiquios de aquellos forman un verso alejandrino algo cojo y algo mal sonante, pero alejandrino al fin y al cabo.

Verbigracia:

«En cierta catedral—una campana había...»

Cuando no hizo agudo el primer hemistiquio le hizo de siete sílabas, terminado en vocal, teniendo cuidado de comenzar también con vocal el segundo para que elidida la del primero por sinalefa, no sonaran más que trece sílabas; por ejemplo:

«Que sólo se tocaba—algún solemne día...»

Donde se ve que cada hemistiquio tiene siete sílabas, y por consiguiente todo el verso tiene catorce; y con no hacer la sinalefa, con pararse un poco entre los dos hemistiquios, resultaría un alejandrino completo.

Y otra prueba de que á Iriarte no le salieron versos de *trece* sílabas, con estructura de tales propia y especial, sino versos alejandrinos defectuosos, está en que cuando hizo agudo el final del verso, los dos hemistiquios resultaron perfectamente iguales, como se puede ver en los siguientes:

«Con el más recio són,—con pausado compás,
Cuatro golpes ó tres—solía dar no más.»

Aquí, como se ve, los cuatro hemistiquios son iguales; todos cuatro tienen á seis sílabas, siendo la última aguda; y siendo todos cuatro iguales, si los dos de la derecha son versos heptasílabos, lo mismo tienen que ser los de la izquierda.

Quedamos, por tanto, en que no hay en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

castellano propiamente versos de trece sílabas.

Pero aun cuando los citados de Iriarte merecieran ese nombre, tampoco lo sería el copiado de Ezeiza, porque no es como ellos; no tiene agudo el primer hemistiquio. Para que se pareciera á los de Iriarte, habría que hacer aguda la palabra imagen, leyendo *imagén* y diciendo:

«Belgrano! la *imagén*—sagrada de la patria...»

Y si se quiere que sea alejandrino, que parece ser lo que quería el autor, á juzgar por el corte de algunos de los versos siguientes, hay que dejar de hacer sinalefa entre *la* é *imagen*, fingiendo una aspiración al principio de esta palabra, y diciendo:

«Belgrano! la *jimágen* sagrada de la patria...»

Sólo así puede el primer verso de Ezeiza llegar á ser alejandrino, aunque malo.

Digo que malo, porque le queda en el segundo hemistiquio la asonancia de *sagrada* y *patria*, que es muy fea.

Pero vean ustedes algo más.

«Belgrano! la *jimágen sagrada* de la *patria*,
Cuyo color de cielo eterno guardará...»

¿Que de quién es el color de cielo?...

Parece ser de la patria... La sintaxis, por lo menos, quiere que sea de la patria. Pero

como parece cosa rara una patria azul, hay que suspender el juicio y la adjudicación de ese color por ahora... Ya veremos de quién resulta.

«Belgrano! la *jimágen sagrada* de la *patria*,
Cuyo color de cielo eterno guardará,
Conservará el recuerdo que tanto se *idolatra*...»

Que no es consonante de *patria*, ¿eh?

«Conservará el recuerdo que tanto se *idolatra*
Del que nos dió bandera y diónos libertad.»

Y se acabó el cuarteto, y nos quedamos sin saber de quién era aquel *color de cielo*, ó *cuyo* era aquel *color de cielo*.

Si no era de la patria, no se sabe de quién ha de ser; y de la patria no se sabe cómo.

Vale Dios que tampoco se sabe *quién guardará* eterno aquel color de cielo *cuyo*, ni *quién* conservará el recuerdo que tanto se idolatra, ó se *idolatria*, que así había de decir para concertar con *patria*.

Vamos adelante, á otro cuarteto:

«Hoy es bendito manto *sagrado* de sus glorias... »

Tampoco se sabe quién es bendito manto *sagrado*...; y van dos cosas *sagradas*... No se sabe si es Belgrano, ó la patria ó la imagen... Probablemente será la bandera que suena en el título.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Hoy es bendito manto sagrado de *sus* glorias...»

¿De quién serán las glorias?

«Que el pensamiento *tuyo le* hiciera germinar...»

¿Hiciera germinar al manto?...

¡Hombre, por Dios! Los mantos no germinan.

A no ser que no se refiera al manto... Pero ¿á qué se va á referir no siendo al manto?

«Hoy es *bendito* manto *sagrado* de *sus* glorias
Que el pensamiento *tuyo le* hiciera germinar...»

Nada... no puede ser más que el manto. No se puede entender de otra manera, sino que el pensamiento *tuyo*, que será el de Belgrano regularmente, hiciera germinar al manto *sagrado* y *bendito* de *sus* glorias, que es de suponer que sean de la patria.

¡Y miren ustedes que eso de hacer germinar á un manto!...

Volvamos allá á ver...

«Hoy es bendito manto sagrado de *sus* glorias
Que el pensamiento *tuyo* le hiciera germinar
Cimentan nuestros pueblos con lides y victorias
Teniendo el Chimborazo y el Andes por altar.»

Advierto á ustedes que en todo el cuarteto no hay punto ni coma, y así lo dejo.

Y también lo dejo sin que ustedes lo entiendan, ni yo tampoco.

No se sabe qué es lo que cimientan los pueblos *nuestros* ó suyos con lides y victorias; ó si es que se cimientan á sí mismos...

¡Sabe Dios lo que habrá querido decir el vate!

Y Dios sólo; porque lo que es el vate, que era el único que después de Dios lo podía saber, no lo sabe de seguro.

Vamos á otro cuarteto:

«Se alzó después gigante porque es *color del cielo*...»

¡Otra vez el *color del cielo!* ¡Qué pesado va estando ya el vate con tanto color del cielo!...

Mejor sería que nos dijera quién fue el que se alzó; que no nos lo dice.

«Se alzó después gigante porque es *color del cielo*...»

Tampoco es legítima la consecuencia. De que sea *color del cielo* una cosa, ¿se deduce que se alce gigante después, ni antes tampoco?

Así, por ejemplo, aunque el vate Ezeiza se vista de azul, y sea, por consiguiente, *color del cielo*, bien se puede asegurar que no se alza gigante, porque como vate es pedestre y rastrero del todo.

«Se alzó después gigante porque es color del cielo
Los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá,...»

¡Gracias á Dios que aquí hay una coma, la primera de todo el trayecto *poético* de Ezeiza!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Se alzó *después* gigante porque es color del cielo
Los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá,
Van á formar Belgrano tu *fervoroso anhelo*
Que á *todo* el orbe *todo su sol* alumbrará.»

¡Cuánta barbaridá!

En el primer verso dice que «se alzó *después* gigante porque es color de cielo», sin decir quién se alzó, y sin que deje de ser todo ello una incoherencia.

Después, en el verso segundo dice que «los triunfos que ha tenido los triunfos que tendrá van á formar Belgrano...»

Y como no tiene comas para indicar que Belgrano es un vocativo, parece que los triunfos van á formar un Belgrano, un grano bello, y no sé si maligno.

Pero supliendo la falta de las comas, dice otra barbaridad mayor todavía, pues dice que los triunfos que ha tenido... la bandera, suponiendo que sea la bandera, van á formar el fervoroso anhelo de Belgrano... En lo cual falta por completo el sentido común, y falta la sindéresis, y falta todo, menos el disparate; porque unos triunfos ya tenidos no pueden formar el anhelo fervoroso de nadie. Se anhela lo que no se tiene todavía.

Y luego el cuarto verso, «que á todo el orbe todo *su sol* alumbrará», tampoco tiene sentido ninguno.

Aun suponiendo que *su sol* sea el sol de la bandera, ¿cómo ha de alumbrar á *todo el orbe todo*?

¡Buenas y gordas las trae Ezeiza!

Y concluye:

«Ese *sagrado* palio...»

Es el tercer *sagrado* de la composición. *Sagrada* la imagen de la patria, *sagrado* el manto, y bendito, *sagrado* el palio ese de ahora...

¿No les parece á ustedes que es demasiado abusar de la palabra?

«Ese *sagrado* palio que *tú* le distes vida...»

Supondremos, entre otras muchas cosas, que el *palio sagrado* será la bandera, y que el *tú* será Belgrano.

«Ese *sagrado palio* que tú le *distes* vida,
De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

¡Anda salero! ¡Dónde le dan, y dónde retumba!

¿Qué tiene que ver ese verso último con el anterior inmediato?

«De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

¿De quién son esos hijos?... Y suponiendo que sean del *palio* y que el *palio* tenga hijos, que no es suponer poco, ¿qué tiene que ver, vuelvo á decir, el verso segundo con el primero?

«Ese sagrado palio que tú le distes vida,
De todo el mundo vienen *sus* hijos hacia acá...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es lo mismo que si yo dijera:

«Esos disparatones que tú les escribiste,
En Lieja vendió un chino *sus* botas de montar...»

¿No es verdad que se parecen los dos pares de versos?

Acabemos el cuarteto de Ezeiza, á ver cómo resulta:

«Ese sagrado palio que tú le distes vida,
De todo el mundo vienen sus hijos hacia acá;
Porque la fe sincera *su corazón anida*,
Que es pueblo de principios de Unión y Libertad...»

Lo mismo que antes, y aun peor, si cabe en lo posible.

Estos dos versos últimos tampoco ligan entre sí, ni con los dos primeros.

Y además, lo de que «la fe sincera *su corazón anida*» es una barbaridad como una loma.

¡La fe anidar el corazón!...

Es de creer, piadosamente pensando, que el vate querría decir: «la fe sincera *en* su corazón anida»; y como el *en* no le cabía en el verso, fue y le suprimió tan campante, diciendo:

«Porque la fe sincera *su corazón anida*...»

Sin que se sepa ni se barrunte de quién es ese *su* corazón *que* anida la fe sincera, el cual no se puede suponer que sea del palio.

¿Será de los hijos del palio?...

Pero en ese caso, los hijos del palio no son palios pequeños, porque los palios no tienen corazón ni fe sincera que anide...

Nada, que no se sabe de quién es esa fe sincera que *anida el corazón* de... tampoco se sabe.

Y luego dice el vate en el verso último:

«Que es pueblo...»

¡Ah!... ¿Qué es pueblo?... Y ¿quién es pueblo? «¿Su corazón?» ¿El corazón no se sabe de quién? ¿Ó es la fe sincera que anida su corazón la que es pueblo? ¿O el que es pueblo es el palio sagrado?...

«Que es pueblo de principios de Unión y Libertad...»

¡Vaya, vate, vaya!...

¿Con que es pueblo de principios?... Pues que lo sea en buena hora; pero conste que nos deja usted sin saber qué pueblo es ese, ó quién es ese pueblo de principios, si es el corazón, ó la *fe que le anida*, ó el palio, ó los hijos del palio, que vienen hacia acá de todo el mundo...

Y conste también que nunca leí cosa más disparatada que los versos de Ezeiza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

No se contentan los vates americanos con *patriotear* allá para ellos, sino que á veces también *patriotean* para nosotros.

Y como tampoco para nosotros lo hacen bien, resulta que no podemos agradecerles más que la buena intención, cuando mucho: lo que es los versos, de ninguna manera.

No solamente porque son ripiosos y malos en la forma, sino porque la sustancia, cuando la tienen, tampoco suele ser cosa de gusto.

Pues, naturalmente, como viven tan lejos de nosotros, no saben lo que necesitamos ni lo que deseamos.

«Porque de lejos, es claro,
no se ve»,

como dijo nuestro Hartzenbusch en la moraleja de una fabulita, bastante ripiosa por cierto.

Y no tiene nada de extraño que los vates de América no conozcan nuestras necesida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des, ni nuestros deseos, ni nuestros gustos; lo extraño es que sin conocerlos quieran proporcionarnos remedio para unas y satisfacción para otros, allá á su manera, que tiene que resultar equivocada.

Porque no recibiendo de aquí apenas otras noticias que las que les llevan los periódicos, mentirosos de profesión, á lo mejor creen que Sagasta es un gran presidente del Consejo de ministros, y sus siete compañeros de Gabinete los siete sabios de Grecia, como quien dice, y que además todos los españoles nos encontramos muy á gusto con su Gobierno fusionista, cuando la verdad es todo lo contrario.

Bueno; pues por meterse á interpretar nuestros gustos, é interpretarlos equivocadamente, algunos vates venezolanos se salieron de madre el día 17 de Mayo último, es decir, que dieron rienda suelta á su entusiasmo y nos ofrecieron grande abundancia de versos con patatas... quiero decir, con ripios, cantando la jura de Don Alfonso XIII y felicitando por ella á esta pobre y desdichada España, á quien suponían loca de contenta.

Cuando en realidad no la daba aquello ni frío ni calor, ni hubo aquí por entonces más alegrías que las oficiales.

Pero ellos, sin enterarse bien, publicaron en papel satinado un periódico con *ilustraciones* que llaman, es decir, con fotograbados,

y con *deslustraciones* también de malos versos, y nos le enviaron para acá, creyendo buenamente que nos íbamos á morir de regocijo.

¡Quiá! No, señores.

¿Por qué nos habíamos de alegrar si estábamos ya en el secreto de que todo había de seguir lo mismo que antes?...

Y efectivamente, todo sigue igual, hasta Sagasta con Merino y todo...

Así es que, ¡figúrese el Sr. D. Heraclio Martín de la Guardia, académico, según me dicen, que es uno de los vates, figúrese cómo nos sentarían por acá los siguientes versos suyos, que además de ser patrioteros, son francamente malos!

Véase la muestra:

«A ALFONSO XIII

«Escucha ¡oh Rey! la voz que á ti se eleva,
Si es á la ley de tu poder extraña
Y la venal lisonja la subleva,
Admira y quiere, como *hijo*, á España.»

Será como *hija*, si acaso.

Porque me parece que *una voz* no puede ser *hijo*.

Y además, tampoco es verdad, dicho sea con perdón del vate, que á su voz la subleve la lisonja... Como que precisamente no está haciendo otra cosa que lisonjeando...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ah!, y luego aquello otro de

«*Si es á la ley de tu poder extraña...*»

no se sabe lo que quiere decir.

Otro cuarteto:

«De la fe, de la sangre, del idioma,
El propio origen á cantar la mueve...»

También esto es oscuro y malo.

Porque parece que la voz se ve movida á cantar el propio origen de la fe, de la sangre, etc., y sin embargo, el vate no quiere decir eso, sino que el propio origen de la fe de la sangre, etc., mueven á su voz á cantar.

A más de que tampoco está bien expresada la idea principal. No es que la fe, la sangre y el idioma de *la voz* ó del vate tengan el propio origen que nuestra fe, nuestra sangre y nuestro idioma. Lo que el vate quiere decir es que son una misma fe, una misma sangre y un mismo idioma los del vate y los nuestros; y si esto quería decir, debió haberlo dicho.

Sigamos:

«De la fe, de la sangre, del idioma,
El propio origen á cantar la mueve,
Y de su altiva estirpe *audacia* toma
(*Sintasis* es mejor, fuera de broma)
Y á decir siempre la verdad se atreve...»

Ya lo veremos; pero me parece que no, que de esa afirmación última será necesario rebajar mucho.

Vamos á otra estrofa:

«La corona que ciñes á tus sienes
La encontraste al nacer sobre tu cuna
Y digno, ante la historia, *que ser tienes...*»

¿Que ser tienes, eh?... ¿Y le parece á usted que eso es poesía?

No, eso no es poesía, ni sintaxis, ni nada... mas que otra cosa acabada en *ía*, como la poesía, pero que no se parece á ella no siendo en el sonido...

Quiero decir que eso de *que ser tienes* no es poesía, sino tontería, simplemente.

¡Que ser tienes!... ¡Para concertar con sienes... *que ser tienes!...*

Continúe usted, vate; otro cuarteto:

«A tu honor y virtud *cuanto le es caro...*»

¡Otra te pego!... *Cuanto le es caro...*

¿No ve usted que eso suena muy duro?

Y además tampoco tiene sintaxis; porque el honor y la virtud son dos cosas, y refiriéndose á ambas no se puede decir «cuanto *le* es caro», «cuanto *le*», en singular, sino cuanto *les, cuanto les es caro*, con lo cual el verso empeoraría todavía otro poco.

Vamos á ver en qué para el cuarteto ese:

«Á tu honor y virtud *cuanto le es caro,*
Un pueblo grande, hidalgo, heróico, fía...»

¡Ah! Otra sorpresa... ¿De modo que *cuanto*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le es caro no se refiere al honor y la virtud, como parecía, sino á un pueblo que viene después?...

Bueno; pero conste que la cosa no mejora nada por eso, sino que empeora cuanto cabe en lo posible, que á la verdad no es mucho.

¡Y cuidado con el segundo verso ese!...

«Un pueblo grande, hidalgo, *heróico*, fía...»

Parece que no se acaba nunca.

Y luego acaba en *cofia*... ó en *cofía*.

Otro cuarteto:

«Si el derecho divino unge á los reyes,
Y el ibérico cetro da á tu mano,
Son de los tronos *pedestal las leyes*...»

(¡Uf! Pedestal las... ¡Cualquiera lo pronuncia.)

Manto real *el del* Derecho Humano.»

¿*El* qué derecho humano? Porque no se sabe ni se sospecha á quién pueda referirse ese *el*.

¿Se refiere acaso á *pedestal*, que es el último sustantivo masculino, y quiere decir que es manto real el pedestal del derecho humano?...

Eso sería sencillamente una tontería, porque un pedestal se parecerá á cualquier cosa menos á un manto.

A más de que tampoco se sabe lo que entiende el vate por Derecho Humano, así, con letras grandes.

Otro golpe:

«De la presente edad *el claro cielo*
Es todo luz que el pensamiento crea,
Y arrebatada en su *inmortal anhelo*
Extendiendo horizontes va la idea...»

¡Bien, hombre!

Este cuarteto tiene de notable que, además de no ser poesía, no es verdad tampoco.

¡Cuánto desatino!

¡Que el cielo de la presente edad es todo luz!... Cuando la presente edad, apartada y olvidada de Dios, es un caos y una oscuridad y una confusión desconsoladora...

¡Y luego la idea que en su *inmortal anhelo* va *extendiendo horizontes*...

¡Vate, vate!... ¡Cuántos por menos estarán en una casa de Orates toda la vida!

Y todavía añade el vate lo siguiente:

«Todo se inclina ante su paso y *ceja*...»

Ante el paso de la idea que va extendiendo horizontes, se entiende... Y ante la *ceja* de la idea, se entiende tambien á lo primero. Pero luego, reflexionando que eso es un disparate, porque las ideas no tienen cejas, ni aun en Caracas, que es donde las cosas tienen los atributos y adherentes más extraor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dinarios, viene el lector á sospechar si *ceja* será verbo como *inclina* y si el vate habrá querido decir que tode se inclina y todo ceja ante la idea que extiende horizontes.

Sea como quiera, vamos adelante extendiendo versos de D. Heraclio:

«Todo se inclina ante su paso y ceja,
Misteriosos arcanos, viejos *mitos*...»

Apostaría cualquier cosa á que el pobre vate llama misteriosos arcanos y *viejos mitos* á los misterios y á los dogmas sacrosantos de la Religión Cristiana...

Porque contra esos dogmas y esos misterios es contra quien principalmente va la *idea* esa que dice el vate, extendiendo mentiras y barbaridades, ó sean horizontes, como él dice.

«Todo se inclina ante su paso y ceja,
Misteriosos arcanos, viejos mitos,
Y ella irradiante nuevos dogmas deja...»

¿No lo dije?... Cuando el vate asegura que la idea que va extendiendo horizontes *deja nuevos dogmas,* claro es que al hablar antes de arcanos y mitos viejos que cejan y se inclinan al paso de la susodicha idea, se refería á los dogmas antiguos, á los dogmas cristianos.

Pero dejemos que complete el vate su mal pensamiento.... y su cuarteto igualmente malo.

«Y ella irradiante, nuevos dogmas deja
En la conciencia y al progreso escritos.»

¡Vaya una sintaxis!

«Nuevos dogmas deja *en* la conciencia y *al* progreso escritos...»

¿Qué es eso de «escritos *al progreso*»?

¿Viene á ser como «escritos al revés»?

Siga el vate:

«Que la doctrina de la Cruz sublime...»

¡Bueno!... Ahora llama sublime á la doctrina de la Cruz, después de haber hablado con encomio de los *dogmas nuevos* que deja la idea irradiante *escritos* al progreso, es decir, de los *dogmas*... ó hablando con propiedad, de las negaciones racionalistas...

Por donde se ve que el vate no tiene fuste, y que lo mismo va que viene...

A más de que... ¡vayan ustedes á saber lo que entenderá él por doctrina de la Cruz!...

«Que la doctrina de la Cruz sublime,
Que *razgó* sombras, é inmortal avanza...»

Le advierto al vate que no se dice *razgó*, sino rasgó, con *ese*.

Después dice el vate que la humanidad, que llora ha siglos, espera hallar la mano salvadora, y añade dirigiéndose á Alfonso XIII, en otro cuarteto muy malo:

«Y más aún tu pueblo, que vió un día...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Dios mío, que verso!

«Y *más aún* tu pueblo, que vió un día
(¿Creerá el vate que esto es poesía?)
Cruzar la tierra en alto su bandera
Y hoy *por mudanzas de la suerte impía*,
Sólo en ti hallar su redención espera.»

Muy impía hubiera tenido que ser la suerte, en realidad, para que por sus mudanzas llegara el caso del último verso:

«Sólo en ti hallar su redención espera;»

es decir, para que el pueblo español se viera reducido al duro trance de esperar su redención sólo de Don Alfonso; pero todavía ha sido más impía la suerte para el pueblo español, porque ya no espera redención ni de Don Alfonso.

Verdad es que esperarla de él sería lo mismo que no esperarla de nadie, porque un monarca constitucional, por muy bueno que sea personalmente, no puede nunca redimir á un pueblo.

Y menos á un pueblo entregado á una oligarquía liberal, es decir, destructora, porque vive á costa del país, empobreciéndole y desmoralizándole, á la manera como el gusano vive de la manzana que estropea y corrompe.

Y si no que lo digan las últimas sesiones de Cortes ó los diarios en que esas sesiones se consignan.

Otro poco:

«Y tú serás, contra el destino *infando*
Que hoy prueba su valor, arma y egida,
Y al nombre de Isabel y de Fernando
Irá la fama de tu gloria unida...»

¡Tonterías!... Esas no son más que tonterías y bobadas.

Isabel y Fernando eran reyes de veras y no reyes constitucionales. Por eso hicieron tan grandes cosas. Y decir que la fama de la gloria de un muchacho, rey constitucional, ha de ir unida á los nombres de aquellos reyes, es una majadería.

Y otra es decir que el mismo joven será contra el *destino infando*, que es un destino académico, *arma* y *egida* del pueblo español.

¡Arma y...!

«Arma dos ó tres
Con un arcabuz...»

Como dijo un poeta sin númen ni sintaxis.

No se por qué el *arma* esa de D. Heraclio me recuerda la ocurrencia desdichada del poeta huero...

Digo, sí sé por qué; porque igual quedarían de bien armados los dos ó tres con un arcabuz, y el pueblo español con el monarca nuevo.

*
* *

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después, con el intermedio de un artículo en prosa, escrito sobre el mismo tema, con muy buena intención, pero con muy equivocadas apreciaciones, trae el periódico extraordinario de Caracas otra *poesía*, llamémosla así, de otro *académico*.

Se llama éste *Domingo Garban*, ó por lo menos así aparece su firma, de la cual sospecho yo que los cajistas caraqueños dejarían caer una sílaba, porque el verdadero apellido debe de ser *Garbanzo*.

Sólo así se explicaría bien la tendencia de la composición, que es leguminosa y forrajera cuanto cabe.

ODA

EN LA EXALTACIÓN AL TRONO DE S. M., ETC.

Y empieza así:

«Brilló *feliz* la aurora
Del *suspirado venturoso* día...»

¡Buen principio! ¡Excelente!
En dos versos tres ripios solamente.
Volvamos á leer:

«Brilló *feliz* la aurora
Del *suspirado venturoso* día
Que si *los cielos dora*
(¡Nuevecito, á fe mía!)
Con su luz *y los llena de armonía*
A España inunda en *plácida* alegría...»

Pero, hombre... ¿Cómo lo sabía usted allá desde tan lejos? ¿Qué sabía usted el 17 de Mayo por la mañana, en Venezuela, de lo que á la misma hora pasaba en España?

Eso es hablar, ó si usted quiere, *cantar* de memoria, y así sale ello.

¿Es que le habían contado á usted que nos íbamos á alegrar mucho por acá? Pues le engañaron á usted como á un chino.

Aparte de que la aurora podría dorar los cielos con su luz, como usted dice en frase muy gastada; pero *llenarlos de armonía*, tambien *con su luz*, me parece un poco difícil.

En fin, no sé lo que entenderá usted por armonía.

Siga usted:

«Que ya *con paso regio*
Lo que tanto las gentes esperaron...»

¡Muchísimo! No se lo puede usted figurar. ¡Estábamos con un anhelo!...

«Que ya *con paso regio*
Lo que tanto las gentes esperaron,
Asciende Alfonso *egregio*
Al trono que sus padres ilustraron
Y en él ejemplo de virtud legaron.»

Bueno, Sr. Garban... con ó sin *zo*, bueno: suponga usted que todo eso fuera verdad; pero aunque lo fuera, ¿le parece á usted que es poesía?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Por Dios, hombre! Esa una indigestión de pretéritos.

«Las gentes *esperaron*...»
«Sus padres *ilustraron*...»
«Ejemplos *legaron*...»
Y los lectores *se fastidiaron*...
Continúe:

«Por eso de mi lira
Resuenan hoy las cuerdas *armoniosas*...»

(*¿Armoniosas?*... Pchs... No lo crea usted del todo.)

«Y el númen que me inspira...»

¡Ah, no! Eso mucho menos. ¿Qué le ha de inspirar á usted el númen? No le inspira á usted, porque no tiene usted númen ninguno. Lo que le inspira á usted es la vanidad ridícula de hacer versos, y de ver su firma en letras de molde.

Nada más.

«Y el númen que me inspira
Dilatando las alas *vagarosas*
Me sublima á regiones *luminosas*.»

¡Vamos! ¿Ve usted cómo no le inspira á usted el númen?...

Armoniosas, *vagarosas*, *luminosas*... ¡Qué ha de ser númen eso!...

No, señor. Eso no se llama númen. Eso, ahora modernísimamente, se llama *lata*.

La cual sigue produciendo ruido desagradable, hasta cuando se dirige usted al Señor y le suplica en favor del monarca:

«Ampárale *clemente*
Y haz que un destello de tu luz *divina*
Orle su *augusta* frente,
Hoy que *humilde* ante el ara *diamantina*
Con *fervorosa* devoción se inclina.»

Todos esos epítetos, aunque son muchos, podrían ir pasando, menos el *diamantina*.

¿De dónde saca usted que es *diamantina* el ara? ¿O es que no sabe usted lo que quiere decir *diamantina?*

¡Vamos, hombre!...

Y todavía sigue usted imperturbable, haciendo sonar el instrumento.

«¡Salve, ínclito heredero
De la augusta diadema castellana!...
Espléndido *lucero*...»

¡Caracoles! Lucero. Ya no le falta á usted más que llamarle *monín* para completar el repertorio de las ternuras maternales...

Y así por este estilo continúa el Sr. Garban su *composición*, que es larguísima; como que no tiene menos de treinta y cuatro estrofas, ó sean 170 versos mortales.

Mortales casi todos, y los que no veniales, ó dígase venialmente malos; porque bueno del todo no hay ninguno en la *Oda* del señor Garban... (D. Domingo).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIX

Recordarán ustedes, amables lectores, que en una de las primeras páginas de este libro les hablé de una especie de dinastía de Calcaños que hay en Venezuela, todos con aficiones literarias, y todos profanadores y estropeadores de la poesía.

Como que todos son académicos.

Ya conocieron ustedes á un Calcaño que se llama Julio, ¿verdad? Pues ahora conocerán ustedes á otro Calcaño que se llama José Antonio.

El cual es autor de una composición titulada *Gota de rocío*, dedicada á la Srta. Luisa Herrera, y bastante mala, por supuesto.

Empieza el académico vate diciendo á la dedicataria:

«Óyeme, Luisa...»

Bueno, por mí que le oiga á usted, aunque no sacará sustancia de lo que usted la diga, regularmente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ¿sabe usted por qué? Porque de donde no hay no se puede sacar nada.

Puede usted continuar, si gusta:

«Óyeme, *Luisa*: Yo de la *vida*...»

¡Buen principio! Es decir, malo... Porque eso de que en el primer verso ya sean asonantes los dos hemistiquios, es una manera de empezar muy desgraciada.

Veamos qué más dice:

«Óyeme, *Luisa*: Yo de la *vida*
Los más ocultos misterios sé...»

Lo cual no es poesía; pero sobre no ser poesía, no es verdad tampoco.

¿Qué va usted á saber los más ocultos misterios de la vida?

¡Conque no los sabe nadie, y los va á saber usted, que es un académico de tres al cuarto!

Y que no los sabe nadie esos más ocultos misterios de la vida, es cosa evidente... Como que si los supiera alguno, ya no serían ocultos ni misterios.

¡Si estos Calcaños!

Pero concluyamos el cuarteto.

«Óyeme, *Luisa*: Yo de la *vida*
Los más ocultos misterios sé:
Todas sus sendas, la más florida,
La más agreste, las transité.»

Tampoco esto es verdad... (ni poesía, por supuesto). ¿Cómo ha de haber transitado todas las sendas de la vida? ¿Y cómo sabe usted si es la más florida la que usted ha transitado? ¿Ha sido usted acaso Presidente del Consejo de Ministros como nuestro Sagasta?... Y aunque lo fuera.

Todavía no es esa la senda más florida; porque si se compara con la de Grilo...

Adelante:

«Yo desde niño supe el lenguaje
De cuanto tiene voz y rumor...»

Lo que debió usted de saber desde niño fue mentir, y aún no se le ha olvidado...

Verdad es que practicándolo á menudo...

Porque decir que supo usted desde niño el *lenguaje de todo lo que tiene voz*, es una mentira como una loma.

Ni desde niño lo supo, ni aun ahora de viejo lo sabe.

¡El lenguaje de todo lo que tiene voz!...

Con que supiera usted bien el *lenguaje* de los hombres, se podía usted dar por muy contento.

Pero tampoco lo sabe usted bien, ni con mucho.

«Yo desde niño supe el lenguaje
De cuanto tiene voz y rumor:
El de las brisas en el follaje,
El del arroyo murmurador.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada; no le crean ustedes, no sabe nada de esos lenguajes.

Ni siquiera sabe bien el castellano, que es lo primero que debía saber y que es lo más fácil del mundo.

Y digo que no le sabe bien, porque ningún académico le sabe, y además porque... ya verán ustedes cómo no le sabe.

Lo que hay es que el vate Calcaño había leído aquello de Zorrilla:

«Yo sé lo que el viento
La dice á la nave», etc.,

y se le antojó imitarle y, naturalmente, le imitó sin gracia y sin númen.

Por falta de estas cosas, sigue diciendo:

«Y con los genios de las montañas
Y las *nereidas reinas* del mar...»

Esto es bastante feo: ne-*rei*-das-*rei*...

«Y con los silfos que entre las cañas
Arpas eolias hacen vibrar,
Tuve coloquios, *en confidencia*,
Sobre el misterio de nuestro sér...»

¡Qué tontería!... Aun cuando los hubiera usted tenido, ¡bastante saben los *silfos* y las *nereidas* sobre el misterio de nuestro sér, como usted dice!

Leyendo algo más, se llega á saber que el ripio ese de la *confidencia* tiene por objeto hacer consonante á una *esencia* que hay más abajo, donde dice:

¿Cuál es el *móvil*, cuál es la *esencia*
Que al mundo *rige*, *quise* saber.»

Lo cual también es bastante disparatado, porque los *móviles* no *rigen*, *mueven*; ello mismo lo está diciendo, y no es lo mismo *mover* que *regir*.

Como lo demuestra el mismo vate que mueve la pluma, pero no la rige, y por eso le salen despropósitos.

Tampoco las *esencias* tienen por oficio *regir*, precisamente; y tampoco hacen buen efecto los dos verbos *rige* y *quise* juntos y asonantes.

También es feo el verso que sigue:

«Cuál es la *llama* que al *alma* enciende.»

Igualmente son malos estos otros dos versos:

«Cuál es la *sola* llave que *alcanza*
Las *áureas* puertas del cielo *á abrir*.»

Porque el *sola* es un ripio y el *alcanza* es un verbo impropiamente aplicado á la llave, y el *áureas* es otro ripiejo y el *á abrir* es una cosa dura de pronunciar.

Después de haber preguntado el vate todas esas incoherencias á los silfos y á las *nerei*...das *rei*...nas, dice que

«*Amor* á una fue la respuesta.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con lo cuál creerán ustedes que le respondieron que amara á una; á una sola mujer...

«Amor á una fue la respuesta.»

Parece que está claro.

Pero se equivocan ustedes, porque lo que el vate ha querido decir, aunque no ha sabido, es que todas las cosas á quienes había preguntado, le respondieron á la una, es decir, unánimes y conformes y á un mismo tiempo: *amor*.

¿Ven ustedes cómo el vate no sabe castellano?

¡Y quería hacer creer que sabía el lenguaje de todo lo que tiene voz!...

«*Amor* á una fue la respuesta,
Amor dijeron *fuentes y mar*,
Amor los valles y la floresta,
Amor al viento, se *oyó clamar*.»

¡Cursi, más que cursi!

En el último verso parece que le mandaron tener amor al viento.

Luego empieza á inventariar las obras del amor, y dice:

«Al arte *infunde* sus formas bellas,
Dicta sus versos al trovador...»

No, pues á ti no te los ha dictado; porque si te los hubiera dictado el amor, tenían que ser mucho mejores... Quien te los ha dictado

es la vanidad, y por eso han salido malos y ridículos.

Y sigue:

«Todo á sus fines *sirve propicio*,
Todo es resorte de su poder;
Y la victoria de *su artificio*
Un alma sola de dos hacer.»

Es imposible expresar la idea de una manera más prosáica y pedestre.

Y luego lo del *artificio*...

¡Pero, hombre! ¡Si el amor no tiene *artificio!* Si donde hay *artificio*, no hay amor verdadero...

¿Usted cree que no hay más que buscar consonantes sin reparar en que sean desatinos?

«Dicen que *entonces* todo se apresta...»

Entonces, ¿cuándo es entonces?... Lo mismo podía usted haber dicho *en ripio*:

«Dicen que *en ripio* todo *se apresta*,
Con *atavíos de gran primor*,
A hacer solemne la nupcial fiesta
Y el nuevo triunfo del dios Amor.»

¡Qué dios Amor ni qué ocho cuartos!... No hay más Dios que el Dios verdadero.

Y para venir á parar en esa cursilería, ¿puso usted tanto apresto, tan *gran primor* y tantos atavíos, ó tantos ripios?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Y que *llevando* faustos mensajes
En pintoresco gentil tropel...»

Versos duros y malos he visto; pero tan malos como éste...

¡Cuidado con «el *pintoresco gentil tropel*»!

No se puede hacer peor ni adrede.

***

Y porque no crean ustedes que solamente los versos de diez sílabas son los que hace mal este Calcaño, les presentaré á ustedes una muestra de cómo hace las redondillas.

Canta á un perro, y empieza:

«Espléndido luce el día,
Es todo en los cielos brillo,
Y en el alegre castillo
Aprestos de montería.»

¡Qué gracioso!...

Como que no hay nada más desgraciado que un soso queriendo hacer gracia.

Otro golpe:

«Suena la trompa de *caza*,
Y monteros y ojeadores
Allegan á sus *clangores*
Sus galgos de *noble raza*...»

Le obliga el consonante á hacer hidalgos.

Ó, lo que es igual, nobles, á los galgos.

¿Y los *clangores*?... ¿Qué diremos á Dios de los clangores?...

Después dice que Luelín busca

«A su mastín predilecto...»

¿Mastín?... ¿Pero no habíamos quedado en que eran galgos, y de buena raza por añadidura? ¿Cree el vate que mastín y galgo es todo uno?

«A su mastín predilecto
A quien no ha visto llegar,
Su segundo en el hogar,
Como el primero en su afecto.»

Qué pensamientos tan delicados...

Verdad que tratándose de un perro...

«Con *voz* y *silbos* le llama,
Bate mano contra mano...»

En primer lugar será con *voces* y *silbos*... ¿Por qué la *voz* ha de estar en singular y los *silbos* en plural?...

Porque sólo así cabían ambas cosas en el verso.

Y luego lo de llamar á un perro batiendo mano contra mano, es decir, dando palmadas, también tiene cierta novedad...

¡Como si el perro fuera mozo de café!

No siéndolo, con las palmadas, lo que haría sería escapar asustado.

«Con voz y silbos le llama,
Bate mano contra mano,
Y no acude.—*Créolo* en vano
(Su paje mayor exclama).»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Y no acude. *Créolo en vano...*»

¡Vaya un octosílabo!... Hay que decir *crólo*, para que resulte.

«No sé, señor, que le *paza*...»

¡Ay qué *guaza!...*

Dejemos á este vate académico y Calcaño, no sin advertirle que el verbo *pasar* se escribe con *ese*.

***

Pero todavía tenemos allá en Venezuela otro Calcaño no menos vate ni menos ripioso que los conocidos, el cual se firma J. B. Calcaño y Paniza.

La composición de este vate... y la llamo así porque de algún modo tenía que llamarla, se titula *Los muertos del mar*, y lleva debajo del título el tema siguiente:

«Gisella Nazzari.

Oculta'os, oh estrellas!
Hora es de las fantasmas.
Oculta'os, oh estrellas.»

Así, con la firma primero que el texto, lo pone el vate, sin duda por ir contra la costumbre general de poner primero el texto y debajo la firma.

Y también por distinguirse, es de suponer, divide con una coma al revés la palabra ocultaos, en la forma que ustedes han visto: *oculta'os*.

¡Y probablemente todo eso lo habrá discurrido él solo!...

¡Qué cosas discurren algunos Calcaños!

Después de ponernos el tema al revés, era natural que también los versos estuvieran así. Y efectivamente, no puede decirse que estén de otra manera.

Atiendan ustedes, que empieza el vate:

«¡Escucha, escucha el mar!»

Y en efecto... ya no se sabe si quiere decir que el mar escucha, ó si es que manda al lector que escuche, que escuche al mar.

«¡Escucha, escucha el mar!
Lloran los muertos
Que en tierra no tuvieron sepultura.»

Desde luego se nota que los dos primeros rengloncitos del vate no son dos versos, sino dos hemistiquios de un solo endecasílabo.

Pero el vate los escribe como si fueran dos versos, y ¿qué le vamos á hacer al vate?

Hay que dejarle que siga á su modo.

«Las espesas tinieblas
Rasga de cuando en cuando
Rápido resplandor... (*Y va de erres.*)
Y los muertos, entonces,
Que reposan soñando,
Se elevan por las rocas lentamente
Y quédanse escuchando...»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué monada!

Parece que se les está viendo materialmente á los muertos subir por las rocas y quedarse escuchando... al vate.

El cual vuelve inmediatamente á las andadas, diciendo:

«Oye el llanto del mar:
Una elegía...»

Todo lo que constituye un solo verso endecasílabo, aunque lo escriba en dos el vate.

«Tranquila á veces, llena de suspiros,
A veces un aullido de amargura...»

¡Es claro! Andando por allí cerca el vate, no podía menos de sonar algún aullido que otro.

«...Una elegía
Tranquila á veces, llena de *suspiros*,
Á veces un aullido de amargura;
Y sollozos tremendos y *delirios*...»

Que no son consonante de *suspiros*, á no ser que el vate quiera que digamos *deliros*... ó *suspirios*.

«Y sollozos tremendos y suspiros
Y risas de locura...»

Después de esas risas de locura, dice que

«Los muertos fijan su mirada *inmota*...»

Y si es *inmota*, ¿cómo la fijan? ¿Cómo la mueven para fijarla?...

Pero el vate vuelve á su rara puntuación del tema, y escribe:

«Cre'en que al corazón *a'un* lo inflaman...»

—¿.....?

¿Que si está loco el vate, me preguntan ustedes?... Loco precisamente, yo creo que no. Será un vanidoso extravagante que quiere distinguirse; y como no tiene condiciones para distinguirse por bien, se distingue haciendo bobadas.

O poniendo comitas pico abajo...

O haciendo versos tan malos como este:

«Y ahí en vuestras *rocas reposad*...»

Bueno; y que repose también en su roca ó en su tontería este tercer vate Calcaño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

CONTESTACIÓN

Al Sr. D. Ramón O. Muela,

en Méjico.

Madrid, 2 de Diciembre de 1902.

Muy señor mío: Estoy en deuda con usted, y voy á empezar á pagársela.

El periódico de ahí titulado *Diario del Hogar*, en su número correspondiente al día 5 de Agosto de 1897, me trajo á Pedrosa una carta de usted, en la cual amistosamente me requería para que le diera mi parecer sobre determinado asunto literario.

Según la iba leyendo, y por cierto con gran deleite, pues, salvo las frases que tenía de elogio paaa mí, era una carta bien pensada y bien escrita, razonada, juiciosa, amena, erudita, sobriamente erudita, en fin, lo que se llama una hermosa carta, iba pensando en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contestarle á usted en seguida, no con publicidad, sino particularmente, dándole la razón en todo; pero al llegar cerca del fin, me encontré con este párrafo:

«Dispóngome á poner punto final en esta carta, señor de Valbuena; pero antes rendidamente le ruego á usted se sirva darme su respetable opinión..., la que no estaría fuera de lugar en el cuarto *Montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS, que supongo prepara usted.»

Me gustó la idea, y en vez de contestarle inmediatamente, hice propósito de complacerle á usted contestándole, según su indicación, en este libro.

Comenzaba usted recordándome el respetuoso vapuleo del señor Obispo de Linares, é invocando mi rectitud de juicio y mi amor á la justicia, de esta manera:

«En los *Ripios Ultramarinos* (montón segundo) dedicó usted tres artículos á *Ipandro Acaico*, ó sea al Sr. D. Ignacio Montes de Oca; tres artículos que bien pueden llamarse tres vapuleos de mano maestra. *Urbi et Orbi*, demostró usted al arcade de nuevo cuño que no es poeta, que sus versos son, si algunos pasaderos, otros, la mayor parte, malísimos, y que además de carecer de estro, no pocas veces anda á la greña con la gramática.

»Cazó usted entonces, señor de Valbuena, en vastísimo campo, y enderezó usted tremenda filípica al autor de los *Ocios* dedicados

al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, que al decir de usted, como poeta es *ejusdem furfuris et farinæ* que Ipandro Acaico. Y aún hizo usted más: con sobra de razón censuró á un Obispo que pasara sus ocios en escribir chavacanas composiciones, pudiendo, ó mejor dicho, debiendo dedicarlos á la instrucción de la grey que le está encomendada, en realzar las múltiples bellezas de la religión católica, etcétera, etc....

. . . . . .

»A usted le hablaba la razón cuando criticó tan acerbamente al Obispo Montes de Oca, y por lo mismo fue usted no sólo leído, sino aplaudido. Todos los de por acá convinimos en la justicia con que la respetable persona que enseñó á usted teología exclamara, después de haber oído algunos versos de *Ipandro Acaico:*

—«Yo le suspendía.»

»Estoy perfectamente seguro, señor de Valbuena, de que usted no es de los jueces que tienen dos pesos y dos medidas; de que la justicia está arraigada en su corazón, y sin ver pelo ni tamaño, como dice el vulgo, censura usted lo mismo al mitrado que al patriotero, al mejicano que al hijo de Cuba, al Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas, que al Oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, Policía y Fomento de Costa Rica, don qué sé yo qué Alfaro. Juzgar

á usted de otro modo sería ofenderle, y lejos de mí tal pensamiento.»

. . . . . .

Esa es la verdad, Sr. Muela; cuanto usted dice de mi imparcialidad é independencia en el juzgar, es cierto, y en decirlo no me hace más que justicia, que le agradezco á usted mucho sin embargo, porque hasta la justicia es de agradecer en estos tiempos.

También es verdad que estoy conforme con todas las apreciaciones de la carta de usted, ó con casi todas... Si acaso, me permitiría templar un poco el rigor de aquel párrafo en que parece que veda usted toda distracción á quien se halla constituído en cierto elevadísimo puesto; pero en todo lo demás estoy conforme.

«¿Qué juzga usted, señor de Valbuena?...» —me pregunta usted en un párrafo. — Pues juzgo lo mismo que usted, exactamente lo mismo.

«¿Qué diría usted—me pregunta más adelante — si á su noticia llegara que nuestro Presidente...?» — No siga usted. Diría eso mismo que usted supone; esas mismas palabras que usted se figura oirme; porque repito que en todo lo esencial estoy con usted completamente de acuerdo.

Tanto que, contando con que para estas fechas habría ya sucedido una cosa que era muy natural que sucediese, pensaba reproducir aquí su carta toda, poner debajo mi conformidad y presentar á continuación las pruebas de la rectitud de los juicios de usted, que ya son también míos.

Pero como aquel suceso no ha llegado, aun cuando no faltaría en nada á la justicia llevando á cabo mi propósito, la caridad me induce á suspender su ejecución por ahora, para no amargar los días de un anciano.

En otra edición, si Dios me da vida para hacerla y el motivo de caridad ha desaparecido, realizaré mi pensamiento.

En tanto y siempre, Sr. Muela, queda de usted afectísimo amigo, q. b. s. m.—*Antonio de Valbuena.*

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

El Autor.

ÍNDICE

	Pág.
I.—(Julio Calcaño)	5
II.—(Eudoro Aibar)	15
III.—(Didapp, *con dos pes*)	31
IV.—(Piedrabuena)	55
V.—(*La Revista nueva*, Viquez y otros)	77
VI.—(Díaz Mirón)	95
VII.—(Rocamonde)	103
VIII.—(Aveledo.—Lares)	115
IX.—(Ene)	139
X.—(Astolfo Paz)	147
XI.—(Pimentel y Coronel)	159
XII.—(Espinosa.—Ferrari)	171
XIII.—(Tovar)	187
XIV.—(Bello)	195
XV.—(Obligado)	219
XVI.—(El Abate San Román)	247
XVII.—(Ezeiza)	255
XVIII.—(La Guardia.—Garban)	267
XIX.—(Otros dos Calcaños)	283
XX.—(Contestación.)	297

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN
MADRID,
EN LA IMPRENTA
DE IDAMOR MORENO,
SE TERMINÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTE VOLUMEN EL
23 DE DICIEMBRE
DEL AÑO
1902.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA

Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios vulgares (tercera edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Ripios ultramarinos, 1.°, 2.° y 3.er montón: tres tomos en 8.°, 9 pesetas. Se venden separados á 3 pesetas.
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.°, 12 pesetas. Se venden separados á 3 pesetas.
Capullos de novela: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Novelas menores: un tomo en 8.°, 3 pesetas.
Agridulces (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
Historia del corazón, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.
Pedro Blot, versión de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.°, 3 pesetas.

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid.)

EN PRENSA

Agua turbia, novela.
Vida del beato Juan de Prado.

EN PREPARACIÓN

Ripios ultramarinos, 4.° montón.
Des-trozos literarios.
Los cazadores de dotes, novela.
Ratoncito Nosemás, novela.
Diccionario de la Lengua castellana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

